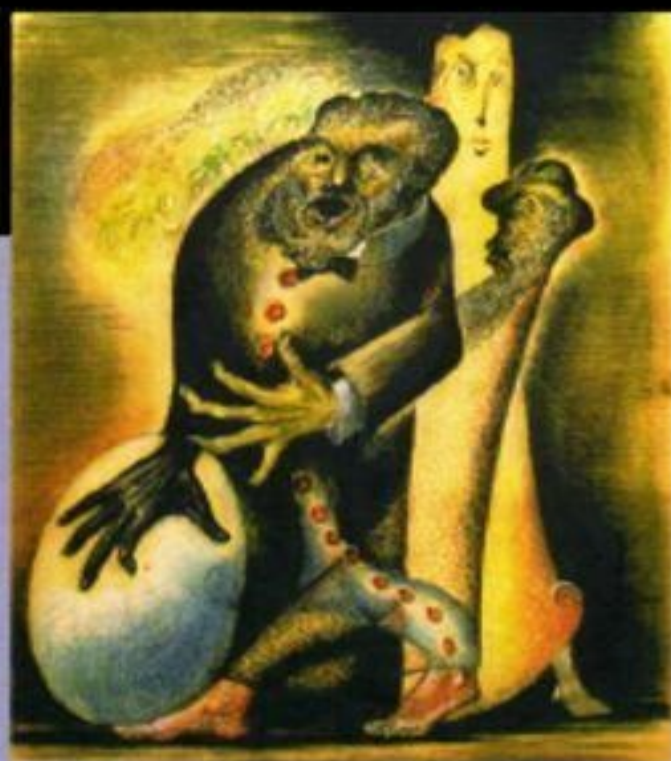


LAS MIL Y UNA NOCHES ARGENTINAS

Juan Draghi Lucero



Lectulandia

«Soy un escritor campesino natural que va sin prejuicios a una belleza antigua y olvidada que, espero, nunca será olvidada del todo. Para eso trabajo».

«Sí, mi vida es andar recogiendo cuentos».

Juan Draghi Lucero

Más de un lector abrirá este libro creyendo que se trata de una colección de cuentos folklóricos, simplemente recogidos y transcritos, pero es un equívoco que conviene aclarar en este punto de partida: don Juan Draghi Lucero, más que un recopilador fue un verdadero patriarca de nuestra literatura de raigambre nacional y este conjunto de cuentos no es un producto científico sino una de las más grandes obras de nuestras letras. Para llegar a tan notable resultado debieron conjugarse en él la voz del juglar que improvisa en base a lo que oyó en el cauce del viento de antes, con la voz del escritor de garra.

Ya don Juan no está entre nosotros, pero sus creaciones ganaron el mismo prestigio que él adjudicaba a los más antiguos veneros de la tradición oral, sumándose a esa memoria larga que nutre la identidad de los pueblos.

Adolfo Colombres

Lectulandia

Juan Draghi Lucero

Las mil y una noches argentinas

ePub r1.0
diegoan 24.08.14

Título original: *Las mil y una noches argentinas*

Juan Draghi Lucero, 1940

Ilustraciones: Víctor Delhez

Diseño de cubierta: María Wernicke

Editor digital: diegoan

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Más de un lector abrirá este libro creyendo que se trata de una colección de cuentos folklóricos, simplemente recogidos y transcriptos por un estudioso de nuestros acervos populares, pero es un equívoco que conviene aclarar en este punto de partida. Don Juan Draghi Lucero, más que un recopilador, fue un verdadero patriarca de nuestra literatura de raigambre tradicional, como lo fueron Ricardo Rojas, Juan Carlos Davalas y Bernardo Canal-Feijóo, entre algunos otros que integran una lista tan reducida como selecta. Y este conjunto de cuentos no es un producto científico, sino una de las más grandes obras de nuestras letras, como afirmó sin vacilación Manuel Gálvez, para añadir luego: «Lo he dicho varias veces y lo repetiré. Hice leer este libro extraordinario a varios colegas, y todos opinaron como yo». Para llegar a tan notable resultado debieron conjugarse en él la voz del juglar que improvisa en base a lo que oyó en el cauce del viento de antes, con la del escritor de garra. Dicha tarea no es sencilla, como lo prueba la escasez de ejemplos. Los cultores del folklore literario, por un método romántico que viene del lingüista y filólogo alemán Jakob Grimm y su hermano Wilhelm, al que ellos mismos traicionaron, se apegan por lo común a lo que hoy dicta el grabador, sin intento alguno de transcribir el texto del sistema de la oralidad al de la escritura, los que poco tienen en común. Las esporádicas ocasiones en que se proponen contar el relato a su modo, suelen caer en mistificaciones idealistas, falsificando con estereotipos de cuño europeo el lenguaje y la mentalidad del campesino y el indígena, o librándose a un regionalismo de bajo vuelo y abundantes modismos, los que entorpecen y hasta impiden su lectura, al desdibujar la riqueza de la historia con una pátina lingüística que raya lo paródico. Draghi Lucero no transcribió, sino que reelaboró creativamente el gran caudal de materiales que recogió en su continua errancia por las cicatrices de su tierra, sin traicionar su esencia ni su estilo.

Pero este reconocimiento de sus méritos no debe llevarnos a soslayar el atípico camino que siguió Don Juan, el que no estuvo alfombrado por pétalos de rosa. Nació el 5 de diciembre de 1895 en Los Nogales, provincia de Santa Fe, por un azar del destino, pues sus padres se hallaban accidentalmente allí. Poco después fue inscripto en el Registro Civil de Lujan de Cuyo, Mendoza, provincia en la que luego viviría y con la que se lo identificaría, como uno de sus hijos más fieles. Se jactaba de haberla recorrido palmo a palmo, y también de haber viajado bastante por el resto de Cuyo, lo que le permitió conformar una visión regional y no local. Su padre fue un mecánico y dibujante venido de Módena, Italia, que murió cuando él tenía diez años. Por ser el mayor de cuatro hermanos, debió salir a pelear la vida y endurecerse tempranamente, como el personaje-narrador de *Don Segundo Sombra*, con el que le gustaba

compararse. Su madre, oriunda de Tunuyán, no recibió mayor respaldo familiar en esa difícil situación, por lo que nuestro autor recordaría aquel tiempo como un derrumbe y una expulsión de ese paraíso que se supone que es toda infancia. Dejó entonces la escuela primaria, y lo aprendido hasta entonces, aunque cueste creerlo, fue la única educación formal que tuvo, sin contar los cursos aislados, como el que realizó con eminentes folklorólogos en la Universidad de Carolina del Norte, Estados Unidos. Esto último no debe hacernos suponer que viajó mucho por otros países y las demás regiones de Argentina; se puede decir, por el contrario, que fue un hombre apegado a su tierra en todos los sentidos. Lo que nunca descuidó fue la educación informal, que lo llevaba a leer hasta altas horas de la noche a la luz de una vela, pues de día debía trabajar para sostener a su familia. La vida lo fue conduciendo por múltiples caminos, como la apicultura, el periodismo, la historia y la geografía. Realizó en cada uno de ellos entusiastas aportes, fundó y presidió instituciones — como la Escuela de Apicultura de Mendoza, la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo y la Junta de Estudios Históricos—, obtuvo cátedras universitarias y dirigió el Instituto Nacional de Historia de la Universidad Nacional de Cuyo, trayectoria académica que sería coronada con su ingreso a la Academia Argentina de Letras en 1966, y la recepción del cargo de Doctor Honoris Causa de la mencionada Universidad, en 1986.

Pero es preciso retroceder hacia el adolescente agobiado por las responsabilidades y a la vez acuciado por un gran deseo de conocer, pero no sólo lo que podían ofrecerle los libros que desordenadamente caían en sus manos, como ocurre con los autodidactas, sino también —o sobre todo— el mundo que le iba revelando la gente más humilde en las sendas de su provincia, y en especial los arrieros y carreteros, un sector de la sociedad campesina que se iba sumiendo ya en el olvido, desplazado por el ferrocarril. Libreta en mano, e imponiéndose un método, registraba esos relatos traídos a menudo de muy lejos, junto a poemas y cantares anónimos. Se trataba por lo común de un lenguaje colmado de arcaísmos, que patentizaba la gran huella humanista del Siglo de Oro, tan opuesto al viejo oscurantismo español. En este sentido destacaba Draghi Lucero a los laguneros de Huanacahe, entre los que vivió un largo período, cuyos arcaísmos hispánicos insertos en una sociedad de origen huarpe se explicaban por los realistas que se refugiaron allí durante las guerras de la Independencia. Rozando la antropología, decía Don Juan que se debe convivir con la gente, pues no podía uno presentarse de golpe ante ella y pedirle el material que atesoraba. Para evitar esta forma de paracaidismo «científico» se quedaba dos o tres meses en un sitio, hasta ser considerado como uno más. Abría así el oído a los cuentos que se contaban de noche junto al fogón, aunque sin revelar un especial interés, a fin de no suscitar desconfianza. Para que todo resultara más fluido, les llevaba azúcar, yerba, cigarros y otros pequeños regalos, y se ponía a contarles los

cuentos que sabía, a plantearles adivinanzas e incluso a cantarles antiguas tonadas. Para que cayeran en la trampa, cometía errores voluntarios en un relato, permitiéndoles así el orgullo de corregirlo, confesando con ello que lo conocían. Su vida fue así un continuo rodar detrás de esos adobes con los que luego armaría *Las mil y una noches argentinas* y casi todos sus libros. Rescató también del olvido más de un centenar de canciones y danzas antiguas de Cuyo, recogidas más tarde en su *Cancionero Popular Cuyano*, con el que se sumó, al igual que Orestes Di Lullo y Guillermo Alfredo Terrera, al proceso recopilador inaugurado en 1926 por Juan Alfonso Carrizo, cuando la Universidad Nacional de Tucumán publicó su *Cancionero de Catamarca*.

Salvo algunas excepciones, este libro se integra con cuentos maravillosos, acaso el más deslumbrante y complejo de los géneros de la narrativa folklórica. Pero tal complejidad no los hace imprevisibles. Todo lo contrario, pues su estructura, basada en la repetición (aquí el número tres suele ser clave), el paralelismo y otros recursos, no nos depara grandes sorpresas ni fuertes estremecimientos de terror, pero nos permite ingresar en un mundo encantado, donde al final triunfan el bien y la justicia. Prueba de ello es el vértigo en que nos sume «Las tres torres de Hualilán», tal vez el más alucinante y el mejor estructurado de sus cuentos, o los combates colmados de transformaciones maravillosas, como el que ocurre en «El cuerpo sin alma». No faltan aquí por cierto los auxiliares mágicos, obtenidos como señal de gratitud por favores realizados en forma desinteresada, que permitirán al héroe afrontar situaciones que de otro modo le hubieran resultado fatales. En estas historias no hay mayores jerarquías sociales. Los más humildes dialogan de igual a igual con los reyes, a los que entrevistan sin solicitar audiencia, para casarse finalmente con sus hijas, tras sortear difíciles pruebas o salvar al reino o la princesa de un peligro. A veces, como en «Donde irás y no volverás», el rey se convierte en el Brigadier General, transposición realizada seguramente por el autor para adaptar la historia a la Argentina del siglo XIX, sin que esto modifique la estirpe de un relato que está ya, aunque contado con otros elementos, en la tradición española, e incluso en la del África Central, como se lo oí contar y cantar a un griot del Congo. En este cuento de difusión universal, Draghi Lucero introduce también referencias a los Incas, como el pájaro verde que llora «por la muerte del Inca Atahualpa, hijo del Sol que nunca muere», buscando así un anclaje en la historia andina que no resulta a la postre poco feliz, pues la estructura del relato nada tiene que ver con los mitos de este pueblo, tanto en sus contenidos como en lo formal.

El elemento medieval europeo se manifiesta no sólo en el orden feudal, sino también en las devociones extremas de las que hacen gala algunos personajes, como se lo ve en «El Negro Triángulo», cuento que potencia la más cruda dialéctica del Bien y del Mal. Para ser fiel a la historia, el autor exalta aquí sin cortapisas estos

aspectos conservadores de la cultura popular, no siendo él un creyente ni un allegado a los poderes de este mundo. Pero la humanidad del relato aflora luego, en el rescate del fuego del Infierno que hace el hijo de su padre, condenado no por un afán de riquezas ni de poder, sino tan sólo por el amor de una mujer. En «El Media Res», relato recogido también por María Inés Palleiro y otros investigadores del país, lo que lleva al cazador a vender el alma al Diablo es simplemente el hambre que aqueja tanto a él como a su familia, motivado por el mismo Demonio, al vaciar el campo de los animales con los que se alimentaban. Aquí la metáfora es aún mejor: el poder reduce a los humildes al hambre, y en esta circunstancia les exige que vendan el alma para sobrevivir. En tal venta, entonces, no hay pecado, o se peca a medias.

La extensión de los cuentos excede ciertamente a la de nuestros relatos folklóricos, lo que indica que más allá de sus concesiones a la oralidad, de cuyo aliento busca imbuirse, impera la complacencia del escritor. A diferencia de la monumental obra árabe de la que toma el título, no hay aquí cuentos encadenados, ni tampoco metidos uno dentro de otro como las muñecas rusas, los que se dan en llamar «cuentos encajonados». Su recurso es reunir relatos breves y anécdotas en un solo relato de larga duración, al que añade los adobos de su erudición histórica, fruto de 25 años de estudiar documentos coloniales en los archivos, y también de sus conocimientos geográficos, que le permiten estirarse en precisas descripciones del paisaje físico, que casi no existen en los cuentos tradicionales.

Tampoco se encontrará aquí esa refinada base sensorial y sensual que caracteriza a la gran obra de la literatura árabe, pues tal espíritu no tiene nada que ver con la construcción de la realidad propia de nuestros criollos, marcada por una austeridad expresiva reñida con todo regodeo en el lenguaje, a lo que se une la gran reserva mostrada cuando se refieren al amor, al que ven como una inconfesable —aunque necesaria— debilidad. Las pocas escenas amorosas son tratadas aquí con la misma distancia púdica que pone el cuento popular, en el que hasta describir el más discreto de los besos parece avergonzar al narrador. Nunca el lenguaje se carga de erotismo, pero sí de ternura, de un amor abstracto por la materia narrada, lo que le impide extremar la crueldad y el horror, como si eso fuera a deshumanizar la historia. Esta se monta, como se dijo, sobre la estructura clásica de los cuentos maravillosos, que Draghi Lucero conoce muy bien, sin haber realizado probablemente estudios formalistas. Su estética, acompañada siempre por una sana ironía, se respalda en la ética y se compromete con la verdad y la justicia. El cuento «Juan de la Verdad», en el que el personaje es un esclavo negro, constituye una expresa afirmación de este valor hoy tan relegado. Don Juan reconoce lo duro que era aquel tiempo en que se asomó al mundo, con patronos que exigían jornadas de trabajo de hasta dieciséis horas y disponían a su antojo del destino de la gente. Este recuerdo lo llevó a tomar siempre partido por los pobres, por los explotados, aunque sus denuncias nunca

traicionan la literatura con el panfleto.

El estilo de estos cuentos no es parejo, pues en unos el autor busca conciliarlo en mayor medida con el de la oralidad, y en otros, como en el caso de «El mal guardián», se aleja un poco de esta matriz para construir un texto pensado desde los recursos de la escritura, lo que le permite un mayor vuelo en el manejo de las metáforas y un uso menor de modismos. Cabe señalar que cuando estos últimos aparecen en el texto suelen venir en bastardilla, lo que implica, por parte del autor, no asumirlos como propios (cosa que sí hace, por ejemplo, el narrador de *Don Segundo Sombra*), produciendo en consecuencia un efecto de extrañamiento que se aproxima a la parodia, aunque esto queda finalmente redimido por el amor a dichos mundos que envuelve a toda la literatura de Draghi Lucero. Se permite además una serie de neologismos que sospechamos son de su invención, que no van en bastardilla.

Este libro, convertido ya en un clásico de nuestras letras, se publicó por primera vez en 1940, en una edición de autor. En 1954, la Editorial Guillermo Kraft lanzó en Buenos Aires una segunda edición, más pulcra. En 1967, el Centro Editor de América Latina tuvo a su cargo la tercera edición, y hay una cuarta del Gobierno de la Provincia de Mendoza, de 1992. Todas ellas están ya completamente agotadas, por lo que esta reedición, efectuada a partir del texto de la de Kraft, posee el mérito de devolver a las librerías una obra que no puede faltar en ellas, tanto por el gran significado que tiene en la historia de nuestra cultura, como por el placer enorme que proporciona su lectura. Sería de desear que un proyecto editorial futuro sumara a la misma los cuentos de *El loro adivino* (1965), prologado por León Benarós, y los de *El pájaro brujo* (1972), libros a los que el autor consideró la segunda y tercera parte respectivamente de *Las mil y una noches argentinas*.

Don Juan empezó a escribir a los 24 años obras de teatro, tarea que abandonó pronto por no existir compañías teatrales en Mendoza. Se dedicó entonces a los cuentos, pero también este camino le fue espinoso, pues luego de lanzar con éxito *Las mil y una noches argentinas* tuvo que esperar hasta 1964 para publicar sus *Cuentos mendocinos* y los poemas de *Al pie de la serranía*. En 1966, Eudeba le publicó *El hachador de Altos Limpios*, y en 1969 salió *El bailarín de la noche*, cuentos a los que estimaba especialmente. En 1988, vio la luz *Y los ríos se secaron*, como secuela del Premio Sudamérica de Artes y Letras, en el que me tocó ser jurado.

Todo fue tardío en la vida de Don Juan, pero al igual que las lentas carretas de antaño, no dejó de alcanzar su destino. Se casó a los 52 años, con Paula Yolanda Costábile Argumedo, quien aceptó subirse a un automóvil desvencijado para seguirlo en sus interminables travesías. No tuvo hijos que administraran su legado, aunque de ello se ocupan hoy los que siguieron el rumbo que marca su estrella. Publicó su primera novela, *La cabra de plata*, a los 82 años. Sus mejores recuerdos se remontaban a los fogones de la inmensa noche campesina, cuando oía, recogido en sí

mismo como si asistiera a una ceremonia sagrada, las canciones antiguas acompañadas con guitarras y los cuentos maravillosos contados por humildes arrieros, así como las crónicas de las sufridas andanzas de esos seres trashumantes a los que el progreso fue cubriendo con su niebla, hasta convertirlos en apariciones fantasmales, semejantes a los enigmáticos personajes de sus propias historias, donde no faltaban terribles artificios de curanderas ni brujas que acudían, lúbricas y presurosas, a encontrarse en la Salamanca con el Señor de las Tinieblas. Pero no todo era el imperio del Mal, pues a veces el buen Dios bajaba del cielo montado en un burro a impartir justicia, castigando a los ricos y soberbios y consolando o premiando a los pobres. Ya don Juan Draghi Lucero no está entre nosotros, pero sus creaciones ganaron el mismo prestigio que él adjudicaba a los más antiguos veneros de la tradición oral, sumándose a esa memoria larga que nutre la identidad de los pueblos. Escribió hasta el final, sin parar, quejándose de que sus dos últimas novelas no hallaban editor, siempre con la cabeza repleta de historias que la vida no le permitió seguir recreando, pues había sido ya muy generosa con él y a los 99 años hay que pensar en el descanso, en reintegrarse mansamente a la tierra. Al final dijo que lo importante era haber hecho un camino lleno de amor, pues nada esperaba del más allá. «Creo que después de la muerte está la nada», sentenció sin que le temblara la voz. Pero en parte se equivocó, pues aunque su carne esté ya en polvo disuelta, su obra alcanzó el raro don de la inmortalidad.

Adolfo Columbres. Buenos Aires, noviembre de 2001.

¡Padre Ande...!

*Tres palabras apuntalan
al espejo de los miedos:
Cuerpo sin Alma. Inmortal
porque no puede ser muerto.*

*Por una calle y por otra
atacan a sus murallas...
Él los contiene, diciendo:
—Tóquenme otra mediacaña.*

*El mozo más medianero
llega al pueblo por trabajo,
lo mandan contenga el hambre
de mil animales flacos.*

*Allí miró secadales
lindando con altos pastos
y habló a la niña princesa
para un quehacer a su brazo.*

*... No fue de bestia feroz
la ayuda más valorada...
A la hormiguita discreta
¡acrediten esta palma!*

(Tonada abajina, compuesta por un cantor letrado para memoria de estas
desazones).

*El inmortal poderoso
fue vencido, cara a cara.
—¿Quién lo venció al inmortal?
-No sé ni cómo se llama.*

*Tan pobre fue el vencedor,
tan poderoso el vencido,
que es de perderse pensando
cómo fue, qué ha sucedido...*

*Una fuerza caudalosa
y otra de poca medida,
y a la fuerza de caudal
¡la venció la más rendida!*

*Ocho ayudas que vinieron
a favor del que venció;
pero ocho ayudas contaba
el inmortal que murió...*

*... Por agua penaba un pueblo,
y este mozo, por amor.
Venció, y el agua y cariño
¡por calles se derramó!*

(«Compuesto» de un arribano que oyó las mentas del vencedor).

EL CUERPO SIN ALMA

Era un matrimonio muy pobre que trabajaba en las minas de la sierra. Ya eran viejos marido y mujer, pero tenían un hijito donde reposaban todo su engaño y su encanto. Por la mañana se iba el viejo al pique de la mina y no volvía hasta la noche, y así el niño se lo pasaba todo el día con su mamita, y su gusto y embeleso era que ella le contara cuentos de andanzas sin fin. Por la noche, volvía su padre, y esas tres almas se acurrucaban en el fogón del ranchito serrano; sus *hablitas* apenas se oían en los profundos de los silencios del Ande... Así fueron pasando unos tiempos y otros, y el niño se ganó a mocito y quiso acompañar a su padre al fondo de la mina, para ayudarle. Apenas le permitió el viejo una que otra bajada. «Podieran sentarse los socavones y aplastarnos a los dos, y entonces, ¿quién cuidaría a la viejita de su madre?», le porfiaba su *tatita*, pero consintió que *pirquiniara* los minerales en el desmonte. Fue pirquinero el mocito y trabó relación con gente de arría y los carreteros que llevaban el metal a los llanos. De noche iba al fogón de ellos y se embelesaba oyéndoles contar sus muchas peripecias. Oyó hablar de las penurias del marucho y supo del sufrido viajar de los arrieros por esas pampas infinitas. Tanto le dijeron del mundo y sus floridas novedades que, apenas cumplidos sus dieciséis años, quiso salir a rodar tierras y ya pidió el *permisio* y la bendición a sus padres para dejarlos... ¡Más bien no lo hubiera hecho! Los viejos se volvieron un mar de lágrimas y se le hincaron, pidiéndole que no los abandonase. Se allanó, pues, el mocito, muy triste, a vivir al lado de sus mayores. Lo llamaban el mundo y sus desavenencias, pero es que siendo un hijo tan amartelado, ahogaba sus arrestos en tristes silencios. En un continuo desear, subía al divisadero y desde ahí espiaba las huellas y sendas, y hallaba consuelo pensando que llegaría la ocasión de seguir huella y senda hasta perderse a lo lejos, en los llanos.

Un día que su padre había bajado a la mina, tembló todo el cerro, y una *sentazón* de tierra sepultó a los mineros en piques y socavones. La viejita y el hijo se abrazaron para procurarse un consuelo, pero la pobre no pudo resistir el atraso y al año ya moría. El mocito vino a encontrarse solo en el mundo, en un continuo llorar a sus padres queridos. Labró una cruz de chañar y señaló la tumba de su mamita en el desolado camposanto minero. Allí iba a rezar todos los lunes y a pedirle a la Virgen que sus padres gozaran de las serenas glorias del Eterno... Así pasaron otros tiempos, hasta que las novedades del mundo le hicieron unas señitas... Y ya comenzó los preparativos para salir a rodar tierras. Se hizo de bastimentos y de tres pares de ojotas reforzadas, y un anochecer, después de rendir sus oraciones, tomó la huella y se destinó a caminar...

Caminó y caminó hasta llegar a rendirse al cansancio y caer dormido al pie de un

solitario chañar. Entre las neblinas del sueño, se le aparecieron su mamita y su *tatita* y lo abrazaron y lo besaron, y le dijeron que ya que había resuelto salir a andar por los caminos del mundo, fuera siempre *atencioso* y se desvelara por ser cumplido y llano con todos. Que luciera justa mano en el reparto, si le tocaba ser juez, y siempre hombre medianero en los pleitos de los vecinos. Con estas y otras palabras de avenencia y buen gobierno, se deshicieron las neblinas queridas en los mantos de la noche. Bañado en lágrimas se despertó el mocito, y en medio de esa noche de los desiertos se juró seguir fielmente los consejos de sus padres. En cuantito quiso alumbrarse el cielo, cargó sus alforjas y se agachó a caminar.

Caminó y caminó hasta gastar esas ojotas. Apeló al segundo par y siguió caminando. Trepó serranías y bajó a los llanos en seguimiento de un desvelo. En esta porfía le ocurrió que una mañana, al desembocar en un cañadón, se encontró con una res muerta y varios animales feroces sentados a su lado, como haciendo aprestos para comerla, pero sin probar un bocado por mirarse y cambiar gruñidos. Retrocedió el mozo, con miedo, y no había desandado mucho, cuando lo alcanzó una zorra que venía de la reunión de animales. «Párese, mozo, le gritó. Mi tío *lion* me manda a decirle que se vuelva, que quiere hablar con *usté...*». Atribulado el rodador de tierras se volvió. «No se nos asuste ni se encoja, caminante, le gritó el puma-león en cuanto lo vio cerca. Lo *hi* hecho llamar para que nos reparta, con buena mano, esta res. *Nohotros* no podemos echar cuentas ciertas, y ha de ser un hombre medianero el que señale a cada uno su justa ración». «Bueno», dijo el mozo, y comenzó con su cuchillo a despostar la res. Al puma-león le dio las cuatro piernas. Al jaguar, el cogote y la cabeza. Al chanco cieneguero, el espinazo con los lomos. Al yalguarás, los matambres, la cola y el pecho. Al cóndor, las ubres, el corazón y los riñones. Al gavilán, las demás achuras y la punta de espalda. Al cernícalo, la lengua y los sesos, y a la zorra, las tripas. «¿Y a mí?», salió diciendo la hormiguita. «Para la hormiguita, los restos de la grasa que han caído al suelo...», aclaró el mozo. Y al momento, todos aquellos animales se pusieron a comer su parte lo más contentos. Solamente la zorra murmuraba mientras engullía las tripas amargas. ¡Se sentía el ruido de tantos que mascaban!

El mozo se despidió de todos y se fue con sus alforjas al hombro.

Al rato ya los animales habían acabado toda la carne y se entretenían ruñendo los huesos, pero la zorra seguía rezongando. Mascaba una tripa amarga y decía: «*Mago...*, *magó...*, *magó...*». (Amargo..., amargo..., amargo). «¡Qué *decís* vos!», le gritaba el puma-león. «*Uci...*, *uci...*, *uci...*». (Dulce..., dulce..., dulce...), respondía la muy picara, haciéndose la santita. Al atardecer ya no quedaban ni señas de la res. «¡Qué ingratos somos!, dijo de repente la hormiguita. Ese mozo nos ha contentado a todos con su proceder medianero y nosotros no le hemos pagado ni con las gracias...». «¡Cierto!...», bramó el puma-león. «A ver, vos, zorra picara; alcánzalo al

rodante y decile, de parte de todos *nohotros*, que lo queremos hablar». Allá salió la zorra, a los rezongos. Después de trotar un buen rato logró alcanzar al caminante. «Dice mi tío lion que se vuelva, que lo quiere hablar». «¿Para qué será, zorra?», preguntó el mozo bastante asustado. «¡Ah! Yo no sé nada», respondió la zorra, volviéndose muy taimada. «¡Caramba!, se decía el hombre mientras se volvía por segunda vez. Cuando menos han quedado disconformes con el reparto y quieren comerme». Con el corazón *tun tun* por estos tristes pensamientos, compareció de nuevo ante las bestias salvajes. No bien llegó, levantó su voz el puma-león. «Ha de saber, amigo, dijo, que le estamos ¡tan agradecidos a su justo proceder!, y hemos caído en la cuenta que le somos deudores de un gran servicio. Yo, por mi parte, le voy a regalar una virtud muy preciada». Se sacudió, y recogiendo del suelo el más brillante pelo amarillo, se lo alcanzó al mozo. «Cuando *usté* se vea en un gran peligro ante un fuerte enemigo, dígale a este pelo: “Dios y el león-puma más feroz que en el mundo ha sido”, y al tiro se verá en un animal, lo mismo que yo, lleno de ardimiento y fiereza». «Y cuando tenga que luchar con una bestia terrible, dijo el jaguar, alcanzándole uno de sus pelos, el de más brillo, diga: “Dios y el jaguar más sanguinario que en el mundo ha sido”. Y se convertirá en la más terrible fiera de los llanos». «Y si se ve en guerra con cualquier enemigo, diga al instante: “Dios y el chanco cieneguero más potente que en el mundo ha sido”, y nadie resistirá a sus filosos colmillos», le dijo esa bestia, alcanzándole la más gruesa de sus cerdas. «Y si quisiera correr al animal más veloz del llano, diga: “Dios y el yalguarás más ligero que en el mundo ha sido”, y nadie lo igualará en la carrera», y le alcanzó uno de sus pelos barcinos. «Y si quiere remontar las últimas alturas del cielo, se dejó decir el reposado cóndor, diga: “Dios y el cóndor de más alas que en el mundo ha sido”, y al momento podrá escalar el cielo», y le alcanzó una plumita blanca de su gargantilla. «Y si se ve precisado a cazar en el aire», se sumó el gavián, diga: «Dios y el gavián de más seguro volar que en el mundo ha sido, y se convertirá en esa ave cazadora», y le dejó una de sus plumas. «Y por si quisiera ser el volador de más manejado vuelo, diga: “Dios y el cernícalo de la sierra más dueño del aire que en el mundo ha sido”, y al instante podrá dominar leguas y leguas en un abrir y cerrar de ojos». Esto le dijo esa ave, al tiempo que le pasaba una de sus plumas entre amarilla y negra. Por último, levantó su voz la hormiguita: «Si necesitara pasar por el ojo de una llave, basta que diga Dios y la hormiguita más chiquita y discreta que en el mundo ha sido, y podrá entrar y salir de las casas más guardadas». La zorra no le dio ninguna virtud, porque, por ser tan pícara, Dios no la había favorecido con ninguna.

El mozo agradeció tantos preciados caudales y con el sombrero en la mano se despidió de cada uno de los animales allí presentes. Contento y más que seguro, siguió su viaje. Caminó y caminó por abras y lomadas, por salitrales y albardones, hasta que, al fin, a los cien días de camino, mereció divisar, muy a lo lejos, las torres

desgastadas de un pueblo. Tres días más de marcha y le fue dado entrar por la calle *rial*, hasta dar con las primeras casas. Se arrimó a la más pobrecita de todas y pidió *permiso* para pasar allí la noche. «Pase, nomás, mozo», le dijo una viejita, y le convidó con mate y tortilla al rescoldo. Al calor del fuego hablaron mucho la viejita y el forastero. Ya parte de medianoche, el rodante se fue a acostar en su ponchito, bajo la ramada.

Al otro día salió a curiosear el forastero por las calles del poblado. A poco andar cayó en la cuenta de que algo más que raro acontecía en ese pueblo. No asomaba ni gota de agua por las acequias, y los árboles estaban deshojados y al secarse. Los pocos animales que se merecía ver, daba lástima el mirarlos, de tan flacos y tristes que andaban. Tenían los ijares hundidos y se les podía contar las costillas, una por una, tanto a vacunos como a yeguarizos. En los potreros y mangas, ni rastro de pasto había ya. Todo era un peladero reseco. Los hombres y mujeres ni se reían, y andaban como bajo una amenaza ¡tan tremenda! Todo era tristeza y desolación. «¿Qué pasará aquí?», se decía el mozo, y no encontraba palabras para el contesto. Siguió caminando por la calle real, cuando, de un repente, se paró en seco a mirar unos potreros con la alfalfa del alto de vara y media, donde pastaban vacunos y caballos gordísimos, que era un encanto el mirarlos. Por las acequias regadoras corría tanta agua, que se desbordaba, y los árboles estaban lozanos en su verdor. Anduvo otros pasos más y se paró frente a las tapias divisorias. Miró la abundancia ¡tan alegre!, por un lado, y el secadal ¡tan triste!, por el otro. «Aquí hay un misterio», se decía, devanándose los sesos, sin hallar ni media respuesta. Siguió caminando hasta detenerse ante un caserón de piedra y adobe, en el que se alzaba un altillo muy soberbio. Allí parecía vivir el dueño y señor de las haciendas y campos abundosos. Hasta ahí llegaban los canales de agua que regaban las verdes potreradas, y apenas si salía un medio hilito de agua para la acequia principal del pueblo, como una limosna de bebida para tanta gente y animales sedientos.

El curioso forastero dobló por otra calle hasta dar con la plaza del poblado. La plaza estaba seca. Secos sus devorados jardines y sus árboles, y resacas las acequias regadoras. Siguió hasta los tristes palacios del rey. No se veía un alma por esa calle real y solo se divisaba al centinela que, de puro consumido y flaco, se afirmaba en la *garabina* recortada para no caerse. Al rato salió un medio alférez en un caballo tan flaco que si daba dos pasos, se paraba a descansar antes de dar el tercero. «¡Algo se contiene todo esto!», se repetía el mozo.

Cuando se quiso esconder el sol detrás del Ande salió uno que otro vecino a la calle, y no faltó quien sacara una silla, para medio gozar la fresca. Alguna niña más alegre se lució sacando un brasero a la vereda y cebando unos matecitos, que se los alcanzaba a los viejos; pero todos hablaban bajito, bajito y ¡tan apenados! Gracias si tres niñitos se atrevieron a jugar a la pallana, con piedritas de colores, cuando ya los

viejos, poniéndose el dedo en los labios, los llamaron a silencio y todos bajaron la voz. «¡Algo muy raro pasa en este poblado!», se volvió a machacar el mozo, y se fue a su paradero.

La viejita lo esperó con flores de maíz. Mientras comía, el rodante contó lo que había visto por esas calles, y le pidió a la viejita que le alcanzara sus palabras con la razón y motivo de tanta cosa sin atadero. «¡Ay, mozo!», es que le dijo la pobre vieja. «Ha de saber que aquí en este pueblo vivimos bajo la terrible mano del Cuerpo sin Alma, que es un hombre muy alto y negro, a quien nadie ha podido matar, porque solo tiene cuerpo y ni restos de alma tiene. De balde el rey ha mandado sus ejércitos a *peliarlo* al tirano. Esa maldición del cielo les ha presentado batalla y se los ha ido mermando hasta dejarlo sin tropas. Si cuchillo o espada le hace un *dentre*, o un balazo le abre un boquerón, él se cura esas heridas de un solo lengüetazo que se da en las carnes abiertas... Nadie lo puede matar, pero él nos está matando a todos con sus muchas tiranías. Primero nos fue mermando el agua de riego, poco a poco, y así se murieron de sed y de hambre todas las haciendas y plantitas que hablan, hasta reducirnos a la más llorada miseria; mientras que él nada en agua y riega sobre riego sus potreradas y se tapan en grasa sus vacunos y yeguarizos y el doble le rinden sus trigales y maizales y árboles de fruto. Ha fijado compuertas en los canales y apenas si nos larga un chorrillo de agua para que no nos muramos todos de sed y sigamos sufriendo esta maldición. ¡Ah! Y cuidadito con que alguien meta apenas una bullita y le perturbe el sueño de la siesta, porque, ya sale él, queriéndoselo comer... La última hazaña que hizo fue quitarle la hija menor al rey, para tenerla de servidora, y la pobrecita no hace más que llorar y pedir la muerte antes que seguir esa vida, pero no hay remedio a tanta pena y sinsabor». «Tal vez haya uno», se dejó decir el mozo a media voz, pero ya cerró su boca. «¿Será posible que haya un remedio a tanto mal?», preguntó la viejita, esperanzada. «Yo no he dicho ni medio», aclaró el forastero, y siguió el hilo de temerarios planes...

Al otro día, bien de mañanita se fue el mozo a los palacios del rey, a pedirle un trabajito. Llegó a sus portales y vio que, más que palacio, aquello era una ruina. Pidió al centinela hablar con *Su Socarrial Majestá*, y ni caso que le hizo el de la *garabina*. En un descuido se entró y, por escaleras arriba, llegó al altillo en el mismo momento en que el rey y la reina estaban *cacariando* porque una niña princesa quería lavarse la cara y *Su Socarrial Majestá* decía que eso era desperdiciar el poquito de agua que llegaban a merecer. En estos desacuerdos estaban cuando se presentó el mozo. «¿Qué andas queriendo vos?», le preguntó ese pobre rey. El mozo lo miró y lo volvió a mirar, y lo *vido* flaco y abatido por tanta derrota. Apenas se le sostenía la corona en la cabeza. Se le *ladiaba* para un lado y luego para el otro. La corona, con ser de oro, ni brillaba, y ni siquiera las perlas y diamantes despedían ni medias luces. «En busca de un trabajito ando, mi *Socarrial Majestá*... Sé manejar el arado y sentármele a un

potro arisco; conozco el manejo de la hacienda vacuna y lanar, y sé *cueriar* sin un tajito, y trenzar buenos lazos y cabezadas. ¿No es que me está necesitando?». Mirándolo se quedó el triste rey, como quien mira a un imposible. Por fin se avino a decir: «¿Qué terreno *querís* que haga labrar, forastero, si no hay ni pizca de agua para riego? ¿Qué potros vas a domar, si ya ni yeguas me quedan? ¿Y para qué vas a trenzar lazos si ni qué enlazar me ha quedado?...». Esto dijo ese triste rey, y medio se quiso sonreír, pero apenas si pudo ladiar la boca para un lado, de puro marchito y desganado que estaba. «¿Es posible, porfió el mozo forastero, que todo un rey, con ser rey, no tenga un trabajito para estas manos? Algo *hei* tener, mi *Socarrial Majestá...*». Aquí se empantanó, pensando, ese mandón... Al rato alumbró medias palabras: «Si es que *querís* cuidarme el pobre resto de vaquitas y ovejitas que me van quedando, te podías quedar: pero has de saber que el último pastor que tuve murió traspasado por la espada del Cuerpo sin Alma, porque tan solamente una de mis flacuchentas ovejitas alcanzó a saltar la pirca que divide mis mangas resecas de sus floridos potreros. ¿No *tenís* miedo?». «Yo le cuidaré el resto de su hacienda y no tendré cuestiones con *naidés*», le aseguró el mozo. «Si es así, aclaró el rey, ya *mesmo* te vas a soltar las poquitas vacas y ovejas que merezco tener; pero te vuelvo a pedir el mayor cuidado. No quiero tener pleitos con ese tirano invencible. Demasiadas derrotas cargo en mis hombros». Iba a salir el mozo cuando entraron dos niñas princesas y se arrodillaron a los pies de su padre. «¿Hasta cuándo va a gemir prisionera nuestra hermana en poder del Cuerpo sin Alma, *tatita*?». «¿Hasta que se le dé la *rial* gana!, les contestó el rey. Sin escolta me quedé por presentarle batalla, y ya no me quedan ni centinelas. ¿Qué quieren que haga? ¿Que vaya a *peliarlo* yo solo, *pa* que barra el suelo o haga otras herejías conmigo? Por más gaucho que yo sea, ¿de qué me sirve el valor, si a ese no le ofenden ni balas ni sablazos? Pero consuélense, hijitas, que algún día le llegará su hora, y entonces la gozaremos, en contrapeso a tanto lamento y desvelo como estarnos pasando...». Las niñas princesas siguieron con sus lloriqueos, y el rey, para medio consolarlas, siguió *palanganiando* de lo lindo.

El mozo, con mayores caudales de voluntad, bajó a todo correr esas escaleras y, muy resolutivo, abrió las tranqueras de los corrales y largó las flacas hacienditas a esos secadales que en otros tiempos fueron las verdes potreras del rey. Los hambrientos animalitos escarbaron el suelo resquebrajado, y al olfatear los frescos pastizales del Cuerpo sin Alma, balaban desesperados y como queriendo encarar las pircas divisorias. Tuvo el mozo que correrlos un buen trecho para impedir las encaradas... En eso estaba el pastor de animales flacos, cuando, de repente, se achicó de miedo al ver venir a un hombre muy alto y muy negro, en una gran mula oscura. Era el Cuerpo sin Alma. Su cara huesosa anidaba dos ojos de mirar trasminante. ¡Nadie podía sostener esos brillos que se burlaban de la muerte! Vestía chaquetón verdoso y calzones rojos; botas negras, pañuelo punzó al cuello y un gran sombrero bayo. Su

montura lucía chapeos en oro y plata, y sus dedos deslumbraban de tanta joya vistosa. Medio empacado anduvo mirando las paredes divisorias de su soberbia finca con los secadales del rey. A pocos pasos divisó al mozo, que se afanaba corriendo las vaquitas flacas. Se encrespó al verlo, y ya le alzó uno de sus gritos resonantes. «¡Ah, gusanillo de la tierra!, es que le dijo. Como se te pase a mis potreros un solo animal, ese animal y vos *mesmo* van a quedar hechos picadillo por esta espada y este brazo. ¿Has *óido*?». «Sí», mi señor contestó el mozo, con el corazón *tun tun* dentro del pecho; mas, al echar cuentas que tenía la virtud de tanto animal feroz, se rehizo y aguantó esas miradas. Se dejó estar, medio entre la paz y la guerra, soportando la trasminante presencia del Cuerpo sin Alma, y cuando por fin se fue el tirano, corrió a encerrar las vaquitas al corral y, guareciéndose en un lugar solitario, sacó una de las plumas que guardaba y dijo: «Dios y el gavilán de más seguro volar que en el mundo ha sido». Apenas pronunció estas palabras, cuando se vido hecho gavilán, con ansias de vuelo. Estiró con placer las celosas alas y se remontó por entre los aires. Voló a su gusto, gozando serenas alturas; así anduvo sus ratos, y luego se asentó en el altillo del Cuerpo sin Alma. Allí se dejó estar, cautelando unos momentos, y viendo que el tirano rondaba todavía por sus verdes potreras, se descolgó al suelo y ya pudo ver a una niña más linda que un clavel del aire, que andaba de cocinera. «Dios y un hombre», dijo, y al momento recobró su figura humana. La niña al verlo, dio un grito y casi se desmaya, pero el mozo le pidió silencio con el dedo en los labios.

En pocas y apuradas palabras le dijo quién era y a qué venía. «Soy el cuidador de las haciendas del rey, su padre, y vengo en procuras de salvarla; pero necesito su ayuda...». Y entonces le pidió que cuando volviera el Cuerpo sin Alma, ella, haciéndose la curiosa, como niña que era, le preguntara en qué fincaba ese secreto para no morir... Que dónde residía ese poder tan grande y escondido que tenía... Que le contara y le diera razón de tan terribles cosas... Que despejara un poco tanto velo y misterio. «¡Ay!, se quejó la niña princesa prisionera. Él nunca deja traslucir media palabra sobre secretos tan celados; sin embargo, haciéndome la regalona curiosa, yo le tiraré de la lengua; pudiera ser que de puro soberbio y asentado en su poder, diga algo». «*Usté*, niña princesa, muéstrese amable con él, hasta sacarle sus secretos; mire que nos va la vida en la empresa. Hágalo por *usté* y por todos los demás que sufren sus tiranías». «Así lo haré, mozo», dijo la niña princesa. «Procure que le dé la razón de su poder cuando esté almorzando en el comedor. Yo lo estaré oyendo todo, valido de unas ayudas que me acompañan». Y le contó el mozo cómo y por qué tenía ocho virtudes. Acabando su relación estaba cuando oyeron llegar la mula del Cuerpo sin Alma, que ya volvía a las casas. «Dios y la hormiguita más chiquita y discreta que en el mundo ha sido», dijo el mozo, y al momento desapareció de la vista de la niña princesa.

«¡Está o no está esa comida!», rezongó el Cuerpo sin Alma, apeándose de su

cabalgadura, en el patio. «A punto está, mi amo, le contestó la niña princesa. Y tendida fue la mesa para que el hombre más valiente de la tierra se siente a almorzar». «Así me gusta verte sumisa, le contestó el Cuerpo sin Alma, entrando al comedor. Y para que veas que no soy tan malo y tirano como andan diciendo esos, te permito que te sientes a comer en mis manteles».

Sirvió la niña princesa la comida y se sentó en la otra cabecera de la mesa; pero antes le trajo mucho vino a su amo. Comió y bebió el tirano y se mostró medio suelto de lengua. La niña princesa le sirvió otra jarra de añejo y se aventuró a hablarlo. «Como niña criada con todo regalo, empezó diciendo, tengo una gran curiosidad. Es curiosidad de niña, y no otra cosa». «Ya *hi* dicho que quien me haga preguntas tiene pena de la vida», le gritó el Cuerpo sin Alma, pero se quedó pensando. «¿Y qué *curiosidá* tan picante es esa, vamos a ver?». «¿No se va a enojar si la digo?». «A según y conforme», contestó el tirano. «Como niña indefensa que soy, me pregunto a veces en qué consiste que nadie lo puede matar a *usté*, aunque lo traspasen a bala y a sable». «¡*Uh!*... ¡*Uh!*... ¡Traición estoy oliendo a mi lado, y más de sonso seré si caigo en el lazo!». «¡Señor!, le contestó la niña princesa. Estoy aquí sólita, a su merced. ¿Qué puede temer un hombre tan poderoso como usted de una niña indefensa?». «La mujer tiene un punto de astucia que ningún hombre ha podido alcanzar», dijo el Cuerpo sin Alma, parándose y mirando por todos los rincones. Abrió las puertas de las piezas contiguas y no vio a nadie; ni rastro de intruso. «En fin, para que no te quedes con la *curiosidá*, te voy a contar mi secreto». Llenó un jarrón de vino añejo y se lo bebió de un trago. «Has de saber, es que le dije, que yo tengo alma como todos, pero esa alma no se anida en mi cuerpo... Mi alma está dentro de un huevito de paloma, y esa paloma se anida dentro de un gavilán, y ese gavilán dormita en el pecho de un cóndor, y ese cóndor tiene su paradero en el interior de un chanco de las ciénagas, y ese animal se encoge en el vientre de un jaguar feroz, y ese jaguar se agazapa dentro del toro negro, el más bravo de la hacienda que pasta en mis potreros. Para poder matarme han de tener que morir, *pe liando*, uno a uno los animales nombrados, hasta llegar al huevito de paloma, y han de tener que reventármelo en la frente, si es que no se les escapa antes y corre, rodando, hasta una laguna que hay en el centro de mis potreros. Si llega a la laguna ese huevito, reviven todos los animales feroces de mi lista y yo vuelvo a ser quien siempre ha sido... Y para que no vuelvas a tentarme con tus curiosidades, que no me gustan, *tomá* este *chisto*», y con el revés de la mano le pegó a la niña princesa en la frente, y ella cayó desmayada al suelo...

La hormiguita chiquita y discreta, que había trepado a una pata de la mesa, pudo escuchar, una a una, las palabras del Cuerpo sin Alma. Ya sabedora de tan escondidos secretos, comenzó a bajar, y así que llegó a tierra se subió a una pared, y de ahí al techo del caserón. «Dios y el gavilán de más seguro volar que en el mundo ha sido»,

dijo, y volvió a gozar del encanto de unas alas... Volando, se dirigió a los corrales del rey. Allí se transformó en un hombre, y se encogió a pensar en sus planes de batalla contra el Cuerpo sin Alma. Hasta la medianoche se le calentó la cabeza pensando.

Mientras tanto, la niña princesa pudo volver en sí. Se levantó como pudo y bebió una sed de agua. «¿Qué es lo que te he contado?», le preguntó con burla el Cuerpo sin Alma. «Quisiera cómo acordarme de un toro negro y un huevito de paloma», contestó la niña princesa, pasándose la mano por la frente. «*Ja, jay... Ja, jay...*», se burló el tirano, mientras se iba a dormir la siesta, más tranquilo que otro poco; pero esa noche la niña princesa le sirvió mates con adormidera para que durmiera más.

Al otro día, no bien apuntó el ardido lucero, el mozo saltó los tapias de los dominios del Cuerpo sin Alma, y apenas divisó al toro negro, que se le vino echándose tierra sobre el lomo, dijo, con el brillante pelo amarillo en la mano: «Dios y el león-puma más feroz que en el inundo ha sido». Al momento se convirtió en un puma del Ande, y rugió tan fieramente que hizo temblar la tierra. El toro negro le respondió con un bramido de duelo y guapeza, y se le vino, con la cabeza baja, a ensartarlo en sus filosas astas. Ya trabaron el encuentro. El león-puma se libró de un salto de ser herido, y otra encarada y otro salto hizo que entraran en calor para la terrible lucha. Ya con más confianza, el león-puma se corrió a un lado y midió su cimbrón al lomo del toro negro, y de un zarpazo le abrió ancho tajo en el cogote. Rugió la bestia al sentirse herida, y se le vino en forma engañosa, corneando a todos lados con furor. Alcanzó a esquivarlo el león-puma, pero no tan ligero que no lo raspara con los cuernos por las costillas. Encrespada la fiera, midió un nuevo salto y se le afirmó en la nuca al toro negro y logró abrirle una vena. Se tiró de espaldas el toro y casi lo aplasta al puma-león. De esta manera y con renuevos de porfía, siguieron luchando, hasta que comenzaron a echar espumas de tan cansados. Al salir el sol se dieron treguas, porque ya no podían más. Y dijo el toro negro:

*—Quién recibiera consuelos
de manos del Cuerpo sin Alma,
¡y al tiro la muerte te daba!*

Pero el Cuerpo sin Alma no vino, porque la niña le dio adormidera en el mate. Respondió el león —puma:

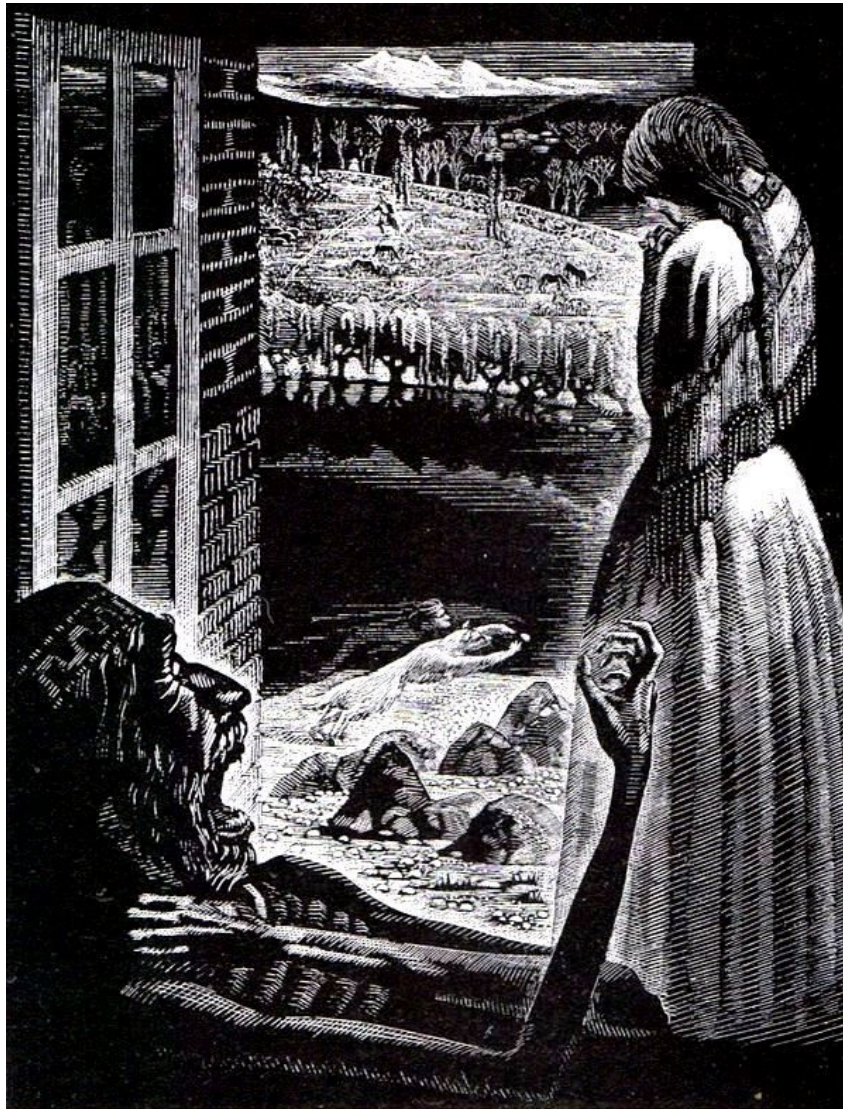
*—Quién recibiera consuelos
de manos de una niña doncella,
juntamente un beso de ella,
¡y al tiro la muerte te diera!*

En eso apareció la niña princesa y lo acarició al león-puma y le dio agua para su sed.

Con más ardor se volvieron a topar el toro negro y el león-puma. Se tiraban zarpazos y cornadas y hacían temblar la tierra en sus encuentros. Toda la mañana pelearon con renuevos de furor ciego. Al llegar el sol a lo más alto del cielo, clavó el toro las astas en la tierra y ya cayó sin restos de vida. «Dios y un hombre», dijo el león-puma, y al instante retornó a figura de hombre. Tremendos machucones tenía en el cuerpo, bañado en sudor. «Me voy a descansar, dijo a la niña princesa, para mañana seguir la lucha. Vuélvase a casa del Cuerpo sin Alma y no se le arrime ni un chiquito, si quiere salvar la vida». Se separaron, y el mozo llegó a su recado y se acostó a dormir para retomar fuerzas.

Desde el punto en que murió el toro negro, el Cuerpo sin Alma se sintió enfermo y quedó en la cama. Malició de donde provenía su atraso, y la llamó a la niña princesa. La llamó a las buenas, y menos le hacía caso ella. «Venga, niña princesa, le decía. Alcánceme un jarrito de agua; no sea así con un pobre enfermo». Pero ella se hacía la desentendida. Viendo el Cuerpo sin Alma que no le valían tretas, desfogó al fin su rabia. «¡Ah, pícara traidora! Con que lograste hacerme confesar mi secreto para socavarme a traición, ¿no?... Pero más vale que no te fallen las cuentas, porque ni el recuerdo va a quedar de vos y tu familia. ¡Ah, pícara!...». Y la prisionera más se alejaba del enfermo.

Al otro día, con las luces del alba, se plantó el mozo al lado del toro muerto y lo empezó a abrir con un cuchillo. En cuanto asomó la oreja del jaguar, dijo: «Dios y el jaguar más sanguinario que en el mundo ha sido», y se tornó en esa bestia ferocísima, justamente en el momento en que la otra fiera salía de adentro del toro muerto. Bramaron los feroces y ya trabaron el primer encuentro a zarpazos terribles. Pedazos de cuero se sacaron con su garras y colmillos, pero más se enfurecían. Uno se agazapaba y el otro medía el salto bien certero y alguna ventaja lograba; pero la lucha era pareja.



Al salir el sol estaban tan rendidos y maltrechos, que se dieron treguas. Y dijo el jaguar salido del toro:

*Quién recibiera consuelos
de manos del Cuerpo sin Alma,
¡y al tiro la muerte te daba!*

Y le contestó el mozo convertido en jaguar:

*Quién recibiera consuelos
de manos de una niña doncella,
juntamente un beso de ella,
¡y al tiro la muerte te diera!*

Y vino la niña princesa, y le dio agua para su sed y le roció las heridas. «Gracias, mi niña», dijo el mozo. Convertido en fiera, y con más furor y encono volvió a

toparse con el enemigo.

Pelearon y pelearon. Por fin logró el mozo, convertido en jaguar, clavarle sus colmillos en la garganta a su contrario, pero, maltrecha y herida, siguió la porfiada lucha la otra bestia feroz...

Cuando el sol llegó a medianías del cielo, el jaguar del Cuerpo sin Alma gastó sus últimas fuerzas en presentar batalla. Al fin agachó la cabeza a tierra, le tembló todo el cuerpo y allí se quedó, duro. «Dios y un hombre», se oyó decir, y del jaguar sanguinario salió el mozo de antes. Estaba más rendido y sangraba por la boca y nariz. La niña princesa lo consoló y le dio agua para su sed y le contuvo la sangre, y antes de irse le dejó un beso en la frente. «¡Gracias, mi cielo!», pudo decir él, resollando, y se fue a acostar en su recado para reponer su tan desgastadas fuerzas.

El Cuerpo sin Alma se empeoró bastante. Se le había caído una pierna. La llamaba y la volvía a llamar a la niña princesa, pero ella ni por tentación se le acercaba. Y el tirano la maldecía con quemantes palabras, y la insultaba con lo más arrastrado; pero ella cargaba con todo, pensando en su libertad.

Antes que palidciera el oriente, ya estaba el mozo en el potrero, cuchillo en mano, haciéndole un ojalito al jaguar. Apenitas comenzó a asomar la trompa del chanco de las ciénagas, dijo: «Dios y el chanco cieneguero más potente que en el mundo ha sido», y se convirtió en esa bestia, justamente cuando acababa de salir el otro personero del Cuerpo sin Alma. Ya cruzaron sus colmillos, empinados en dos patas, y se tiraron terribles dentelladas. Midiendo el todo de sus fuerzas, se toparon con la suma del furor ciego. Se volvían a apartar un trecho y hacían las juntadas con todo el poder de sus patas y colmillos. Al rato ya coloreaban de sangre, y el suelo alfombrado de cerdas. Así, con estas duras porfías, siguieron hasta que se levantó el sol. Las dos bestias se pidieron y se acordaron treguas, porque ya se caían de cansadas.

Y dijo el chanco personero:

*—Quién recibiera consuelos
de manos del Cuerpo sin Alma,
¡y al tiro la muerte te daba!*

Y le respondió el mozo convertido en fiera de los barriales:

*—Quién tuviera las caricias
de manos de una niña doncella,
juntamente un beso de ella,
¡y al tiro la muerte te diera!*

Y se volvió a aparecer la niña princesa con un cantarito de agua fresca y le calmó la sed que lo aquejaba, le contuvo la sangre de sus heridas y le dejó el beso de sus consuelos.

Medio, medio descansaron los enemigos, y ya volvieron a cruzar sus terribles encontrones. Más heridas se abrieron, y con más furor pelearon. En uno de esos encuentros, el chanco cieneguero del Cuerpo sin Alma fue desgarrado de una dentellada. En tres patas siguió la pelea, sin rendirse todavía.

Cuando el sol se paró en lo más alto del cielo a mirar la tierra, el personero del Cuerpo sin Alma clavó la trompa en el suelo y se derrumbó para siempre. «Dios y un hombre», dijo la otra bestia sanguinaria, y al tiro se convirtió en el mozo lindo. Corrió la niña princesa con su cantarito y le dio agua para su sed y sus heridas, y lo besó en la frente. «Gracias, *prenda*», pudo decir el mozo, y apenas tuvo aliento para llegar a los corrales del rey, a dormir en su recado.

La niña volvió al caserón del Cuerpo sin Alma. Abrió con cuidado la puerta del cuarto del tirano y lo *vido* ya postrado y sin ánimos. Tenía medio cuerpo caído, y lo quemaba la fiebre. Así y todo, atinaba a sus tretas. «Venga, niña princesa, le decía dulcemente. Venga, hijita... Alcánceme un traguito de agua, que ya me muero». Ni por esto se le acercaba la prudente.

Esta vez el mozo esperó a que aclarara bien. La lucha iba a ser en los aires, y ¡pobre de él si la claridad no lo ayudaba! En cuantito asomó el sol, le hizo un ojalito al chanco de los pantanos. Apenitas alcanzó a ver asomar una uña del escondido, dijo, con la blanca plumita en la mano: «Dios y el cóndor de más alas que en el mundo ha sido», y ya tuvo que correr, dando aletazos, detrás del otro cóndor que escalaba las alturas. Volaron y volaron. Pasaron las nubes blancas y después las rosadas, y siguieron remontando vuelo hasta llegar a las altas nubes negras. Allí trabaron pelea. Con el pico, con las garras y con las alas, se herían con furor. Aletazos se daban y era de ver el montón de plumas que dejaban, y todavía, en su furia, se chocaban a topazos en pleno cielo, y recorrían leguas y leguas, bajando como piedras hasta cerca del suelo, y a pocas varas de la tierra se recobraban y volvían a ganar las serenas alturas. La niña princesa contemplaba esta pelea en los aires, conteniendo la respiración. La pobrecita rogaba a la Virgen por su salvador y le tiraba besos con la puntita de sus finos dedos.

A mediodía, atontados por tanta guerra, se dieron treguas los dos cóndores, en el aire. Y la tregua les sirvió para subir más, y más, en loca desavenencia. Pasaron el primer cielo y siguieron porfiando. Llegaron al segundo, y a fuerza de ala y de incontables pujanzas pudieron, por fin, pasar los portales del séptimo cielo, ya vecinos al sol quemante. Allí volvieron a trabar porfiada lucha, y quedó el desparramo de plumas en el aire. El cóndor del Cuerpo sin Alma se escapó y dio siete veces mil aletazos hacia arriba y llegó hasta el séptimo aro de luz del sol brillante.

Hasta allí lo siguió su rival, y los dos cóndores sintieron que se les achicharraban las alas y se mandaron como balazo a tierra para escapar a tanto fuego llameante. Siete leguas bajaron con las alas cerradas y, en esas alturas, las volvieron a abrir para la porfiada pelea. Pelearon y pelearon a encontronazos, a garra y a pico, hasta que a eso de las doce, al cóndor del Cuerpo sin Alma se le quebraron todas las fuerzas y se vino a tierra como pedrada. Se dio un terrible suelazo y ya clavó el pico en el suelo. Detrás suyo llegó el otro cóndor, todo maltrecho. «Dios y un hombre», pudo decir apenas, y, al momento, se convirtió en el mozo. Corrió la niña princesa con agua para calmar la sed y refrescar sus heridas. Lo acarició y al fin lo besó en la frente. «Gracias, *prenda fina*», dijo el mozo, y se fue a las tambaleadas a los corrales del rey, a dejarse caer en su pobre recado.

El Cuerpo sin Alma tuvo otra terrible recaída. Deliraba sin cesar, noche y día. Ya solo gobernaba un brazo, pero tenía voz para llamarla a la niña «Hijita... ¿Tiene corazón para dejarme morir de sed?... Alcáncele a este pobre enfermo tan solo un traguito de agua, ¡por vida suya!...». Y la niña se hacía la desentendida.

Había asomado ya el sol cuando el mozo le hizo un tajito al cóndor, y vio asomar una pluma del gavián. «Dios y el gavián de más seguro volar que en el mundo ha sido», alcanzó a decir, cuando tuvo que lanzarse en seguimiento del otro, que ya se perdía de vista en dereceras al sol. Las dos aves ganaban altura, veloces como el pensamiento. El gavián del Cuerpo sin Alma seguía derecho a la luminaria del cielo para no ser visto, y mucha fineza de vista le costó a su perseguidor el poderlo distinguir, como un puntito, en medio de los relumbres cegantes del sol. Volaron y volaron sobre las pampas inmensas. Cruzaron ríos, cordilleras y, por fin, la mar inmensa. Mas siguieron hasta que se acabó el naciente. Torció entonces el gavián fugitivo, rumbo al sur, a todo lo que daban sus alientos, sobre chañarales inmensos, sin un descanso ni una tregua a sus alas. Porfiaron cortando los aires fríos, hasta que llegaron a las lejanas fronteras del helado sur... Torcieron, entonces, hacia el poniente, y fue cruzar de inmensas cordilleras que sobrepasaban las nubes. Siguieron demandando las lejanías hasta que, por fin, llegaron al lugar donde se hunde el sol. Entonces se ladearon hacia los nortes inmensos. Cruzaron salinas y altiplanos, y desvariaron en la porfía, sin treguas ni resuellos. Cuando llegaron a los paredones de los confines, se volvieron con rumbo al caserón del Cuerpo sin Alma. Dale que dale a las alas incansables. En llegando a sus dominios, presentó batalla el gavián fugitivo. Garras, picos y alas se trabaron a más no poder, ya subiendo, ya bajando, o ya parados en el aire, para lograr mejor la fuerza de sus pensados golpes. Quedó el desparramo de plumas y llovieron goterones de sangre. Si uno huía, el otro le iba de atrás y se le dejaba caer con todo el peso de su rabia; y dándose vueltas los dos en los remolinos del aire, giraban al son de la pelea. Volvían a tomar altura y en medio del cielo se aporreaban con todas sus fatigadas fuerzas. Porfiaron y porfiaron en la

batalla, hasta que, en el justo momento en que el sol se escondía en el Ande, aprovechó sus últimas fuerzas el gavilán del Cuerpo sin Alma para aletear hasta frente del caserón de su dueño y ahí caer a tierra. Clavó el pico en el suelo y entregó los restos de su vida. Juntito a él se descolgó el gavilán vencedor, y, no bien asentó, dijo: «Dios y un hombre». Al momento se apareció el mozo, bañado en sudor y saliéndole sangre por tantas heridas. Pronto llegó la niña princesa con un blanco pellón, que tendió en el suelo. Allí se recostó el vencedor y bebió agua, y la niña le refrescó sus heridas. Ella le trajo consuelos y caricias con su fina mano, y como despedida, le dejó un beso de rosa en la frente. «Gracias, mi dueña», le dijo el mozo, con los restos de su fuerza. Juntó sus poquitos alientos y, pasito a pasito, se fue a los corrales del rey, y en cuanto llegó a su recado cayó dormido como piedra.

Esa noche el Cuerpo sin Alma ya se empeoró como para morir. A gatas se le oían los resuellos ahogados, y ya ni movía esos brazos, pero animaba una que otra palabrita cortada. «¡Agua! ¡Agua!», alcanzaba a clamar, con voz que buscaba el corazón; pero ni media gota merecieron esos resecos labios.

Al otro día, de mañanita, cuando el sol asomaba por los deslindes del este, se paró el mozo ante el gavilán muerto. Con la puntita de su cuchillo medio le quiso abrir el costado, y ni bien mereció ver una pluma del ala voladora de la veloz paloma, ya dijo: «Dios y el cernícalo de la sierra más dueño del aire que en el mundo ha sido», y al punto se *vido* por esos aires, detrás de ligerísima paloma. Apenas se remontó un poco la perseguida, cuando se dejó caer como flecha entre las ramas de un tupido chañaral. Detrás de ella se descolgó el cernícalo, clavándose entre tupidas espinas. Allí gambetearon sin tregua ni resuello, dejando plumas y sangre en el ramaje. Aprovechó un claro la paloma ansiosa, y se cortó por esos campos en demandas de altura. Detrás de ella se encumbró el cernícalo de fina mirada, y mucho trabajó su entendimiento aparejándose a la perseguida y a su vuelo engañoso. Parecían serpientes del aire por las retorcidas figuras de su vuelo. De repente la paloma cerró sus alas y se dejó caer, igual que balazo, entre la ramazón de un coposo algarrobo. Allí fue a dar el cernícalo de liviano vuelo, y dejaron sangre y plumas en tanta espina sedienta. Después de caracolear por esas ramas, volvió la paloma a levantar vuelo engañoso... ¡Detrás iba el cernícalo, cercenándole las plumas de sus alas! Se volvió a tirar la fugitiva entre los quiscales, y fue hacer eses entre espinas y peñascos. Volvieron a ganar los libres aires, en vuelo quebrado y engañoso. Se afanó el cernícalo, y cuando le tiraba el más seguro agarrón, cayó la paloma como piedra entre las ramas de un piquillín... Por un instante la perdió de vista el cernícalo de fina mirada, y se le achicó el corazón, pensando que su batalla era perdida. Pasando y repasando por sobre el piquillín, pudo, con el rabo del ojo, verle tan solo una plumita a la habilosa paloma, y al tiro se le dejó caer con todo el peso de su vuelo y con las garras tan abiertas... Se quedó con las plumas, porque la voladora ganó esos libres

aires, haciendo las figuras de la culebrina. Así anduvieron, cernícalo y paloma, en lucha de vivezas, hasta que llegaron a la sierra más fragosa. Allí fue subir y bajar por quebradas y cañadones, en el más afanoso de los vuelos. En esta lucha de malicia anduvieron paloma y cernícalo, sin darse resuellos ni treguas. Al fin desembocaron en un abra cultivada, y ganaron una tupida arboleda, y fue subir a la copa de esos árboles altísimos y bajar al tronco, al ras de las hojas. Subieron y bajaron, pegaditos a las ramas, en un continuo volar malicioso y sin descanso. Ya la paloma se puso a dar vueltas alrededor de cada árbol y tan pegada a la ramazón que las dos aves dejaban plumas en las ramas avanzadas... Atinó a volverse el cernícalo y se topó con la paloma, pecho con pecho, y le clavó sus garras con furor inmenso. Se le escurrió la perseguida, pero fue para llegar hasta el altillo del inmenso caserón del Cuerpo sin Alma y caer en medio del patio. Por el pico echaba sangre, y en su desesperación la batía con las alas. De atrasito cayó el cernícalo de la sierra, y a su lado se dejó estar hasta verla morir y quedar dura. «Dios y un hombre», se oyó decir, y al momento retomó su figura el mozo. Corriendo llegó la niña princesa con su cantarito de agua, y fue calmarle la sed y rociarle tanta herida. La niña le peinó esos cabellos revueltos con el peine de sus dedos finos y lo consoló con palabras animosas y le dejó un beso en la frente. El mozo tuvo fuerzas para pararse y ceñirle un abrazo y devolverle el beso. «¡Dueña de mi alma!», le dijo con palabras rendidas de quien tanto ha luchado, y ya juntó sus acabadas fuerzas y, al pasito, ganó los corrales del rey, y en cuanto enfrentó a su recado cayó dormido como piedra.

La niña princesa volvió a los aposentos, pero apenas se asomó a la alcoba del Cuerpo sin Alma. Mucho tuvo que afinar sus oídos para saber que todavía respiraba el enfermo. Quería levantar un resto de voz, en un vano pedir de agua. Así penaba esas horas de larga agonía. La niña princesa le aseguró la puerta y se retiró a dormir.

Al otro día, antes de que asomara el sol, se levantó el mozo y sacó del corral las flacas haciendas del rey. Las llevó hasta las pircas divisorias de esos peladeros con las verdes potreras del Cuerpo sin Alma y abrió portillos en esas murallas. Por allí pudieron pasar las vaquitas y ovejas, que ya se morían de flacas, y ¡era de verlas gozar en esos alfalfares en flor! Apenas se dejó estar un momento el mozo, mirando retozar entre la abundancia esos costillares sumidos; pero, muy luego, se paró frente a la paloma muerta. Se santiguó y se encomendó a Dios y se puso a considerar los planes de su última batalla. Habrían unos setecientos pasos hasta la laguna que guardaba las retenidas potencias del Cuerpo sin Alma. Si el huevito que atesoraba la muerta paloma alcanzaba a entrar a esas aguas, recobrarían su vida todos los animales muertos en batalla y sanaría por completo el tirano, para gozar sus venganzas planeadas... Miró con el lleno de sus ojos aquellos suelos y tiró sus cálculos meditados. Ya se agachó y le hizo con la punta de su cuchillo apenas un ojalito en el costado de la paloma, y se dejó decir: «Dios y el yalguarás más ligero que en el

mundo ha sido». No había acabado de convertirse en esta bestia de larguísimas patas, cuando ya estaba corriendo detrás de un blanco huevito que rodaba, escurridizo y malicioso, en demanda de la laguna de la vida... Se estiró el yalguarás con todo lo que le permitían sus fuerzas... Más se estiró corriendo, pero el huevito rodaba como una luz de ligero. Llegaron a unas barrancas y saltó el yalguarás para ganar camino, pero *vido* que el huevito se le salía de entre sus patas delanteras y ganaba un pedregal de piedritas blancas y redondas... «¡Ay!, se dijo el corredor de los barriales. Más que piernas, necesito fina vista». Y apenas si podía distinguir al huevito rodando por tanta bola de piedra. Allí se le cansaron los ojos entre los engaños de las piedritas blancas. Todas parecían huevos, y el pedregal entero parecía correr a la laguna. Se le desvariaron las miradas. Quería ser penetrante en un punto, pero el pedregal engañoso le robaba todo su mirar. Se le afiebró el seso y, ya alocado, se repartió en miradas ansiosas y desesperanzadas. Por fortuna se terminó el pedregal y desembocaron a un callejón polvoriento, y el huevo chiquito supo deslizarse entre el polvo y así alejarse en demanda de la laguna... El doble se estiró el yalguarás, viendo su batalla al perderse.

Ya las aguas estaban a pocas varas, ya ganaba la barranca el huevito, cuando el corredor, en los lindes de sus fuerzas, se estiró a más no poder... ¡Alcanzó a atrapar al huevito con la punta de sus uñas, al borde mismo de la laguna! Con gran cuidado lo apretó, y dijo: «Dios y un hombre», y se encontró hecho mozo con el huevito entre sus manos. Sudado y tembloroso, pensaba en lo poco que le faltó para perder todas sus luchas pasadas. Apenas si resolló un rato, pero siempre asegurando su presa con las dos manos, se encaminó para los palacios del Cuerpo sin Alma. En llegando, la niña princesa le abrió los portales y lo guio hasta el cuarto del tirano en agonía. «¿Conoce esta prenda?», le gritó el mozo al Cuerpo sin Alma, enseñándole el huevo de paloma. El enfermo medio hizo crujir sus huesos y quiso levantar la cabeza con un ojo abierto. «Sí... señor», pudo decir en un afanoso *resollar*. «¿Qué me da si le devuelvo esta prenda?», lo tentó el mozo. «Todo... lo... que... tengo», pudo responderle el tirano, con un hilito de voz. «Se la daré, le dijo el mozo tentador, si me confiesa dónde guarda las llaves de las compuertas y de sus riquezas». El Cuerpo sin Alma pudo hacer señas que estaban debajo de su almohada, y quiso estirar la mano para recibir el tesoro que guardaba su alma, su poder y su gloria...

El mozo se le acercó más, celando su conquista con sus dos manos y de un certero golpe se lo reventó en la frente. El agonizante dio un grito y la última de sus boqueadas...

Retiró el mozo las llaves de abajo de la almohada del Cuerpo sin Alma, y, tomados de la mano con la niña princesa, recorrieron las compuertas de piedra y fierro, y largaron las aguas a los acequiones y canales que repartían sus caudales por mil acequias regadores del pueblo. Al ver esta suspirada novedad, salieron todos los

vecinos y corrieron la voz: «¡Agua! ¡Viene agua!», se decían, maravillados. Se asomaron viejos y jóvenes a las calles y recogieron, ansiosamente toda el agua que pudieron, en botijones lebrillos y cuantos cacharros encontraron a mano. No quedó balde viejo sin llenarse, y hasta pozos cavaron para almacenar agua por más tiempo, creyendo todos que el Cuerpo sin Alma se habría descuidado por un momentito con sus compuertas... Y seguía viniendo más agua y cada vez con más fuerte correntada, y ya algunos empezaron a querer regar sus agonizantes frutalitos, y quien, más aprovechado, abrió los surcos de su reseca huerta para lograr la fiesta de la buena nueva. Como vieran que seguía viniendo más y más agua por todas las acequias, ya atinaron hasta a largar la corriente a los secadales que fueron potreros, para que volvieran a reverdecer. Agua y más agua corría por todos los acequiones, hijuelas y acequias regadoras, y la correntada seguía viniendo, cada vez más abundosa y alegre. Fueron echadas al vuelo las campanas y se armaron procesiones de creyentes que recorrieron las principales calles del poblado.

Fue tanta la bullaranga, el alboroto y el regocijo, que hasta el *mesmo* rey se asomó al balcón de su altillo, y agarrándose la corona, que no se la llevara el viento, preguntó a una vieja vecina qué era lo que pasaba con tanto triquitraque...

«¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!», oyó que decían mil bocas afiebradas, y vio que todos se afanaban por recoger sus poquitos en cuanto cacharrito viejo tuvieran a mano. Esto alcanzó a oír y ver el rey, y ya bajó las escaleras en cuatro saltos, agarrándose la corona; y ya barajó una pala también y se puso a hacer un tapón en la hijuela que pasaba por frente de su palacio, y mandó toda el agua a sus peladeros por la acequia regadora. Vino un vecino y le reclamó para que dejara pasar un poquito para los regantes de abajo, pero el rey, haciéndose más que sordo, se plantó sobre el tapón y de ahí no lo sacaban ni con cuatro yuntas. Ya ordenó a gritos que saliera la banda de música por todo el pueblo y tocara lo que pidieran. Y mandó tirar gruesas de cuetes y voladores, y como siguiera corriendo el agua por toditas las hijuelas y derramándose por esas calles, el vecindario se trabó en la apurada repartija y no quedó viejo ni vieja que no anduviera haciendo tapones y reabriendo esas acequias, ya borradas por el olvido.

Mientras se refrescaban esos secadales y se tejían mil discusiones por quién aprovechaba más esa bendición caída del cielo se les apareció el mozo, en soberbio *pingo*, con la niña princesa en ancas, frente a los palacios del rey. Los rodearon todos, y el mozo se enredó queriendo decirles tanta cosa a los ansiosos. En eso estaban cuando el rey se subió al altillo y desde ahí les pegó el grito al mozo y a la niña princesa, que entraran ligerito los dos.

Subieron las escaleras el mozo y la niña, tomados de la mano, y le contaron al rey, a la reina y a las princesas, toda la relación de lo sucedido.

«Es de *oyirlo* y no creerlo», se repetía el rey, sujetándose la corona. «Yo lo vi

peliar y desangrarse a este mozo por defender nuestra razón y provecho, y todo lo hizo llevado por su buen corazón y afán medianero», aclaró la niña princesa a su padre. «Por otra cosa también habrá sido, m'hija», le contestó el rey, clavándole la vista. La niña princesa bajó su mirar al suelo y se puso como guinda, «*ratita...*», rogó por fin la niña princesa, y no pudiendo seguir con el habla, se le arrimó a la oreja a su padre y allí le dejó unos secretitos; pero el rey se puso serio y comenzó que aquí y que allá, hasta que al fin medio quiso entrar en razón... La niña princesa le tomó la mano al mozo y, juntos, salieron al balcón del altillo, y el vecindario dejó palas y azadones para batir palmas de puro contento.

De repente, el rey se paró en el medio de la sala, lo trajo, de la cola de la casaca, aparte al mozo y le dijo: «¿Estás pero requetebién segurito que ha muerto, bien muerto para siempre y sin remedio el Cuerpo sin Alma?». «¡Más que seguro estoy, mi *Socarrial Majestá!*», le contestó el mozo. «¡Ah! ¡Ah!», es que se dijo el rey, hablando bajo con un pedacito de su boca. «¡Ah! ¡Ah!», se repitió, relumbrándole los ojos. Corrió escaleras abajo, agarrándose la corona, y salió al medio de la plaza. Allí se paro y comenzó a afinar el pecho para llamar la atención de todos. En cuantito se *vido* rodeado, largó su voz y proclamó a todo el vecindario, y mandó a su asistente que le trajera su caballo ensillado y su espada que cortaba un pelo en el aire. Cuando tuvo caballo y espada, montó y dijo con su tronadora voz de guerra: «¡A los palacios del Cuerpo sin Alma!», y el trompa tocó a degüello... La gente se hizo la sorda de puro miedo y algunos ganaron sus casas. «¡Los valientes que me sigan!», volvió a tronar el rey, y arrancó a media rienda en dirección a las casas del Cuerpo sin Alma... Se armó una gritadera tremenda... «¡No sigamos!», gritaban unos. «¡Es una *temeridá!*», respondían otros, y se formaron dos bandos. La mocedad más locona y pependciera siguió adelante, y uno que otro viejón que había hecho la guerra a los godos y a los indios, también se sumó... Se armó como un medio batallón y, queriendo y no queriendo, llegaron hasta frente a los palacios del tirano, y allí, mientras unos se ponían amarillos, otros más resolutos echaban las puertas abajo, y el rey el primero, aturdiendo con sus gritos, entró y ya subió las escaleras, agarrándose con una mano la corona y con la otra empuñando su cortadora espada. Les gritó a los miedolentos que lo siguieran... Lo siguieron, y cuando entraron al cuarto del Cuerpo sin Alma, vieron al rey dele que dele traspasarle con su espada... Ya lo sacaron al *dijunto* al gran patio y encendieron un fuego muy grande, y ahí lo tiraron y se ardió enterito toda la noche, y para que no quedara ni rastros, le aventaron hasta el poquito de ceniza que había quedado. Ya incendiaron el palacio también, para que no restara ni el recuerdo de tanta tiranía, y echaron abajo los tapiales de los potreros y entraron sus flacazas haciendas a esos pastos que era una gloria.

Así acabó tanta soportada guerra, mientras el agua volvía a cantar sin medida por los antiguos canales, acequiones y mil acequias diferentes... El vecindario se repartió

la hacienda del Cuerpo sin Alma, y quien no se llevó una ternera enlazó un novillo, y así anduvieron al tira y afloja entre unos y otros. El mismo rey sacó ovejas y sacó vacas; sacó bueyes y sacó caballos, y no se quedó atrás con los novillos gordos, y para medio conformar a los murmuradores que nunca faltan, mandó carnear diez reses de las más gordas, y los asados con cuero se hicieron en el medio de la Plaza de Armas, para festejar tanto cambio y buena nueva.

No había pasado un mes, no se cumplían los treinta días ni se terminaban las cuatro semanas de la muerte del Cuerpo sin Alma, cuando el mozo y la niña princesa celebraron su casamiento. Vino el arzobispo, el cura y el sotacura, y los casaron en la misma sala del rey, y si grandes habían sido las fiestas por la muerte del tirano, más grande fueron ahora y más gozó la mocedad del poblado, porque hubo bailes y carrera de sortijas, y fuegos de artificio y alegres bodegones con huasos de la sierra y gauchos de las pampas...

*Dos potencias en combate;
dos y nada más que dos,
y entre las dos un criollito,
¡todo prudencia y valor!
En los desiertos amargos,
en la pena y el dolor...*

*Con el puñal de una espina,
con el lazo de un cordón,
él hizo sus maravillas,
¡fue la ayuda del Señor!
Le lucieron sus trabajos
porque en Jesús se afirmó.*

*Tras de una pasión y un sueño
se fue a los campos confusos
y allí lo retó a pelea
¡al Enemigo del Mundo!
Y venció, porque su pecho
dulce fe tomó por rumbo.*

*Lucharon altas porfías,
se batieron dos extremos
y venció la cruz cristiana
porque es amor medianero.
En tierras de amargos criollos
supo librarse el encuentro.*

*Una es la razón primera:
que el hijo quiera a sus padres.
Segunda es la ley que sigue:
¡que defienda estos caudales!
Y él los supo defender
con amor vivo que se arde.*

*Volvieron tiempos gustosos
a la casa de los duelos.
No hay amor, dicen, más dulce
que el que es amor de renuevo...*

*Pidamos para el mocito
también un nido de premio.*

*(Tomada de la sierra, cantada por un huaso gaucho, en honor y
alabanza de esta guerra).*

EL NEGRO TRIÁNGULO

Allá lejos, pero muy lejos, en un poblado que castigaban los vientos de las pampas y las cordilleras, vivía un mozo muy bueno, muy humilde y trabajador. Era querido por cuantos lo trataban por sus prendas y merecimientos... menos por quien él adoraba. Porque es de saberse que este mozo estaba rezando devotamente una mañana a la Virgen y cuando levantó la mirada para descansar en la Madre de Dios, se dejó deslumbrar por los luceros de una niña que salía de la iglesia. Olvidó su devoción para seguir los pasos de su dueña terrenal. La siguió con renovado amor por calles y plazas, hasta que llegaron a la quinta de ella. Cuando la niña se perdió tras los portales de su casa, el mozo, sin hallar qué hacer, se quedó dando vueltas su sombrero en la mano... Rondando esos tapiales se le pasó el día, pero tarde en la noche se fue a descaminar sus pasos, sin poder hallar su centro. Anduvo como en el aire hasta la madrugada, y por fin volvió a su aposento y se tiró en su cama a llorar el amor...

Antes que saliera el sol, se plantó el mozo frente a la quinta de la niña hechicera, y cuando sonaron las campanas de maitines, vio que ella salía a misa con el libro de oraciones en la mano, seguida por una mulata. La siguió como siguiendo a una estrella bajada a la tierra, sin atreverse a hablarla. Así entraron a la iglesia, y mientras ella murmuraba su rezo, él ofendió a las sagradas imágenes con lo hondo de su olvido y desatención.

Terminadas sus oraciones, la niña se levantó y después de persignarse, salió a la calle. Hecho una pasión ardida siguió el mozo detrás de la amada como entre nubes de rosas, midiendo sus pasos por calles y plazas. A llegar a la quinta de la niña la alcanzó. Con el sombrero en la mano, desgobernó sus palabras: «Niña... Déme una de sus miradas. Alúmbreme con los luceros de sus ojos. ¡Alcánceme una esperanza a mi penar...!».

La niña levantó la vista y lo midió de pies a cabeza con una mirada de odio, y sin decir una palabra entró a su casa y dio un portazo como contestación.

Vagó el despreciado por callejones y huellas del poblado, seguido por su duelo y la sombra caída de su amor derrotado. Desanduvo callejones tierrosos y solitarios, con la suma de los desconsuelos sobre sus espaldas; pero su dolor no mermaba. Al alba, deshecho por tanta lucha vana, llegó a su casa y se sentó en su cama a mirarse ¡tan pobre y tan despreciado!

Acudió a un curandero famoso pidiéndole un remedio para olvidar el amor tirano, y el curandero le dio como cosa de milagro la famosa piedra de besar; pero no sintió alivio el enamorado. Tampoco trajeron tregua a su mal ni los ojos secos de víbora ni la cola del lagarto verde.

Ya no pensaba en trabajar ni en arribar como antes, y viendo que la niña

esquivaba con odio sus miradas en la iglesia, buscó el consuelo en las parrandas y borracheras. Se iba a las chinganas llenas de pecadoras y mozos alegres del pueblo, y dejaba pasar sus horas en el revuelto río de cortos placeres y lerdas penas. ¡No podía olvidar, porque en medio del bullicio chinganero, para él se hacía un gran silencio y entre los humos de la fiesta se le aparecía la imagen de la mujer querida!... Desesperado, ganaba la calle y descaminaba pasos en la noche huraña y sus pies lo llevaban siempre a pararse, a deshoras, frente a la puerta de la niña soñada... Allí lloraba el mozo sus lágrimas de amor despreciado, hasta que el sol barría las sombras, y se consolaba siguiéndola hasta la misa de maitines... Una tarde que vagaba triste, triste, sin saber qué hacer, sus propios pasos lo llevaron, sin remedio, hasta la casa de la niña codiciada. Llegó en el mismo momento en que un rico mozo, de la más noble familia del pueblo, paraba su caballo, reluciente la montura en oro y plata, en la puerta de la casa helada. Pudo ver el amante desgraciado, cómo el mozo visitante llamaba con las palmas de sus manos y cómo la misma niña lo invitaba a pasar...

Con el corazón sangrando por los puñales de los celos, lleno de sospechas y ya en el temido desbarranque, se tiró a los campos negados... Caminando horas y horas sin rumbo, fue a dar al rancho de una vieja bruja que velaba en la noche. Contó el mozo sus tremendas desavenencias, con lágrimas que le quemaban la cara. Por fin la maligna abrió juicio y dijo como buena sabedora de los encontrones del hombre: «El único que arregla los pleitos del amor es el Negro Triángulo. No hay otro en esta tierra». Y siguió hablando y tirando cuentas falsas. Muchas palabras terribles cambiaron con el mozo enamorado, hasta que, anunciando la medianoche, dio su tercer canto el gallo pinto.

Largó unas aullantes carcajadas la vieja bruja, en festejo y saludó a las deshoras que libertan las fuerzas desgobernadas de las negruras, y dijo entre risotadas: «¿De qué le sirve al hombre mozo su vida, si se le niega el amor?». Se volvió a reír la vieja maligna y sumó: «¿Y hay dolor más hondo que ver en ajenos brazos el bien codiciado? Vida que soporte estos dolores no es vida, sino una pesadilla de la vida...». «¡Cierto!, exclamó el mozo. Y aquí acaban mis vacilaciones. ¡Dígame para dónde dirijo mis pasos, que mis cuentas ya están echadas!». «Siempre al poniente, hasta dar con unos rodados al pie de la serranía. Al llegar llame siete veces al Negro Triángulo, que él se le aparecerá con el remedio en la palma de su mano...». Sin decir una palabra, el mozo se encaminó al poniente.

Caminó por campos ariscos, empujado por vientos enemigos y remolinos de esperanzas. Caminó y caminó, atropellando quiscas y piedras, cayendo y levantándose en la oscuridad de la noche alborotada. Siguió hasta encontrarse frente a unos rodados hoscos al pie de la serranía. Allí se paró, y dando la espalda a Dios y a la Virgen pura, y de frente a la Enemistad del Mundo, gritó, entregándose sin medida: «¡Negro Triángulo!... ¡Negro Triángulo!... ¡Negro Triángulo!...».

Tomó resuellos, afirmándose en la idea de que otro hombre sería el dueño del bien adorado. Gritó con más ganas: «¡Negro Triángulo!... ¡Negro Triángulo!...».

Sus últimos arrestos cristianos trabaron lucha en su corazón contra el pecado de los espantos... Abrió los ojos y los clavó en el cielo, demandando una guía para esos momentos de descarrilamiento... Y se vio a sí mismo, vagando por la soledad, con alta carga de dolor amoroso a la espalda... Se enderezó con fiereza y gritó: «¡Negro Triángulo!...». Y las fuerzas cristianas le tiraron de sus entrañas «¡No! ¡No!, le clamaban los adentros del pecho herido. ¡No renuncies al dulcísimo Jesús y a su Santa Madre! ¡Guárdate del Ángel Negro! ¡Defiende tu alma: bien que te dio el cielo! ¡Detente! ¡Detente, pecador!».

Volvió a sondear las negruras y le pareció ver en su fiebre a una pareja de enamorados, que a la luz de la luna se paseaban bajo algarrobos floridos, y que se besaban y se abrazaban en el delirio de la noche tibia. Oyó promesas de amor eterno y se estremeció de llameantes celos. Apartó, airado, la sombra severa de la cruz cristiana y, cerrando los ojos con furor, gritó a las negruras: «¡Negro Triángulo!...».

Tardó en abrir los ojos y alcanzó a ver al cielo herido por una inmensa culebrina de fuego. Se abrió el firmamento y se corrió, en un fondo de llamas, la sombra de una espada ondulada. Otras desavenencias celestes hirieron sus ojos y se llenó de congoja al saberse culpable de tanta transgresión, y lágrimas de arrepentimiento lo bañaron vanamente. Sintió que al escapulario bendecido, que su madre le pusiera de niño sobre su pecho cristiano, se le rompía el cordón y caía al suelo, y cuando se bajó a levantarlo vio que un pie, terminado en una gran pezuña partida, trizaba esa reliquia donde sonreía el pastor Jesús... Levantó sus ojos y se encontró delante de otros ojos profundos que dominaban su mirar. Miró con más cuidado y se vio delante de un hombre moreno, alto y buen mozo, que lo contemplaba con aire amigo. «Aquí estoy a tu llamado», le dijo el desconocido, sonriendo.

El mozo enredó sus palabras. Quería hablar, pero sus razones se retorcían como mimbres. El Negro Triángulo se sonrió, dominante, y le dijo: «No haga fuerza por hablar, mi mozo. Soy sabedor de sus males, y para que no haya duda en su pecho, mire esto». Sacó un espejo de su lujoso tirador, le echó su aliento y lo puso delante de los ojos del mozo. Miró y miró el cristal el pecador y vio que se corría la empañadura como una cortina y apareció la niña que lo enloquecía, y a sus pies el rico y enamorado rival que viera entrar a su casa. Valiosos regalos ofrecía el galán, y la niña sonreía, feliz... «¡No! ¡No!, gritó el pecador, apartando el espejo. ¡Que no le entregue su amor, que me pertenece!» «... Que te pertenece si firmas aquí», se dejó decir el Negro Triángulo, desenvolviendo un becerro. Tu firma y tu palabra, y tuya será esa prenda codiciada... «¿Pagaré con mi alma?», preguntó el mozo en agonía. «Amores y riquezas sin medida te daré durante siete años a cambio de tu alma», le esquivó el Negro Triángulo.

Lloró el mozo los rigores de su suerte. Sintió el derrumbe de sus fuerzas y, vencido y empujado, se allanó a la conquista y renuncia. Se hizo un tajo en el brazo, tomó la pluma que el Diablo mojaba en su sangre y firmó el becerro.

Se oyó gemir al Ángel de la Guarda, que desde ese momento, y regando los peñascales con sus lágrimas ardientes, se apartó para siempre de su lado. Lloró su humillación el Ángel de la Compañía y tomó el rumbo del cielo, a dar cuenta a Nuestro Señor de su derrota en la tierra de los hombres...

Desde este instante los pasos de este mal vendido ya no tuvieron más gula que la que le trazó la Negra Potestad.

De repente se hizo manifiesta la Salamanca, casa del Diablo, y las brujas en los descampados. De fiesta estaban los malignos por la nueva conquista del Negro Triángulo. Allí entraron los dos, el vendido y el comprador, y pasaron por entre el turbión de burla a lo sagrado. El Negro Triángulo adoctrinó a su conquistado y le señaló nuevo rumbo a sus pasos. Siete tinajones llenos de tejos de oro, y trajes, y joyas deslumbrantes le apartó, y luego hablaron mucho y cruzaron señas ciertas para siete años. Antes de que el gallo anunciara con su tercer canto el fin de las deshoras, el Negro Triángulo y el mozo que vendiera su alma cambiaron las últimas palabras. Al momento de despedirse, el Malo se arrancó un cabello y se lo pasó al conquistado, pidiéndole que al dormir lo pusiera en su cama...

Se oyó en esto la señal del gallo, y tanta falsía se desplomó en tremenda descompostura. Se desvanecieron, se fueron, se ausentaron las espantosas formas en los nacientes rosicleres del nuevo día.

Atontado el mozo, comenzó a bajar los contrafuertes, ganó los cañadones, luego los ríos secos y después salió al llano inmenso. Entró al fin a su casa y se tiró en la cama, molido y sin alientos. Fiel a su promesa, sacó del bolsillo el cabello del Negro Triángulo y se acostó con él... Al rato estaba durmiendo el pecador, pero se agitaron sus cobijas y asomó la cabeza una culebra crinuda, del grosor del brazo y de vara y media de largo. Después de refocilarse con el calor de las cobijas, bajó por una pata de la cama y anduvo por los cuartos, tomando posesión de la casa...

Era el cabello del Diablo. Era «La Familiar»...

Después de dormir como un plomo, se despertó el mozo ya casi al anochecer. Abrió los ojos y lo primero que vio fueron siete tinajones por los cuales salían los tejos de oro y joyas. Levantó la vista y encontró lujosos roperos, cuyas puertas abiertas dejaban ver trajes que ni los más ricos dueños de carretas usaban.

Se vistió y recorrió su casa. En todo había metido alguien la mano, desde la alcoba hasta la pesebrera. Habían muebles tallados, con incrustaciones de plata y oro. Todos los aposentos tenían ricas alfombras, y se echaba de ver el derroche y la riqueza por todas partes. El antes desolado patio lucía una fuente de piedra, donde rumoreaba un cristalino hilo de agua cayente. Loros y otras aves vistosas parloteaban

y cantaban bajo el enarcado parral del patio. El comedor relucía de tanta vajilla de loza pintada. Aparadores y mesas como para servir eternos banquetes decían que la vida era linda si el lujo y el amor convidaban sus caricias. Se allegó hasta la pesebrera y allí se quedó pasmado, admirando a un brioso *pingo* oscuro brillante que lucía una estrella blanca, de siete picos, en la frente. Mirándolo, se pedía campo para correrlo. Ahí, en lindo caballete, se floreaba una montura chapeada que era un primor...

Fuerte suspiro levantó su pecho. ¡Todo era suyo! ¡Todo lo podía gozar durante siete años!... Y ahí paró ya su pensamiento.

El pecador tiró sus cuentas permanentes. Nueva vida se le ofrecía y nueva vida se dispuso a gozar. Sin la sombra de una pena, se bañó y se roció con agua florida. Abrió los roperos y tardó mucho en elegir entre los mejores trajes. Se puso camisa y medias de seda. Calzón ajustado y botas charoladas con remates blancos. Chaquetilla de terciopelo con bocamangas y botones de fantasía y sombrero alto; al cuello, un pañuelo airoso de seda morada. Se echó unos puñados de joyas a los bolsillos y fue a la pesebrera a ensillar su caballo.

Le puso un bozal trenzado con finos tientos, y luego el freno con cabezada de cadena de plata y roseta de oro, las riendas de fantasía, trenzadas con canutillos de plata. Asentó sobre el lomo el pelero tejido y luego las caronas ribeteadas de charol, y arriba la montura chapeada en plata con estrellas de oro y estribos trompa de chanco, labrados con incrustaciones de plata. Apretó la cincha y luego colocó los pellones de peinado merino y el sobrepellón laboreado. Finalmente, la sobrecincha con relucientes esquineros. Recogió su talero cabo de plata y montó su caballo, a lo rey.

Hizo caracolear a su *pingo* sobre su propia sombra, y viendo que era una seda en la boca, lo acarició con las espuelas nazarenas de plata y oro, y el caballo piafó pidiendo cancha... Ganó el patio y abrió la puerta de calle. Volvió la cara para solazarse mirando a su casa y ¡vio salir de su alcoba a una gran culebra negruzca, con crines en la cabeza! El jinete miró con espanto a la arrastrada, que se retorció en la puerta de su dormitorio, tomando el fresco, y agachó la cabeza, pensando que nada le debía espantar en adelante... Su vida ya no era su vida. Hincó las espuelas al sillero y ganó la calle real, a gran galope atravesado...

Hizo rayar su *pingo* en la casaquinta de la niña. Se bajó y ató al sillero en el palenque y después de batir con fineza las manos, entró al patio haciendo sonar sus espuelas.

Salió la niña hechicera y apenas lo *vido* al mozo se sonrojó y lo invitó a la sala. Animado el galán, le tomó la mano y le habló de lo grande de su cariño con palabras elegidas. Allí el enamorado le pidió permiso para adornarla con un collar de perlas finas y una pulsera de diamantes. La niña, encendida en vivos colores, corrió a mirarse en el espejo, y viéndose más hermosa, le sonrió al mozo con fino encanto...

Conquistada, mandó la niña a su esclava mulata que trajera el brasero y la caldera con agua y la gaveta de los vicios, y ella misma, con su blanca mano, cebó matecitos dulces al galán y le convidó bizcochitos almibarados. Así pasaron las horas hasta que el reloj del cabildo dio las doce campanadas... Hora de irse. Se despidió el mozo, apretando finamente la mano de la niña. Quedaron en que volvería al otro día, al atardecer. Se retiró el enamorado, y al montar a caballo, notó que se movía un bulto sobre el techo de la casa de la niña. Miró con toda atención y cayó en cuenta de que era el Negro Triángulo que lo saludaba, muy su señor, con la mano...

Al otro día fue puntual a la cita. Nuevos regalos y nuevas promesas adelantaron el camino apetecido. Ya comenzaron a tirar planes estables y a cultivar un cariño verdadero. Y se repitieron las visitas, y el niño del amor ajustó los lazos de unión y buenaventura.

No habían pasado dos meses cuando ya se casaban los enamorados y fueron a vivir a la casa del mozo. Allí pasaron meses de dicha inmedible, gozando los primores del amor ansiado... Corrieron los días y semanas en dulce encadenamiento, sin una pena ni la sombra de un dolor.

Cuando se cumplió el plazo y la hora que Dios fija en las alturas, la señora dio a luz un blando niño: espejo del padre. No sabían dónde ponerlo, de tanto que lo querían y todo eran mimos y besos y caricias.

Fue creciendo el niño regalón, entre el cariño y la riqueza. Como buen criollo, su rendido padre le hizo traer una monturita chapeada de Chile, ¡y era de verlo al gauchito y huaso, jinete en un guanaco mansito, con botitas de potro y espuelitas!... Y el criollito mimado le decía a su cabalgadura:

«¡Amos, naco! ¡Amos, naco!...». ¡Uhs! El padre se moría de gusto y encanto; pero, de repente, en lo mejor de su gusto, se estremecía mirando la culebra que vagaba por su casa, a la que todos se habían acostumbrado a fuerza de verla y ser mansita.

Cuando el niño cumplió cinco años su padre lo colmó de preciados regalos. Le dio una fiestita y lo aturulló con regalos tan diferentes. Hasta música hubo, pero cuando más alegres estaban todos, el hombre se llevó las manos a la cabeza y se puso a llorar a gritos. Se asustó el niño y más la señora, que ya venía sumando sospechas de hacía tiempo... Con palabras engañosas, el hombre dijo esto y lo otro para calmar la casa. El niño pronto se olvidó de todo, pero la esposa comenzó a mirarlo profundamente y fue hilvanando hechos y más hechos y se sumió en un mar de dudas lastimantes.

—Contame, marido, la razón de tus llantos.

—Mujer, son cosas de mi corazón enfermo...

Y se fue labrando un abismo de dudas y sospechas en esa casa, donde todo fue cariño y confianza.

Así pasó otro tiempo. Cuando festejaban los seis años de edad del regalón de la casa y más engañados estaban todos en la fiestita familiar, el padre, con los ojos espantados, se arañó el pecho y se sacó sangre de la cara, en un arrebató de llantos infinitos. La madre mandó al niño a dormir a su pieza y ella se encerró en la alcoba con su marido. Ya habían madurado demasiadas sospechas y quería saber la verdad, por tremenda que fuera.

—Ahora y no después vas a decirme la razón de tus tribulaciones. ¡Ahora mismo has de hablar!

Retorció sus manos el hombre, clavó su vista en el cielo y, cayendo de rodillas a los pies de su esposa, lloró la suma de sus amargores... Apenas calmado, comenzó a contar el principio de su caída, cuando un silbido lo interrumpió. Volvió la cabeza y miró, espantado, que la culebra «La Familiar» se había arrollado en la pata de la cama y levantando la cabeza, silbaba de rabia...

—¡Y esa culebra maldita! —gritó su señora, rebelándose—. ¿A qué se debe que yo no pueda echarla ni siquiera de mi aposento? ¿Por qué ronda, celosa, en torno de vos? ¿A quién está vigilando?... Hombre caviloso. ¿Por qué nunca te confiesas en la iglesia? ¿A qué se debe tu soledad y palabras de espantoso abatimiento?

—¡Estoy condenado! —gritó el hombre, arrastrándose por el suelo.

—¿Has faltado a Dios?

—¡Vendí mi alma al Diablo para conseguir tu preciado amor!

—¡Aparta! ¡Aparta de mi lado, mal cristiano! —clamó ella con la suma de los espantos, corriendo a la camita de su hijo y protegiéndolo con las dos manos. Arrojó a su criatura y sin volver la cabeza ganó luego la calle y fue a refugiarse a la iglesia.

Allí quedó el vendido, tirado en el suelo, en un derramar de lágrimas y lamentos. Sintió que apiaba de la dignidad de hombre, y tanto, que la culebra cerduda se arrolló en su pierna y le acariciaba el pecho.

—¡Bajé a lo último! —gritó en su desamparo, y no queriendo profanar el aposento de su esposa, se ganó el fogón de la cocina. Allí lo siguió, amorosa, la culebra, personero del Mandinga.

Y en esta pena y esta derrota pasaron días, y pasaron semanas y se corrió un mes. A medianoche, queriendo acabar de una vez con sus martirios, salía al patio y llamaba a gritos al Negro Triángulo... Al fin le contestaba una voz que venía de los bajos de la tierra: «Faltan catorce días...».

Allí, en tremenda soledad con «La Familiar», se encadenaba a la espera de la noche del arreglo de fieras cuentas.

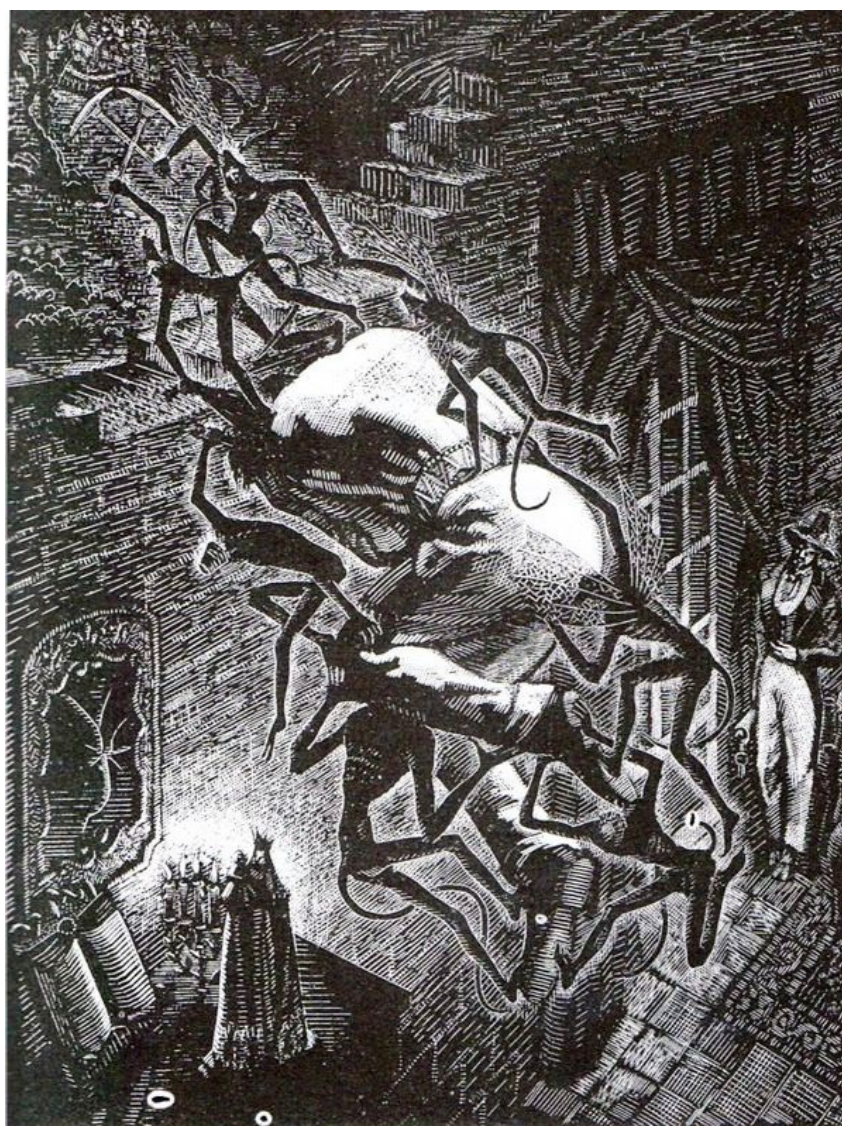
Y unos días pasaban lerdos y otros ligeros, y se cimbraban palabras perdidas, en un vano despedirse de la vida, de su mujer y de su hijito adorado... Vanos deseos lo cercaban de borrar su pecado y merecer el perdón de Dios para gozar de una muerte cristiana. En tan tremendo penar, se le acabaron las palabras y las lágrimas y solo

atinaba a llamar al Tentador, que se lo llevara de una vez, pero una voz apagada le contestaba: «Faltan siete días...».

La última semana fue de suma de los males. Ya caminaba, ya se paraba; tan presto corría como se tiraba al suelo. De pronto, se encerraba en una pieza a oscuras, queriendo librarse de «La Familiar», pero la culebra lo llamaba desde afuera con cariñosos silbidos, y él, vencido y amansado, salía a la resolana y se dejaba acariciar por el animal horroroso... En tanta baja lucha se corrieron los últimos siete días y llegó, por fin, el día temido de la cuenta.

El condenado se puso a rezar con devoción, pero cada vez que se golpeaba el pecho le respondía una carcajada de los bajos de la tierra... En este luchar de fe y de burlas, él encomendó a Dios a su mujer y a su hijito querido, y cuando más se reían de sus últimos pedidos, con más furor rezaba en su agonía... Así se corrieron sus últimas horas y llegó el anochecer y la noche.

Dando un terrible alarido de arrepentimiento y tirando por su salvación, se encerró en un cuarto y echó llave a la puerta y la atrancó fuertemente. Encendió velas y se consagró a oración.



Cuando el gallo anunció la medianoche, siete golpes llamaron a su puerta, pero él contestó rezando en alta voz. Le respondió una carcajada lastimante y pudo sentir un roce en la pared, como si una culebra grande subiera hasta el techo, y sintió pisadas como de gente y ya pudo darse cuenta cómo, entre varios, hacían un agujero en el techo de caña y barro... Miró con atención y ya *vido* que pasaban las puntas de horquillas de fierro. Un rato más y estuvo hecho el boquete por donde se descolgó «La Familiar», primero, y apenas tocó el suelo, se convirtió en un diablo menor, y luego se descolgaron seis diablos más, cada uno con una horquilla terrible y en un santiamén lo sacaron por el agujero del techo y, ensartándolo en sus armas, desplegaron sus alas de murciélago... Así, soltándolo unos y acapujándolos otros en los aires, se lo llevaron por los caminos de la noche hacia los Infiernos.

Cuando más gritaba el condenado, más se reían los diablos... Algún tiempo después, el señor obispo vino a la casa y la libró de toda potencia infernal. Roció el piso, las paredes y el techo con agua bendita, en nombre del Señor. Así pudieron volver a habitarla la madre y el hijo. Ella juntó todos los muebles y riquezas debidas al Negro Triángulo y los quemó, y se hizo de mueblecitos sencillos. Anudaron de nuevo su vida, la madre y el hijo, en la honrada pobreza y el temor de Dios.

Fue creciendo el niño y haciéndose fuerte y cada día más amartelado de su mamita. Cuando cumplió sus diez años ya era un jinete de recursos. Acompañaba a la iglesia a su madre y se hizo devotísimo de Jesús, a quien rezaba con todo rendimiento; pero porfiaba preguntando por su padre: «Se lo llevó Dios a su lado, hijito», le contestaba su madre entre amargos suspiros; y el niño se sumía balanceando dudas...

Siguieron los tiempos. El hijo soñaba con ser mocito y ganarse a hombre. De noche escuchaba, conteniendo el aliento, los cuentos de los arrieros y carreteros, y así se fue informando del mundo y sus desavenencias. La sed de rodar tierras le comenzó a trabajar el pecho y hasta forjaba aventuras de hombre resuelto y sin miedo.

El día que cumplió dieciséis años, ya más hombre que niño, le pidió a su madre, con el mayor rendimiento, que le contara la vida toda de su padre, por quien se le iba el caudal de su cariño.

La madre se calló un rato, y después de rodársele quemantes lágrimas, dijo: «¡Permita Dios, hijo mío, que no seas desdichado como tu padre!».

Esto no más hubo dicho su madre, cuando el mocito y niño se sintió prisionero de curiosidad inmensa. Rogó y volvió a rogar a su madre que le contara, punto por punto, la vida y andanzas de su querido padre, y tanto rogó el amartelado que al fin la madre se allanó a contar a su tierno mocito, desde el principio hasta el fin, toda la cadena de desdichas del condenado. El mocito escuchaba, conteniendo la respiración. De cuando en cuando, tristes suspiros libertaba y hacía ademanes de coraje contra el Negro Triángulo. La noche se pasó en esta relación, con el recuerdo de tanto mal y el

fin terrible del pecador. Cuando terminó su madre, el mocito se sentía ya hombre, porque se afirmaba en la fe y en el coraje. Se puso de pie y llevó de la mano a su madre hasta el altar familiar, y allí, humillados y creyentes los dos, se fortificaron rezando al Nazareno.

Cuando terminaron sus oraciones, el niño hecho ya hombre se enderezó y dijo:

—Mamita, voy a libertar a mi padre del poder del Negro Triángulo.

—¡Hijito! —le pidió ella—. Nadie ha vuelto con vida de los Infiernos, y solamente el intentarlo es empresa loca y vana.

—Con la ayuda de Jesús Nazareno, yo iré, mamita, y lucharé con el Negro Triángulo, hasta que me entregue a mi padre.

Estas y otras palabras de sentimientos cambiaron en opuesta porfía la madre y el hijo. En eso se oyeron las campanas de la iglesia y el mocito pidió permiso a su madre para ir a sus devociones. «Vaya, hijito», contestó ella, pasando de la pena a la esperanza.

Al entrar a la iglesia, rogó al sacerdote que lo dejara rezar todo el día ante la imagen del Nazareno y corrió a hincarse frente al Salvador del Mundo. Allí humilló todos sus arrestos, y con voz traspasada, más que rezar, contó la historia de su desgraciado padre; sus desdichas en un amor sin esperanzas, su desesperación inmensa pensando en un rival afortunado y, por fin, su caída sin remedio en los brazos del Tentador del Mundo... Mezcló oraciones en alabanzas a la Virgen Madre, y con su voz de plata y oro entregó pedazos de su corazón tan puro... Las campanas dieron doce campanadas, y el mocito seguía ante la imagen venerada... Las campanas dieron las cinco de la tarde, y las rodillas del orante sangraban, pero no cedía en su porfía. Por fin llegó el anochecer y la iglesia se llenó de sombras, pero más florecía la fe en el mocito cristiano, y sus labios parecían rosas de tanto santificarse con oraciones sentidas y ruegos al Nazareno, por el autor de sus días... Las campanas dieron nueve campanadas, y por fin se quedó en silencio el orante y vio, maravillado y ansioso, que en el templo oscuro resplandecía finamente la faz de Jesús, iluminando el altar... Más se iluminó la cara del Nazareno, y luego le sonrió entre las brasas del martirio. De pronto se fue animando toda su figura, y moviendo lentamente sus brazos, la imagen venerada se desprendió el cordón de sus sagrados hábitos y luego retiró una espina ensangrentada de su corona de martirio, y pasó con su diestra al mocito el cordón y la espina... Por un momento más siguió iluminada con la luz azulosa la santa imagen, pero luego, en un desmayar de serafines, se fue apagando mansamente, hasta sumirse en la oscuridad del templo.

El mocito besó los hábitos sagrados del Nazareno y, después de persignarse, salió de la iglesia, saboreando la majestad de la gloria...

Llegó a su casa y se acostó, luego de poner en su cabecera la espina ensangrentada y el cordón del dulce Jesús.

Durmió con todo el buen sueño. Al otro día, al abrir los ojos, quedó maravillado mirando con embeleso que el cordón bendito se había convertido en un hermoso lazo y la espina en un fuerte puñal... «Con estas armas invencibles, se dijo, yo venceré al Negro Triángulo». Corrió con estos sagrados presentes a la pieza de su madre y contó el milagro de la imagen del Nazareno, y atropellando palabras y razones, ya pidió el permiso para salir en busca de su padre. «Que se haga la voluntad del Señor, hijito», contestó ella, y se pusieron en aprestos para el fiero viaje.

Nueve pares de herraduras apartó el mozo para encarar las serranías y llenó las alforjas de un todo; apartó ponchos y ropas y completó sus aprestos.

Llegó el día de la partida. La madre y el hijo se lo pasaron hablando bajito, en un suave cambiar de razones. Hablaron y hablaron hasta que llegó la noche y, juntos, se ganaron a la orilla del fuego. La madre le cebó los últimos matecitos al hijo y le alcanzó sus palabras de ánimo y buen consejo, y cuando el gallo anunció la medianoche, fueron al corral y ensillaron el caballo, y pocos instantes después, el mocito se arrodillaba ante su madre y le pedía su bendición.

—Dioslo bendiga, hijito, y guíe sus pasos por el terrible mundo —le dijo su madre como rezando, con las manos puestas sobre la cabeza del mozo—. Dios lo bendiga y lo guíe...

Se besaron con lo fuerte del cariño y ya el mocito se enhorquetó en su caballo y salió resuello a la calle real. «¡Adiós!», y «¡Adiós!», se dijeron al separarse en la oscuridad de la inmensa noche.

Dieciséis años contaba el mocito.

En demanda del Negro Triángulo iba...

En su cinto se atravesaba el puñal, espina que fue de la corona ensangrentada de Jesucristo, y arrollado en las ancas del sillero, descansaba el lazo trenzado, cordón que fue del hábito del Nazareno...

Ya galopaba, ya marchaba el rodante animoso en su caballo. Tomó la huella de las carretas y después se apartó por la senda, rumbo a las cordilleras.

Y siguió su camino las noches y los días. En rescate de su padre marchaba, soportando el sol de las travesías y el frío de las noches más solitarias. Cuando se le gastaba un par de herraduras, le clavaba otro nuevo a los cascos de su caballo y porfiaba por pedregales amargos, trepando siempre ariscas cordilleras.

Así anduvo un año entero, hasta que, al fin, bajó a un valle reparado y se detuvo junto al ranchito de un viejo cabrero. Se allegó el jinete, con el sombrero en la mano, y lo saludó: «Buenos días le dé Dios, *tantita viejo*». «Buenos días le dé Dios, m'hijo. *Abájese* y largue el sillero». Se bajó el mocito y desensilló el caballo, que corrió a revolcarse y a pastar en el abra, y él se arrimó al fogón del viejito y tomaron mate.

Cambiaron razones y palabras de entendimiento. Al preguntarle al forastero por el motivo de sus andanzas, contó el recién llegado la fuerza que empujaba su viaje y el

norte que llevaba, y tanta fiereza y sentimiento puso el mozo en sus palabras, que el viejito lloró. Luego dijo al viajero:

—Cosa de diez años hará que una noche oí pasar por las alturas los lamentos de un condenado y las risadas de los malditos que lo llevaban a los Infiernos. Siguiendo por esta senda, sin salirse de ella, dentro de siete días desembocará en los mogotes de Inapire Mapú. Desde ese momento entrará en los dominios del Negro Triángulo. Siga su marcha sin detenerse, que mientras vaya resguardado por el puñal bendito, se hará invisible a toda maligna potestad. De noche, cuando acampe, ate a su caballo con el lazo, que estará sobre seguro, y cuando en las deshoras cordilleranas sienta llamados, gritos desgarradores y los insultos que sublevan, empuñe su puñal y gríteles: «¡Jesús va conmigo!», y toda la enemistad se llamará a silencio. Mientras ande por esas serranías ha de ver a su vecindad cosas de espanto que caen del Infierno, que está justamente arriba de esos lugares; y cuando más espesas sean las sombras verá en las alturas el resplandor de tanta llama. Siga su camino, mezquinando vista y oído, hasta que logre llegar a una casa de piedra, cerca del más hermoso manantial de la sierra, donde nace el agua de la salud y de la alegría. En esa casa vive y alienta una vieja antiquísima. Tiene ya un montón de siglos por edad. Es la madre del Negro Triángulo y ya chochea de tan reviejaza que es; sin embargo, tiene amagos de mala y lumbraradas de fina inteligencia. Alléguese a su lado, muy humilde y desvalido, y pídale alojamiento tan solamente por una noche. Ella se lo negará, pero *usté* convídele cigarritos de chala que le gustan mucho, y mientras esté *pitando*, vuélvale a pedir *permisio* por tan solamente una noche... En cuanto se lo dé, váyase con su lazo sagrado y enlace a un caballo negro crines de oro, que en cuanto le corte un manojito de crines, la vieja caerá en cama, enferma, y ya no podrá hacerle daño. Ate bien ese caballo a un peñasco y déjelo que se vaya consumiendo de hambre y sed. En cuanto al manantial de la salud y la alegría, échele nueve cruces, que el Negro Triángulo baja todos los días de los Infiernos a beber sus aguas y en cuanto lo vea con cruces no podrá pasar un trago de agua y solamente por la sed se puede rendirlo... Proceda con firmeza y fe en Jesús y su camino se le allanará.

Otras palabras de gobierno le dio el buen viejito, y así llegaron al filo de la medianoche. En eso se sintió un bramido que arrancó de la lejanía y se vino rodando por los cerros el clamor de tanta piedra y soledad...

—Es el bramido de la sierra, mozo, que lo está desconociendo —dijo el viejito cabrero.

Avivaron el fuego y siguieron hablando en la inmensidad de esos campos desavenidos. Al rato tendió el mocito su recado y se acostó, después de encomendarse al Señor.

Al otro día de mañanita, lo recordaron los zorzales campesinos con el silbido de sus cantos. Ensilló su caballo y después de tomar unos mates con el viejito cabrero, se

le hincó con el sombrero en la mano y le pidió su bendición.

—Écheme su bendición, *tatita* viejo.

—Que Dios lo acompañe, mocito.

Se dijeron adiós y adiós y el mozo emprendió su viaje, sierra adentro.

Apenas se hubo alejado el rodante, se deshicieron las cabras, el corral y el rancho del viejo cabrero. Todo se deshizo en las neblinas de la mañana y al viejito se le cambiaron las ropas y la faz, y se tornó en el Nazareno. Vestía los hábitos sagrados, pero le faltaba el cordón. El Jesús del Ande se perdió por el caminito de las cabras.

Siete días trepó cordilleras el mozo, hasta desembocar en la desolación de Inapire Mapú. Se alzaban bravíos peñascos y duras nieves, formando penitentes. Esa era la patria del Negro Triángulo sobre la tierra. Desde este momento se enfrentaba a la Enemistad, que de solo nombrarla da espanto. El mocito echó pie a tierra y cayó de rodillas, rezando con el fervor de su fe impagable. Ya purificado, volvió a montar y siguió cordillera adentro.

A su encuentro comenzó a salir la Enemistad. Oyó de pronto que alguien manejaba su nombre al viento, como si su nombre fuera una asquerosidad; pero él negó oídos a las palabras cortantes y apuró su buen caballo. De vez en cuando aparecían sobre los aires, formas increíbles de animales horrorosos; mas él negaba su mirar a las visiones y se concentraba en su empresa. Cuando mucho lo apuraban las señales enemigas, porque hablaban de su madre con palabras arrastradas, ponía en alto su puñal y decía: «¡Jesús va conmigo!», y era el renacer de la calma en los campos de la Enemistad. De noche tendía su recado al reparo de un peñasco y ataba a su sillero con el lazo, que pastara en los coirones. Ponía su puñal en la cabecera y después de rezar se acostaba a dormir. Una noche sintió claramente el mocito pasar sobre su cabeza los gritos y ayes de un condenado y las risotadas de los diablos que lo llevaban al Infierno. Escuchó un rato con el corazón encogido, hasta que se perdieron a lo lejos tantos y tantos lamentos.

De mañanita ensillaba su caballo y emprendía nueva marcha, pero algunas veces tiraba de las riendas, espantado, al ver cómo caían de lo alto manos chamuscadas que estiraban y encogían sus dedos de dolor. Otra vez aprisionaba su mirada una calavera que sobre un peñasco se reía a carcajadas, machacando sus muelas y colmillos. En otra ocasión se pasmaba mirando a dos piernas en el sendero, que porfiaban por pararse, afirmándose una en la otra, y tanto batallaban que al fin podían dar unos pasos ligeros y volvían a caer en tierra, temblorosas... A veces eran dos manos arañando peñascos, en porfías por subir, como si fueran grandes arañas, hasta que después de vana lucha caían a tierra vencidas. Viéndose cercado el mocito, apelaba a su puñal y palabras milagrosas y volvía a reinar el azul quieto de las serranías, Así, entre tanta ofensa y algarabía y sufriendo al oír cómo hacían rociar el nombre de su madre entre el escándalo y las bajas burlas, alcanzó a llegar un día al último mogote,

desde donde se divisaba un valle reparado y, en el fondo, la casa de la madre del Negro Triángulo.

A la mañana siguiente mereció pararse frente a la casa de piedra. Después de *apiarse* golpeó sus manos librándose muy bien de decir «Dios gracia». Volvió a llamar con más fuerza, y al rato largo salió una vieja flaca y larga, apoyándose en la pared. Tenía los ojos nublados de tanto que había visto a lo largo de los tiempos. Le temblaban las piernas porque había caminado siglos y siglos por la tierra, pero todavía levantaba alguna voz de vida y de pujanza.

—Buenos días, mamita vieja —gritó el mozo con el sombrero en la mano.

—... Parece que están hablando a lo lejos —se dijo la viejaza, tirando miradas torvas a todos lados—. ¿Quién ha de ser?...

—¡Buenos días, mamita vieja! —le gritó el mozo al oído.

—¡Ah!... No muy *güenos* —contestó la antiquísima—. ¿De dónde sale este bulto que parece un hombre chiquito? ¿A qué pone la planta del pie por los dominios de m'hijo, el poderoso? ¿Quién le acordó *permisio* para pisar estas comarcas? ¡Pobre de *usté* si se topa con m'hijo! Ya lo veo hecho miñango.

—Mamita vieja —contestó el mocito a gritos—. Déme *permisio* para alojarme por esta noche aquí. Mañana seguiré mi viaje...

—¡No doy alojamiento a *naidés* en mi casa, yo! ¡Y váyase ya *mesmito*, antes que baje m'hijo y barra el suelo con *usté*!

El mozo armó un cigarro de chala y se lo pasó a la vieja.

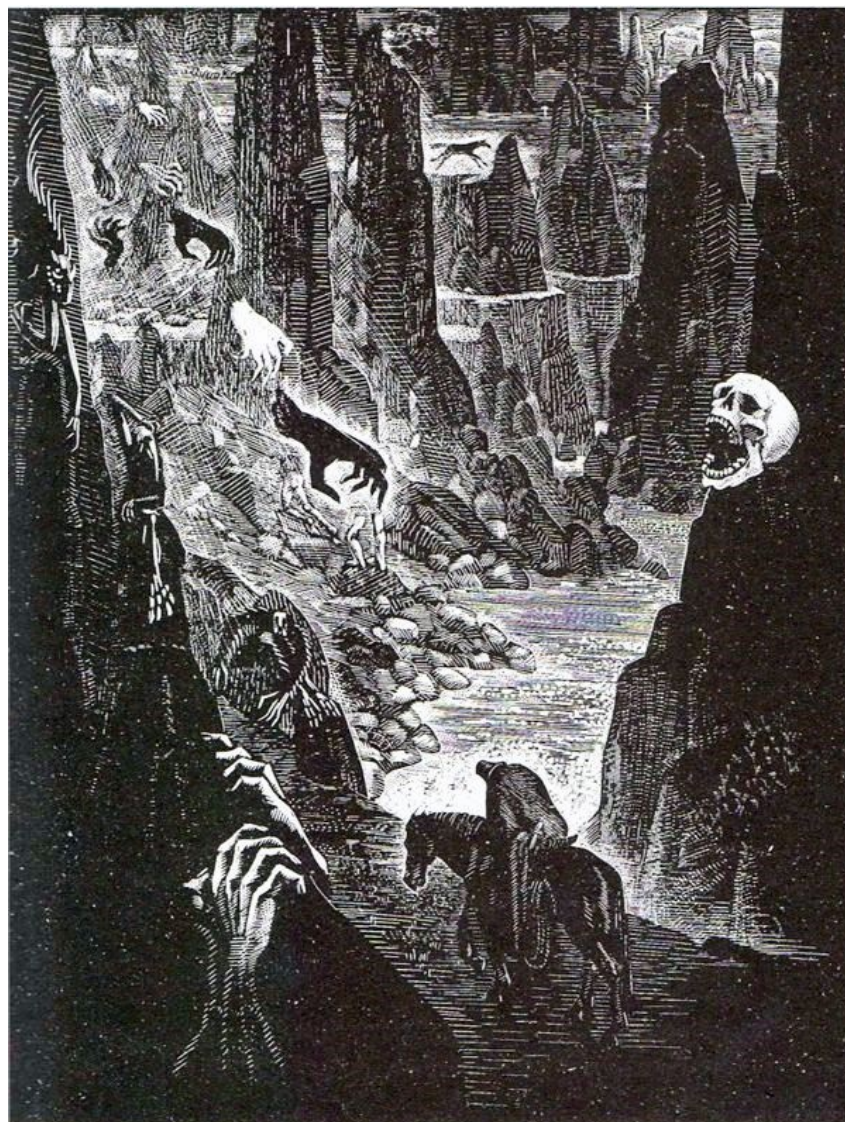
—Fume este cigarrito, mamita vieja —le dijo al tiempo que encendía el yesquero.

La vieja, que hacía años y años que no fumaba, tomó el cigarro de un manotón y se lo puso en los labios temblones. En cuanto el mozo le arrimó la yesca se puso a pitar esa antigüedad, hecha una gloria en su gusto. Mandó humo al pecho y lo devolvió por las narices y se gloriaba con esto. Dele y dele echar humo, pronto se le acabó el cigarro y ya se avino a pedirle otro al mozo.

El forastero fue armando otro, muy despaciosamente, y mientras lo hacía le preguntó si lo dejaba alojarse por esa noche...

La vieja se dejaba decir que sí y que no, y se perdía en un parloteo del que no se cosechaba nada en claro.

Acabó el mozo de armar el cigarro y lo puso delante de los ojos de la viejaza: «¿Me da *permisio* para alojarme aquí esta noche?».



Sí y no volvía a decir la vieja. Que sí, murmuraba cuando olía el tabaco, y que no, cuando dejaba de olerlo. Con las ganas de pitar que tenía, más se le desgovernaban las palabras y se hacía un enredo en un ir y venir de razones. Al fin el mocito le encendió el cigarro, y mientras la vieja echaba una humazón por las narices, maneó su sillero, y desatando el lazo, se corrió para el abra, donde divisó un caballo oscuro tapado, con una estrella de siete picos en la frente y relumbrándole las crines de oro, que le caían por el cogote... Avanzó cauteloso, con el lazo, preparando la armada, cuando dio un bufido el *pingo* del Negro Triángulo y se arrastró a corcovear y tirar coces al aire. Era un potro salvaje tan hermoso como bravo, pero arisco como él solo.

Por fortuna, el abra estaba rodeada de cerros altísimos, cortados a pico, de manera que, gobernándose con cuidado, se podía acercársele al parejero crines de oro. Así lo hizo el mocito, y ocultándose detrás de un peñasco, le tiró la armada cuando pasó a todo escape el *pingo* soberbio... ¡Erró el gauchito su lazada! Ansioso, no midió bien el tiempo y la distancia. Humillado y prometiéndose mayor tino y fineza de mano, se deslizó pegado al suelo hacia donde iba el caballo crines de oro.

Y el *pingo* fogoso, después de capear la armada del lazo con toda maestría

bufando y con la cola en alto, encrespada, hizo resonar sus cascos por el abra. «¡Ah, *pingo!*!», se dijo el mozo, con el lleno de su admiración criolla. Retozó a su antojo el hermoso bruto y luego se allegó al manantial de la salud y la alegría a beber de esas fuertes aguas.

El mocito repasó sus cuentas y, apurándose, alcanzó a llegar a esconderse detrás de un peñasco que se alzaba junto al manantial. Preparó la armada del lazo y en cuantito el caballo probó el agua y levantó la cabeza, le cerró la armada en el cogote.

Se acosquilló el *pingo* soberbio y ya reclamó campo para correr, ufano. El mozo, que era un gauchito baquiano, hizo pie firme en un altito y esperó el cimbronazo... Llegaron a arquearse los dos, pero tuvo que ceder el bruto a la baquía y firmeza criolla. Ya aprisionado el caballo, sintiendo el gobierno de una firme mano, se dobló a la voluntad del hombre. Agachó la cabeza y siguió al mozo, que lo llevó hasta una piedra que sobresalía como un palenque. Allí lo ató con nudos campesinos, y con su puñal, que cortaba un pelo en el aire, le rebanó las crines de oro... Con esto se aseguraba de la vieja, que al momento cayó a la cama, muy quejosa de salud y sin gobierno de razón. Eran las doce del día, y sabiendo que a la hora de la siesta bajaba el Negro Triángulo, corrió a seguir sus trabajos para encarar la tremenda lucha.

No habían pasado dos horas cuando, entre la una y las dos, se oyó en las alturas como un trueno descompuesto que alborotó el firmamento. Se corrió una culebrina colorada de vivientes llamas y se abrió el cielo y abortó un bulto negro, de figura de hombre toruno. Ligera, se corrió una nube parda y se estiró del cielo a la tierra, formando una escalera de incontables peldaños... Por ella fue bajando a la tierra el Negro Triángulo, ¡tan seguro y tan soberbio!

El mozo miró maravillado semejante poder y atrevimiento, pero más apresuró su tarea. Estaba haciendo unas cruces de palo, labradas con su cuchillo sagrado para encarar al Maldito.

Bajó y bajó escalones la Negra Potestad hasta que llegó al haz de la tierra. Tembló el abra al recibir la planta del Malo. En llegando, se encaminó a casa de su madre. El mozo escuchó de lejos y pudo oír gritos de la vieja y de su hijo en sus parloteos. Al rato salió el Negro Triángulo, bastante descompuesto. No comprendía por qué su madre estaba enferma cuando su salud estaba resguardada en lugar seguro... «¡Uh!... ¡Algo raro anda pasando por aquí!», murmuraba, y se encaminó a grandes pasos, con un vaso de cobre en la mano, hacia el manantial de la salud y la alegría.

Llegó el Negro Triángulo y temblaron las aguas del manantial ante su presencia, como si sintieran el peso de su poder y su tiranía. El Malo se sentó, muy pensativo, a la orilla de la gran taza natural de piedra y apoyó su frente en la mano. Estaba triste, porque triste es la Negra Potestad en su ser y entendimiento... Triste porque se le representa el momento aquel en que por sus faltas es desbarrancado por Dios desde la

gloria misma... Triste porque por más mal que haga, él estará siempre en el centro de sus males, con los que gimen y lloran en los fuegos quemantes del Infierno... Suspiros hondos agitaron el pecho del Negro Triángulo, allí, al lado de las aguas de la salud y la alegría, que él bajaba a beber todas las siestas para no consumirse de sed y de tristeza entre tanta lengua de fuego y lamento. Al fin se resolvió a alegrarse con la vida y alegría de los frescores cristalinos y se agachó a sacar un jarro lleno...; pero se quedó con el brazo estirado. En el momento de llenar el jarro cayeron al tazón del manantial tres cruces de madera, labradas con el cuchillo sagrado de una espina de la corona del Nazareno. Tres cruces nadaron en el agua y a su sola vista tuvo retortijones el Mandinga.

Dando un alarido cíe furor tiró el jarro a las alturas y pateó la tierra, y le asomaron llamas por ojos y boca. El grueso de sus insultos y a quien iban dirigidos no es de decirse ni es de oírse por boca y oídos humanos. El río crecido de sus odios iba contra Dios y el poder de la cruz, pero por más que alborotara, no podía apagar su sed y sus tristezas con el agua de la salud y la alegría.

Después de vomitar incendios se fue adonde estaba su *pingo* regalón, y acostumbrado como estaba a jinetearlo en pelo, llegó no más y de un salto lo montó y lo hizo arrancar a toda furia. Corrió el parejero hasta donde le permitió el lazo y clavó la cabeza en el suelo, al tiempo que su jinete salía limpiamente por el cogote y, domador como era, caía parado con la suma de las habilidades huasa y gaucha. Allí se quedó, tirando cuentas; no acertaba a explicarse lo que había ocurrido. Ya quiso hacer caminar a su caballo por el abra, pero solo podía hacerlo dar vueltas alrededor del peñasco, hasta donde permitía el lazo, que por ser de quien era, no había de ser visto por sus ojos ni cortado por su mano. Allí estuvo forcejeando con el todo de sus arrestos, hasta que, rabioso y empecinado, sacó su puñal y tiró tajos en el aire, queriendo cortar lo que aprisionaba a su sillero; mas su cuchillo rebotaba sin herir tan siquiera un tiento del lazo sagrado. Tanto porfiar y porfiar, al fin la Negra Potestad perdió los estribos. «Por aquí anda alguien maquinando burlas... Que no llegue a pillarlo, porque ni el recuerdo le va a quedar medio sano...». Siguió tirando bolazos, pero viendo que todo era perder tiempo y paciencia, dio un bramido de fiereza y acudió a formarse la nube parda, estirándose en infinitos escalones hasta perderse en las alturas del cielo. Por ella subió el Negro Triángulo hasta llegar a los mismos Infiernos, que abrieron sus negras puertas para recibirlo. Ya se deshacía en el aire la nube parda; sus escalones se fueron confundiendo con engaños de la vista y de la imaginación.

Más conforme el mocito, se allegó a la casa de la viejaza. Ahí estaba esa antigüedad, soltando quejas y palabreos turbios, y entre tanta desavenencia se le salió el decir que las estaba pagando por haber dado alojamiento a un enemigo. Parece que malició la viejaza que el mozo estaba cerca porque, haciéndose la santita, le dijo:

«Mocito forastero, alcánceme un jarrito de agua». «Ni de miedo se la alcanzo», le contestó él, y se alejó.

Al otro día de mañanita, no bien doró el sol la cresta del Ande, se levantó, hizo fuego y tomó su mate el luchador. Luego se puso a la tarea de hacer cruces de todos los tamaños con su cuchillo. Dejó algunas en el medio de la senda y tiró otras al tazón de piedra del manantial; en este trabajo se le pasó la mañana, y ya, cuando fue la hora de la siesta, entre la una y las dos, volvió a sentirse la resquebrajadura del firmamento. Se corrió la terrible culebrina de luego viviente y se abrieron las puertas infernales, y entre el rojo de las llamas volvió a sobresalir la sombra negra y cachuda del Malo. Ya se formó la escalera de una estirada nube y por ella, paso a paso, el Negro Triángulo bajó a esta tierra.

Mascando rabia venía. Apenas llegaba, enderezó para la casa de su madre, y no bien entró ya se oyó la gritería de la requeteviejaza y de su hijo. Ya levantaban el techo de la casa a voces porque al Malo no se le iba que su madre había de saber algo de lo que ahí pasaba; pero la viejaza, por no dar su brazo a torcer, se hacía la inocente. Al fin salió el Negro Triángulo y se dirigió al manantial. En el camino anduvo a los tropezones, y tantas veces estuvo a punto de caer, que al fin reparó que la senda estaba sembrada de cruces. Cada vez que pasaba sobre una de ellas se le trababan las piernas y solo su baquía lo libraba de seguidos vuelazos. Aullidos soltó de rabia al darse cuenta de que una mano enemiga lo iba cercando poco a poco. Llegó al manantial de la salud y la alegría, y se le salieron chorreras de bramidos al ver las aguas con nueve cruces nadando. Lo llevaba la sed, la rabia y la tristeza al manantial y allí fue aumento de estos males, sin poderlo remediar. Echó luego una mirada por el abra y divisó a su precioso *pingo*, echado al lado de una piedra. Se le acercó y pudo verlo con los ijares hundidos por el hambre y la sed. Había comido hasta las raíces de los pastos en el redondel que le permitía el lazo. El Malo se sentó en cuclillas y lo estuvo acariciando a su regalón. Ya se le quería retratar el costillar sobre el pelo lustroso. Mirando tanta prueba de humillación, no insultó, pero dejó escapar un «¡Uh! ... ¡Si lo llego a pillar a ese!...», que contenía todo el odio y furor que lo soliviantaba. De repente se puso de pie y convocó a la nube parda. Se volvió a formar la escalera maravillosa y por ella, paso a paso, se perdió el Diablo entre las temidas alturas.

Muy entregado a su tarea estaba el hijo amante el tercer día de prueba cuando, a la hora de la siesta, contempló el trizamiento de los cielos, y después de tantos signos de espanto, asomaron vivos fuegos, y de entre ellos, el Negro Triángulo. Por la tendida nube parda fue bajando, fue bajando, con lo despacio de su rabia. Ya antes de pisar tierra, viendo su dominio vejado por tantas cruces, comenzó a desfogar su furor tremendo. Con maña ganó la casa de su madre. Allí pudo ver a la vieja, ya quemada por la sed y muy acosada por la enfermedad. Hablaba con lo más turbio de su voz y

todo se volvía un pedir de agua, sin medida... Salió el Malo sorteando signos enemigos, y después de no pocas eses, consiguió sentarse a la orilla del manantial de la salud y la alegría. Allí miró las nueve cruces, balanceándose alegremente en las aguas. Se le retorció cada vez más el estómago. Con furia se alejó hasta donde estaba echado su caballo. Al pobre *pingo* se le podían contar todas las costillas, y los ijares ¡tan hundidos! La bestia miró a su dueño como pidiéndole agua, por favor, y esto acabó por trastornar al Negro Triángulo. Dando un lastimante aullido convocó al huracán arrastrado de la sierra y, fiel, llegó un viento desatado con tierra y nieve, y zarandó las cruces de un lado para otro. Muchas saltaron en pedazos, con gran alegría del Malo, pero otras pudieron mantener su forma y figura en los embates del aliento enemigo.

Corrió el mozo y tiró de nuevo al manantial las cruces que el viento había barrido. En eso llegó el Negro Triángulo a beber agua, pero se le quebró su esperanza viendo que por un lado sacaba cruces el viento y por otro volvían a aparecer. Mandó calmar al arrastrado y se paró a contemplar lo poco que había conseguido con tanto alboroto. Al fin, por no alegrar a su enemigo con rabias vanas, se terció el poncho al hombro, convocó a la tendida nube parda y volvió a ganar las alturas con medidos pasos. De repente se le veía patear esos escalones, sin decir una palabra. Con estas y otras muestras de rabia se corrieron el día cuartano y el quinto día.

Entre la una y las dos del sexto día se remeció el cielo y se quebró en dos pedazos. Cayeron brasas y tizones a la tierra y entre tanta descompostura asomó el Negro Triángulo en el borde del Mundo... Ya se tendió la nube parda con su gradería incontable y con bien medidos pasos bajó la Potestad de los Espantos. En cuanto pisó tierra se deshizo la nube, y ya miró alrededor el Malo. Su rebelde campo, al que ningún hombre se había gloriado de pisar, se humillaba con las heridas de cien cruces clavadas en tierra. Era ya más que burla y desafío. Tragando insultos caminó, esquivando uno que otro signo enemigo. En esa forma llegó el altivo Negro Triángulo hasta la cama de la viejaza. Allí se encogía el bultito de su madre. Ya llegaba al trance de la muerte. De balde juntaba los reseco labios, en porfías de armar una palabra. Después de batallar la garganta quemada para tomar resuellos: «¡Agua!», clamaba, y volvía a dispersar sus alientos. Casi no respiraba la pobre y sus menguadas fuerzas no alcanzaban para darse vuelta en la cama. ¡Pronto terminarían esos siglos y siglos de vida que había soportado en la tierra! Al Negro Triángulo se le crisparon las manos, viendo que por momentos lo reducían a fuerza de bien pensados golpes. Sin decir una palabra salió y buscó su caballo. Allí, tirado al pie del peñasco, estaba como muerto. Ya era un montón de huesos sostenidos por el cuero. Se le juntaban espantosamente los ijares y las costillas ya se le salían... ¡En eso paraba el mentado *pingo* crines de oro, su sillero elegido!

Acarició ese montón de huesos y apenas si el bruto pudo levantar la pesada

cabeza. Con ojos desorbitados, parece que quiso reconocer a su amo, pero todo se volvió amago de relincho, y ya volvió a clavar la cabeza en el suelo... El Negro Triángulo contuvo el río de su rabia y, como pudo, se fue hasta el manantial de la salud y la alegría. ¡Nueve cruces balanceaban esas aguas!...

Con el estómago ardido por la sed y el pecho quemado por la rabia, allí se dejó estar mirando el poder de la porfía enemiga que lo iba acorralando sin remedio. «¡Si yo medio alcanzara a ver al que me hace esta guerra!...», se decía en sus furores, y tiraba vistazos bruscos para todos lados y daba vueltas los peñascos buscando a su enemigo, pero el mocito estaba a pocos pasos de él, con el puñal sagrado que lo hacía invisible a toda maligna potestad. Allí se manejó el Negro Triángulo, maquinando venganzas, hasta que al fin se llamó a sosiego y se puso a considerar que toda la grandeza de su poder y todo el peso de su temida gloria era un puro juguete de un paciente enemigo... Hizo memoria que jamás nadie ni siquiera pensó en desafiar su fuerza, y viéndose ahora con los brazos caídos, con sus labios reseco y sin poder tomar un sorbo de agua, y ya sintiendo que su entendimiento se le nublabá, ganó a saltos la punta de un cerro y desde allí levantó su voz, la que cimbraba el poder. «¡Huracanes!, gritó. ¡Granizo! ¡Truenos! ¡Lluvias! ¡Centellas! ¡Culebrinas!». Y un alboroto de los cielos le contestó. Reventaron mil truenos y se corrieron culebrinas de cegante luz, mientras caían centellas enceguedoras y vientos desatados; y granizo y lluvia torrencial completó tanto desbarajuste.

Rodaron peñascos de los cerros, se resquebrajaron mogotes y retembló la tierra azotada, y entre relámpago y relámpago sobresalía la soberbia estampa del Negro Triángulo que, en la punta de un cerro, gustaba tanta enemistad de los elementos.

El mocito alcanzó a guarecerse en una caleta de piedra, sobre el manantial de la salud y la alegría. Allí se encogió al límite, aguantando el castigo de tanta Potencia desatada. Veía volar las cruces por los aires revueltos y quedar descalabradas al perder lo sagrado de su forma.

Retemblaba la tierra, castigada por tanta enemistad, pero más se redoblaba la furia tormentosa, como si con tanto castigo hallara calma la rabia del Negro Triángulo. Media tarde duró el alboroto, hasta que de pronto: «¡Haya calma!», apaciguó el Maligno, y tanto alboroto se alejó, retumbando, por las fragosidades del Ande. Rajó al momento el Diablo, rumbo al manantial, a beber agua, con los labios astillados por la sed terrible de seis días... Corrió y corrió en afán de tragar aguas como ríos correntosos para calmar sus caudales de sed. Ya alcanzó a ver el manantial limpio de toda cruz, y apurando su carrera, llegó y se tendió en el suelo para beber como a él le apetecía. Ya estiraba sus labios, ya los mojaba, cuando cayó una cruz al agua y luego otra y otra... Y volvieron a nadar nueve cruces, que manos enemigas le arrojaban para su humillación y escarnio...

El Negro Triángulo no dijo una palabra. Se levantó y, digno y altivo, terció su

poncho criollo al hombro, convocó la nube parda y fue subiendo escalón por escalón...

¡Quedaba un día de lucha! El mocito no se dio punto de descanso. Era ya muy tarde cuando se fue a acostar. Se encomendó al Señor y durmió con su puñal a la cabecera.

Nuevo día anunció el gallo y el hijo amante rindió sus oraciones de buen cristiano. Purificado y fortalecido, se dijo que ese era el día terrible. Día siete de la lucha en que había que vencer o morir sin escape. Se encomendó al Señor y fue al manantial de la salud y la alegría a beber sus aguas fortificantes.

Quiso saber cómo había amanecido la madre del Negro Triángulo y se paró un rato al lado de la cama de la viejísima. Mucho tuvo que atinar el oído para oír los restos de su resuello. Todavía alentaba un hilo de vida, que apenas batallaba con la muerte...

Salió para ver qué era del caballo crines de oro. Se arrimó al lado de esa osamenta cueruda, y tuvo que animarlo a gritos para que medio quisiera levantar una oreja, ¡tan sumido y acabado estaba! Ya no abría los ojos y ni hacía amagos de querer levantar la cabeza del suelo. El mozo, siempre desconfiado, le cerró más el lazo en el filoso y delgado cogote, y sin más, se entregó a la tarea de labrar más cruces de madera. Antes del mediodía se alzaba sobre la casa de la madre del Negro Triángulo una fuerte cruz y otra le hacía sombra al caballo moribundo.

Y la hora de la siesta llegó. Entre la una y las dos se corrieron los portales de los Infiernos, en un sinfín de crujidos y culebrinas serpenteantes. Aparecieron lenguas de fuego por entre las abiertas puertas, y cabalgando en ellas, se asomó el Enemigo del Mundo. Se corrió la nube parda y tendió su gradería del cielo a la tierra y, paso a paso, bajó el Negro Triángulo...

En cuanto llegó a la tierra se fue, muy despacioso y digno, a la casa de su madre. Crujió los dientes de encono cuando vio el signo cristiano en lo alto de la casa. Puso su oído sobre el bultito que estaba debajo de las cobijas y alcanzó a escuchar los últimos temblores de su corazón en agonía. La dio vuelta con cuidado y amor y la miró en sus ojos mortecinos. La besó en la frente y salió, sin decir palabra. Calladito, calladito, buscó a su caballo, y cuando se paró ante ese montón de huesos, se agachó a acariciarlo. Suavemente palpó con su diestra por los altibajos de los huesos salientes... Para no hacerlo gastar la última fuerza que todavía anidaba en sus restos, no lo llamó ni le dijo riada, y supo contenerse con resignación cuando la sombra de la cruz cayó sobre su mano. Se levantó, se acomodó su poncho al hombro y fue a sentarse al lado del manantial de la salud y la alegría. No quiso ni mirar sus aguas, seguro como estaba de que las cruces ofenderían su vista. Cien signos enemigos se levantaban en los mejores puntos del abra, quebrando el mirar de sus ojos.

Se sentó, midió un largo suspiro de gobernada serenidad, y por fin levantó su voz

profunda:

—Sea de esta vida o de la otra; sea hombre o sea mujer; gente de razón o fiera de los desiertos; tenga la figura que tenga, o ya sea una sombra con poder y entendimiento quien me hace esta guerra, quiero que se aparezca a mis ojos; que muestre su figura y que levante su voz, que yo quiero oír sus razones. Parlamentos y treguas pido para que cambiemos palabras de entendimiento. Yo empeño la mía de contener mi rabia y el poder de mi brazo mientras se me aparezca el que me atribula y me encona...

Esto dijo el Negro Triángulo, y guardó silencio en espera de la debida contestación.

El mocito, que estaba a pocos pasos del Malo, resguardado y hecho invisible por cargar el puñal que fue espina ensangrentada de la corona de martirio de Jesús, se resolvió a mostrar su figura al Enemigo y entrar en parlamentos con él. Retiró su puñal de la cintura y, siempre listo y vigilante, lo colocó al alcance de su mano, sobre una piedra. Con esto se hizo manifiesto a los ojos del Maligno, que pudieron distinguirlo poco a poco, y al fin, mirarlo con todo el poder de su vista.

Así pasaron unos momentos...

—¡Con que vos habías sido! ¡Vos! ¡Un mocoso poniéndome en estos trances!... ¡No te atropello porque está mi palabra de por medio! —bramó el Negro Triángulo, conteniendo apenas sus furores. Hizo muecas terribles y más de una vez estuvo a punto de saltar sobre el mocito, pero supo gobernarse y fue calmando lo terrible de su rabia y ardimiento. Ya más aplacado, pudo decir—: ¿A qué viene toda esta guerra y atropellos por tu parte? ¡Quiero oír tus razones!

—Más de diez años van que gime mi padre en tus Infiernos. Has de entregármelo ahora mismo o seguiremos en guerra.

—¡De mis Infiernos nunca salió ni saldrá nadie!

—Seguiremos luchando, entonces. Altas ayudas me guían y acompañan.

—Te daré riquezas, amores... Poder, gloria y entendimiento.

—¡A mi padre me has de dar!

Caviló un rato el Negro Triángulo. Al fin preguntó:

—¿Y si no te lo entrego?

—Tu madre y tu caballo morirán hoy mismo, que hoy se cumplen los siete días de sed y de hambre.

Ahí se quedó el Diablo, hablando solo. Se le enrojecía la cara de rabia al sumar las cuentas de la guerra... Bajaba a considerar las derrotas que aguantaba a la de la Cruz, pero su impagable orgullo más lo hacía sufrir si arriaba banderas... Por ratos se animaba y por ratos se tiraba atrás. En estos vaivenes anduvo subiendo y bajando su palabrerío, hasta que al fin de tanto caldear su pensamiento y por amor a la reviejaza de su madre, se allanó y dijo:

—Por primera vez, en siglos y siglos, me allano a hacer este trato, pero ¡lo juro por las llamas coloradas!, esto no volverá a suceder en los tiempos venideros, así se hundan cielo y tierra... Dame las señas de tu padre.

Con lágrimas en los ojos dio el mocito esas señas tan recordadas.

—Te entregaré a tu padre —aclaró el Negro Triángulo—; pero has de limpiarme el manantial y el abra toda de esa... suciedad, y has de reponerle las crines de oro a mi caballo, y has de irte de aquí mañana *mesmo*.

—Trato hecho —contestó el mocito.

Se apartó unos pasos el Mandinga y se puso a hablar a gritos con los Infiernos. Pidió que sacaran de las llamas al padre del mocito y que lo bajaran a la Tierra, y convocó a la nube parda, que acudió a rehacerse en larguísima escalera. En un abrir y cerrar de ojos comenzaron a dar cumplimiento a sus temidas órdenes. Revivió la culebrina celeste, se hicieron patentes las puertas infernales y por la trizadura de los espantos aparecieron unos puntitos negros de entre las llamas... Esos puntitos comenzaron a bajar por la tendida escalinata, pasito a paso. Afinando la vista podía distinguirse que eran siete diablos menores que venían sosteniendo a un hombre, ¡tan enfermo y fatigado!

Al ver el mocito que era su padre quien salía de los Infiernos, perdió la cabeza de tanta alegría... Sin atinar a resguardarse con el puñal sagrado, se apartó hasta donde descansaba la escalera infinita de la nube, y desde allí, en el colmo de la felicidad, le hacía señas a su *tatita*,... De repente, un alumbrón de su alma le previno del peligro y tiró a irse donde descansaba el puñal sagrado, pero se encontró con... el Negro Triángulo. Miró esa cara y vio que de sus ojos salían lengüitas de fuego; que su cabello se partía para ostentar dos salientes cachos. Contempló con espanto que esa figura se afirmaba en la tierra sobre patas que clavaban grandes uñas partidas, y reparó que en su propio hombro descansaba un brazo del Malo, terminado en una potente garra de tigre.

Levantó su voz el Negro Triángulo...

—Fácil te fue la guerra, amparado por quien te dio su poder y resguardo. Gozo te dio el verme acorralado, y más la gozaste al ajustar el cerco, sin misericordia, para reducirme a pedir treguas y parlamentos... Vos sos el vencedor y yo soy el vencido. ¿Por qué no sostienes las miradas de mis ojos a los que no quema el fuego abrasador? ¿Por qué hoy humillas tus ojos valientes? Contempla las potencias del toro en mi testa. Mira lo fuerte de mis pies, hundiendo en la tierra sus pezuñas y mira, por fin, esta garra que doblega al puma cordillerano descansando en tu hombro acobardado. Bastaría que acariciara tu delgado pescuezo para que dejaras de *resollar* para siempre...

El mocito bajó sus ojos, doblegado y vencido por tanto signo de potente fuerza y malignidad. En su rendimiento trató vanamente de hallar las huidas palabras de una

oración.

—Para que sepas apreciar lo grande de mi fuerza la segunda del mundo, y en las deshoras, la primera, has de mirar cómo ese peñasco arde hasta convertirse en vidrio. ¡Fuego de mi poder —bramó—, toma posesión de ese peñasco, hasta reducirlo! —y los ojos del mocito contemplaron cómo se alzaban llamas azules sobre el peñasco y a fuerza de quemante fuego lo fueron reduciendo a un montoncito de vidrio—. ¡Eso mismo podría hacer con vos, mocosillo, pero es mi alta palabra y no otra cosa la que te protege y resguarda en este momento! No te convierto en un puñado de liviana ceniza porque te dije que sabría contenerme... Anda, mocosillo, recoge ese puñal que te resguarda y líbrate de mi vista, y no te avergüences de haber sudado de espanto ante mi presencia, que los criollos más valientes de la sierra y los llanos, los que juegan su vida en el filo de sus cuchillos, tiemblan como azogados al sentirme en sus cercanías... Vaya, mozo —dijo por último, dulcificando su voz—, que su empresa es de tal temeridad que ningún hombre se atrevió a encararla...

Corrió el mozo hasta donde estaba el puñal sagrado y, atravesándose en su cinto, logró desaparecer de la vista del Malo.

Le parecía al mozo que había penado siglos de agonía... Miró escaleras arriba y ya vio patente a su padre. Casi no podía caminar el pobre de tanto que había padecido en los Infiernos. Le ayudaban a sostenerse los diablos menores, y cuando ya le faltaban pocos escalones, vio el hijo que el pobrecito de su padre venía todo chamuscado por los fuegos.

Antes de que pisara tierra, ya el mocito lo acapujó en sus brazos y lo llenó de besos y caricias, «¡Tatita! ¡Tatita querido!», le gritaba en el colmo de la felicidad. Lo cargó como si fuera una pluma y se lo llevó al manantial de la salud y la alegría. Allí le dio a tomar muchísima agua, para que calmara su sed de tantos años y recobrará fuerzas y esperanzas y los gustos perdidos. En las palmas de sus manos gustaba el hijo amante que su rescatado padre bebiera las aguas milagrosas, y el pobre quemado chupaba hasta la última gota, con furia... Al momento ya se echó de ver el poder milagroso del manantial prohibido. Comenzaron a volverle los colores a la cara y ya abrió con ganas los ojos y miró las sierras, y luego, esperanzados suspiros levantaron su hundido pecho, pidiendo los caudales de la vida... «¡Tatita mío!», le decía su hijo cariñoso, embelesado en la contemplación de su padre, y el hombre ya medio pudo sonreírle...

El Negro Triángulo y los siete diablos menores contemplaban esta función con el lleno de sus ojos. Mirando estaban cuando uno de los diablos más sonsos se rascó la cabeza y le preguntó a otro diablo: «¿Qué diablos se contiene todo esto?». «Bueno, mozo, levantó su voz el Maligno; hora es ya de cumplir la palabra empeñada. Yo cumplí la mía». «¡Sí!», le gritó el mocito, y en un santiamén sentó a su padre en lo blando de un pellón y corrió hasta donde estaba el caballo del Negro Triángulo, con

un lebrillo de agua milagrosa, que le puso al alcance de la boca; sacó el manojito de crines de oro, y cuanto se las arrimó al cogote del mancarrón moribundo, se le pegaron solas, como si tuvieran imán. Sin parar un instante lo desenlazó al bruto, y a fuerza de paciencia y baquía hizo que la pobre bestia mojara la punta de la lengua en el agua de la salud y la alegría. Al tiro se animó el sillero, como con fuerza prestada, y ya estiró el cogote y se bebió sin respirar toda el agua... Con esto comenzó a revivir, y para completar la obra, el mocito corrió y cortó unas brazadas de pasto tierno y se lo puso al lado. Aunque crujéndole los huesos, ese resto de caballo comenzó a engullir el pasto fuerte de la sierra. Otro y otro lebrillo de agua milagrosa hicieron que el pobre *pingo* medio pusiera tiesas las orejas ante cualquier ruidito... En esto estaba el mozo, cuando se sintieron los gritos de la viejaza que, gracias a las crines de oro, recobraba la vida y sus arrestos. Allá se fue el Negro Triángulo a parlotear con su madre viejísima, y al rato ya se oyó la gritadera de los dos... No se sabía si eran risotadas o rabias tremendas, porque entre los demonios todo lo arreglan a gritos y atropellos...

Volvió el mocito donde descansaba su querido padre, y viéndolo más reanimado, hizo un fueguito para tener brasas, y ya ensartó los lomos gordos de un guanaco para hacer un rico asado. Viendo que estaban los siete diablos menores con las narices tan largas, mirando todo como buenos sonsos, los puso a todos que hicieran un pozo bien hondo y largo para enterrar las cruces. Comenzaron a cavar los diablos con azadones y palas, pero en lo mejor se trabó una terrible pelea a arañazos entre ellos porque el más sonso de todos, cavando con su azadón, le rebanó la cola a otro diablo. Se armó una de a pie, terrible. Tuvo el mismo mocito que intervenir entre tanto diablo y aconsejarles calma y conformidad. Volvieron al trabajo los demonios menores, y ya iban muy adelante con el pozo, cuando el más palangana de todos volvió a abrir la boca y ¡fras!, de un azadonazo lo dejaron chupino. Esta vez tejieron el gran *bochinche*. Ya no fueron arañazos sino mordiscones y azadonazos y palazos, en una tremolina enconada. De balde el mocito les clamaba paz y entendimiento. Aquella era una pelea de terribles gatos negros... Temiendo mayores males, corrió, y a gritos llamó al Negro Triángulo, y en cuanto apareció el Maligno y medio medio les tiró un grito, se quedaron tiesos todos los diablos menores, temblando y con los ojos blancos. «¡A trabajar!», les ordenó con voz de amo y señor, y ya todos se dieron vuelta a cavar la barranca, y entonces al mocito se le soltó una tendida carcajada, viendo a dos diablos rabones entre cinco coludos.

En cuanto estuvo hecho el pozo, el mocito se metió al manantial de la salud y la alegría, sacó las nueve cruces y las enterró. Ya vino el Negro Triángulo y de una sentada se bebió todita el agua del nacimiento. Más alegre, esperó a que alumbrara más y llenó varios jarros y corrió a llevársela a la viejísima de su madre, que clamaba por un traguito.

Siguió el mozo enterrando cruces hasta no dejar ni una. Ya fue la hora de volverse a los infiernos el Negro Triángulo y los siete diablos menores.

Volvió el Maligno a convocar la nube parda y cuando estuvo hecha la escalera llegó el momento de despedirse. Dos palabras cambiaron: «¡Hasta nunca!», dijo el Mandinga, y «¡Hasta nunca!», le respondió el mocito. Cruzaron una última mirada, pero ya la guerra había terminado. Enderezó el Negro Triángulo para sus temidas alturas con el recobro de su poder terrible, inmortal. Su poncho al hombro, como buen criollo; y después de silbarle a su caballo crines de oro, que le contestó con un medio relincho sumiso, se hizo chiquito a fuerza de alejarse a los altos... Mucho más atrás, y armando camorra unos contra otros, iban los siete diablos menores. Dos de ellos llevaban la cola cortada en la mano, y de repente, armaban coloradas tremolinas en la escalera y se venían rodando escalones abajo cuadradas y más cuadradas, hasta que medio podían hacer pie y volvían a trepar de nuevo, y así, entre camorras y bonanzas, se perdió en las alturas tanta maldad y descompostura. Al fin se abrieron las puertas de los Infiernos, y allá se los tragó a todos, al grande y a los chicos, para bien de este mundo.

El mocito retornó al lado de su amoroso padre y, juntos, comieron el gordo asado de guanaco. El pobre rescatado hacía sonar el *gualguero* cada vez que tragaba algo... Años y años había estado sin pasar un trago y ahora se solazaba con la carne gorda y el agua fortificante de la salud y la alegría.

Hablando y tirando cuentas de futuras felicidades se les cerró la noche. Volvía a preguntarle el padre por su esposa, y a medida que el hijo le hablaba de ella, al pobre rescatado se le hacía verla con los brazos abiertos para rehacer la rota vida, y en este cambiar de esperanzas llegó la medianoche y fue la hora de dormir. Tendieron el recado y allí durmieron el padre y el hijo, resguardados por el puñal bendito.

En cuanto el gallo anunció el nacimiento del día, se levantó el mozo, pilló su caballo y después de ensillarlo llenó muchos chifles de agua del manantial de la salud y la alegría, y bebieron hasta más no poder para gozar de sus fuerzas.

Quería el sol dorar las altas crestas del Ande cuando el mocito, con su padre en ancas, emprendía la vuelta a su casa. Al pasar por delante de la casa de la madre del Negro Triángulo, pudieron ver a la vieja levantada, con un tremendo garrote en las manos, que los maldecía con furia. Ellos pasaron en silencio, pero en el momento de trasponer el abra, volvieron la vista y alcanzaron a ver al caballo crines de oro, que pastaba en lo mejor y más verde de un reparo. Se encomendaron al Señor, de rodillas entre los peñascales, y luego apuraron al sillero y ganaron los faldeos. Pasaron los mogotes y paramillos, hasta que al fin de porfiar días y noches llegaron a los ríos secos y ya pudieron salir al plan de los llanos.

Siguieron y siguieron en sostenida marcha. Meses y meses galoparon por sendas, hasta que al fin cayeron a las huellas de las carretas.

Marcharon por la huella, galopando con la fresca y descansando las horas del sol rigoroso. Los apuraba el llegar a la ansiada casa, y animaban al buen sillero. Otros meses porfiaron en la marcha sin parar, hasta que un buen día, divisaron las arboledas del poblado nativo...

Una mañanita, día de gloria y provecho, cuatro manos batieron sus palmas, llamando a los portales de su casa.

—¡Dios gracia! —dijeron con gusto y alegría.

—¡Dios gracia! —contestó una mujer cristiana, saliendo al encuentro—. ¿Quién es?

—¡Un hijo con un padre rescatado! —y no alcanzaron a decirse más porque hubo fiesta porfiada de besos y abrazos... Las lágrimas no dejaban hablar a esas tres almas puras, que más gozaban las caricias en silencio.

Al día siguiente la iglesia del pueblo solo fue para el padre, la madre y el hijo. Allí rezaron los tres, desde el amanecer hasta cerrada la noche siguiente. Por sus bocas se volcaron las oraciones que guarda el corazón cristiano. Todo el día musitaron plegarias esos labios creyentes y todo el día humillaron sus carnes, hincados en el duro piso. Así se pasó la mañana y la tarde, y cuando llegó el anochecer y la noche, cuando se obscureció la iglesia porque se consumieron los cirios, sobre la corona de espinas del Nazareno, brotó la luz de una luminaria azulosa y fue entonces que el mocito se puso de pie y después de besar los sagrados hábitos de la imagen, depositó a sus plantas el puñal y el lazo milagrosos, con cuya fuerza y poder llevó adelante su empresa, que solo de nombrarla da espanto.

Se persignaron los tres devotos y salieron del templo, tomados de la mano; livianos de sus culpas y llenos de cantora alegría.

Al otro día la imagen del Nazareno tenía una espina más en su ensangrentada corona de martirio y lucía el cordón que durante dos años faltó a sus sagrados hábitos...

*Juan de la Verdad se llama el
negro que nunca miente.
En sus buenas y en sus malas
¡la verdad está presente!*

*Es sereno y da su juicio
con medianera razón.
Quien vaya a tentar sus nortes
es porque él se tentó.*

*Mil amagos en su contra,
los más pensados que fueron,
ni hubo letra ni papel
que por escritos los dieron.*

*Ni cabe en pocas palabras
lo derecho de su andar.
¿Y habrá palabras que digan
en honduras su pensar?*

*Una mirada, un vistazo,
le sobra para saber
lo que otros no sabrán nunca
por más que procuren ver.*

*—No sigan... Yo engañaría
al negro que tanto cantan
con dos palabras perdidas,
de esas que nadie levanta...*

*(Tonada llanista, cantada por un riojano en honor y gloria de Juan de la Verdad y su
triunfo).*

JUAN DE LA VERDAD

Tan manso era este negro esclavo, tan rendido; tan verdadero y tan fiel a su amo, que su rico dueño terminó por darle el bien hallado nombre de Juan de la Verdad. Todos los días es que venía el negro fiel a la casa de su dueño.

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito.

Y es que este rico fantasioso tenía un toro, el mejor de cien leguas a la redonda, y como era tan consentido y tan rico le hizo hacer unos cuernos de oro, que encajaban al justo en los del noble bruto. Y era su gloria y descanso hacer pasear al dichoso toro por todo el poblado; y la gente contemplaba embelesada cómo brillaban esas astas de oro en lo mucho de una envidiada gloria. Todos los huasos y gauchos hablaban con la boca llena de palabras, y lo señalaban como cosa de argumento y maravilla.

Y la fama del toro se tendía por campos y poblados de llanos y cordilleras. Todo el mundo tenía que hacer con el toro y sus codiciadas astas postizas. Y era el negro Juan de la Verdad quien lo paseaba por la calle real, con un bozalillo de la más fina hechura, de cuero de guanaco en trenza de dieciséis Lientos, y canutillos de plata; y el toro se regodeaba, dichoso, entre tanta gente mirona que se asomaba de las pulperías, o ya salía del Cabildo, o ya atravesaba la Plaza de Armas tan solamente para curiosarlo y quedarse hablando horas y horas del lindo antojo de un pudiente consentido. Y lo envidiaban los criollos tristes al regalón, porque para él eran las mejores vaquillonas, el pasto más en sazón, segado en el día, y el agua más clara y fresca del manantial... «¡Quién fuera ese toro!», se decían los criollos soñadores, deseando ser como ese bruto feliz.

Y más celo y rendimiento ponía el negro Juan de la Verdad en el cuidado del hernioso animal. Es cierto que esta y no otra era toda su misión.

Un día estaba el amo muy sentado bajo el parral de su patio, tomando mate con otro rico afincado y hablando de sus grandes caudales y de lo lindo de la vida de los ricos, cuando llegó el negro fiel. «Buen *rhía*, mi amito». «Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?». «El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito». Dio unas vueltas el negro esclavo y al ratito se fue por donde había venido.

El rico visitante se quedó con el cominillo de la duda por lo que había oído. Ya no aguantó más y dijo al dueño de casa:

—Dígame, amigazo, ¿por qué le dice Juan de la Verdad a ese negro?

—Porque yo lo bauticé con ese nombre al ver que no mentía nunca.

—¿No miente nunca?

—No hay fuerzas en el mundo capaz de hacerlo mentir a mi Juan de la Verdad.

Caviló y volvió a cavilar el rico visitante. Al fin dijo:

—¡A que yo se lo hago mentir!...

—Ni usted ni nadie me le hace faltar a la verdad a mi negro fiel.

—Mire, mi amigo —interrumpió el visitante—, le hago una apuesta. Juguemos caudal por caudal, a puertas cerradas, a que yo le hago mentir a Juan de la Verdad.

—Si ese es su gusto, me allanaré a cerrar trato; pero vaya sabiendo, amigo, que va a perder sus riquezas... —contestó el amo del negro verdadero.

—¡Trato hecho, mi amigo! Le juego todos mis caudales contra los suyos. Usted va a que no y yo a que sí le hago mentir a Juan de la Verdad.

Llamaron a un letrado para que labrara las escrituras del trato famoso. Llegó el escribano con su pluma y su tintero y trazó en los pergaminos las letras con la fuerza de la ley y la palabra. Dos escrituras hizo, con dos firmas cada una. Dos escrituras a un tenor, enumerando tantas riquezas en ganados, fincas y minas de cada uno; con una relación verdadera de las botijas enterradas, llenas de tejos de oro, onzas, esterlinas, soles, cóndores y bolivianos que contenían. Estamparon su firma y rúbrica los ricos jugadores, y cada uno se guardó una escritura. Entregaron las llaves de sus casas al escribano, para mayor afianza al cumplimiento del trato concertado. Después de terminada la función, se fue el escribano con su tintero, su pluma y sus papeles; y los ricos se dieron la mano en señal de cumplimiento y amistad. Cambiaron otras palabras y al rato se retiró el afincado incrédulo. Maquillando iba sus trampas contra el negro fiel.

El trato era que si Juan de la Verdad no mentía durante siete días seguidos, ganaba su dueño; de lo contrario, lo perdería todo.

Al otro día, muy de mañanita hizo pasar el rico tentador ante Juan de la Verdad, como quien no quiere la cosa, una majada de ovejas, entre las cuales iban tres carneros. Las *arriaban* tres hombres vestidos de mujeres. Él, riéndose con un resto de la boca, se fue a lo de su amigo. Como a la hora de las doce llegó el negro fiel a la casa del amo.

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito —dio vueltas su sombrero agujereado entre las manos, y al rato dijo—: Amito, esta mañana pasó un arreo de lanares, mas no sé si eran ovejas o eran carneros. Los *arriaban* tres, mas no sé si eran hombres o eran mujeres...

Y se fue el negro fiel con la tranquilidad en el alma y en la mirada, mientras los ricos se quedaban, uno alegre y el otro bastante caviloso.

Al día siguiente el rico de la apuesta hizo pasar por delante de Juan de la Verdad una tropa de potros, entre los que iban tres yeguas. Los *arriaban* dos mujeres morenas vestidas de hombres...

A eso del mediodía llegaba el negro a la casa de su amo. Lo encontró conversando con el otro rico, que había venido de visita.

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito —y se quedó balanceando resoluciones...

—¿Has visto alguna novedad, negro?

Contuvo la respiración el otro rico, al escuchar que el fiel esclavo decía:

—Ninguna, mi amito; salvo que esta mañana pasó una tropa de caballares, mas no sé si eran potros o eran yeguas; los *arriaban* dos, mas no sé si eran hombres o eran mujeres *vestiras* de hombres —y dicho esto se fue, pasito a paso.

Allí se quedaron los dos ricos, uno alegre y el otro más que serio.

El rico tentador maquinó otra asechanza. Buscó hasta hallar a un pícaro que había sido titiritero y le pasó buenos patacones para que hiciera... lo que él le dijo al oído.

Esa mañana estaba Juan de la Verdad dándole de beber agua del manantial al toro, cuando acertó a pasar por su lado un viejo barbón que vendía verdades y mentiras. Se arrimó al pobre negro y le ofreció, por poca cosa, una verdad y una mentira... Juan de la Verdad no dijo esta boca es mía. Quedó callado como piedra, y el vendedor estafalario, después de esperar largo rato una contestación, tuvo que seguir su camino, sin parar de ofrecer su rara mercancía.

La campana anunciaba la hora de las doce, cuando llegó el negro fue a las casas de su amo. En llegando, saludó:

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, mi amito; salvo que esta mañana pasó uno ofreciendo vender *verares* y *mintiras* mas no sé si las *verares* eran *verares* y las *mintiras* eran *mentiras*... —y se fue el negro con la tranquilidad en el alma.

—¡Mañana se lo hago mentir al negro! —bramó el rico incrédulo.

El amo de Juan de la Verdad sonrió con dulzura y dijo:

—Veremos, amigazo...

Estaba el pobre esclavo al otro día segando con una echona el mejor pasto del alfalfar para la bestia feliz, cuando pasaron por la calle real dos carretas, una tirada penosamente por tres yuntas de bueyes, llevando un alto cargamento. El carretero gritaba: «¡Llevo plomo y compro plomo!». Más atrasito venía otra carreta casi sin carga tirada por una sola yunta de bueyes. «¡Llevo lana y compro lana!», anunciaba el segundo carretero.

Juan de la Verdad apenas si los miró por seguir la corta del pasto para el toro

astas de oro.

Antes de mediodía ya estaba el negro en la casa de su amo:

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito —dio vueltas el sombrero en la mano y al fin se allanó a decir—: Esta mañana pasaron dos carretas: una con mucho bulto y otra con cuasi nada. Tres yuntas llevaba la primera y una la segunda, mas no sé si la carga era cierta o era mentira... —anduvo un ratito el negro por ahí, mirando volar los pajaritos. Después se fue por donde había venido.

—¿Cómo fue la cosa? —le preguntó el amo confiado al incrédulo.

—La carreta de las tres yuntas iba con los bueyes más flojos y mañosos que tengo y llevaba lana, y la de una yunta era de mis mejores bueyes y llevaba plomo.

—*Ja, jay...Ja, jay...* —se rio el amo confiado.

Esa noche contrató el rico de las asechanzas a tres catiteros riojanos que fueran a ofrecerle catitas al negro verdadero, pero hablando a la moda de San Juan. «Trato hecho», dijeron ellos.

Limpiando al dichoso toro estaba el pobre negro, cuando se le acercaron los tres catiteros. «¡Catitas de San Juan, nuestra santa tierra!», ofrecieron, mostrándole varios pares de catitas parleras. El negro apenas les ladeó una que otra mirada y se quedó: ¡chilín campana!... Al fin se fueron los catiteros. Hablando a lo sanjuanino iban.

Antes de las doce llegó el negro a la casa del amo:

—Buen *rhía*, mi amito —saludó con el sombrero en la mano.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito —ahí se dejó estar el negro, como si tuviera ganas de decir algo.

—¿Hay alguna novedad?

Y el rico visitante temblaba cuando oyó al negro decir:

—Ninguna, mi amito; salvo que esta mañana pasaron tres catiteros hablando a lo sanjuanino, mas no sé si son de San Juan o de La Rioja... —esto dijo el negro, y se fue, feliz y libre de toda carga.

Al otro día estaba rascando el lomo del toro confiado a su cuidado, cuando acertó a pasar a su lado una mujer embarazada, con una perra ¡tan panzona! Se le arrimó a Juan de la Verdad y le dijo: «Si me da un pedazo de carne para esta perra preñada, le regalaré el mejor perrito de su parición...». El negro echó a la perra tan solo un resto de mirada, pero no soltó ni media palabra. Al fin la mujer se aburrió de tanto esperar y se fue con su perra. Les cimbraba el vientre para un lado y otro a las dos cuando caminaban.

A eso de las doce el negro llegaba a lo de su amo.

—Buen *rhía*, mi amito.

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro astas de oro?

—El toro *astah rhi* oro amaneció bien, mi amito —daba vueltas al sombrero mugriento entre las manos y no se quería ir...

—¿Ocurre alguna novedad?

Se achicó el rico de las asechanzas cuando el negro dijo:

—Ninguna *noveráh*, mi amito; salvo que esta mañana se arrimó una mujer con una perra. Las dos venían muy abultadas de barriga, mas no sé si en la mujer eran trapos o una guagua al nacer y si en la perra era preñez o era agua... —y dicho esto se fue, tirando piedritas al aire. —

—¿Cuál era la trampa? —preguntó el confiado al incrédulo.

—La mujer se puso trapos y a la perra le tuve tres días sin beber una gota de agua, y esta mañana la hice comer charqui, muy salado, y se bebió tres baldes...

—¡Pobre animalito! —dijo sonriendo el dueño de Juan de la Verdad.

La prueba del sexto día no figurará nunca en ningún libro ni historia escrita por hombre alguno. Fue la trampa tan maliciosa y sopesada, y tan limpiamente supo librarse Juan de la Verdad, que no habrá letra para escribirla ni papel que la contenga en todos sus recovecos y lumbraradas.

Por fin llegó el día de la última prueba. El séptimo era, y el rico incrédulo, viendo ya vencidas a sus máquinas engañosas, donde hubieran caído los más avispados de los llanos y de la sierra, y puesto en trance de perder lo cuantioso de su fortuna, apeló a los consejos de una fina curandera y bruja. «¿Cuál es la mejor arma para luchar en viveza contra un hombre?», preguntó a esa mujerona, y ella le dijo: «¿Cuál ha de ser sino la mujer?». Se le alumbró el entendimiento al rico y ya tiró sus planes bien medidos.

Se fue a la más lujosa chingana del poblado y apalabró a la más bonita y vivaracha de las pecadoras... Mucha plata es que le dio a la pintada niña, con tal que hiciera lo que él le señalaba, punto por punto. Y después de cruzar otras palabras y señas, se fue el rico, más que seguro de su triunfo.

Al momento la pecadora se vistió con los vestidos más transparentes; se puso polvo de olor y colorete en la cara y avivó el rojo de sus labios con malvarrosa, y ensombreció con tintura sus ojos negros y se perfumó con agua florida. Hecha una reina, con ligeras muselinas, cambray y holandillas y botincitos ajustados y finas medias de seda, la perdición de los hombres salió de la chingana y se dirigió a lo de Juan de la Verdad.

Acariciando estaba el pobre negro el lustroso pelo del envidiado toro, cuando *vido* venir a una niña más linda y deslumbrante que el *mesmo* sol. Y llegó la niña y se sentó a su lado porque estaba muy cansada y le pidió unos traguitos de agua fresca... El negro quiso resistir al principio, pero ella le dijo con su voz de cristal que se moría de sedienta, y ya vaciló Juan de la Verdad, y sin saber cómo, ya salió corriendo para

volver con un jarrito de agua. Bebió la niña a sorbos, mientras el pobre negro bebía sus perfumes y sus ojos se le desgovernaban por mirar lo que las sedas medio querían ocultar... Traguito que la niña bebía, traguito que Juan de la Verdad iba entregando sus resistencias... Al fin vino a quedar más blando que un capullito de algodón.

La niña, calmada su sed, le pasó unos confites al negro, que se los tragó enteros, de puro amoscado que estaba; pero ella le puso otros confititos en los labios, arimándosele mucho. Luego le dio chancaca y otros dulces cautivadores, mas ya las redes tentadoras habían aventado las defensas del huraño desconfiado. Ya el celoso cuidador del toro astas de oro no era el de antes, y en vez de defenderse, era él quien pedía más, goloso y atropellador...

La niña bonita tuvo que contenerlo cuando él se descolgó con solicitudes de amor. Tuvo que contenerlo, y si es cierto que fue cediendo de a poquito, puso sus altas condiciones como precio... Le temblaron las carnes a Juan de la Verdad cuando oyó lo que tan dulces labios le decían: «A cambio de la gloria, mi negrito, la vida y las astas de oro del famoso toro...». «¡No!», gritó el negro fiel, «Entonces, ¿ni se te ponga nada de lo dicho!», le contestó la niña hechicera... Y ahí fue el sufrir de un negro, tan ardiente como fiel.

Siguieron luchando la tentación y la lealtad, y hubiera vencido el bien, pero los vestidos de seda eran cristales por donde se transparentaba lo que llama y desgobierna. Al fin cayó el negro y dio en firme su palabra. Por una noche de gloria daría la vida y astas del toro confiado a su cuidado.

¡Ah, Juan de la Verdad!

Entre sedas y rosas se pasó la noche, en un ir y venir del cielo a la gloria y de la gloria al cielo... Más linda hubiera sido si las horas no corrieran, pero el gallo anunció el nacimiento del nuevo día. A la salida del sol, la pecadora reclamó de Juan de la Verdad el justo pago de los tan gustados amores.



Se levantó el negro, se vistió y se puso el poncho. Luego tomó su puñal y se allegó a la pesebrera, donde guardaba al toro astas de oro. Se le acercó al noble bruto, empuñando el acero bajo del poncho, y cuando el toro más descansaba sus ojazos confiados en los de Juan de la Verdad, el negro traicionero se le acercó más, le tateó los encuentros y —¡ay!— de golpe le hundió su puñal en las carnes, buscándole con porfía el corazón. Tristes balidos dio el confiado bruto, bañándose en sangre, hasta que se le doblaron las patas. Cayó en un gran charco rojo. Allí entregó sus últimos resuellos y se le fue la vida con el último ronquido.

Con las manos ensangrentadas, Juan de la Verdad arrancó las astas de oro engarzadas en los cuernos del toro y se las entregó a la pecadora de la tentación. Adiós y adiós se dijeron los dos, y ella, gozando su triunfo, se fue a llevar las astas brillantes al rico de la apuesta, mientras Juan de la Verdad se tiraba al suelo a llorar su traición...

El sol subía por el cielo en el transcurso de las horas y más sufría el pobre negro tentado, pensando qué le iría a decir al amo más confiado y consentido de la tierra... En un mar de quejas se balanceaba Juan de la Verdad. Al fin llegó la hora de ir a la

casa del amo.

Lloroso se fue caminando... Queriendo y no queriendo, daba un paso adelante y dos atrás, y cuando encontraba un poste se sacaba el sombrero y ensayaba: «Buen *rhía*, mi amito», «Buen *rhía*, Juan *rhe* la *Verá*», se contestaba él mismo. «¿Y el toro *astah rhi* oro?».

«¡Ay! ¡Ayayay!... ¡Ayayita!, mi amito», gritaba él, arrepentido, y se tiraba las motas, espantado...

Al fin de tanto dar vueltas y de andar a los traspiés, pudo llegar a los portales de la casa de su amo. Lo divisó que estaba hablando lo más tranquilamente con el otro rico, que desde hacia una semana lo visitaba todos los días. Hecho una lástima avanzó Juan de la Verdad, con el sombrero bailándole en la mano.

Sin voz ni resuello se paró ante su amo, y temblando y humillado alcanzó a decirle:

—Buen *rhía*, mi amito...

—Buen día, Juan de la Verdad. ¿Y el toro *astah* de oro?

—¡Ay!... Al toro *astah rhi* oro lo degollé, mi amito.

—¡Ah! ¡Ah!... Y las *astah* de oro, ¿qué las hicistes?

—¡Ay!... ¡Las regalé, mi amito, a cambio de un gustacito más lindo!...

—¡Lindo, mi negro Juan de la Verdad! ¡Venga un abrazo, que la mitad de la apuesta es tuya!...

*De su mano los primores
no son para ser contados.
Ay... cuántas galas que lucen
esos dedos que robaron.*

*Al águila que empollaba
sus huevos con justo amor,
subió su mano atrevida
¡y ese tesoro le hurtó!*

*—Ha de robarle una oveja
a quien nadie se atrevió...
—Poco es robar una oveja,
¿por qué no le robó dos?*

*Desde lo mucho a la nada
bajó de la noche al día...
—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado?
La gente es que se decía.*

*En la alcoba de una niña,
por robar en noche clara,
lo apresó la que dormía
¡y no logró robar nada!*

*El ladrón que se enamora
merece pena de palos.
Mire quién viene a robar:
¡el de corazón robado!*

*Señor don ladrón —le digo—,
dejo abiertas mis ventanas
y abiertas dejo mis puertas;
¡de usted yo no temo nada!*

*Tercer Ladrón es su nombre,
se casó y es comerciante...
¿Cómo andarán las balanzas
de quien supo robar antes?*

*Porfiado en ganar batalla
con sus maestros en guerra,
no hay dos que hagan las que él hizo
¡alumbrándose a dos velas!*

(Cogollo gaucho en honor y alabanza del Tercer Ladrón.)...

*Las mismas de Quico y Caco,
los dos más grandes ladrones
que a don Facundo robaron
hasta los mismos calzones.*

*Un anillo con diamantes
y otras joyas han robado
al Brigadier General...
—¡Quico y Caco que han pasado!*

*A Facundo y a don Félix
estando en unas carreras,
una ponchada de plata
robaron sin que los vieran.*

*—¿Cómo han entrado al lugar
del tesoro más guardado
y lo pudieron robar?
—¡Por la gatera han entrado!*

*—¿Y quién se robó la brasa
que en el brasero brillaba?
—No sigan tontas preguntas:
¡Quico y Caco que pasaban!*

*—¿Y quién se sobró el fueguito?
—Una, dos, tres y van cuatro;
quiénes otros han de ser
que no sean Quico y Caco...*

*Si ya no hay cifras que midan
de sus robos el caudal...*

*—Chito con esas palabras:
¡siempre hay algo que robar!*

*Sólo falta que a la luz
le sepan robar su brillo...*

*—Se calle quien eso dijo:
¡Tercer ladrón es venido!*

(Tonada cordillerana, gloriando las mentas de los tres ladrones).

LOS TRES LADRONES

Para ser ladrón fino había nacido este mozo. Desde muy niño se ejercitó en rateriar en las pulperías, en las iglesias y en los bodegones. Sacar un anillo a un viejo; un par de aros de las orejas de las viejas rezadoras, o desprender los soles del tirador de un gaucho entonado, eran juguetes para este ratero. Cuando llegó a mozo tendió su vista a las alturas y soñó con ser gran ladrón.

Estando una noche en unos bodegones patrios oyó a unos pajueranos mentar a dos ladrones, llamados Quico y Caco. Se dejó estar el mozo oyendo embelesado el rosario de sus hechos hazañosos. Era de oír y no creer en tanta habilosa mafia para cargar con lo ajeno. Y los pajueranos no se cansaban de alabar tanta fineza y artificio de estos ladrones finos, porque Quico y Caco nunca, nunca se habían manchado las manos con un crimen, ni siquiera con hacerle el más chiquito *rajuño* a nadie. Lo dejaban limpiecito de cuanto llevaba, si lo que cargaba valía la pena, y nada más... Y salieron a relucir sus últimas hazañas... Que vez pasada le habían robado todititas las joyas a la señora del Brigadier General... Que a los tres días cargaron con la caja fuerte del Cabildo... Que tan solamente para tener qué fumar durante un año, se habían llevado todo el tabaco del estanco... Y, por último, tan solo para hacer más patente su burla a la autoridad, les habían robado los caballos a los policianos... Y seguía la cuenta de sus atropellos a los ajenos caudales. «¡Esos son ladrones, se dijo el mozo, lleno de ardimiento; no yo, que me conformo con unos poquitos *riales!*». Esa misma noche armó viaje y con esto descansó el vecindario.

Llegó al pueblo donde asentaban Quico y Caco y con toda la suma de su industria cometió el robo más atrevido que imaginarse pueda. Vestido a la moda gringa y hablando como si fuese de la *Ingalaterra*, y con patillas y *antiojos* y diciéndose el más entendido relojero, montó un taller de relojería. Recorrió las casas de los más copetudos y les pidió sus relojes para devolvérselos a los tres días, bien compuestos y limpiecitos. Nada les cobraría por su trabajo, pero quedaría acreditado para cuando lo necesitasen, y como enseñaba cartas de recomendación, nadie entró en desconfianza, y tan diligente anduvo que no dejó casa con reloj. A los tres días desapareció con toda la relojería... En el pueblo todos andaban preguntando qué hora era, y para mayor confusión, al reloj del Cabildo le robó las manecillas y le dejó un cartelito que decía: «Están en casa del relojero». No les quedó más remedio que mirar el sol y andar a los estornudos para tirar las cuentas del tiempo. Los que nunca habían tenido reloj se rieron del caso, pero la celosa autoridad tiró un bando, estableciendo un premio de quinientos patacones al que pillara al ladrón, vivo o muerto...

Quico y Caco sintieron que alguien les andaba pisando el rastro. Después de sumar medidas cuentas, acordaron que no había más remedio que conocer al ladrón

rival. «¿Dónde se esconderá ese?», se dejó decir Quico. «O mucho me engaño, contestó Caco, o tiene su paradero muy cerca de la *autoridá*, y maliciando estoy que quiere allegársenos...». Otras razones cambiaron que no son para contarse ni escribirse. A eso de la medianoche bajaron de su madriguera y se fueron a buscarlo a la misma casa de la justicia. Treparon por unos adobones viejos y pudieron llegar hasta el altillo del Cabildo. Allí lo hallaron durmiendo, ¡tan tranquilo!

Largo rato lo estuvieron mirando a la luz de una pajueta, hasta que lo despertaron con un copito de lana mojada. El mozo abrió los ojos y no vio a nadie, pero oyó una voz que le decía:

—Cuando bastan dos, sobran tres. ¿Quiénes somos?

—No han de ser otros que Quico y Caco —contestó el mozo, levantándose.

—Los mismos somos —contestó Quico—, y ya que estamos cortados por una *mesma* tijera, vamos a hablar como hablan los de igual laya.

Se sentaron los tres a conversar como viejos aparceros y fue aquella reunión, en el altillo de la casa de la justicia, un vivo cambiar de las más picaras razones criollas. Ya cantaban los gallos, anunciando al alba y al día, cuando Caco, el silencioso, invitó al mozo ladrón a que fueran a la guarida que tenían con Quico. Bajaron, pues, los carcomidos paredones del Cabildo con la carga de relojes bajo los ponchos, y hechos unos benditos, tomaron por la calle real hasta dar con los fondos de la Matriz; saltaron por las tapias de la huerta y se allegaron a la iglesia por entre los perales. Caco se tomó de la cuerda de la campana trizada y subió hasta la torre mayor. Lo siguió el mozo ladrón y al último trepó Quico. Allí, en la alta torre, tenían de todo los ladrones. Montones de ponchos de vicuña hacían las mejores camas. Había botijas con vino añejo y frascos llenos de dulces. Colgaban jamones de chancho y ricos fiambres. Petacas con pasas de uva y orejones y descarozados, y, en un rincón resguardado, había un fogón para hacer fuego. Con lonas mojadas detenían y disimulaban al humo. Nada faltaba en esa torre que, mirada desde la calle, parecía ruinoso, y tanto que no la empleaban ni para tener campanas de tañido, las que se repicaban en otra torre más baja. Los ladrones podían mirar, por entre un cañizo tupido, a la gente que entraba y salía de la Matriz.

Se tumbaron sobre ricos ponchos y chalinas, y después de tomar unos traguitos de aguardiente para entonarse, siguieron la conversación.

—Yo —dijo el mozo—, desde que oí hablar de los mentados Quico y Caco, vivo pensando en ser como ellos, y mi gusto y contento sería que nos asociáramos los tres para robar en grande.

—Al pasito, al pasito —contestó Caco, muy serio—. Antes de convoyarse con *nohotros* para maniobrar en compañía, es preciso y necesario que soporte, por lo menos, una prueba.

—Y una prueba de las más duras —intervino Quico—, porque no nos vamos a

convoyar con novatos alabanciosos y presumidos, que porque les va bien en una, ya se las tragan todas.

Otras cosas dijo Quico para hacer ver y comprender al mozo lo mucho que tenía que repechar para subir hasta donde ellos moraban.

—Pónganme a prueba —les pidió el ladrón mozo.

—*Güeno* —contestó al fin Caco—. Lo someteremos a justa y medida prueba, y si resulta vencedor podrá contarse en la gavilla... Desde esta torre se divisa aquel peñasco negro que corona ese cerro. Ahí mismo empolla dos *güevos* un águila: si se los roba limpiamente, sin que el ave se dé ni tan siquiera cuenta, y los trae a esta torre, sanitos, entonces logrará ser el Tercer Ladrón de nuestra gavilla.

—Está bien —respondió el ladrón mozo—. Mañana mismo tendrán aquí esos dos *güevos* de águila.

—Y si le sale mal el negocio, ya mismo recoge sus *cacharpas* y se nos está yendo, amigo —le aclaró Quico.

—Trato hecho —contestó el ladrón mozo—. ¿Puedo bajar ahora mismo?

Caco se asomó detrás de la reja y tiró miradas desconfiadas para abajo. Ya estaba aclarando, pero no se veía un alma por esas calles. A lo lejos venía un boyero con una carreta cargada con botijuelas de vino.

—Ahora mismo puede bajar, antes que se acerque el boyero, y acuérdesse que aquí se sube solamente de noche cerrada y sin luna.

—Hasta pronto —se despidió el ladrón mozo y se dejó deslizar por la cuerda de la campana trizada, por detrás de la torre de la Matriz.

Llegó a la huerta, y en cuatro saltos ganó el callejón y después la calle real. Anduvo dando vueltas hasta que abrieron las pulperías. Entró a una de ellas y compró jabón y ceniza de jume y una paila y con todo esto salió para el campo, en dirección al peñasco donde anidaba el águila. En llegando a un manantial, puso a calentar agua en la paila y se bañó en agua caliente, y tanto se jabonó y enjuagó con lejía de jume que se le fue todo el olor del cuerpo. Ya luego comenzó a trepar hacia el peñasco, y después de mucho caminar, sin hacer el menor ruido, pudo detenerse en la base de esa grande piedra. Descansó unos instantes y luego se desnudó completamente y tomó el rumbo a favor del viento, y ayudándose con las uñas de las manos y pies, fue subiendo, como una lombriz. «Si el viento cambia, se decía, el águila me va a olfatear, y soy perdido...». A cada momento se mojaba un dedo con saliva. Así averiguaba la dirección del vientito, y seguía trepando, pulgada por pulgada. Cuanto más subía, más contenía los resuellos para no ser sentido. Al fin mereció llegar a una hendidura, donde hizo pie. Desde allí, asomándose con la suma de las precauciones, echó una miradita al águila, con el rabo del ojo... Alcanzó a verle las plumitas de la cabeza. Le pareció que se movía, inquieta. Tal como estaba el águila en la piedra, no podría llegar nunca hasta ella sin ser visto... Se hizo chiquito en un tirar de nuevas

cuentas. Por fin se dejó, deslizar hasta la base del peñasco y se puso a arrancar manojos de hierbas secas del color de esa piedra, y se las fue atando a los brazos, piernas y tronco. Quedó todo forrado en pasto seco, de forma que no se le veía ni el pelo de la cabeza ni el brillo de los ojos. Así, todo disfrazado, porfió trepando de nuevo por las rugosidades de la piedra. Cambió la dirección del viento y el trepador tuvo que subir por el otro lado, más peligroso, porque el peñasco avanzaba sobre el vacío. Mezquinando mirar abajo, de miedo al vértigo, luchó a brazo partido contra la lisura del peñasco hasta llegar, al fin, a doblar los dedos de una mano sobre el borde de la caleta donde anidaba el águila. Por entre las hierbas secas que le cubrían la cara llegó a espiar, mañosamente, al ave caudal y vio que se movía inquieta en su nido. Contuvo al límite la respiración, y eligiendo silencios, esperó a que el águila se calmara... Al mucho rato fue avanzando su mano izquierda con el mayor tino y fineza. Logró meter sus dedos entre las calientes plumas del nido, pero ahí notó que los pastos que le cubrían la mano iban a molestar al ave celosa. Había que correrse el capuchón de hierbas para atrás, y ¿cómo hacerlo si tenía la otra mano ocupada en sostenerse en la caleta?... Fue moviendo su pie derecho en solicitud de una hendidura que le diera apoyo... ¡Nada! El peñasco estaba liso y lavado por las lluvias. Jugó con el pie izquierdo, y cuando ya se rendía encontró una saliente. Allí acomodó su pie y niveló el cuerpo para esa maniobra. Retiró, despacito, despacito, su mano izquierda, y como pudo, con la derecha, hizo correr para atrás el capuchón de pasto seco. En esto estaba, cuando el águila dio un graznido y se encocoró, encrespando las plumas, hecha una fiera... «Soy perdido, se dijo el mozo ladrón. Cómo se reirán de mí Quico y Caco...». Se quedó más quieto que la misma piedra, y con el rabo del ojo pudo ver al águila que giraba la cabeza, espiando a algo que daba vueltas en las alturas. Echó una mirada el ladrón y le fue dado ver a un buitro que rondaba el nido. «¡Ese es mi ayudante!», pensó, y ya más conforme volvió a maniobrar.

Fue metiendo la mano ¡tan despacito!, en el nido caliente. Más fue avanzando hasta que logró tocar un huevo con la punta de un dedo... Más corrió esa mano y logró hacerlo rodar hacia afuera, en dirección a la cola del águila. Allí lo dejó. «¡Esto se va componiendo!», se dijo, y ya más confiado, volvió a introducir sus finos y largos dedos de ladrón temible. Tanto se confió que fue sentido... Sin saber cómo sintió que la garra del águila le aprisionaba el índice. «¡Aquí las pagué todas juntas!», se dijo. Por un momento lo dio todo por acabado. «Cómo se reirían Quico y Caco...». Se quedó tieso. Ni respiró siquiera, pero al rato comenzó a hacerle cosquillitas al águila, rascándole con la uña del dedo aprisionado la palma de la garra. Tan pícaramente maniobró, que el ave, acosquillada, abrió la garra y él retiró su dedo. Logró tocar al segundo huevo y ya quiso maniobrarlo, pero topó con la otra pata de la que empollaba, tan fuertemente que el águila, desconfiada, metió el pico bajo su cuerpo, acomodó el huevo que halló y anduvo buscando el que faltaba. Porfió en

buscarlo con más ganas, revolviendo todo el nido... Se le atropellaron las ideas al ladrón. «¿Qué hago?», se repetía. Esquivando el pico del águila, sacó la mano, buscó el huevo que había logrado hacer rodar hacia fuera y lo corrió nuevamente al medio del nido. El ave lo encontró, lo acomodó bien debajo de su vientre calentito, y de nuevo sacó la cabeza al aire. «¡Estoy lucido!», se quejó el mozo ladrón.

Sentía su cabeza muy cansada y el pie izquierdo ya quería acalambrarse de tanto aguantar el peso del cuerpo sin moverse. Le sudaban las manos de calor y sintió que los mareos comenzaban a hacerle tiritar las carnes... Mezquinando tirar miradas a las profundas barrancas que se abrían bajo sus pies, logró acalorarse con nuevos bríos. Volvió a deslizar su mano bajo el vientre del águila, y veterano ya, hizo rodar hacia la cola al primer huevo que tocó. Volvió atrás y halló al otro y lo fue pechando despacito, despacito... Hecho esto, retiró la mano de debajo del ave, y dando un rodeo, pero con la suma de los sigilos, los fue apartando de debajo de la cola hasta que salieron al aire. ¡Ahora era cuestión de bajar con ellos! ¿Y cómo, si necesitaba, por lo menos, una mano libre para agarrarse del empinado peñasco? Pensando, pensando, se le ocurrió llevarse un huevo a la boca y luego abarcar el otro con la mano izquierda. Hizo rodar un huevo sobre la piedra, por detrás del águila, arrimó la boca al peñasco y lo tomó con los labios. Todavía se quedó un momento sin respirar y tan tieso como un palo seco. Finalmente, línea por línea, fue bajando, bajando la cabeza. Con la mañosa maniobra de una mano y sus dos pies, logró ganar como una vara... ¡Ya no lo veía el águila!

Respiró hondamente, pero cuando miró para abajo se le encrespó el cuerpo. ¡Estaba sobre el vacío, a quinientas varas de altura! No podía seguir bajando sin las dos manos libres y el trato era llevar los huevos del águila, sanitos, y depositarlos sobre la mesa de la guarida de Quico y Caco. ¡Se sentó en una saliente de la piedra y se puso a tejer una bolsita con las pajas que lo cubrían!... Como dos horas estuvo tejiendo. Triunfó porque pudo colocar los dos huevos robados dentro de ese tejido; agarró la bolsita con los dientes y con celosa ayuda de pies y manos, fue bajando por el peñasco. En una de esas ¡cuasi se manda a tierra! Pudo sujetarse a fuerza de uñas y afirmar el cuerpo en la piedra. Después de tanto lidiar con el peñasco liso y lavado, llegó a asentar el pie en el cerro. Allí se sacó el disfraz de montes secos y se tiró a descansar su corazón... Luego se vistió, y colocándose un huevo en cada bolsillo del saco, tomó cerro abajo. Dos horas anduvo bajando hasta dar con el llano. Tomó la huella de las carretas hasta llegar a las afueras del pueblo. Esperó que anocheciera y en cuanto se hizo bien oscuro, saltó las tapias de la huerta de la Matriz, avanzó por entre los perales y no bien logró tomarse del cordel de la campana trizada, subió en pocos enviones... Allí, en lo alto de la torre, lo esperaban Quico y Caco.

—¿Cómo le ha *eido*? —preguntó Quico.

—Bien, porque cumplí nuestro convenio —contestó el mozo ladrón, llevándose

las manos a los bolsillos...

Se quedó mudo de espanto. Rebuscó en vano y ya sacó para afuera el forro, sin comprender lo que le pasaba.

—¿Qué busca?

—Los *güevos* del águila...

—Ahí los tiene sobre la mesita, mal aprendiz de ladrón —le dijo Caco, desabridamente.

Tieso se quedó el mozo, y tanto que no atinó a defenderse.

—No hay que dejarse robar lo robado, porque así no lucen los robos —le reconvino el maestro—. Cuando venía muy orondo por la huella, yo me escondí entre unos molles, y al pasar, le saqué limpiamente el *güevo* del *bolsico* derecho. Me adelanté, y cuando pasaba por entre pisquillines, le retiré el del *bolsico* izquierdo. ¡Y *usté* más tranquilo que fraile después de la misa! —le sumó Caco.

Se disculpó el mozo ladrón y prometió ser más precavido en otra vuelta. Pidió que le señalasen nueva prueba, y tan rendidamente la solicitó que al fin, Caco, el silencioso, alumbró juicio, y dijo:

—Como aprendiz de ladrón ha procedido bien, pero como ladrón fino ha fallado por confiado. Para ser merecedor de nuestra confianza se le hace de rigor otra prueba. A ver, Quico, dale otra ocasión a este pollito.

Dijo Quico:

—Todos los días pasa por aquel campo un viejo en una yegua llevando una oveja atravesada en la montura, que va a venderla en el mercado del pueblo. Si se la sabe robar habilidosamente, entonces puede contarse entre nosotros.

—Trato hecho —dijo el mozo ladrón, vendiendo alegría—. Y si puedo, le robaré dos y ni se dará cuenta el viejo.

Adiós y adiós se dijeron los ladrones y el aprendiz bajó por la soga del campanario y se fue a dormir al altillo del Cabildo. Allí el alcalde acababa de hacer pregonar un bando en el que se ponía precio a su cabeza. Desde su escondite vio el ladrón mozo cómo salían los policianos, bien armados, a dar una batida por el pueblo... Bostezó tranquilamente y se tendió a dormir en lo más alto de la casa de la justicia.

Bien comido y bien dormido, esa madrugada bajó por los murallones ruinosos del Cabildo y dejó venir el día andando por las calles del poblado. Cuando abrieron sus puertas los negocios, se fue al mejor de todos y pidió el mejor par de botas charoladas. Se las probó, y como le anduvieran al justo del pie, cerró trato por veinticinco patacones. Se acercó al cajón del mostrador donde guardan la plata los tenderos y sacó de su tirador las monedas de plata; pero en el momento de pasárselas al dependiente se le cayeron al suelo y salieron rodando, unas para un lado y otras para otro. «Recójalas, amigo», dijo, y mientras el dependiente andaba a la caza de

patacones, él, ¡tan tranquilo!, abrió el cajón y sacó no menos de ciento cincuenta cóndores relucientes. Cerró el cajón con cuidado, tomó sus botas y se fue *pitando* un cigarro de chala.

Más que tranquilo salió al campo. Después de caminar un rato, se apostó cerca de la huella por donde tenía que pasar el viejo con su oveja. A eso de la media mañana lo *vido* venir y tomó sus disposiciones, tal como lo tenía pensado. Colocó una de las botas que acababa de comprar en medio de la huella y luego se retiró detrás de unos chañares. Desde allí se puso a espiar. Al rato vio que el viejo llegaba con la oveja atravesada en su cabalgadura y que se detenía en la huella a mirar tan linda bota perdida... Ahí se dejó estar, moviendo la cabeza, al entretejer sus cuentas. Por momentos hacía mención de bajarse a recoger la bota y luego parecía arrepentirse... Por fin taloneó su yegua y siguió su camino, pero dando vuelta la cabeza para mirar lo que dejaba en la huella. Era la bota del pie izquierdo...

En cuanto el viejo dio vuelta detrás de un chañaral, salió el mozo de su escondite, recogió su bota, y cortando camino a todo correr, se adelantó hasta otro recodo de la huella. Apenas llegó, puso la bota del pie derecho atravesada en el camino y él corrió a esconderse detrás de unos algarrobos. Desde allí espizó, atento y vigilante.

Llegó el viejo con su carga, y en cuantito vio la otra bota en la huella, se apeó, con la oveja. La ató a un algarrobo, y sin perder tiempo en alzar este hallazgo, se volvió a buscar la otra bota. ¡Ya tenía el par hallado!

Alejándose iba el viejo cuando ya se ató el mozo ladrón unas ramas a la cintura, que hicieron de cola arrastrada para que le borrarán el rastro; se allegó a la oveja, la desató, recogió la bota y se perdió en la espesura del algarrobal, con la oveja cargada.

Al rato volvía el pobre viejo, rascándose la cabeza porque no había podido hallar la bota que había dejado en el camino; pero cuando también se percató de que faltaba la bota derecha, se llevó las manos a la cabeza y estuvo haciendo gestos y musarañas. De repente cayó en la cuenta de que también le faltaba la oveja, y sin dejar rastros... Con más furia se rascaba la cabeza el viejo y ya comenzó a tirar cuentas con los dedos, pero todo se le embrollaba. Al fin se sacó el sombrero, lo tiró al suelo y lo hizo *ñeque* a patadas. Un rato se dejó estar en estos desahogos, hasta que al fin, cansado y corrido, se volvió a la estancia al tranquito de su yegua. A veces se *ladiaba* de pura rabia...

El ladrón mozo tuvo tiempo de dormir una siestita a la sombra de los algarrobos. A media tarde se despertó, y subiéndose a un ramblón, tiró miradas por la huella... Como lo había calculado, vio a lo lejos que volvía el viejo con otra oveja atravesada en la montura para llevarla al mercado. El ladrón se corrió para el otro lado de la huella y ganó el tupido chañaral. En cuanto venía enfrentando el viejo comenzó a dar balidos, lo *mesmito* que las ovejas. El viejo paró en seco su yegua y nadita que tardó en bajarse, atar la oveja, que traía a un algarrobo, y meterse por entre los chañares,

siguiendo los balidos de la oveja que había perdido esa mañana.

El ladrón se fue alejando cada vez más y balando seguido. Cuando ya se había internado bastante, baló al hilo una docena de veces; se calló de repente, y a todo correr dio una vuelta y se vino donde había quedado la oveja recién traída por el viejo. La desató en un santiamén, se colgó otra cola de ramas, cargó su segundo robo y se metió a la espesura, borrándose los rastros...

Al mucho rato volvió el viejo, haciendo visajes de enojo; pero cuando notó la falta de la oveja se volvió una fiera desatada. Si mucho había *patiado* a su sombrero la primera vez, el doble lo *patió* la segunda y levantó gritos que eran ventarrones por lo grueso de sus insultos. Furioso anduvo de aquí para allá, buscando a sus ovejas; pero al fin, como se avanzara el anochecer, montó en su yegua y se alejó a las *ladiadas*. Hablando solo y torciendo gestos iba, de tanta rabia que cargaba...

No bien cayó el anochecer, el ladrón mozo tomó sus dos ovejas y se encaminó rumbo al poblado. Poco anduvo, porque viniendo por el mismo camino, se toparon los tres ladrones y cambiaron las contraseñas.

Empezó el mozo a contar sus manejos, pero Quico le paró el habla.

—Lo *himos* visto todo —le dijo—, y tentado estuve de robarle sus dos robos, pero no quise ensuciarme las manos. Lo cierto es que el viejo de las ovejas es tonto, de remate y eso lo favoreció, amigo, que si no, otro gallo le cantara.

—Sin embargo —terció Caco—, *himos* resuelto darle carta de gran ladrón y trato de compañero. De los robos que hagamos de aquí para adelante, haremos cinco partes: cuatro serán para *nohotros* y la quinta para *usté*. ¿Conforme?

—¡Más que conforme! —contestó el Tercer Ladrón, dando la mano a sus maestros.

—¿Cuál es el juramento de todo buen compañero en el robo? —preguntó Caco al mozo, con el tono más serio que cabe en la palabra.

—Juro —dijo el Tercer Ladrón, extendiendo su brazo— no vender a mis compañeros a la justicia, así me traspasen las carnes con los fierros ardiendo. ¡Juro cortarme la lengua antes de decir dónde se esconden y juro obedecer su voz de mando y *dirición*, así de noche como de día!

—¡Aparcero! —contestó el gran Caco, hecho un camarada.

Se convoyaron, pues, los tres ladrones y desde ese momento cayó sobre el pueblo el más terrible azote que sea de soportar. No había cajas fuertes que ellos no violaran; no se fabricaban llaves ni cerraduras que no se abrieran ante la maña de sus dedos finos y no se levantaban paredes suficientemente altas que atajasen sus escalamientos. La gente rica guardaba sus tesoros en botijas enterradas, pero era tan grande la malicia y olfato de los tres ladrones, que esas botijas, con esos tesoros codiciados, los hallaban y casi sin buscarlos mucho. Ni lo más sagrado ni lo más escondido pudo librarse de sus uñas afiladas.

¡Uh!... No habrá palabras para seguir la cuenta de sus fechorías. Una vez robaban en una iglesia, y si no se llevaban la peladita redonda del señor cura era porque no valía nada; otra vez visitaban a la gente del gobierno, y, como al descuido, le llevaban el bastón de mando y sus demás insignias.

Gran robo fue el que cometieron al cargar la caja de caudales de la mejor tienda del pueblo, y tan limpiamente maniobraron, que hasta carreta trajeron para llevarla, ¡tan pesada era con los cóndores, bolivianos, soles, esterlinas y patacones que atesoraba!

El gobierno tiró bandos en los que fijaba precio a las cabezas de esta gavilla de ladrones, y ellos, para tan solamente reírse con todas las ganas, pegaron otros bandos en las paredes del pueblo, prometiendo doble paga por sus propias cabezas. A tal extremo llegaron en su atrevimiento, que avisaban a la justicia el lugar y hora en que cometerían sus fechorías..., y no había poder humano que los atajase. Ya la población estaba soliviantada por el miedo de perder sus más cuidados caudales y muchos llegaron hasta a depositar en el tronco de algarrobos del camino, tejos de oro con una carta a los ladrones en que pedían que la casa de Fulano de Tal, en tal calle, no fuera visitada por ellos, que más oro volverían a dejarles en correspondencia, y así se libraban de mayores males. Eran los dueños de la noche...

En estas contradanzas andaba el vecindario, cuando el Brigadier General anunció grandes carreras. Veinte presos del cuartel prepararon la calle de la Chimba y la dejaron ¡tan parejita!... Chasques se mandaron a los pueblos vecinos, anunciando estas fiestas criollas, y desafiando a los mejores corredores, y en plazas y pulperías no se hablaba de otra cosa, y viejos y mozos andaban tirando cuentas sobre tal o cual parejero.

Llegó el día de las carreras. Con grande algarada se corrió todo el pueblo a la Chimba. La mocedad andaba luciendo sus más vistosas prendas: botas de potro y ojotas con torterita en la punta y atravesando en la planta. Calzones ajustados o chiripas floridos, con calzoncillos cribados, y era de ver en unos y en otros las casacas o chaquetillas y los pañuelos punzó. Sombreros de Lima y camisas con labores, pero lo que más se notaba eran los cintos anchos de cuero, en los que sobresalían los *bolsicos*, hinchados de patacones, y el puñal de cabo floreado en sus vainas laboreadas... Era de verlos por esas calles, empinándose para gritar los «¡Huijas...!» de su gusto y guapeza.

Viendo tanta algazara y alegría, a Quico y Caco y al Tercer Ladrón les vino como ganas de andar entre tanta gente alegre. Pocas palabras cambiaron. Caco alzó la voz y dijo: «Yo me apareceré como un rico dueño de carretas. Ricachón y asonsado, hablaré sin ton ni son y andaré ostentando dinero... Quico se aparece cerca como mi capataz de tropa, y *usté* —le dijo al Tercer Ladrón—, merecerá ser mi mozo de mano». «¡Ya está!», respondieron Quico y el mozo, y corrieron a disfrazarse.

Caco se puso lustradas botas de Chile con fantasiosas taloneras y sonantes espuelas. Chiripá florido que dejaba escapar almidonados y blanquísimos calzoncillos, con labores de capricho. Casaca punzó con botones de fantasía y chaleco morado. Gran pañuelo federal al cuello y rico sombrero negro de Lima, sujetado con barbiqueo de charol blanco. Al cinto, un vistoso tirador sobado, con vivos blancos y firuletes punzó, todo chapeado en oro y plata. Lucía cinco *bolsicos* hinchados, donde se apretaban diez mil pesos en esterlinas relucientes...

Quico calzó botas de potro, calzoncillos y chiripá medio pobrones. Tirador regularon con uno que otro adornito, y apenas unos patacones en los *bolsicos*. Chaqueta federal con vivos blancos; gran pañuelo punzó en el cogote y sombrero de panza de burro en la cabeza. No era más que el capataz de carretas de su amo lucido.

El Tercer Ladrón se disfrazó de mozo de mano. Quillango a media espalda; chiripá deshilachado, sin calzoncillos y un pañuelo punzó atado a la cabeza. Sin chaqueta, con camisa sucia y a pata pelada. Puñal atravesado bajo un tirador viejazo: no era más que un pobre aindiado del Sur que andaba de mozo de mano...

Listos los tres, el gran Caco hizo una señita y se juntaron al tiro bajo un poncho que él mismo tendió sobre las tres cabezas. Así, atapujados bajo el poncho de los picaros secretos, se apalabraron en voz bajita y cambiaron sus *musarañas*... Cuando ensamblaron sus pareceres, se levantó el poncho y aparecieron los tres, muy suseñores. Ya el gran Caco tiró sus miradas desde lo alto de la torre de la Matriz y viendo la mucha gente que esa mañana circulaba, acordó que bajaran por las escaleras ruinosas. Gateando y ayudándose con travesaños, bajaron sin hacer ruido. Luego ganaron un túnel que conducía a las bóvedas de los antiguos jesuitas, y de este modo pasaron por debajo de la calle real y salieron a las ruinas del antiguo Colegio. Allí tenían, en bien cuidadas pesebreras, sus mulas de carga y sus tres caballos de carrera, como la luz de ligeros y tan blandos de boca que daban vuelta sobre su misma sombra. A los indios pampas habían trocado esos codiciados silleros por armas y aguardientes. Era de fiarles lo precioso de sus vidas porque sabían correr *boliados* y cruzar guadales traicioneros. Enseñados a saltar altas paredes de adobón, trasponían limpiamente las vallas que se les opusieran y sabían galopar sin pisarse las riendas caldas... Pedían cancha a la tierra y media rienda al jinete... ¡Ah, *pingos* de fantasía!... Comían maíz en las palmas de sus dueños.

Los ensillaron, poniendo lo fino de su cuidado en las cinchas y pretales. De nada vale el buen *pingo* si está mal ensillado o si se aflojan los *corriones*. Ya salieron por otras bóvedas que iban a rematar a un sauzal; de allí ganaron un potrerito y luego aparecieron por un callejón solitario. Caco iba acompañado por Quico. El Tercer Ladrón los seguía con muchas gruesas de cuetes en un atado. A las carreras iban.

Fueron llegando a la Chimba. Grande era el gentío y más grande la gritería y el alboroto. Allí se lucían futres de rulito y pajueranos de bota de potro, con tamaña

porra. Apenas se podían andar por entre la gente de a pie y de a caballo. Los bodegones abundaban. Vendían sopaipillas sopadas en arrope, chancaca, pastelitos, vinos añejos y aguardientes sanjuaninos. Ya se armaron muchos bailes y era de ver las parejas floreando el sombrerito, el escondido y la mediacaña.

A fuerza de maña pudieron llegar los tres ladrones hasta donde se floreaban las autoridades. Allí alzaba su voz el Gran Quiroga y su aparcerero don Félix. Hablaban los dos, ponderando a sus *pingos* favoritos y haciendo ostentación de moneda reluciente. El rico dueño de tropas de carretas se les arrimó entre tanto adulón y les hizo un gran saludo, que medio medio contestó el Gran Quiroga. «¿Quién será ese pajuerano?», le preguntó a don Félix. «¡Ni lo conozco!», le contestó esa autoridad. Otro saludo a lo sonso le volvió a hacer el fantasioso pajuerano... Ya levantó la voz ese mandón y dijo: «¿Quién sos vos, ma... caco?». «Su seguro servidor, le contestó Caco, y aquí le presento a mi capataz, ma... quico». «Si parecen más que sonsos los dos», repitió el Gran Quiroga. «Así no más es», le contestaba Aldao. En eso desfilaron los soberbios *pingos* de carrera. Unos venían de La Rioja; otros de San Juan. De Mendoza eran otros y no faltaban los parejeros púntanos y cordobeses. El Gran Quiroga descansó sus ojos profundos en un cebruno de San Luis: lo valoró con ojos de hondo sabedor, y por fin, gritó: «¡Mil patacones al cebruno puritano!...». Pasaron los instantes y luego los ratos y nadie decía esta boca es mía. Al fin, Caco, haciéndose el *alvertido*, se dejó decir: «¡Copo la parada! Aquí van los mil en esterlinas...». Le quitó el poncho a Quico, lo tendió en el suelo y allí depositó, con mucho aparato, sus relucientes esterlinas. Ya avanzó el Gran Quiroga y dejó caer su capital en el poncho, en patacones de plata. Al tiro se cruzaron cien apuestas... Quién al *pingo* puritano, quién al de La Rioja y quién al de San Juan. Al poco rato se llenó el poncho de plata, y ya se ahuyentaron las diferencias entre autoridad y pueblo, y el Gran Quiroga se *reiba* a las carcajadas y lo palmeaba a Caco, y Caco abría tamaña boca, con risa de sonso y medio, y contoneándose a más no poder, y mostraba sus esterlinas, y hasta hablaba de jugarse sus tropas de carretas... Señas cruzaron el Gran Quiroga y don Félix...

«¡Larguen!», gritaron los jueces de partida, y los parejeros salieron como flechas... Canchita les dio el puritano, haciéndose el *desganao*; pero en cuanto abarcaron la mitad de la distancia, celoso de prestigios, se achicó el cebruno a fuerza de alargarse corriendo. ¡Ah, *pingo*! Y ya cruzó la raya, diez varas delantero. Gritos de triunfo saludaron la victoria del puntano, y el Gran Quiroga se embolsicó las esterlinas de Caco. Ni triste que se puso el perdedor, llevado por su entusiasmo y lo mucho de su caudal.

Luego siguieron otras carreras menores. El rico dueño de carretas perdía la plata con estudiada ostentación y el Gran Quiroga ganaba que era un contento. Reía uno y más se reía el otro, y al fin, todo se volvía una visión. «Parece sonso y medio», se

secretiaban don Félix y el Gran Quiroga, viéndolo a Caco jugar sin ton ni son. «Hay quien goza con perder», se decían, y siguieron apostando a los parejeros. «Eche un humito, mi Brigadier General», le hizo un invite Caco al Gran Quiroga, pasándole su tabaquera de ñandú cosida con hilo de oro y adornada con perlas y brillantes. Armó su cigarro esa autoridad y ya Caco le ofreció, su yesquero de oro macizo con letras de diamantes y cadenilla de plata. «¡Linda tabaquera y mejor yesquero!», se dejó decir el Gran Quiroga. «¡Son tuyas, mi Brigadier General, como suyo es mi desvelo por servirlo...!». «Cuenta con mi *amistá*», le contestó el Gran Quiroga, *embolsicando* los regalos con fina sonrisa.

Se avanzaba la tarde y las carreras seguían con mayor encarnizamiento. La concurrencia comía empanadas y pasteles, rociados con vinos caseros, chicha y aguardiente, que ya se prodigaban con guasería. Cada vez llegaba más gente y ya no cabía tanto curioso y jugador en la cancha. Si aquello era un *celemín*. Se entremezclaban mil gritos de desfogue y guapeza criolla, y los punteos y *rajidos* de tanta guitarra, acompañando a parejas de bailarines, apasionaban más a los jugadores. Arribanos y abajinos pujaban por sobresalir en la gritería y cientos de manos hacían aprontes para lucir el cuchillo a la menor provocación. Bandos contrarios animaban a los parejeros de su cariño y cruzaban desafíos con la plata en la mano y el fuego en la mirada...

Las chinitas se sentaban en largos bancos y extendían el ruedo de sus vestidos para que se sentara el mozo de su preferencia... Como una culebra en la primavera, andaba a las vueltas la pasión criolla, y en medio de tanto desgobernado ir y venir, de entrechocadas voluntades y aprestos, Caco tiró miradas por lo bajo y *vido* a Quico que se hacía el *asonsao* al lado del poncho del tesoro, donde se mezclaban esterlinas, cóndores, bolivianos, soles y tejos de oro y plata. Más allacito, el Tercer Ladrón sostenía, presto y vigilante, los cabestros de las tres cabalgaduras pampas. Una liviana señita cambiaron los tres, y tan liviana que ni parecía seña ni nada. Ya se hablaba de largar la última carrera y lo señalaban de nuevo al cebruno puntano para enfrentar a un zaino de La Rioja que todavía no había corrido, pero con mentas de *tapao* invencible. Ya hicieron desfilar a los dos *pingos* frente a las autoridades y el Gran Quiroga vaciló un rato, en un vaivén de preferencias. Al fin, por segunda repetida, volvió a descansar lo grande de su confianza en el cebruno de la Punta. Caco jugó al de La Rioja cinco mil pesos en esterlinas, y don Félix puso banca de tres mil. Se encrespó el Gran Quiroga y redobló su apuesta, y los ricos que allí estaban no quisieron ser menos. Se formaron dos bandos que gritaban: «¡Puntano!». «¡Riojano!...». Al fin se reunieron cuarenta mil patacones en monedas diferentes y se cerraron las apuestas. El poncho se llenó de oro y plata en un delirar de entusiasmo. Nunca se había visto jugar tanto caudal en la Chimba, ni tanta bulla ni tanta alegría. «¡El riojano gana!», gritaba Caco a toda voz. «¿Te parece?», le respondió el Gran Quiroga,

y pidió plata a sus adulones para jugar tres mil soles más al cebruno sanluisño y se *almitieron* quinientas onzas de chafalonía para cubrir las últimas apuestas. Ya no cabía tanto caudal en el poncho. «¡Un soldado de los Llanos para cuidar la banca!», ordenó el Gran Quiroga, y un tremendo llanista, lleno de cicatrices, se plantó ante tanta riqueza y gloria. Caco alabó a grandes voces esa medida de prudencia y buen gobierno...

Calmada la gritería, se alejaron a sus puestos los jueces de malicia y se aprontaron los parejeros. Caco, de puro entusiasmo, se fue allegando a Quico y el Tercer Ladrón prendió su yesquero... «¡Larguen!», gritaron los jueces de largada, y partieron los dos *pingos*, veloces como el pensamiento. «¡Riojano!», «¡puntano!», vociferaban los jugadores, echando espumarajos por la boca y atropellándose en un avanzar a la raya de llegada. A medida que los parejeros se acercaban, crecía la gritería, y hasta el Gran Quiroga y sus allegados estaban roncacos de tanto levantar gritos, pero no cejaban en su porfía de animar a sus elegidos. Hasta el lancero cuidador del poncho del tesoro, aullaba y saltaba enloquecido... Caco y Quico se le allegaron, sonriendo, y mientras uno le hacía una zancadilla, lo mandaba a tierra y lo enredaba con una larga chalina, el otro recogía las cuatro puntas del poncho y lo alzaba haciendo un atado, y ya saltaban los tres ladrones en sus caballos pampas. Pero el Tercer Ladrón se quedó atrás, cubriendo la retirada de sus compañeros, y soltando entre las patas de tanto caballo, gruesas de *cuetes* ardiendo... Huyeron los ladrones al tiempo que la reventadera de *cuetes* hacía arremolinarsse a quinientos briosos pingos y encarar, atropellando a tanta gente. Unos disparaban, pisándose las riendas; otros se desbocaban por la cancha de carrera y los más se tomaban a coces, haciendo un desparramo de recados... Se sintieron ayes y gritos de sorpresa. Por fin se oyó prevenir: «¡Ladrones!».

El gran Quiroga levantó su voz de trueno: «¡Qué ha pasado!», y cuando pudo medio medio entender lo ocurrido, se volvió una fiera desatada. «¡A traerlos para ajusticiarlos!», ordenó, hecho una viva llama roja. Alguna cabalgadura se logró juntar y ya pudo armarse como una media comisión que salió sin rumbo fijo.

Avanzaba la noche tormentosa y todo seguía siendo una gritería sin gobierno. El Gran Quiroga hizo formar una fila de tiradores que trajo del cuartel, y medio logró poner orden, pero los lamentos de tantos que habían perdido su capital y sus cabalgaduras hacían más grande el infierno.

Dos comisiones más se aprestaron a salir y recibieron instrucciones del mismo Brigadier General. Vivos o muertos había que traerlos, costara lo que costara. «¡Han óido!, les gritó esa tremenda autoridad. ¡Vivos o muertos!».

Ya salieron esos policianos, unos con rumbo a San Juan y otros para el lado de San Luis. Por ahí se detenían para preguntar si habían visto huir a tres jinetes. «Yo, no señor...», contestaban unos, y «Yo vi solamente a dos...», respondían otros. Y unos decían que

los habían visto tomar para acá y otros para allá, y todo se volvía agua.

En el pueblo se llenaban las pulperías de gente que volcaba incendios sobre tamaño robo. Ya salía vino diciendo que, a lo mejor, había de ser la misma *autoridá* la que... Y le retrucaba otro, gritando que los colorados no se ensuciaban las manos en semejante cosa; que esa era obra de los salvajes traidores que hoy estaban en la oposición, y seguía el triquitraque, sin hallarle arreglo ni compostura. Más comisiones se armaron y fue para recorrer las calles de extramuros de la población, y no dejaban pajuerano que no registraban de pies a cabeza, y ni los urbanos se escaparon de que les anduvieran hurgueteando los *bolsicos*, a ver si escondían soles, patacones, cóndores o esterlinas... ¡Uh! La *autoridá* revolvió cielo y tierra y no quedó rincón que no fuera dado vueltas patas arriba.

Los tres ladrones, en cuanto salieron del laberinto de caballos, se apartaron y, de uno en uno, fueron saltando las tapias de los potreros y viñedos y por dentro de las fincas marcharon ¡tan despacito!, al lugar de reunión. Al amparo de las paredes, nadie los vio en su huida. Iban al tranquilo de sus caballos, como si fueran tranquilos jinetes. Salieron por los portillos y, uno a uno, ganaron las ruinas donde tenían sus cuidadas pesebreras.

Desensillaron sin apuros y el tesoro de las carreras pasó a un petacón y el petacón al resguardo de las bóvedas de los antiguos jesuitas... «Esto merece trago», dijo Caco, y sacó vino de unas vinajeras de plata. «¡A la salud del Gran Quiroga!», brindó Quico, y tres vasos de asta de toro se levantaron y chocaron, y los tres bebieron como buenos aparceros.

Luego de la merienda se fueron a dormir a la torre de la Matriz, cuando daban el toque de queda.

A medianoche se despertó el Tercer Ladrón y oyó claramente al sereno que decía: «Las doce, han dado y con zonda...».

Una semana dejaron descansar al pueblo; luego comenzaron los robos con renovados artificios. Caco sabía de un pudiente carretero que comerciaba con Buenos Aires, que había logrado juntar un gran caudal. Planearon el robo los tres, y una noche de luna saltaron las tapias de su casaquinta y penetraron a los aposentos. El Tercer Ladrón se apartó a una pieza y luego de abrir las cerraduras con sus artes, entró despacito, despacito... Largo rato se detuvo, contemplando a una niña dormida en preciosa cama. Luz de luna la bañaba levantando en alto sus preciados encantos. Ahí se quedó el ladrón, prendado de tanta hermosura y pureza, y tantos caudales de tentaciones lo arremolinaron, que al fin se rendía. Se le allegó, como caminando en el aire, dobló una rodilla en tierra y fue arrimando sus labios amorosos a los de la niña dormida. Largo y liviano beso depositó en ese nido de amores... Mucho fuego debía alentar, porque él sintió que la dormida le respondía besando... ¡Casi se descuidó el ladrón! La preciosa quiso como despertarse, al tiempo que murmuraba entre dormida

y despierta: «Soñé que me besaban...»Escondido detrás de su cabecera, escuchó el Tercer Ladrón los suspiros de la hija del rico arriero.Él se le acercó en el mayor silencio y la estuvo contemplando horas y horas, con creciente embeleso... Ahí se dejaba estar, aprisionado por el hechizo del amor dormido, en el más dulce mecer de una esperanza combatida... Pasaban las horas de la dormida noche y el ladrón de corazón robado no apartaba los ojos de ese codiciado tesoro de amor. Sentía que cantos lejanos acariciaban sus oídos y en su enternecimiento amoroso, oía el crujir de sedas y veía entrecruzarse luces suavécitas... Suspiros de enternecimiento levantaban su pecho y su corazón se trastornaba, mientras los rosicleres de la alborada teñían el cielo y los gallos anunciaban el nuevo día... Ya las lumbres del sol naciente querían dorar el alto cielo cuando el ladrón pudo recobrase de su peligroso encanto. Sin poderse contener, depositó otro liviano beso en los labios de la niña dormida, y a todo correr salió por la puerta, ganó el patio y luego la calle... Quico y Caco se hacían cruces viendo que no volvía su compañero, y ya lo daban por perdido y planeaban mudarse de guarida, por si la justicia lo había cazado y le sacaba secretos a fuerza de fierros al rojo, cuando lo vieron subir por el cordel de la campana trizada, muy pensativo y cambiado.

Lo cercaron a preguntas, recelosos como eran, y tanto lo mortificaron al mozo ladrón que cayeron en la cuenta que era el amor que lo trababa. «No es otra cosa, dijo Caco, y aquí está el gran peligro. Un ladrón enamorado no sirve ni para ver quién viene».

Ahí fue el cambiar de razones con palabras entrechocadas de defensa y acusaciones. La vida les iba en el negocio y no era posible jugar con el pescuezo.

Al fin alumbró juicio Caco. Levantó la voz el maestro de ladrones y dijo pocas palabras, pero de tan tupida sabiduría que el Tercer Ladrón bajó los ojos, vencido. Dijo Caco: «Un ladrón asonsado por el amor y un caballo de carrera en tres patas es la *misma* cosa. Más lejos se puede ir con una carreta de eje partido que con un sonso caliente. Mi determinación es esta y no otra, y que diga el Tercer Ladrón si está conforme o aparta su rumbo: mañana a la noche llega al pueblo, viniendo de las minas de Hualilán, el más rico de los mineros; pero, aunque lo parece, no es nada sonso. Monta en una mula negra y siempre se detiene en la pulpería de Prado a tomar tres vasos de *giñebra*, y deja su mula atada en las varas. Entre las caronas trae su carga de polvo de oro. El Tercer Ladrón es el señalado para este robo, que puede hacerlo hasta un aprendiz, siempre que no lo traben las polleras...». «Se hará como lo manda, maestro», respondió el ladrón enamorado.

Todo el día se lo pasaron los tres ladrones en la alta torre de la Iglesia Matriz. Jugaron al truco hasta la medianoche. Se acostaron, pero a eso de la madrugada se levantó Caco, y marchando a gatas se le arrimó al Tercer Ladrón. Largo rato estuvo cautelando a su lado. Lo vio dormir con sueño agitado y como queriendo libertar

palabras que lo atormentaban... En silencio, le puso su mano sobre el pecho al dormido y al momento oyó que decía: «¡Dueña mía!... ¡Vidita! ¡Corazoncito de mi amor!...»Caco retiró su mano y se fue a dormir, ¡tan pensativo!

Los despertaron el repicar de las campanas que llamaban a los fieles a la misa mañanera. Se levantaron, comieron algo, y detrás de los tupidos cañizos estuvieron mirando a la gente del poblado que iba y venía por las calles. Avanzaban carretas cargadas de pasto. Otras carretas pasaron con botijuelas de aguardiente y un arria con odres de vino. Luego se entretuvieron mirando topear a unos huasos en las varas de la pulpería de la esquina, mientras que varios muchachos hacían pelear a unos perros. Circulaban muchos jinetes entonados, llevando a su chinita en ancas. Levantando mucho polvo, pasó una volanta tirada por dos mulas, y al rato se armó una gritería tremenda porque peleaban con cuchillos dos puebleros muy lucidos. Se entretuvieron los tres ladrones viendo las galas de los cuchilleros en sus floridos visteos. «Voy al de la derecha». «Voy al de la izquierda», apostaban los ladrones; y en esto estaban cuando vieron que el cuchillero de la derecha soltaba el cuchillo y se hacía chiquito sujetándose la barriga abierta. Se amontonaron los curiosos y ya lo entraron al herido a la pulpería... En ese momento desembocó por la calle real un pelotón de lucidos jinetes. Todos los curiosos se apartaron en el mayor silencio y devoción, porque avanzaba, rodeado por sus lanceros, el Brigadier General, ¡tan engalanado! A su diestra, un trompa negro de gran estampa y aire altanero. Se oyeron vivas y otros gritos de gloria y rendimiento, hasta que desaparecieron en el tierral de su marcha... Mucho después se oyeron las campanas señalando al mediodía y un sol de fuego se adueñó de las calles desiertas...

El vecindario almorzó y luego durmió su larga siesta. Lo mismo hicieron los ladrones en la alta torre...

Cerrada la oración se despidió el mozo y bajó por las escaleras ruinosas, gateando para no hacer ruido. Llegó a tierra, siguió por entre los perales y luego de salvar las tapias, ganaba la calle del fondo. Iba vestido a lo boyero, con calzones, una pierna más arremangada que la otra, y camisa más que hecha tiras. Un tirador de cuero sobado y un sombrerito de panza de burro. Llevaba una picana y se hacía el que estaba muy cansado. Caminando, caminando, llegó hasta la pulpería de Prado. Allí, antes de entrar, y como quien no quiere la cosa, espía los mulares atados a las varas y no le costó gran trabajo echarle el ojo a la del rico minero. Era una mula vivaracha, con montura criolla. Vio que no estaba maneada, y con el cabestro apenas atado a las varas. Medio se sonrió el Tercer Ladrón... Si era como para llegar, montarla de un salto y animarla a disparar. Pensando, llegó al acuerdo de que sería bueno esperar a que cerrara bien la noche, porque las mulas son lerdas para correr y cualquier caballo las alcanza. Entró a la pulpería y pidió un frasco de vino y se lo fue tomando de a poquito.

Habían como quince hombres, entre urbanos y campesinos; unos jugaban a la biscambra y otros al truco, con el todo de su atención. Discutían los más sobre carreras; otro grupo rodeaba a dos guitarreros que floreaban la más linda de las tonadas:

*Un día en amarga pena,
en mi cama me senté,
al considerar ¡tan lejos!
lo que tan cerca soñé...*

Lo abarcó lo inmenso de arrastrada pena al mozo ladrón. ¡Qué de lejos estaba lo que él soñó tan cerca! Vio, patente, que la hechicera dormida se alejaba sonriente, huyendo entre rosas y claveles, al tiempo que una voz escondida, le volcaba al oído: «¡No será tuya, ladrón infame! ¡Será de un mozo de la noble sangre! ¡Sufre, al verla para siempre en ajenos brazos! ¡Sufre, ratero!...».

Turbios suspiros quisieron sosegarlo, pero más se revolvía el zonda de su pasión. Hizo ademanes y gestos, apartando sentimientos y visiones, y fijó su mirada en el rico minero de Hualilán, que seguía paladeando su *giñebra* sin apuro. Ya había cerrado la noche oscura y se acercaba el momento de obrar. Como un relámpago se le atravesó al Tercer Ladrón la idea de que el minero era por demás confiado. Ni una sola vez se había asomado a mirar su mula... ¿Por qué? Medio quiso ahondar en su pensamiento, pero las neblinas de su pasión lo enredaron, se lo llevaron... Se le apareció la niña dormida y todo se le vino abajo. Le entró un sonso apuro. Ya se paró y salió a la calle y en un abrir y cerrar de ojos desató el cabestro de la mula, puso el pie en el estribo y dio el enviñón para montar y salir corriendo... Ni supo en qué instante se encontró en el suelo, entre las patas de la mula, que lo coceaba y lo arrastraba por la calle tierrosa. Tragando polvo, solo atinaba a querer desenredarse de tantos cerriones, pero más se enredaba y tragaba tierra y recibía golpes...

Al ruido, salieron los parroquianos de la pulpería y alcanzaron a distinguir a una mula que arrastraba montura y jinete debajo de la panza... Dando un fuerte grito, el minero pidió a todos que le ayudaron a pillar al ladrón. Corrieron los mirones y ya lo tenían al reducirlo al estropeado ratero, que había podido zafarse de debajo de la mula, cuando un grito salvaje los dejó tiesos a todos. Era que venía, a media rienda, un desconocido en un caballo pampa, y atropellando al montón, se abrió paso hasta el aporreado mozo. Lo avivó con la contraseña y, como pudo, le ayudó a subir en ancas de su caballo, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron en la oscuridad de la calle... Era Caco que, previendo el mal fin del robo del Tercer Ladrón, se había apostado en la esquina continua, listo para obrar. Si no llega a tiempo, ¡todo se hubiera derrumbado!

Llegaron a la guarida de la alta torre, después de desensillar el caballo en la pesebrera de las ruinas. Pocas palabras bastaron para entenderse. Había acabado la carrera del Tercer Ladrón.

Caco se puso más que serio y dijo:

—Es cosa sabida y resabida que para robar una mula ensillada, lo primero que hay que espiar es si la cincha está o no bien apretada. Una cincha floja es la mejor trampa para pillar ladrones de cabalgaduras. Eso lo saben hasta los niños de pecho. Gastar más palabras es escribir en el agua...

Caco dijo esto y nada más dijo Caco.

Intervino Quico:

—¿Cuál es su defensa, mozo?

—Ninguna defensa me asiste —se allanó a decir el Tercer Ladrón.

Caco volvió a levantar su voz:

—La parte quinta de toda nuestra fortuna le pertenece al que fue el Tercer Ladrón. Aquí está, en este saco. *Nohotros* se la entregamos y con esto quedamos a mano y siempre amigos. Este saco encierra tejos de oro, soles, cóndores, bolivianos y esterlinas. Hay de sobra para pasar una vida descansada y regalona en la mayor... honradez.

—En la mayor honradez —remachó Quico.

—Y esa es nuestra pensada condición —porfió Caco—. Si usted, mozo, hace vida honrada, *nohotros* estamos seguros de no ser descubiertos; pero si se tira a ladrón, aonsado como está por el amor, lo va a cazar la justicia y con fierros calientes le van a hurgar donde se esconden sus compañeros. Así, pues, más bien no lleguemos a saber que *usted* quiere seguir robando... porque lo vamos a reducir a picadillo. Oiga este consejo de un amigo y maestro que lo quiere: ponga una tienda y entréguese de corazón al comercio, que el robo de la balanza y la vara no se pena por la justicia. Estas son mis palabras contrapesadas. Si las sigue, se hará un caballero rico, muy honrado y más cumplido, y si no las sigue, llorará penas y castigos.

—Seguiré sus palabras de encarrilamiento y buen camino, maestro Caco —respondió el mozo—. Seré trabajador y honrado como el que más y no variaré ese norte.

—Dios lo oiga —se dejó decir Caco.

—... Y no me lo deje caer en la tentación —le sumó Quico.

Se dieron esas amigas manos en señal de despedida y de limpia amistad, y el mozo, ayudado por Quico, bajó con la pesada carga de su tesoro a la espalda. Sin perder un instante se fue a los campos y enterró, en escondidos y señalados lugares, la mayor parte de su riqueza en varias tinajas. Borró los rastros, y sin darse un punto de descanso se agachó a caminar por la huella de las carretas y viajó toda la noche. Al otro día siguió caminando hasta que llegó a un pueblo, muy distante.

Allí compró caballo y lujosa montura y cambió su facha. Vistió buena ropa, se dejó crecer la barba y trabó amistad con gente ciudadana para aprender la moda de los *futres*, las mañas de los *piciúuticos* y las maneras de la alta dama.

Noventa días se dejó estar en esa población, y ya hecho otro hombre, retornó al pueblo, con aires de gran comerciante. Compró una casa de negocio en una esquina, bastante alejada de la Matriz, y contrató con unos arrieros la traída de mercaderías de Valparaíso, y con unos carreteros, que hacían la travesía de la pampa, otras mercaderías de Buenos Aires. Al poco tiempo ya tenía armada la mejor tienda del pueblo. Vendía sedas de fantasía y aguas floridas. Asuntos de botica; botas para hombres y botincitos para señoras. Mirando de la calle, se veía un sinfín de cintas de todos colores, y abundaban los tejidos de Cambray y de París; polvillo de olor y tabaco en rama de Tarija; yerba del Paraguay y mates chapeados en plata, y ricos sombreros de Lima, y chancaca y mil confituras y tentaciones... ¡Uhs! Era la mejor tienda del poblado.

Él mismo atendía su comercio, y era tan atento y cumplido que muy luego logró atraerse a todas las damas copetudas. Si hasta la misma señora del Brigadier General venía a comprarle cintas, y bastó su presencia para que llegaran las otras ricas de la noble sangre. En un salón contiguo hacía preciosos apartes de damas y caballeros y llegó con esto a ser su negocio un sitio de distinguida reunión. «Algún día, se porfiaba hablando a solas, vendrá el lucero que me desvela...».

Y llegó, por fin, el día que ella bajó de su volanta, manejada por un esclavo negro. Venía acompañada por su padre, el pudiente dueño de carretas. El mozo comerciante la vio venir como entre neblinas rosadas y se quedó mirándola, sin atinar a preguntarle una palabra ni a disculparse ante las señoras que atendía... La niña no supo qué hacer, viéndolo tan conturbado, hasta que atinó a elegir las cintas más vistosas. Se reavivó el mozo comerciante y la aturdió a preguntas por sus preferencias...

—Cintas de Cambray, agua florida y sedas de la China.

Al momento el tendero sacó lo mejor que tenía en el ramo. Proclamó que las cintas moradas estaban de moda en Lima, Santiago y Buenos Aires y que la mejor agua florida era la que tenía la gloria de presentarle. Con sus finos dedos destapó frascos y abrió lujosas cajitas de polvo oloroso y luego se puso a desdoblar piezas de sedas encarnadas. Ella apartó cintas y otros géneros, y polvos y agua florida. Quiso llevar algunas golosinas. Corrió el pulido tendero, trayéndole montones de confituras tentadoras: caramelitos riquísimos, tabletitas, alfajores, chancaca y licorcitos dulces, y tanto insistió en que probara algunas, que al fin se allanó la niña a gustarlos. Apartó dulces y tabletas, y cuando preguntó por el valor de tanta cosa comprada, el tendero hizo largas cuentas con su pluma y su tintero, pero en la suma final no alcanzó ni a... tres patacones.

—Se ha equivocado, señor tendero —quiso aclararle suavemente ella.

—No, mi niña. Mis cuentas son ¡tan justas y cabales!

—Pero... si me llevo un montón de cosas...

—... Que, por todo, y sin rebajas, suman tres patacones.

A fin de calmar a la hechicera compradora, volvió a revisar, con gran paciencia, sus cuentas y las halló ¡al justo! No pudo seguir reclamando la niña. Pagó y llamó a su esclavo para que pusiera tantas compras en la volanta, pero el tendero, en el colmo de la atención, se las llevó él mismo y le bajó el estribo cuando ella fue a subir al carruaje. La niña quedó en volver...

Mirando hasta que desapareció la volanta se quedó el mozo tendero, parado en el medio de la calle y tuvieron que llamarlo sus mismos clientes para que volviera en sí...

A la semana siguiente, a eso del atardecer, se paró el carruaje en su negocio. Bajó primero el rico dueño de carretas y dio la mano a su hija para que descendiera del coche. Entraron el padre y la hija. Ella apartó mil embelecocos de mujeres y el caballero compró tabaco en rama y botas negras. El tendero se desvivía por servirlos y supo elegir lo mejor de su trato para quedar bien. Tanta fineza, tan amables atenciones fueron cautivando a la niña hasta el extremo que ella le presentó a su padre. Se dieron las manos los dos hombres y cambiaron palabras de amistad y cortesía.

Y todas las semanas era de verlos al padre y a la hija en la tienda. Mientras el caballero discurría con otros señores, su hija apartaba primores para lucirlos con su donosura y gracia. Sedas y encajes eran sus preferencias, y tan bien era atendida y tratada, que un día, recostándose en el pecho de su padre, invitó al tendero a su casaquinta a pasear. Tartamudeando, encantado, el rico negociante dijo que sí iría, y al anochecer siguiente llamaba a sus portales. Salieron la hija y el padre a recibirlo y pasaron a la sala en un continuo agasajo. Mientras la niña hacía preparar la mesa por las mulatas esclavas, el mozo tuvo ocasión de hablar con el padre. Y congeniaron los dos y ajustaron tratos para el acarreo de mercaderías en carretas, desde el Litoral. El mozo hablaba de agrandar su comercio y el dueño de casa de aumentar el número de sus carretas; pero cuando se sentaron a cenar, el tendero olvidó tantos planes de comercio. Sus ojos fueron tan solamente, para mirar a la hechicera...

Comprendiendo al fin el dueño de casa cuál era la fuerza y la razón que movían a su visitante, se llamó a un aparte en cuanto terminaron de comer, y sentándose al lado del brasero, dejó a su niña y al festejante que escaramucearan...

La velada pasó entre risitas van y risitas vienen y ya las palabras se hicieron más bajitas y portadoras del lleno de guardados sentimientos. El niño del amor fue tejiendo la red del cariño que no se ve ni se siente, pero que enlaza y sujeta con lo muy fuerte de sus dulzores.

Y así siguieron las visitas del tendero a la niña...

El rosado niño del amor los llevó por sus caminos de flores. Cambiaron los anillos y se dieron, frente al altar familiar, la palabra de casamiento. Fijadas fueron las fechas de la boda y corrieron las primeras amonestaciones en la Iglesia Matriz. Ya se hicieron los preparativos para celebrar tan dulce yugo.

Pocos días faltaban para su casamiento, cuando recibió el mozo tendero la visita de Quico y Caco. Se quedó tieso de espanto; pero los maestros ladrones le tendieron mano amiga. «Venimos a desearle felicidades sin cuento, le dijo Quico, y saber si nos invita a su tan lucida boda».

El novio se disculpó tartamudeando. Dijo que la justicia podría descubrirlos, porque hasta el mismo Brigadier General asistiría a su casamiento... Largas carcajadas le contestaron. «Desde que dejó nuestra gavilla, intervino Caco, ni nos acordamos de la justicia; y ahora quiero que vaya sabiendo, honrado comerciante, que si no nos invita, nos invitaremos *nohotros* mismos, y acuérdesese que nos gusta, pero muchísimo, el chanco bien adobado...». Se fueron los dos ladrones y lo dejaron al mozo torcido y hablando solo.

Se le avinagraron las ilusiones al novio porque sabía de antemano que cuando a Quico y a Caco se les atravesaba una idea, la cumplían, así hubiera que terraplenar la sierra con el llano. Y por conocerlos cabalmente, a él también se le plantó otra idea: ¡la de no ceder un paso! ¿Chanco adobado querían Quico y Caco?, pues ordenó que solo carnearan chanchas hembras, y, precavido al extremo, se puso a la tarea de colocar una fuerte cerradura en la puerta de su alacena. De siete llaves era la tal cerradura, y para extremar sus defensas, puso tres campanillas detrás de la puerta, de tal manera que si llegaba a ser abierta daría tres alarmas sucesivas. Lo llevaba la empresa de hacerse respetar por Quico y Caco y no doblegarse a sus antojos, ni en la más chiquita idea que tuvieran a su costa.

Llegó por fin el día de la boda. Ya de mañana comenzó a llenarse la Matriz con lo más copetudo del pueblo, y las once señalaba el reloj del Cabildo, cuando bajaban el novio y la novia del carruaje de gala y entraban al templo. Se formó una lucida comitiva, encabezada por el Brigadier General y su señora. Seguían muchas niñas ricas, vistiendo sedas preciosas, y los mozos más rendidos del pueblo. ¡Si aquello parecía una gloria! Cien cirios de cera doraban la brillante nave y hacían resplandecer el altar. El órgano ilusionaba ¡tan dulcemente!, que se olvidaban todas las desdichas de la vida para gustar esos momentos de retenida brillazón.

Bajó unas gradas el señor obispo, seguido del cura y el sotacura, y con su voz los casó, frente al altar, y les echó su bendición, y pidió a Dios felicidad duradera para esta pareja... Salieron los recién casados, hechos una gloria; subieron en su lucido carruaje y se fueron a la hermosa quinta que acababa de comprar el mozo. Cuando llegaron, ya estaba la casa llena de invitados que los recibieron con puñados de confites, en medio de la mayor alegría, Las señoras y los caballeros estaban a las

cortesías y dele cambiar saludos y *quiebres* de cintura.

Sirvieron las mesas de la cena. Allí se sentaron las damas y señores, en medio del bullicio general. Unos y otros cambiaban, a porfía, brindis en la punta del tenedor y se comprometían con lo que quedaba de licor en la copa... ¡Uhs! Si aquello era de quedarse mirando por lo lindo y bien puesto, Ya se oyó el trinar de los violines, acompañados por el arpa y las guitarras y se comía entre las más hermosas tonadas y cogollos.

El guitarrero cantor le dedicó un cogollo a la pareja y todos aplaudieron en la gloria de la enamorada alegría. Gruesas de *cuetes* reventaron en el patio, y los más huasos no pudieron atajar los «¡Huihaas!» más criollos de los llanos. Apenitas terminaron de cenar, todititos pidieron que la nueva pareja abriera el baile. Marido y mujer bailaron «El sombrerito», y luego, el Brigadier General y su señora se remecieron hasta más no poder en las mudanzas del «Serenito». Atronaron los aplausos y vivas, y ya los mozos dorados y las niñas floridas se entregaron a la danza con todo el calor de esos pechos criollos. Cien parejas se formaron y no quedó baile que no fuera celebrado. Las mudanzas y zapateos de los hombres se contrapesaban en los graciosos balanceos de las mujeres. Sin saber en qué momento, los gallos anunciaron con sus cantos el cruce de la medianoche. Los más viejones comenzaron a despedirse, pero la juventud enamorada seguía con calor de fiesta. Rebosando alegría se contoneaba el dueño de casa, cuando al mirar al centro de la sala, casi se va al suelo de pasmo... ¡Caco, el maestro de ladrones, se hacía chiquito floriando «La huella», que bailaba lucidamente con la señora del Brigadier General!... No alcanzó a reponerse el recién casado, cuando tuvo que afirmarse en la pared para no gritar... ¡Quico, ya desflecaba su pañuelo, adornando el pícaro baile de «La mariquita» con la señora de don Félix!... Y lo más lindo era que don Félix miraba a esos mudancistas como preguntándose: «¿Dónde los *hi* visto a estos?...». Por fortuna, tiró a irse pronto.

Sudando goterones, el dueño de casa se paró en la puerta de su quinta, con su señora, para despedir a los que se iban.

Ya se estaban yendo casi todos los invitados cuando sintió que lo tocaban en el hombro. Se volvió y *vido* a Quico y a Caco. «*Nohotros* no nos vamos, dijo Quico; se nos ha antojado comer una chancha, bien asadita y mejor adobada con pimienta, ají picante, clavo de olor y nuez moscada que *himos* visto apartar». Preguntó a su esposa el dueño de casa si había quedado algo de eso, pero ella, le contestó que ya todo se lo habían comido los visitantes. «Salvo una chancha, agregó, que he dispuesto guardarla en la alacena, para que la comamos los dos durante la semana...». «Ya han *óido*, afirmó el dueño de casa, Lo siento en el alma, pero no hay chancha adobada. ¡No hay y se acabó!». Quico lo apartó a un lado y le dijo con firmeza:

—*Querimos* comer esa chancha adobada. Se nos ha puesto en la mollera que la vamos a comer, y con unos tragos de vino añejo...

—¡Está guardada bajo siete llaves! —contestó el dueño de casa, plantándose en las suyas.

Se les ardieron las orejas a Quico y a Caco y se buscaron lo más hondo de sus ojos.

—¿Bajo siete llaves ha dicho? —preguntó Caco, haciéndose el chiquito.

—Bajo siete llaves —repitió el mozo, serenamente.

—Que le haga provecho. Buenas noches, caballero...

Y se fueron Quico y Caco, derrotados por tanta firmeza.

El dueño de casa se sintió más seguro. Fue a la alacena, que estaba al lado de la alcoba, y la abrió con sus siete llaves. Al girar la puerta sonó la campanilla fina, luego la mediana y al último la grande. Esas campanillas se oían de lejos... Miró a la chancha adobada y volvió a cerrar la puerta con las siete llaves diferentes.

Fue al lado de su señora y, juntos, despidieron a las últimas visitas. Cerraron la puerta de calle, mandaron a los esclavos a dormir y luego se fueron, tomaditos de las manos, a su alcoba.

Sentaditos en la lujosa cama de matrimonio cambiaron sus palabritas y caricias rendidoras. Comieron algunas confituras y ya llegó el momento de acostarse.

Se acostó la recién casada, y cuando ya iba a hacerlo el marido, se le cruzó una idea por la cabeza. «Ya vuelvo, vidita», dijo a su compañera, y salió al corredor; pero no bien enfrentó a la alacena, se quedó más que tieso. ¡La puerta estaba abierta de par en par y ni señas de la chancha!... ¡Ahijuna! Toda la sangre le hirvió de rabia. Más aumentó su furia cuando *vido* un papelito escrito, que decía: «Finos saludos de la chancha».

Guardado misterio será siempre cómo y con qué industria pudieron los ladrones burlar siete seguras llaves y tres sonoras campanillas para tan solamente robarse una chancha adobada por darle gusto a un antojo, por dejarse llevar por la contra...

El marido dio una patada en el suelo y se achicó pensando en su situación. «Si me dejo robar por Quico y Caco, se decía, me van a perder el respeto y nada los va a contener en adelante. ¡No! No hay más que debo recobrar la chancha, cueste lo que cueste».

Corrió a la alcoba y le pidió a su señora que lo aguardara un momentito, que ya volvía. Salió de su casa y tomó la huella en dirección al poblado. Corrió un buen rato hasta que oyó la bullita de Quico y Caco, que iban hablando bajito y soltando pícaras risitas. Haciéndose el livianito, se acercó lo más que pudo a ellos y los siguió un trecho. Medio vio en la oscuridad de la noche que iban los dos bultos, uno adelante y otro medio atrás, y que, cada tanto, uno recibía la chancha que llevaba el otro al hombro, al tiempo que le decía: «Pásamela, que te la ayudaré a llevar...»Pudo ver también que el que marchaba sin carga se adelantaba, y el cargado con la chancha se iba quedando atrás, por el peso que soportaba a la espalda... Al filo de lo visto y oído

tiró sus planes el que fue el Tercer Ladrón. Esperó que se fuese quedando atrás el que cargaba la chancha, y cuando llegó el momento, se le aparejó a Quico y le dijo, imitando la voz de Caco: «Pásamela, que te la ayudaré a llevar...». Le pasó la carga el ladrón y él fue deteniendo su marcha, mientras Quico avanzaba por la huella. En cuanto echó de ver que la oscuridad lo amparaba, dio media vuelta y se *agachó a disparar* con la chancha adobada al hombro. A todo correr llegó a su casa y no paró hasta depositar su carga en la alacena y con el mayor de los cuidados probar de nuevo las tres campanillas, revisar las bisagras de las puertas y, al último, dar una vuelta entera a cada una de las siete llaves. Desde la más chiquita hasta la más grande... «No hay poder humano que la abra esta vez», se dijo; y más tranquilo se fue a la alcoba. Allí lo esperaba la recién casada...

Le echó unas mentiritas por su ausencia y todavía se demoraron unos instantes, entreteniéndose con un rico licorcito y alfajores ¡tan dulces!...

Siguió Caco marchando un rato, y cuando calculó que Quico ya había cargado bastante tiempo a la chancha, lo esperó en la huella, y en viéndolo llegar, le dijo:

—Pásamela, que te la ayudaré a llevar...

—Hace rato que te la pasé —le contestó Quico fastidiado.

—¡Y yo te la pasé a vos! —le retrucó Caco, enojado.

Se trenzaron en un «y yo a vos, y yo a vos», y de ahí no salían. Por fin Caco se dio una palmada en la frente y anunció: «¡Nos ha fregado el honrado tendero!».

Pocas palabras cambiaron los dos. Pocas *musarañas* se hicieron y pocos planes maduraron...

Después de gustar esos dulces alfajores y el rico licorcito y después de cruzar esas palabritas de cariño, se dispuso a acostarse el marido. Se sacó la casaca, pero se le volvió a atravesar otra idea. «¡No vaya a ser el Diablo!...», se dijo, y pidió permiso a su señora para salir un instante. Salió al patio y descansó su confiada mirada en la puerta de la alacena, resguardada con siete llaves y tres celosas campanillas... Si tieso se había quedado la primera vez, ¡el doble se quedó la segunda! Esa puerta estaba enteramente abierta ¡y ni noticias de la chancha! ¡Si era como para darse con una piedra en la mollera! ¿Qué escondida ciencia y qué brujas artes tenían Quico y Caco para burlar cerraduras y silenciar campanillas? «¡Esto es más que misterio!», se repetía el burlado, y más se achicaba, bajando a las profundidades de los imposibles. «¿Cómo ha sido y cómo no ha sido?», se preguntaba el hombre y se perdía en su propia sombra...

¿Se iba a dejar burlar por los maestros del robo? ¡Qué más se lo quisieran ellos! Se aprontó a presentarles batalla a Quico y a Caco, y ya tiró sus medidos planes. Los maduró y los contrapesó en un subir y bajar de pensamientos... Ya entró a la alcoba y le rogó a su señora que tan solo por un momentito lo esperara. Que ya volvía. Se hizo de dos velas y de yesquero. Luego se desnudó completamente, y así, en cueritos,

ganó la calle a todo correr, con tan solamente el yesquero y las velas... Corrió y corrió, y ya al rato pudo olfatear el adobo de la chancha. Siguió corriendo, pero con celados silencios, y ya pudo distinguir los bultos de Quico y Caco que, muy calladitos, marchaban ocupando toda la huella. Dio un rodeo y los adelantó, y oculto entre los montes, los vio pasar a los dos maestros del robo marchando de lado, porque llevaban a la chancha adobada, uno por las patas delanteras y el otro por las traseras... ¡Ni soñar con repetir la maniobra de antes!

Dando un gran rodeo, volvió a adelantarse a todo correr y se detuvo en un lugar que la huella pasaba entre chañares y algarrobos...

Con el yesquero encendió las dos velas que llevaba y se puso en cuatro pies. Una vela encendida la tomó con la boca y la mantuvo horizontal, a fuerza de dientes y destreza; la otra se la colocó... donde se le podía sostener más segura, y así, alumbrado por las dos puntas, con la cara arrugada fieramente, con los cabellos revueltos, comenzó a pasearse en cuatro patas, atravesándose por la huella, muy garifo, y reapareciendo entre los algarrobos y chañares voces daba de espanto y más se arqueaba y encrespaba.

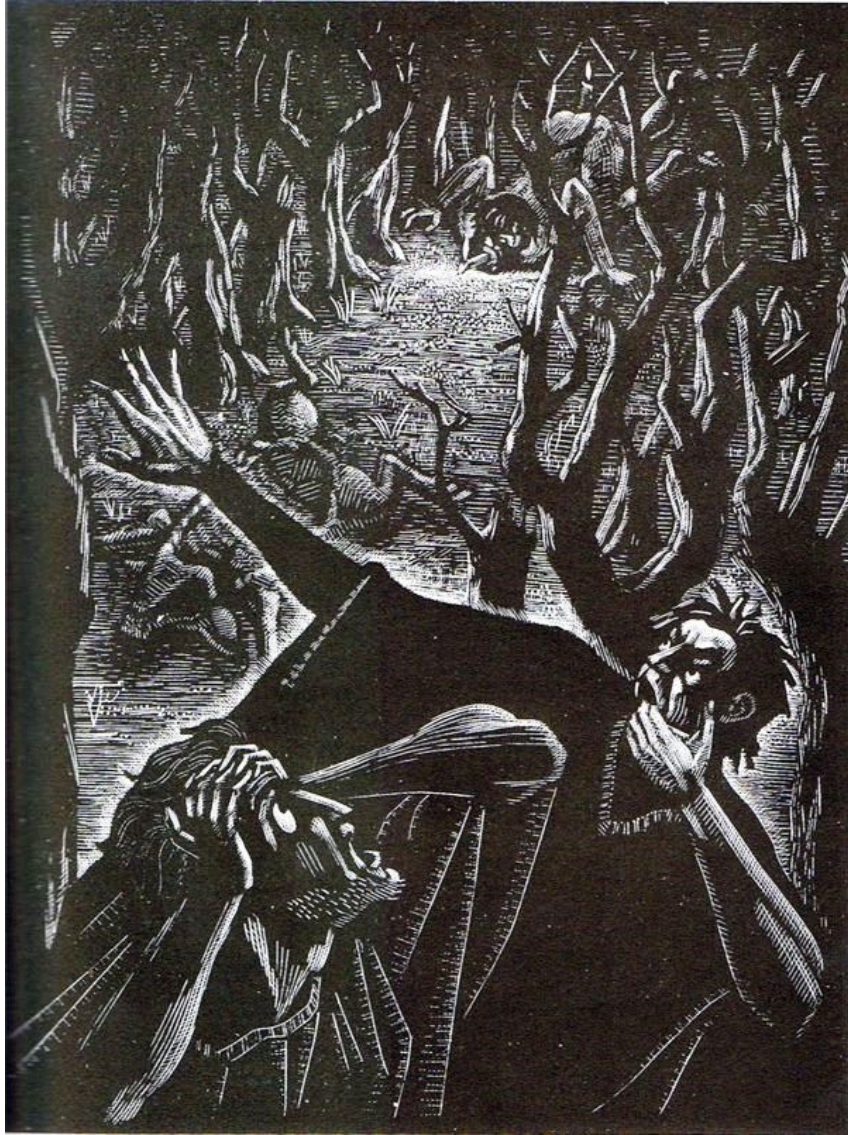
Llegando venían Quico y Caco con la chancha adobada, bien sostenida por las cuatro patas, cuando medio alcanzaron a ver un animal, el más extraño y horroroso, que se perdía y volvía a aparecer entre chañares y algarrobos y con una llama atrás y otra delante. Se pararon en seco a mirar aquello y cuanto más lo miraban más se les ganaba la idea de que era el mismo Diablo en figura de animal, entre fuegos del Infierno, que salía para su castigo... Se les pararon los pelos de punta y se les soltó la chancha. «¡Es el Diablo!», gritaron a una los dos ladrones, y atropellando espinas y montes arrancaron a todo lo que daban, en demanda de su guarida...

El recién casado se siguió paseando otro rato en la misma forma, para que pudieran verlo Quico y Caco toda vez que volvieran la cara, hasta que calculó, por la lejanía de sus gritos de espanto, que ya llegaban al poblado los ladrones. Entonces apagó las velas, recogió la chancha adobada y cargándola a la espalda se volvió para su casa.

Llegó y no quiso guardarla en la alacena. La dejó sobre una mesa, bajo el parral, para que amaneciera bien fresquita al otro día.

Estaba más que seguro que ya no volverían Quico y Caco por la chancha adobada, porque él no se la había quitado. Ellos la habían tirado en la huella porque se les apareció el Diablo, y eso era todo...

Y sonriendo de felicidad se fue a la alcoba a dormir con quien lo esperaba, que ya quería tejer raras cuentas por lo largo de sus demoras...



*Quien en los campos desiertos
sabiduría atesore,
verá llamar a sus puertas
¡al Enemigo del Hombre!*

*Dos fuertes celos contrarios
miden con rigor extremo,
todo alentar, toda fuerza
que quiera trazar gobierno.*

*—¿Cuál es, pensador —pregunto—,
la lucha más sostenida;
la que siempre es renovada?...
—¡La de la Muerte y la Vida!*

*—Y en estas sierras y llanos,
¿cuáles son esas porfías
que miden rigor en armas?
—¡Las de la Cruz y el Mandinga!*

*Pensando... Me voy pensando
en las palabras tremendas.
¿Qué camino elegiré
al entrar en las contiendas?*

*—Muerte y Vida... Bien y Mal,
y entre la Cruz y el Mandinga,
¿cuál es el mal y es el Bien
si entre ellos tejen la vida?*

*—Mira una estrella en la noche,
y de día, al manantial...
Ellos señalan, muchacho,
el camino de tu andar.*

(Razones contrapunteadas, compuestas por un viejo puntano para su muy estudioso sobrino).

*Bien fina guardia pidieron
para volar mil espantos
y no faltó un mal guardián
¡que vino a vender su mano!*

*El gallo pinto cantó
del mal los siete rigores,
en los negados momentos
del Enemigo del Hombre.*

*Siete desmanes mayores
sus bajos ojos miraron.
Siete pecados sumó
en traición el mal cristiano.*

*... Ambición que descaminas
por las sendas descarriadas.
¡Qué de cuantiosos castigos
se cobrarán a tus faltas!*

*—Una palabra levanto
de mis pasos en defensa:
¿Qué le resta al hombre libre
si la miseria lo apresa?*

*Abierta puerta dejó
nuestro Dios al mal tremendo...
Por esa puerta se miran
¡tesoros tan placenteros!*

*No hay Mal ni Bien, y es la Vida
balanza de fiel en falso...
Solo quien triunfa es que goza
¡la gloria arriba y abajo!*

(Contestación y defensa que dejó escrita a su tío el Mal Guardián antes de morir).

EL MAL GUARDIÁN

El más aplicado colegial de la escuela de los jesuitas era este mocito. Él sabía las cuentas que achican y agrandan las sumas y dominaba los recovecos de la resta: buena cabeza había sacado para los números... Como al descuido formaba esas contradanzas del más y del menos, del total y las partes, y con tanta justeza y dominio cerraba esas columnas, que lo que principiaba en el cero, en cero terminaba, después de haber arribado a los cientos y a los miles... Si era como para hacerse delgadito, pensando. Y las letras que trazaba su linda mano en lo blanco del papel formaban el río novedoso de las volanderas palabras, entrelazando ¡tan lindos decires!... Los sabedores lo miraban con encontrados sentimientos, y los cerrados de mollera lo seguían con doble caudal en sus ojos preguntones... Y es de saber que este mocito, tan celado, aguantaba las mordeduras de la ambición atropellante. Quería atesorar poder y gloria en la vida, pero solo tenía manejo en las cantoras novedades de su pluma fantasiosa. Era un prisionero dentro del cerco de su cerrada pobreza, que le achicaba, celosa y con rabia, todo el vuelo de su pensamiento caudaloso.

—*Tatita* —le decía al viejito de su padre—; si tuviera tan solo un *alquito*, ¡cuántas cosas yo no hiciera!

—¡Qué le daré, pues, hijo, si nada tengo! Si un *alquito* yo tuviera, ese *alquito* se lo diera... —y en este vano trasegar de esperanzas se pasaba el precioso tiempo.

Nada tenía, es verdad, el pobre de su *tatita* viejo, pero si algún medio llegaba a merecer, mandaba con ese medio a la pulpería por un traguito de aguardiente...

Y el mozo se achicaba y agrandaba ante el río caudaloso que salía de su pluma cantora; mas todos sus arrestos iban a chocar en el mismo peñasco de la miseria agachada... «¡Ay!... ¡Ayayita!...», es que se decía el mocito, acorralado en su vano desear.

La fama de su saber habiloso corrió por los poblados, y en plazas y pulperías se lo recordaba con palabras de gloria y rendimiento; pero, como una burla escondida en sus vecindades, más lo mordía y cercaba la miseria de su vida. Habían días que no probaba un bocado, y gracias si a la noche merecía un caldito sin sustancia. Se devanaba los sesos el mozo, buscándole una vuelteita a su suerte rigurosa. Algo más fuerte y habiloso que sus artes y ciencias le salía al camino a negarle sus poquitos medios...

Un día se paró en su puerta un portador que por mandado ajeno le traía una carta. En ese papel le decía una desconocida que se parase en sus portales, que trabajo tenía para sus manos y su mentado saber.

Vistió el mozo lo mejorcito de sus deshilachadas prendas, y con la carta en la mano se paró en los portales de las señas. No bien batió sus manos salió a recibirlo

una niña viejona, tan pintada como arrugada; lo hizo entrar, y luego de medio cumplimentarlo, alta paga le ofreció para que tan solo le velara el sueño...

—¿Cómo se vela el sueño? —preguntó el mozo.

—Contenga sus palabras —le contestó la niña—, y ponga lo fino de su atención en lo que le digo.

Y esa niña viejona le dijo ¡tantas cosas!, que el mozo se hundió en sus pensamientos... No era para velarle el sueño, en verdad, sino para velarla en sus momentos... Pasada la medianoche comenzaría su trabajo de raro guardián. Él vería cosas que su lengua no diría nunca por nunca, y su saber y memoria no guardarían para aprender las cosas que allí miraran sus ojos. Debía velar los momentos, con los ojos abiertos y la atención despierta; pero dormidas la memoria y el entendimiento para no atesorar ni una migajita de cuantos caudales viera...

—Pero ¿qué es lo que veré? —porfió él, curioso.

—Contenga esa lengua, mozo... —le advirtió por segunda vez la niña pintada—. Velará mis mudanzas prohibidas en las deshoras y mi sueño reparador durante el día... ¿Tiene miedo?

—No, niña; no tengo miedo.

—Nada menos que lo mucho de cien pesos le ofrezco por velarme siete noches seguidas, pero ha de ser con la firme condición y juramento que no dirá nunca jamás ni una media palabra de lo mucho que aquí vea y oiga, y que no aprenderá ni una nadita de las tantas cosas que aquí se hagan delante de sus ojos. Por tan liviana tarea, cien pesos fuertes le contaré en sus manos... ¿Qué me contesta?

—Contesto que sí, mi niña.

—Desde este momento quedas conchabado. Mucha es la paga y muy pocos tus deberes; mas has de saber contener tu boca para toda pregunta, Mucha es la paga y muchos los castigos para la más chiquita falta. Velarás, rendido y vigilante, y ni dirás ni aprenderás nada de lo que aquí veas y oigas por siete noches.

—Así lo juro —respondió el mozo con demoradas palabras y con firmeza.

—Descansa, mozo, que la noche es larga y tu velar ha de ser ¡tan profundo!... —lo llevó su ama a una alcoba y le señaló cama para que durmiese a gusto—. Al anochecer —le dijo— serás despertado para que comas y te prepares a aguantar la noche...

Se fue la niña arrugada y el mozo se tendió a dormir en la linda cama. Ya entrada la noche despertaron al mozo tres aullidos lastimantes... Asustado, levantó la cabeza y *vido* a su lado a la niña viejona. «Que te levantes te ordeno», dijo con fuertes palabras. Se vistió el mozo y siguió a la dueña de casa. Ella lo guio hasta una mesa en la que estaba servida su cena. «Mientras comes, le advirtió, yo terminaré de vestirme y prepararme para mi noche...». Salió la niña y el mozo se refociló con muy ricos potajes. No bien hubo acabado, cuando se le apareció de nuevo su ama; pero esta vez

lucía ¡tan lujosas ropas! Le rebrillaban los ojos entre las sombras de sus pestañas. Rosadas sus mejillas y rojos sus labios... Si daban ganas de besarla y abrazarla, y el mozo sintió que sus potencias se avivaban... Ella lo dominó con una mirada ¡tan fría y soberbia! «Que me sigas, te ordeno», le dijo, y el mozo la siguió por las alcobas, hasta que llegaron al portal de la gran sala. «Aquí te plantarás, le ordenó con sonantes palabras, y desde aquí me velarás en mis mudanzas, y tus ojos humanos y sin mancha, por falta de prohibidos pecados, serán mi seguro resguardo. Por nada has de abandonar este lugar en el transcurso de las deshoras, y cuando terminen las licencias y yo caiga rendida, me recogerás del suelo y con toda finura me llevarás a mi dorada cama y allí me arroparás con cuidado. ¡Y que ni un pensamiento contrario se cruce por tu entendimiento y que tus manos se contengan de avanzar más allá de lo que, despierta, te permito!». «Así lo haré, punto por punto», aseguró el mozo. Esto acabó de decir cuando en ese momento preciso se oyó el tercer canto del gallo que anunciaba las deshoras... Alcanzó a dar unos pasos la niña bruja, mas fue alcanzada por las bajas fuerzas, y los ojos del mozo vieron cómo caía al suelo, retorciéndose como serpiente, y cómo fue perdiendo las formas humanas hasta quedar convertida en una hermosa gata negra, casi tan grande como un puma de la sierra. ¡Esa bestia le sonrió, mientras se enroscaba en la estera!... Ya se desataron las risadas y parloteos en las soledades de esos campos. De repente fueron forzados los portales de la sala y entraron, con atropello y libertino escándalo, culebrones negros, haciendo fuerzas por pararse y enroscarse unos con otros; machos cabríos, topándose furiosamente con el estruendo de su cornamenta; pajarones de toda laya, abriendo tamaños picos en su charla y cruzando aletazos de entendimiento; grandes lagartos verdosos de los llanos y toda la humana iniquidad pecadora que desanda los caminos del mundo... Los ojos del mozo guardián se abrieron al límite, mirando el desbordado río de los turbiones. Músicas tan descompuestas como hechiceras animaron esa fiesta de los atropellos y todos se animaban a las risadas, acomodándose unos con otros para su placer y gusto... En estas licencias y otras se vencieron las horas acordadas y el canto del gallo volvió a anunciar el retorno de las fuerzas del bien. Huyeron los negados a sus guaridas y se fue restableciendo la voz de la razón y la derecha. Cuando todos los malignos salieron puerta afuera, pudo ver el mozo a la niña, su ama, tirada en el suelo, quejándose, descoyuntada y vencida. Se acercó el guardián, la levantó con cuidado, la llevó a la mejor alcoba y allí la arropó en la cama más hermosa que jamás ha sido vista. La niña cayó como cuerpo muerto, resollando a destiempo en pesadillas de espanto. La miró el mozo un momento y ya salió de la alcoba; ganó con furia la resolana y ahí se sentó a esperar la salida del sol resplandeciente...

La siguiente noche volvió a velar el mozo en las deshoras la temida fiesta de la Salamanca, y si mucho habían visto sus ojos la primera vez, el doble de caudal miraron en la segunda. Más se desataron los desbordes, pero así también quedó de

agotada la niña bruja cuando todo se deshizo en la gritería atropellante de la despedida. Levantó el mozo a su ama, la arrojó en la cama y salió al patio para afianzarse en la verdad del sol de la mañana...

Otras noches pasaron, trasegando males, hasta que llegó la séptima del sábado. Su ama, la añosa pintada, le advirtió a su guardián que por ser esa la noche elegida, bajaba a su Salamanca el Padre Negro. Que no se asustase al verlo entrar a él y a los diablos menores y a su cortejo de brujas finas de los llanos y las sierras. Que aguantara el desborde de los miedos, que nada le pasaría; pero que por lo que más quisiese en el mundo, no fuera a descuidar su celosa guardia. Otras cosas más le dijo con palabras de duro gobierno. Al último le preguntó:

—¿Vas a tener miedo?

—No voy a tener miedo —contestó el mozo con fiereza.

—¿Vas a aprender algo?

—¡No voy a aprender nada!

—Mañana se vence tu conchabo —terminó ella—. Mañana te contaré en la palma de tu mano lo muy alto de mi paga.

—Está bien, mi niña —contestó el mozo, y mientras ella entraba a su aposento a acicalarse, él salió a descaminar sus pasos por el campo.

Hablando solo iba el pobre. Sí y no, se decía, entre los quiscales enemigos que rodeaban al caserón. Sí y no, se repetía en un vano luchar de razones desvariadas. En esta desavenencia iba y volvía por entre tanta espina y piedra rodada.

Vino por fin la noche. Noche turbia, de nubes arrastradas entre los peñascos. La sospecha y la locura andaban sueltas. Palabras perdidas se alzaban por el campo. Entre tantos amagos encaminó sus pasos el mozo al caserón y no bien abrió el portal de la sala se quedó maravillado viendo a su ama ¡tan hermosa y hechicera!... Le brillaban los ojos con fulgores de diamantes entre la tupida sombra de sus cejas y pestañas. Encendido color rosado entonaba sus mejillas, sobresaliendo su pecho blanco, del que avanzaban dos senos sostenidos por sedas crujientes que la hacían ¡tan terriblemente apetecida! Al mozo se le fueron los ojos y se le avivaron de golpe sus potencias de hombre joven viendo a dama tan llamativa, y avanzó hacia ella atraído por el imán de esa carne llamadora... Ya llegaba a tocarla con sus manos cuando un gesto de alto y frío dominio lo dejó sumido en espanto. Pero ella misma levantó palabra para decirle que esa carne que lo conturbaba no sería para otro que no fuera el Rey de la Noche, que para él se guardaba con todos los primores... Bajó los ojos el mozo, con su vuelo quebrado por concentrada humillación, y fue a su sitio, a ocupar, como un perro, el lugar del mal guardián.

Los apuros de la noche bruja bajaron atropelladamente, Apenas el gallo anunció su primer canto, le contestaron risadas perdidas por esos desiertos, y no bien el ave cantora libertó su segunda señal, cuando ya la niña añosa lanzaba un grito de agudo

placer y revolcándose en la estera de la sala, se fue trocando en gata: la más hechicera y grande que en el mundo ha sido. Hecha un vivo elástico de carne se estiraba y encogía, ronroneando, como si gustara invisibles y sabias caricias... Todavía no se dejaba oír el tercer canto del gallo cuando ya avanzaba, atropellante y descompuesta, la bullaranga de los negados visitantes de las deshoras.

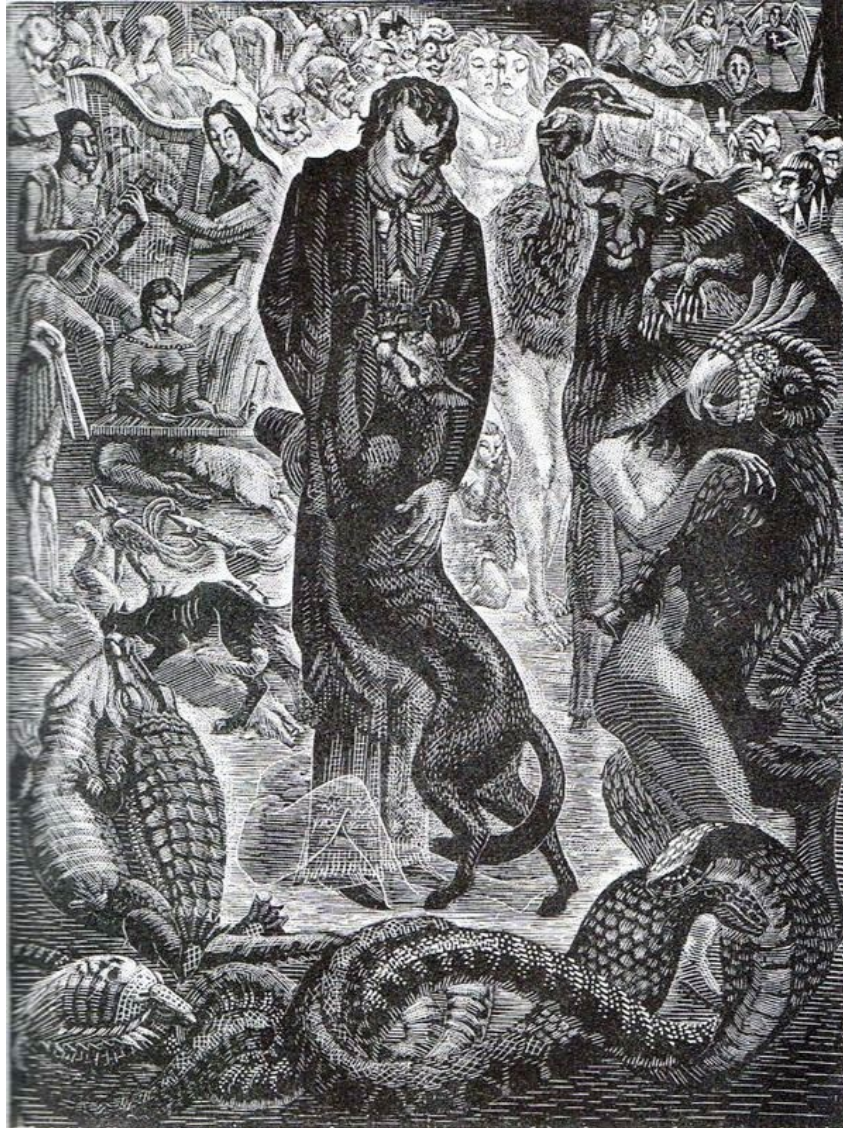
Junto con la seña tercera del gallo pinto, se violaron de golpe los portales celados y entraron hombres y mujeres increíbles, machos cabríos, viborones cerdudos, lagartos y pajarones negros. Todos contuvieron sus licencias y se fueron alineando contra las cuatro paredes de la sala. El mozo guardián malició que los visitantes esperaban a alguien, y ese alguien no podía ser otro que el Ángel Caído... Por fin se oyeron en lejanía esos ruidos y esas voces que encogen el corazón de los cristianos. Se acercaban los signos enemigos con todo el atropello y la suma de los escarnios a la alta nobleza humana. Ya se corrieron vivas luces de entre los bajos del oscuro campo y ya formaron escolta los diablos menores. De golpe se hizo presente en los portales el clamor de tanto quebrantamiento y se apareció, cimbrando su baja gloria, el Mandinga... Llovían músicas de finos cencerros y acompasado entrechocar de cortantes y celosos cuchillos, y espuelas de plata y trasegadas voces de agonía y de placer. Se alumbró la Salamanca en toda su falsa gloria cuando el Malo traspuso esos umbrales de maldición. El mozo guardián medio pudo ladear su mirada, y temblando entre opuestos sentires, medio mirarlo al Enemigo... Lo vio alto, sin llegar a mucho; de cuerpo bien compartido. Morocho, de profundísimo mirar y barajando en sus labios una sonrisa entre gustosa y triste. En su bella y dura faz se entrebuscaban los opuestos sentires que atraen y alejan a los hombres... Mil promesas martirizantes encerraban sus ojos bajos, tendiendo y negando lo que se busca y se teme en los encontrones de la vida del hombre. Calzaba botas negras, relucientes. Calzones morados y gran tirador laboreado al cinto. Casaca punzó con botones de fantasía y vivos de terciopelo. Chaleco morado, por donde se le desbordaban los flecos de la camisa. Airoso pañuelo de seda al cuello y camisa color de fuego. Hermoso sombrero de Lima le retenía el cabello, ensortijado y brillante, por entre el que se le adivinaban dos inclinados y cortos cachos. Al caminar le sonaban ¡tan hermosamente!, sus espuelas de oro y plata. Un poncho colorado y negro, terciado a lo llanista, remataban al justo su hermosa estampa criolla en la novedad de esos campos soliviantados. El mozo guardián levantó su vista y pudo medio cruzarla con la del Malo, medio cruzarla no más, porque esos potentes ojos le bajaron su mirada a ras del suelo con la suma de su poder avasallante. Se sonrió el Mandinga al doblegar a un cristiano y ya dio un paso adelante. Todos los concurrentes abatieron sus miradas y curvaron sus cuerpos en señal de sumisión. La primera que se rehizo fue la gata dueña de casa, que se adelantó a recibir a tan alta visita. Caminó levantada sobre sus patas traseras, y con las delanteras en alto, se humilló con gracia ante el Malo; pero él la levantó, y en

prenda de amistad y compromiso le ciñó la cintura con su fuerte brazo. Juntos entraron hasta el final de la sala y allí se sentaron en sitial de honor. Detrás de él entraron diablos menores, brujas de las más finas de los llanos y las sierras y alguna que otra curandera de las más mentadas.

Ya se sentó el Mandinga y ya hizo señas a sus músicos que alegraran la fiesta.

Quenas, arpas, violín, trutruca, guitarrón, guitarras y cajas despertaron sus preciadas voces y tejieron el llamado a los atropellos gustosos. La tonada de la hermosura en honor del Malo fue cantada por mozos y niñas pecadoras, en un ir y venir de trasegados sentimientos. Luego se bailó «La mariquita», «Los aires», «El escondido» y otros bailes con la suma de los elegidos primores y fue de verse el caudal de mudanzas novedosas, hasta que el aguardiente y el afán atropellante tornó aquella fiesta en el cenagal de las pasiones. Los ojos del mal guardián se abrieron al límite, mirando el turbión de las licencias...

Campo afuera, clamaba la justiciera rabia cristiana, pugnando por presentar batalla a tanto pecado y transgresión triunfante de la Salamanca; pero la guardia humana del mozo vendido al Mal cerraba el paso, legitimando ese caudal de licencia pecadora...



Ya al filo de la madrugada el gallo cerró las deshoras con su canto. Se llamó a repentino sosiego la iniquidad y se prepararon a volver a la nada tantos negados. Y unos arrastrándose y otros volando en escobas de pichana, fueron ganando los cuatro puntos del campo desierto... La gata negra acompañó al Malo hasta los portales de su Salamanca y allí cambiaron las palabras y señas de maligna despedida. Se humilló el mozo guardián mirando tanta alianza enemiga y más se lastimó su corazón lo que los vio cambiar bajas caricias... Con un abrazo se despidió el Malo y, seguido por su escolta, se adentró a los campos oscuros, mientras la gata maligna aprovechaba sus últimas fuerzas para ganar la sala. Apenas pudo dar unos pasos cuando fue alcanzado por las fuerzas restauradoras... Cayó al suelo al tiempo que perdía sus ofensivas formas de animal, para convertirse en la divina figura humana. Allí quedó tendida en la estera, con la cara cruzada por tupidas arrugas y asquerosamente pintarrajeada. La suma de los cansancios silenciaba su cuerpo rendido, aplastado. Parecía acabada. El mozo la levantó, la llevó a la mejor alcoba y la arropó en la lujosa cama. Luego huyó a la resolana a esperar el renacer del sol...

Cuando alumbró el día, el mal guardián salió a caminar por esos campos. La

claridad serena le trajo un poco de sosiego y centro a su desvarío. Descaminaba por los chañarales con callada porfía palabrera, y tanto trasegó decires en silencio que al fin labraba sus cuentas permanentes.

A media tarde, cuando volvió al caserón, oyó que la niña arrugada lo llamaba al arreglo de cuentas y entró a su aposento. La vio medio repuesta a fuerza de pinturas y sobajeos.

—Cien pesos fuertes era mi deuda —le dijo su ama—, y cien pesos te pago y ya no te debo nada. ¿Es cierto?

—Es cierto, niña —contestó el mozo recibiendo su paga.

—Y ahora has de contestarme como contestarás al mundo: ¿has visto algo?

—Nada he visto, niña.

—¿Has aprendido algo?

—Nada he aprendido, niña.

—Aquí acaba, entonces, nuestro trato. Nada has visto; nada has aprendido. Me has servido y te he pagado. ¿Cierto?

—Ciertito —afirmó el rendido y, sabiendo que no podía decirle «adiós», giró y se fue callado.

Caminó todo el día hasta que llegó a su rancho tan mísero. Allí estaba su padre. «¿En dónde has estado perdido tanto tiempo?», es que le preguntó el viejito. «No me pregunte nada, *tatita*, le rogó el mozo. Ya estoy de vuelta y eso basta». Luego le pidió al viejito que lo dejara dormir tres noches seguidas con sus días, sin despertarlo. Se acostó en su recado el mozo y durmió todos los sueños atrasados que cargaba. A los tres días se levantó, ya muy sereno y tranquilo.

Habló el mozo con su padre y le anunció que en adelante acabarían para siempre sus miserias. Que había aprendido el secreto de ganar caudales y que les esperaba la dichosa vida de los ricos. «El domingo, lo instruyó el mozo, se jugarán grandes carreras entre los afincados del llano y los fuertes mineros de la sierra. *Usté, tatita*, le jugará cien pesos a un caballo que le amanecerá en su corral. En cuanto gane, apueste los doscientos pesos al mismo caballo, y apenas tenga los cuatrocientos patacones en su poder, se viene ligerito a la casa y lo primero que hace es sacarle el freno al caballo suyo... ¡Ah! Y si llegara a venir una mujer con ofertas de comprarle el caballo, ¡no lo venda por nada! ¿Ha oído, *tatita*? ¡Por ningún precio!». «Así lo haré *m'hijo*», contestó el viejo tragando gustos.

Llegó el domingo y no bien se levantó el viejito ya *vido* en su corral a un *pingo* que piafaba de ganitas de correr. Lo ensilló y se fue en él a las carreras del pueblo. En llegando a la cancha, le hizo unas medias largadas para entonarlo y pudo ver que era como el pensamiento de ligero. Se arrimó a la raya de largada y les gritó a los ricos que rodeaban la banca: «¡Apuesto cien pesos fuertes a este *pingo*!». Medio lo miraron los ricos y ni caso que le hicieron al verlo tan requetepobre, con las hilachas

cimbrando. «¡Cien pesos fuertes a este pingo!», volvió a gritar, entonado, el viejo; pero un mozo de los más ricos, por divertirse, le contestó: «Pero, decime, viejo *pililo milagriento*, ¿has visto alguna vez siquiera cinco pesos?». «¡Aquí van los cien!», retrucó el viejo, entregando su caudal en la banca, y con esto el mozo rico no tuvo más remedio que jugar. A un fino alazán apostó su dinero, y ya se formalizó la carrera, y ya largaron esos parejeros entre animada gritería... Se agarraba el sombrerito el viejo para que no se lo volara el viento de tan ligero que corría su caballo. A media cancha dejó muy atrás a su contrario y llegó a la raya con siete cuerpos de ventaja. «¡Le doblo la apuesta!», le dijo el rico perdedor. «¡Si ese es su gusto, no se ha de morir de antojo!», le contestó el viejito ganador. Esperaron a la última carrera, para que *resollaran* esos parejeros, y no bien llegó la ocasión, largaron los *pingos*. Todo el mundo se empinaba viendo correr a los dos caballos, mientras crecía la gritería de los que animaban... Medio le dio como ventaja el viejo al caballo contrario, pero al pasar la mitad de la distancia, se hizo chiquito su corredor por alargarse a media rienda. Llegó a la raya y ya dio vuelta su *pingo* para esperar al contrario... Casi lo levantaron a gritos al pobre viejo de tanto que lo vivaban. Haciéndose el mosquito muerta embolsilló sus cuatrocientos pesos, y sin hacer caso a sus admiradores, giró para su rancho. Al pasito iba, pensando en lo grande de su fortuna y lucido de su suerte. En eso pensaba cuando al llegar a su rancho se le apareció una señora muy bien vestida y buena moza que le pasó el habla en esta forma: «¿Me vende ese caballito?». «Ni por mucho ni por poco, mi señora», contestó el viejo. «Véndamelo, que no le pediré ni media rebajita...», porfió ella. El viejo pensó: «Si le pido alto precio, me va decir que no». «Mil pesos vale este *pingo*, señora», dijo, levantando su voz. «Aquí, en esta mano, van sus mil pesos: venga mi caballo», contesta la dama, pasándole mil patacones de reluciente plata al viejo, que de puro asombrado está a las pestañadas... Cuando se rehizo el pobre, se encontró con tanta plata en la mano y ahí fueron sus lamentos por su imprudencia. Aturdido todavía, se bajó de su caballo y quiso sacarle el freno, pero en el mismo instante que lo hacía, le pegó el grito la señora: «¡Lo he comprado tal como está!». El pobre viejo agachó la cabeza y le entregó las riendas...

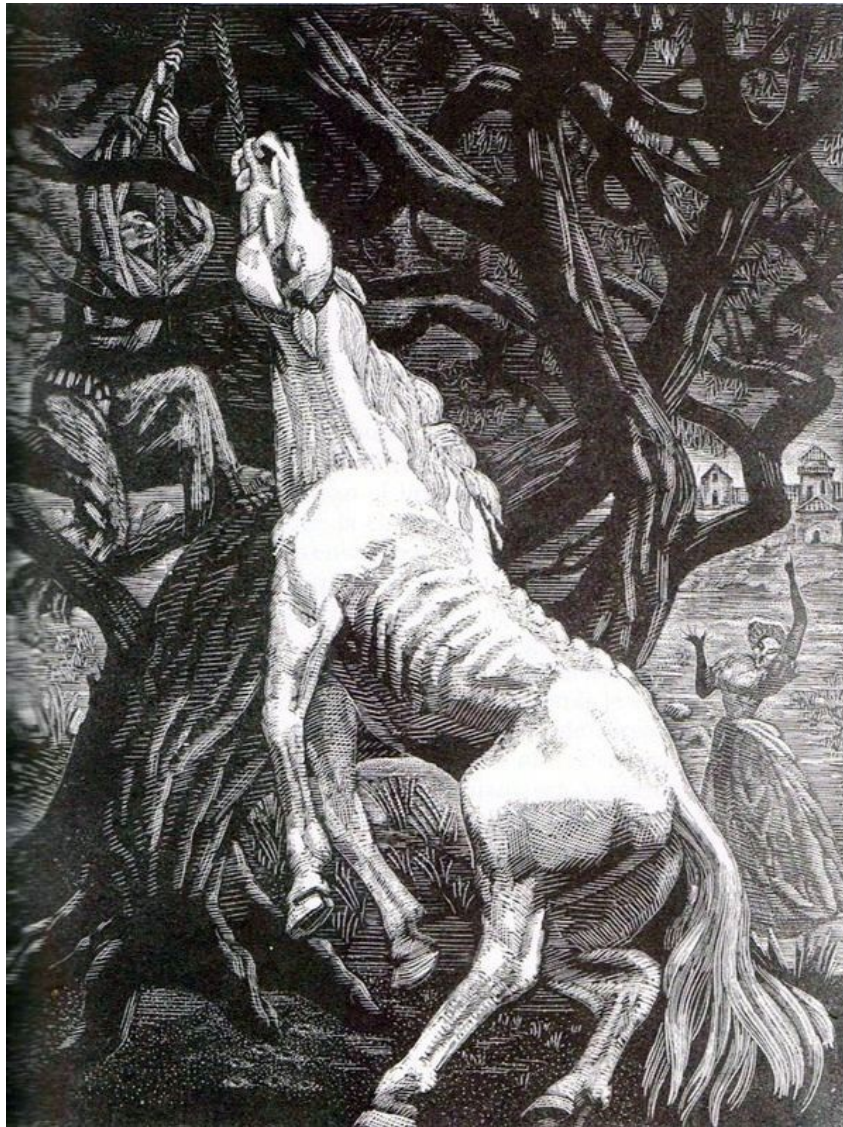
Ya se fue la señora por el campo, llevando al caballo asegurado; en cuanto doblaron detrás de un chañaral, ya levantó su voz y dijo: «¡Con que no habías visto nada!... ¿No? Con que nada habías aprendido... Agora vas a ver lo que acarrea el jugar con prohibidos caudales. ¡Te vas a secar de sed colgado de un árbol con estas riendas! *Ja, jay...Ja, jay...*».

Siguieron caminando por ese campo, hasta que llegaron al caserón de la Salamanca. Apenas pisó sus umbrales, llamó ella a un mocetón y le ordenó con voz de mando que atara ese caballo a la más alta rama del algarrobo. Se subió el mocetón al árbol coposo y comenzó a tirar de las riendas desde la alta rama. «¡Más! ¡Tira más!

¡Mucho más!», le gritaba la niña bruja, en el colmo del furor. Tanto tiró el mocetón, que el caballo quedó casi colgado de las riendas. Apenas asentaba las patas traseras en el suelo. En esta pena quedó el mozo convertido en caballo, con el cogote estirado a lo alto sin poder mover ni la cabeza ni el cuerpo, en espantosa posición... Así se demoraron sus horas de agonía cuando el sol le hundió los ijares con el azote de la sed. Llegó la noche inmensa de los campos, y a las deshoras pudo escuchar las risadas y atropellos de la Salamanca. Vio venir el amanecer, colgado de un árbol por un freno que lo convertía en menos que un hombre. Lo tirante de las riendas le habían envarado el cogote... Así, de esta manera, tuvo que contar las demoras del día con su sol de fuego. Se sumaban los pensamientos del hombre trocado en bestia, buscando el más chiquito resquicio de escape; pero mientras el freno atestiguara su condición de bestia, no podía apelar a ninguna ayuda bruja... ¡Ay! Si apenas se presentara media ocasión, ¡cómo lograría los instantes en defensa de su vida! Y se perdía el mozo pecador tras los hilos y las sombras de las esperanzas falladas... Y el sol le secaba el cuero y le retrataba el costillar con su castigo caluroso, y en este ir y venir se pasaban las horas penosas del tiempo. Llegó el anochecer y la noche y se retardaron las deshoras, mas no bien cantó su tercera seña el gallo pinto, se le apareció la terrible gata negra. Se atusaba las cerdas de la cara con sus zarpas y animó todo el brillo de sus ojos para sonreír su triunfo, viendo al caballo con el cogote espantosamente tieso... Y los ojos del caballo estaban mortecinos, pero volcaban lágrimas quemantes, y el caudal de esas lágrimas formaba hoyitos en la tierra seca. «¿Han visto alguna vez llorar a un caballo?», se dejó decir la gata bruja, tirando esta pregunta como quien tira una piedra a la cara de alguien. «Yo no he visto nunca llorar un caballo, se contestó ella misma con otro tono. ¿Qué se contendrá esto?». Luego levantó la voz y llamó al mocetón. «A ver, le dijo con imperio; subite al algarrobo y tira más esas riendas». Subió el conchabado al árbol y con el todo de sus fuerzas las tiró tanto que ya quedaba el caballo casi colgado. «Así me gusta», se dejó decir ella, sonriendo. «Este caballo se va a morir, niña, le advirtió el mocetón, condolido. Ya está seco de hambre y sed...». «¿Morirse? ¡No puede morir porque no tiene su figura!... Mañana, si me da por acordarme, le haré dar tres traguitos de agua, dijo la gata maligna, y así le prolongaremos esos alientos...». Y riendo su triunfo se alejó a la Salamanca. El mocetón se bajó del algarrobo y se dejó estar un rato, mirando apenado al pobre bruto... Luces falsas alumbraban el entendimiento del hombre y bestia. Ya no podía hilvanar sus ideas; todo se volvía procesión de sombras errantes. Una luz, una lucecita guiaba lo delgadito de su razón por callejuelas torcidas. Siguiendo iba ese hilo de la vida, pero ya sin esperanzas ni consuelo. Iba por ir detrás de un brillo mortecino, y tantas eran sus ganas de tirarse a dormir que ya mezquinaba sus pasos... «¡No!», le gritaba un resto de potencia. «Sigue la luz. ¡El sueño es la muerte! ¡Camina, camina!». Y se rehacían hombre y bestia detrás del hilo de luz y vida. En

esta guerra se gastaba su pensamiento.

Con los primeros amagos del alba le pareció que se aquietaban las bullas de la Salamanca. Luego se tiñó la sierra con los mudables colores del amanecer, y, en su desvarío, oyó el cantar de las aves del campo, pero con trocadas voces. Su entendimiento, gastado, variaba ya los rumbos. Sus ojos, resecaos, miraron la salida del sol, pero lo vieron con mantos engañosos. El sol... El sol... Tratando de mirarlo estaba cuando advirtió un bulto a su lado. Hizo fuerza para juntar entendimiento y medio pudo echar cuentas que era el mocetón, que lo miraba con inmensa lástima... De pronto lo vio subir al árbol del algarrobo y notó que le iba aflojando las riendas de a poquito, y de a poquito fue cayendo descoyuntado al suelo, sin hacer mayor movimiento ni amago. Vio que el mocetón le traía un balde de agua y se la ponía al lado del hocico. Apenas hizo mención de beber, pero se le dobló el cogote y se pegó al suelo. Más condolido el mocetón, pensó que sacándole el freno podría ese resto de caballo beber unos traguitos de agua. Se agachó sobre la bestia aniquilada y de un tirón le sacó el freno... El caballo en agonía se levantó de un salto, corrió a todo lo que daba, salvó el cerco y en cuanto alcanzó a pisar el campo libre cambió esa figura por la de un ratoncito de la tierra, y, como una luz, alcanzó a ganar una cueva... En ese mismo instante salió en su seguimiento una inmensa gata negra que saltaba las pircas, se allegaba a la cueva, se deshacía en un quirquincho y se entraba corriendo. Por otra boca de la cueva apareció el ratoncito, se convirtió en un guanaco veloz y se cortó por esos campos... Salió también el quirquincho, trocó su figura por la de un yalguarás de largas patas y se estiró detrás del guanaco. Corrieron y corrieron, atravesando cerrilladas en viva lucha de ligereza. El yalguarás acertaba la distancia, y cuando ya amagaba el salto para cazar al guanaco veloz, se deshizo el perseguido en ligera paloma que remontó los aires... El yalguarás se paró en seco y se trocó en gavilán de la sierra, y fue surcar el cielo en alocada carrera, sin paz ni tregua por esos aires. Devoraron distancias con encarnizamientos de furia. Porfiado el gavilán, avanzó a la paloma y en cada caída que le hacía le iba cercenando las plumas de sus alas. Ya a punto de caer en las garras de su perseguidor, se mandó como balazo la perseguida entre dos peñascos. Al amparo de esas piedras atinó a pedir la figura de una ampalahua de los llanos; pero en llegando el gavilán enemigo se trocó en otra ampalahua, más grande y cerduda, y ya enredaron sus fuertes anillos en procuras de ahogarse.



Los dos culebrones chicoteaban el suelo con sus colas y a mordiscos y apretones desvariaron sus odios. Limpiaron el suelo de piedras y montes a fuerza de batallar sin tregua. Les coloreaba la sangre y los rendía el cansancio más terrible... En apartes que lograban hacer, se empinaban al límite y caía un culebrón sobre el otro, enredándose en la suma de la cimbrante fuerza y odio. Pedazos de carne dejaban entre los quiscuales ensangrentados... Al reparo de tanta espina punzante, la ampalahua del mozo se ganó a la figura de un puma; mas al tiro, la otra ampalahua se convirtió en la más grande gata negra que ha sido vista. A zarpazos se manejaron, agrandando sus sangrantes heridas. Hacía frente el puma por momentos a la maligna gata y por momentos corría por esos campos en procura del caserón de la bruja... Detrás le saltaba la descomunal gata y rodaban por el suelo en un cambiar de zarpazos. Regueros de sangre dejaban por el campo asoleado, pero más se crispaban en su duelo. Trotaba el puma herido, solicitando la Salamanca, y apenas si medio hacía frente a su enemiga cuando mucho lo apuraba. Volvía a correr con el todo de sus fuerzas, con la bestia negra mordiéndole los flancos... Corría como un alocado por esos campos, regándolos con su sangre, y más se afanaba en llegar a la

Salamanca. En esta sostenida desesperación, alcanzó a trasponer los temidos umbrales, y al momento se convirtió en hombre. Con el pecho y el costado heridos, barajó su puñal y su yesquero. Chispas sacó con su eslabón, sopló la reseca yesca y alcanzó a prenderle fuego a la cama de la niña bruja, en los momentos que la terrible bestia negra le ganaba la puerta.

—¡Como hombre y como cristiano voy a morir! —alegó frente a la bestia mortal.

—¡No es cristiano quien vela y ampara al Enemigo de Dios; no es hombre quien cambia su figura por la del bajo animal! —le respondió la feroz gata enemiga.

—¡Me redimo al quemar esta Salamanca y matar a la bruja más fina de pampas y sierras! —la retó el mozo, alimentando las llamas con los muebles a mano y envolviendo su chalina en el brazo izquierdo y empuñando su puñal con la diestra.

La gata herida se hizo arco y cimbró un terrible salto. Firme, la esperó el hombre, con su puñal en alto, y nuevas heridas se hicieron, uno a fierro y la otra con sus zarpas hirientes. Ya el fuego ganó los techos y se convirtió en una terrible hoguera, Entre tanta llama volvió a saltar la bestia, pero el mozo dobló su rodilla en tierra y la esperó con el puñal en alto. Pudo abrirle, largo a largo, todo el costado a la fiera enemiga; pero un zarpazo bien medido le abrió a él las venas del cuello. Cayeron hombre y bestia al suelo, bajo un techo de rojas y negras llamas... Con furor aprovecharon los últimos restos de sus fuerzas para ahondar las ajenas heridas, en un resollar de rencores inapagables... Se quietaron al fin bajo los escombros de la Salamanca en llamas.

Toda la noche ardió el caserón maldito de los campos. Al otro día los vientos mañaneros dispersaron las cenizas por llanos y serranías...

LA FLOR DE VIRA VIRA

Esta que era una señora muy consentida y regalona. Su gusto era mirarse en el espejo y ponerse Solimán y agua perfumada para que la hallaran más buena moza que otro poco. Y su marido era buenazo, y tanto, que ya llegaba a ser más de medio sonso. Ella, que pasaba una vida zorzalina, hacía lo que quería con el pobre. Ya se traslucían algunas cosas que eran como para andar hablando solo de pura rabia.

Últimamente se había aficionado a un fraile buen mozo que venía a la casa a atender la capilla de la familia, y por esta razón y motivo todas las semanas se enfermaba la señora. Le daba una *pataleta* muy rara y ya largaba unos gritos terribles y ponía los ojos blancos y se quedaba dura. A fuerza de sobarla, medio volvía al conocimiento; pero se quejaba de un dolor que le subía y le bajaba por el cuerpo... ¡Uh...! Era como para llamar a las curanderas más mentadas, pero ella misma se sabía el remedio. Después de consolarlo al pobre de su marido, que se afanaba muchísimo, le decía:

*Ya mismo te vais a la mar
a traerme vira vira.
Para yo poder sanar...*

Y allá se iba el buenazo del marido; ¡a la *mesma* mar se iba! Cruzaba las cordilleras en su caballo, se allegaba a las orillas de la mar inmensa, recogía la flor de vira vira y se volvía, cada vez más sonso, adonde estaba la muy pillita de su mujer. Ella tomaba unos tecitos de flor de vira vira, con azúcar tostada, y se sentía muy de lo mejor. Pero a la semana siguiente le volvía la *pataleta*, y...

*Ya mismo le vais a la mar
a traerme vira vira
para yo poder sanar...*

Y como ya era una viva sonsera el pobre marido, ahí no más ensillaba su caballo, cruzaba las altas cordilleras y bajaba al plan de la mar a cosechar flor de vira vira para el mal de su señora. Y se volvía a su casa, pero a la siguiente semana era anudar el *mesmo* cuento de siempre.

Pero allí no se engañaba el compadre de él, que era avisado y las cazaba en el aire...

Tantas eran las visitas del fraile buen mozo, y tantas noches y días se quedaba en esa casa, que el compadre, no pudiendo ya aguantar más la rabia que lo soliviantaba

contra la muy pilla de su comadre, se aventuró, al fin, a abrirle los ojos al *asonso* de su compadre. Se lo contó todo y con pelos y señales. Y no solamente le contó todo, sino que hasta maquinó el justo castigo a los burladores. Y el marido, de tanta rabia que le vino, medio se avivó y se hizo otro...

Esto maquinaron los compadres:

En cuanto a la señora le viniera la *pataleta* y le pidiera el remedio milagroso, él ensillaría su cabalgadura y se haría el que partía para la lejana mar; pero en el primer recodo del camino daría media vuelta, volvería a su casa y se escondería en un petacón grandotazo que estaba en el comedor. Desde ahí podría ver, por unos agujeros del petacón, todo lo que pasaba...

El compadre, mientras tanto, rondaría por la casa en su mula baya, atento, por lo que *puchas* pudiera...

Dicho y hecho. En cuanto llegó el viernes, la pobre señora empezó a descomponerse. Se le torció la cara, *charqueó* los ojos y comenzó a grititos, y ¡ya se le descolgó el mal que daba miedo!

Al rato pudo hablar y ya dijo:

*Ya mismo te vais a la mar
a traerme vira vira
para yo poder sanar...*

El marido, haciéndose más sonso de lo que era, le contestó, tan sumiso:

*Ya mesmo me voy, mujer,
y hasta la semana que viene
no voy a poder volver.*

Y ya se fue al corral y ensilló su caballito, y luego enfiló para la mar, más tranquilo que el sol en su cielo... En cuanto dobló la senda detrás de unos chañares, le entregó el sillero a su compadre y él se volvió a pie y, en un descuido de todos, se metió en el petacón.

Al ratito no más cayó a la casa el fraile buen mozo. Venía más contento que unas pascuas y como con ganitas atrasadas de parranda... Sanita salió la señora, más paqueta y empolvada que una flor, y lo recibió con sonrisitas y remilgos. Ya mandó ella a la cocinera que se hiciera una buena cazuela de gallina, empanadas, un chanchito al horno y pastelitos dulces... Y para no quedarse atrás, sacó una guitarra y se la pasó al fraile, que había sido un guitarrero de mi flor. No bien templó el encordado, se descolgó con este cogollo:

*Señora dueña de casa,
blanca flor de vira vira;
mientras su dueño se ausenta,
nuestro amorcito ¡que viva!...*

Largaron las carcajadas los dos, pero en eso se oyó la voz del compadre que, en su mula baya, llegaba frente a la casa:

*Compadre que está en el petacón:
atienda esa relación...*

Y el marido, saliendo de su escondite, hecho una furia y empuñando un látigo cola de víbora, le contestó:

*Compadre que está en la mula baya:
¡atájeme al fraile que no se me vaya!...*

*La novedad pajarera
tendió su vuelo en palabras:
—Mis ojos, profundos pozos;
mis espolones, espadas...*

*¡Y qué luego que arribaron
a mocitos los dos niños!
Y fue salir a los campos
con caballo y perro amigos.*

*Sus andanzas por los llanos,
sus pasos por alta sierra,
fueran de cantarse siempre
en festejo de esta guerra.*

*Alto y bajo; blanco y negro;
cerca y lejos, son figuras
que a fuerza de manejarlas
se avecinan en las dudas...*

*—¿Cuál es la sola palabra
que retrata las verdades?
—Cuál ha de ser, niña mía:
Amor, la de hondos caudales.*

*—Odio es palabra en que asienta
el poder de la alta fuerza.*

*—Vivamos entre las sombras
del Odio v Amor a medias...*

(Tonada que compuso un arribano en recordación de esta fiera empresa).

DONDE IRÁS Y NO VOLVERÁS

Este era un viejo cazador de pájaros que, bajo pena de la vida, tenía que servirle a su Brigadier General con lo mejor que cazara en las ramas. Por toda hacienda tenía una yegua y una perra que nunca habían parido. Él era casado, pero sin el consuelo de un hijo.

Un día que descansaba a la sombra de un tupido chañaral, oyó que de lo alto de las ramas bajaban sentidos cantos y lamentos. Conteniendo el resuello, se asomó por entre los claros y logró ver, en el más alto pimpollo de un coposo chañar, a un precioso pájaro verde, de plumas de arrebatada fantasía. Tanto lo cautivó el ave, que el viejo se dijo que no sería él quien cazara a ese adorno de los campos. Esto acordaba en sus adentros el cazador, cuando el pájaro se dejó decir estas palabras entre sus cantares: «¿Qué hace el cazador que teniéndome al alcance de su honda, no me caza? Por las fuentes de mis ojos y las espadas de mis espolones, yo valgo como ningún otro pájaro. Cazador que me desprecie, no imagina lo que pierde». Esto dijo el pájaro verde y abrió sus alas en demanda de las alturas. Subió y subió hasta perderse entre las nubes encendidas.

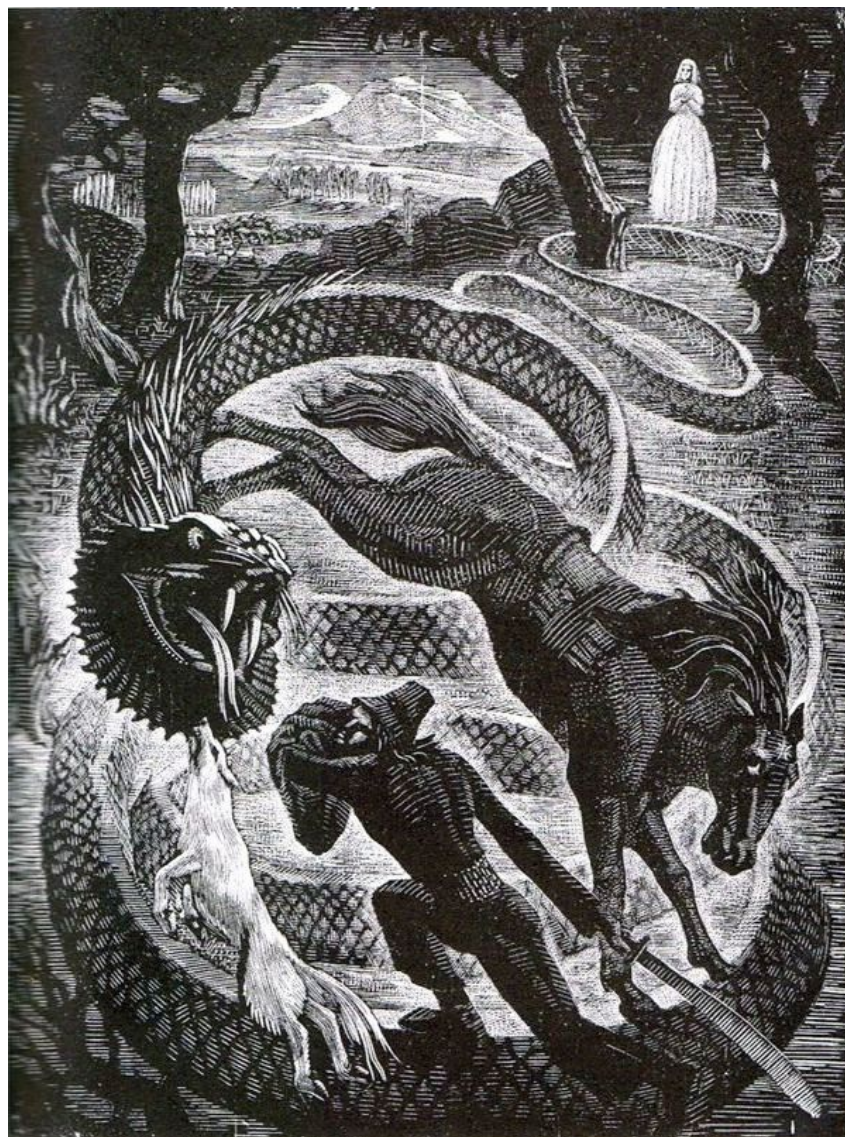
Opuestas razones lo hicieron cavilar al cazador, pero al fin se allanó a untar con liga la rama, paradero del ave. Bajó del chañar y se fue ¡tan pensativo!, a su ranchito. Esa noche no pudo conciliar su liviano sueño y sin saber qué hacer se levantó a descaminar sus pasos por la dormida noche... No bien se quiso teñir el oriente, volvió al chañaral y pudo ver al pájaro aprisionado por la liga traidora. Subió por esas ramas, y, como pudo, con la suma de las finezas, se apoderó del pájaro verde. Cuando hubo bajado con su presa le preguntó rendidamente la razón y causa de sus quejas. Y el ave prisionera, contrapesando penas y rigores, abrió su pecho rendido. Hombre y pájaro se hablaron. *«Has de saber, cazador, es que le dijo, que del rico y lejano Perú vengo llegando. Penas lloro por la muerte del Inca Atahualpa, hijo del Sol que nunca muere. Él y no otro fue mi amo rendido y para él y las dulces collas entoné el caudal de mis cantos en el patio de oro del Coricancha. Prendado mi dueño de mi voz y mi plumaje, me daba de comer maíz dorado en la palma de su mano. Muchas primaveras alegré las mañanas del Hijo del Sol, gloria de mi patria... Un día, día de tristeza y duelo, llegaron unos extranjeros por el Mar del Sur. Aires de señores se daban y mi dueño los recibió con honores en sus baños de Cajamarca, pero los forasteros maquinaron su fin y ruina. Por traición lo redujeron, y señalaron precio a su libertad. Alto precio fijaron: que había de colmarles espaciosa estancia con joyas labradas de plata y oro. Ansioso de libertad el Inca, mandó chasques a los cuatro confines del Tahuantinsuyu, ordenando y pidiendo que trajesen cargas de preciosidades. Y fue de ver la llegada de recuas de llamas con cargas de oro y plata*

fina. Escondidas preciosidades vinieron de los confines, y cuando ya era inmedible tanta riqueza y esplendor, los extranjeros dieron muerte en el suplicio al Incarreal y pelearon por la repartija de sus riquezas. Destruyeron los templos del Sol, Padre de la Vida, y sobre la tierra que fue ordenada cayó la maldición del pillaje... Lloré la suma de los amargores, y al ver que todo era ruina y perdición, me destiné a volar a las pampas del apartado Sur. Ayer oíste mis quejas en este chañaral y determinaste darme caza, a mi pedido y solicitud. No sabes, viejo mestizo, el tesoro que tienes en tus manos... Llévame a tu choza ya mismo y no bien el Sol Inmortal se asome al borde de la Tierra, degüéllame, cuidando que mis ojos miren al naciente en su agonía. Ya muerto, me sacarás los dos espolones y has de enterrarlos en el patio de tu casa, y a pocos pasos de distancia sepultarás también estos dos ojos que te miran. De ellos nacerán dos pozos de agua clara, tan profundos, que han de parecer ojos de la mar. Del agua de esos pozos darás de beber a tu mujer, a tu perra y a tu yegua, y a su justo tiempo parirán las tres dos hijos cada una. Tus dos hijos tendrán por toda herencia un perrito y un caballito cada uno. Dentro de siete años nacerán de mis espolones dos espaditas relucientes, que irán creciendo a la par de tus hijos. Serán para su lucimiento y defensa cuando salgan a rodar tierras».

Tomó resuellos el ave de fantasía y entonó estas palabras: «Esta tarde, al ocultarse el Padre Sol tras el Ande, harás un grande fuego y me quemarás, con el mayor de tus cuidados, y mañana, cuando renazca el Padre de la Luz, aventarás mis pocas cenizas a los cuatro vientos de mi patria... Mi aliento seguirá viviendo en tus hijos hasta el día merecido para mi vuelta».

Triste el viejo cazador, fue hasta su choza y degolló al pájaro verde, celando que sus ojos enfrentaran al Sol Naciente. Una vez muerto, le sacó los espolones y los enterró en el patio de su vivienda; lo mismo hizo, a poca distancia, con los dos ojos brillantes. Esperó la tarde y cuando el Sol bajaba sobre el Ande, hizo un gran fuego y quemó al pájaro verde. Toda la noche aguantó celando estas llamas, hasta que nació el nuevo día. Cuando renació el Padre de la Luz, tiró un puñado de cenizas al viento norte y otro al viento sur. El tercer puñado fue para el naciente y el último el regalo del poniente.

Se dispersaron esas cenizas en los remolinos del viento indio y entonces el viejo se acostó a dormir sus sueños.



Al otro día aparecieron dos pozos redondos en el patio. Parecían ojos de la mar profunda. El cazador dio de beber agua de los dos pozos a su mujer y luego a su perra y a su yegua.

Para el tiempo señalado parió la perra dos preciosos perritos; su mujer alumbró dos tiernos varones, y, al fin, la yegua parió dos potrillos ¡tan hermosos!

Al año, las criaturas ya sentían afición por los potrillos y cachorritos. Cada uno se apartó el suyo, y no bien aprendieron a caminar, ya celaban por sus pertenencias.

Era de verlo alegre al viejo cazador cuando enhorquetaba a sus criaturas en cada caballito. Luego les hizo una monturita a cada uno, y antes que los niños cumplieran cuatro años ya eran gauchitos jinetes. La viejita de la madre se acosquillaba de gusto, viéndolos tan animosos.

El día que los niños contaron siete años, nacieron en el patio de la vivienda dos espaditas brillantes. Corrieron ansiosos y cada uno ciñó la suya y luego fue de verlos vistiendo con ellas. «¡Cuidado!, les prevenía la madre. ¡No se vayan a lastimar, hijitos!».

Se fueron criando los dos hermanos, cada vez más consentidos con su perro y su

caballo. Así cumplieron los doce años, y siguieron pasando los tiempos.

Y se hicieron mocitos y tan jinetes que bollaban guanacos y ñanduces como al descuido, y sus caballos eran tan fieles y de buena rienda que daba encanto el mirarlos. De los indios comarcanos aprendieron a hacerlos correr por guadales traicioneros; atravesar ciénagas con tembladerales y correr mamados, sin pisarse las riendas sueltas. Cada mocito se miraba en su *pingo* corredor, en su perro fiel y en su espada que, de tan filosas, cortaban un pelo en el aire y se arqueaban hasta besarse el pomo con la punta. Eran espejos por lo limpias y bien tenidas.

El día que cumplieron los dieciséis años, uno de los hermanos sintió porfías por rodar tierras, y tanto penó por esta pasión que se le quitó el sueño y el hambre. Se aventuró a hablar a su mamita, pidiéndole el permiso y la bendición para ganarse a los campos. ¡Cuasi se desmayó la pobre!... Hecha un mar de lágrimas, le rogó a su mocito que nunca la abandonara, y el hijo se allanó a darle su palabra; pero su *tata* viejo comprendió lo mucho del sufrimiento de esa mocedad enjaulada y a fuerza de ruegos medio la convenció a la viejita. «Un hijo nos quedará para sostén y consuelo, vieja», le repetía, y apenas mostró conformidad la madre, cuando ya el mocito comenzó los aprestos para el viaje. Su *tatita* le procuró los bastimentos y él se hizo de charqui de guanaco, harinilla, maíz tostado, yerba y azúcar. Siete pares de herraduras forjaron para que su caballo encarara los pedregales. Llegó el día y la hora de la partida y el rodante ciñó su espada, llamó a su perro fiel y pidió la bendición a sus padres. «Dios le haga su gracia, hijito», lo bendijeron viejo y vieja, y ya se despidió de su hermano con un abrazo. «Adiós, hermanito que te quedas». «Adiós, hermanito que te vas», se dijeron. Partió el rodante. La viejita se ganó al aposento a llorar tanta pena, y el viejo subió al mangrullo para seguirlo con el amor de su mirada. El hermano que se quedaba no pudo resistir y salió a acompañar al viajero hasta el risco. Hablaron las últimas palabras. «Cuando el agua de un pozo se vuelva turbia y color de sangre, es porque una gran desgracia me ha ocurrido, hermanito». «Celaré las aguas de los dos pozos para saber de tu suerte, hermanito». Siguieron juntos hasta el pie del risco, y el que se quedaba preguntó al rodante: «¿Y para dónde vas, hermano?». «Me voy al lugar de *Donde irás y no volverás...*». Adiós y adiós, se dijeron por última vez, y uno siguió su camino y el otro volvió a su casa a consolar a sus viejos padres.

El rodador de tierras encaró esos campos ¡tan inmensos! Noche y día viajó al paso de su caballo y seguido por su perro fiel. Pasaron semanas, pasaron meses y el mocito no cejaba en su empeño. Tiraba para los nortes apartados, en demanda de *Donde irás y no volverás*. Una mañana, a la salida del sol, *vido* a lo lejos como una luminaria que le apagaba la vista. Galopó leguas y leguas en demanda de aquel brillo y, en llegando, vio que lo que así daba luz era la cabellera rubia de una niña, más linda que una estrella. Lloraba la niña sin paz ni sosiego, como si despidiera los

últimos instantes de su regalona vida. El mozo se bajó de su caballo y le preguntó rendidamente del porqué de tanta queja. «Ay, mozo», dijo la niña, «como no se vaya pronto, lo devorará la ampalahua que viene a comerme». Y le contó, entre raudales de lágrimas, que cada siete años bajaba una ampalahua cerduda de los llanos y si no le entregaban a la niña más linda y rica del pueblo, se avanzaba sobre las casas y dañaba sin medida. «No se le dé nada, mi niña, contestó el mozo. Yo mataré a esa ampalahua llanista. Me asiste mi espada, que corta un pelo en el aire, y si me veo en apuros, mi caballo y mi perro me ayudarán». «Váyase, mozo, le volvió a rogar la niña, que no hay hombre que resista la fuerza y ardides de esa fiera arrastrada. A los mismos batallones de mi padre los ha derrotado y ya no quedan remedios para ese mal». «Solo le pido, mi niña, porfió el rodante, que cuando llegue esa fiera horrorosa de los llanos, me despierte». Y dicho esto tendió su ponchito en el suelo y se recostó en él, descansando su cabeza en las faldas de la niña. La pobrecita lo comenzó a espulgar, hasta que el mozo, regalón y confiado, se quedó ¡tan dormido! Medio se consoló esa niña, y le acariciaba los rulos al mozo, mientras lo espulgaba, cuando sintió retemblar el suelo. Miró y ya *vido* a la terrible ampalahua, de veinte pasos de largo, que avanzaba retorciendo chañares y algarrobos a coletazos. Espantada, no atinó a despertar al dormido, pero una de sus lágrimas le cayó en la cara, y como era tan ardiente, lo despertó. Abrió los ojos el confiado y ya vio a la niña deshecha en llanto. Apenas alcanzó a levantarse y sacar la espada cuando ya tuvo al culebrón llanista echándole el aliento en la cara. Le tiró a partirla con su espada celosa, pero la ampalahua cerduda se hizo un ovillo, esquivando el golpe. Como la luz de ligeros se corrían sus anillos, y ya estaba detrás como delante del mozo, sin presentar blanco ni cara. De balde tiraba de punta y hacha el rodador de tierras, porque en el momento de herir se encontraba con que se le deshacía el cuerpo enemigo. En una de esas sintió el luchador que le enredaban las piernas y se fue al suelo. Apenas tuvo tiempo de levantarse cuando vio la boca del terrible culebrón, que ya lo tragaba. Pudo defenderse con su arma, pero se vio en apuros. Batallaron una hora y dos y ninguno se daba alce. En eso sintió el mozo que ya se le caía el brazo de tan cansado que estaba. «¡Mi perro y mi caballo que me defiendan!», gritó, y perro y caballo amigos se abalanzaron en su ayuda y a coces y a mordiscones y a fuego de espada pudieron al fin vencer a la fiera, con gran trabajo. La pobre niña pudo consolarse y le regaló a su salvador su pañuelo de seda con sus iniciales bordadas en oro. El mozo le cortó la lengua al viborón, la ató en el pañuelo y la guardó. «Ya está libre, mi niña, le dijo. Sus padres vendrán a llevarla». Montó en su caballo y se despidió. Ella lo llamaba y le rogaba que se quedase a su lado, pero él le dijo, alejándose: «Voy al lugar de *Donde irás y no volverás*, y por nada me detengo. Adiós, mi niña», y se alejó a todo galope, seguido por su perro amigo. Al rato se perdió detrás de los chañarales.

La niña volvió a llorar sin restos de consuelo. Porfiaba en llamarlo, pero él ya no

la podía oír, y más lloraba al verse abandonada... Al mucho rato sintió el crujido de una carreta. Levantó la vista y *vido* al negro leñatero de su padre, el Brigadier General del pueblo. En cuantito *vido* a la *ampalahua*, el negro dio una espantada y salió disparando con las motas paradas, pero la niña lo llamó a gritos. Queriendo y no queriendo se fue arrimando el esclavo y cuando lo vio bien muerto al culebrón terrible, se vino al tiro y lo molió a palos. Luego le cortó la cabeza y la echó a la carreta. «Yo maté a la *teribre amparahua*, mi amita, y me casaré con *usté*», le dijo, bailando en una pata de puro contento. Fue tanta la rabia de la pobre niña que al momento se quedó muda. Todo el habla se le trabó y ya no dijo «esta boca es mía». El negro la alzó en la carreta y picaneó los bueyes con furia en dirección al palacio del Brigadier General. Antes de llegar al poblado escondió a la niña en un rancho y se fue a ver a su amo. Lo encontró consolando a su familia por la pérdida de su hija. «Mi amito, dijo el negro, entrándose con las motas paradas, qué prefiere: ¿ver a su hija *rhevorara* por la *amparahua* o *casara* con un negro?». «¡Casada con un negro la prefiero ver, una y mil veces!», le contestó el Brigadier General. «Mía es su hija entonces, porque yo maté *ar curebrón*, y si no lo quiere creer, su cabeza mire y vea». «Ah, negro valiente, contestó el Brigadier General. Tuya es m'hija y tuyas son veinte cargas de plata para que apartes casa con tu mujer». «Ya mismo me aparezco con su hija», gritó el negro, saliendo escaleras abajo. En un abrir y cerrar de ojos se fue al rancho y volvió con la niña de cabellos de oro. Besos y abrazos le dieron sus padres y hermanas, pero ella, por más que hacía, no entresacaba ni media palabra. «Es del tremendo susto», decía su padre. «¡Claro que es *der* susto!», repetía el negro, queriéndosela comer con los ojos. «Hubieran visto tamaño *viborón crinuro* y la manera de *periar* que tenía. ¡Si *merio* me *rhescuido*, me come!». «¡Valiente negro!», proclamaba el Brigadier General, y, «¡Valiente negro!», decían todos en las plazas y pulperías del pueblo, alabando lo firme de su brazo, lo mucho de su aguante y lo grande de su corazón.

El Brigadier General mandó que lo bañasen al negro en agua caliente; que lo jabonasen y refregasen con ceniza de jume y corontas, a ver si se le iba un poco tanta negrura, pero fue de balde. Lo fregaron, bien fregado, y lo rasparon y lo volvieron a fregar; pero el negro siguió negro, y como ya le saliera sangrecita, clamó porque lo dejaron de tanto fregar...

Los compadres y consejeros del Brigadier General, le cayeron con la cuenta de que cómo iba a casar a su hija, tan hermosa rubia, con un negro esclavo; pero él les respondió: «Yo, como Brigadier General, a mi palabra no puedo faltar, y m'hija, con el negro se tendrá que casar». Otros *bolazos* anduvo diciendo. Que *pior* hubiera sido que la devorase la *ampalahua* cerduda, y que ya que ningún mozo de la noble sangre había corajeado con esa bestia terrible, nadie tenía derecho a reclamo, y que por aquí y que por allá, y siguió *güeviando* hasta que todos se llamaron a justo silencio. Y por

esa razón y por otras, siguieron los preparativos de las bodas de la hija de la más alta autoridad con el negro esclavo.

Al despedirse de la niña que acababa de salvar, el mozo rodador de tierras encaró esas cordilleras del poniente. Por faldeos fue ganando alturas hasta que llegó a los mogotes que azota el viento helado. Allí tendió sus miradas, pero no *vido* más que serranías enemigas y peñascales ariscos, y más arriba, coronando tanta soledad huraña, los picachos siempre blancos de las nieves eternas. Siguió encarando esas sierras, entre nubes arrastradas y cortante viento blanco. Siguió y siguió porfiando hasta que los peñascales y el frío le detuvieron su caballo. «Encararé por otro lugar cuando caliente el sol del verano». Se dijo, y tiró para los bajos. Desanduvo serranías hasta que ganó los últimos faldeos y desembocó a los llanos donde mató a la ampalahua. Siguió andando y llegó a un paraje desde donde pudo ver las techumbres de un poblado. Para allá enderezó sus pasos. Después de marchar un día y una noche entró por la calle real a un pueblo. Se apeó en el ranchito de una vieja arropera y le pidió alojamiento, y al rato ya estaba tomando mates y cruzando palabras con ella. Ya bien entrada la noche y viendo el mozo que mucha gente del pueblo andaba a las secretiadas, preguntó a la viejita por las novedades del pueblo. «Qué novedades han de haber, pues, mozo, sino que se casa la hija del Brigadier General que nos gobierna y nos manda con un negro esclavo que mató a la terrible ampalahua de los llanos...». «¿Y cuándo son esas bodas?», preguntó el mozo, haciéndose el distraído. «Cuándo han de ser, pues; mañana mismo, y esto que la niña se ha quedado muda...». «¿Por qué?», curioseó el pajuerano. «Unos dicen que de espanto del culebrón; pero no falta quien ande diciendo que todo es porque no quiere ni verlo al tal negro...». Siguieron hablando de estas novedades hasta pasada la medianoche; después llegó la hora de dormir.

Al otro día, apenas tomó unos matecitos el mozo, se fue con su perro fiel al palacio del Brigadier General. Vio que se amontonaba la gente del pueblo en sus portales y que el sargento dejaba pasar, adulador, a los más copetudos, y a los otros los entretenía con *musarañas*. Por momentos crecía la marejada de los jinetes de la sierra y de los llanos que querían *mosquetiar* en tan lúcido banquete. Los de ojota y poncho eran los más atropelladores. En una de esas arremetidas, lo alzaron en el aire al pobre sargento y entró un montón de huasos, entre los que se coló el mozo rodador de tierras. Lo seguía su perro, y juntos llegaron a la gran sala del gobierno. A fuerza de hombro y de empeño pudo ganar un sitio desde donde miró a su gusto. Ahí estaba el Brigadier General, rodeado de copetones. A su lado se regodeaba el negro lustroso, metido en un gran levitón, girando el blanco de sus ojos para todos lados, de tan contento que estaba. Frente a su padre, la niña, pálida y triste, sin levantar la mirada entre tanta alegre bullaranga. Suspiraba en silencio, pero nadie comprendía su dolor. El mozo la miró con el lleno de sus ojos mucho rato, y más cuando se corrieron las

voces que ya llegaban el arzobispo, el cura y el sotacura para el mentado casamiento.

El Brigadier General estaba muy orondo con su casaca bordada de oro, sus calzones listados y sus botas relucientes. «Cierto es, decía, que no es blanco el novio, como hubiera sido mi gusto y contento; pero al fin y al cabo, es el negro que nos ha librado del más terrible azote de llanos y cordilleras...». «Así es y así no es», decían unos y otros, y las cosas andaban al descomponerse. Más de un mozo de los ricos del poblado andaba con ganitas de atropellarlo al negro.

Ya entraron el arzobispo, el cura y el sotacura y comenzaron los aprestos para tan lucida boda. Al pronto se corrieron unas grandes cortinas y apareció el altar dorado con cirios encendidos. ¡Si era una gloria mirar tanta *lindura*! Ya se formó la comitiva y comenzaron a desfilar los grandes señorones. El negro no cabía dentro del gran levitón y cada vez giraba más lo blanco de sus ojos. Ya se la comía a la pobre novia rubia...

El mozo le dijo unas palabritas a su perro y le entregó un pañuelo con un atadito... Y ya se adelantó el perro fiel y en cuatro saltos se plantó delante de la novia, y haciendo un pinino en dos patas, le alcanzó con la boca su pañuelo. Ver esto la niña y recobrar el habla fue cosa de un instante. «Mi pañuelo de seda con mis iniciales bordadas en hilo de oro», dijo, y se encendió su cara en esperanzas con lo vivo del color rosado. «Bendito sea Dios, m'hija, que has recobrado el habla», se dejó decir el Brigadier General, abrazando a su hija. «Para decirle que este negro pícaro con quien me quiere casar, no mató a la ampalahua, mi padre, contestó ella. Quien la mató es el dueño de este pañuelo. Y es el mozo más lindo que mis ojos han merecido ver». El negro se descompuso dentro de su gran levitón y tiró a salir para afuera, pero no pudo. «¿Cómo puede ser eso, m'hija, si el negro me presentó la cabeza del culebrón muerto?», porfió el Brigadier General. «Mande traer esa cabeza, mi padre, y vea si tiene lengua», contestó la niña, y al momento ordenó esa autoridad que trajeran la cabeza de la ampalahua. Ya se la trajeron y el mismo Brigadier General le abrió la boca y miró adentro. «¿Y la lengua?», preguntó al motoso, hecho una furia. «Se *rha* habrán *comiro* las *jerumingas*», contestó el negro a los tiritones. «En este pañuelo verá, mi padre, esa lengua que guardó mi salvador para prueba de su hazaña», porfió la niña con más ganas. Deshizo el atadito el Brigadier General y apareció la lengua de la mentada ampalahua... «¡Que salga mi escolta y que no se dé un punto de reposo hasta que no me presente a ese valiente mozo!», ordenó. «Y en cuanto a este negro sabandija, que lo pasen al más reprofundo calabozo del Cabildo». Ya salieron los soldados a buscar al salvador de la niña y en cuanto al negro, lo cazaron de los faldones del levitón y se lo llevaron escaleras abajo...

No bien *vido* el mozo que la niña recobró el habla, se alejó del palacio, seguido por su perro amigo. Ganó la calle real y fue a dar al ranchito de la vieja arropera. Allí tomó mate con ese bultito y antes de la medianoche se acostó.

Como a esa hora volvieron los soldados al palacio y dieron parte al Brigadier General que no hallaban al desconocido que buscaban y que el pueblo estaba lleno de pajueranos que habían venido a *mosquetiar* la boda. «Ay, mi padre, es que dijo la niña; ese mozo porfía por llegar al lugar de *Donde irás y no volverás*, y es posible que a estas horas ya esté saliendo del poblado. Que pongan centinelas en todos los caminos y que atajen a todos los mozos forasteros a caballo, seguidos por un perro». Siguió hablando la niña y fue para dar las muy justas señas del mozo. Lo pintó de pies a cabeza, así como a sus fieles compañeros. Los soldados creían estarlo viendo con esas palabras tan pintoras. «Es jovencito», les decía, «porque no arriba a los dieciocho años. Negros y ensortijados cabellos le caen por la frente. Sus cejas son dos medios arcos que sombrean a sus luceros del color brillante negro. Su nariz es de regular tamaño y derecha y sobre su labio le pinta el bozo negro. El marco de su cara es suave, dentro del moreno color del que aguanta los soles campesinos. Su boca y sus labios vivos son del tamaño que media entre lo grande y lo chico. Quiere tirar a ser alto y delgado, pero sin propasarse del límite. La camisa desprendida deja ver lo alto de su pecho generoso y el cuello bien formado. Manos tiene de niña y pies tan chicos... Viste calzones negros y casaca del mismo color y sombrero alto de recortadas alas... Monta un oscuro tapado, con una estrella en la frente, y en su recado luce dos palomitas de plata, cruzando sus piquitos. Lo acompaña un perro blanco con una estrella negra en la frente...». «Ya lo estamos viendo patente», aclararon todos. El Brigadier General hizo abrir un cofre y sacó cien patacones de plata, y, mostrándoselos a todos, los ofreció al que le trajera al mozo salvador. Ya se largaron capitanes, tenientes y soldados escaleras abajo; montaron en sus *pingos* y salieron a media rienda a apostarse en todas las salidas al campo. No quedó ni una huella, ni tan siquiera la más pobre sendita, sin vigilancia. Los caminos que salían a las pampas, a los llanos del norte y el carril de Chile, quedaron bajo vigilantes miradas.

Vio el mozo desde su recado, pasar a tantas comisiones y tiró la cuenta de irse a la madrugada. Al primer canto del gallo se levantó y ensilló su fiel caballo, y, seguido por su perro amigo, ganó la calle real y luego la huella que salía para las cordilleras. Ya ganaba el despoblado cuando, de entre un chañaral espeso, le pegaron el grito de «alto» y ya salieron los soldados de la sombra y lo rodearon. «¿Quién es y adonde va y qué es lo que anda haciendo?», es que le preguntó el capitán. Hilvanó unas medias mentiras el mozo y tiró a zafarse por un lado, pero ahí le desconfiaron. Ya se avanzó a decirle el capitán que él había de ser el salvador de la hija del Brigadier General. Que no, y que ni había soñado con tal cosa, aclaraba el mozo; pero el capitán lo iba reconociendo por las señas que tenía. Ya le alzó la voz de mando y le ordenó que se volviera. «Yo no me vuelvo», aclaró el mozo, empacándose. «Es que se va a volver, y si no quiere por las buenas, por las malas ha de ser», le contestó el capitán,

entonándose; y ya mandó ajustar el cerco.

Ahí se estuvieron un rato, a punto de pasar a mayores, cuando el capitán se dejó decir medio entre serio y soñador, que ya quisiera ser él el prisionero para gozar de tan linda y preciosa flor. Que parecía mentira que hubieran hombres mozos que le dispararan a tan suave y elegida prenda como era esa niña. «Yo la quiero con lo más fino de mi amor, se dejó decir el mozo, cayendo en la trampa, pero es que yo soy pobre y no ando en pretensiones de casarme con hijas de Brigadieres Generales», terminó, levantando su voz con orgullo. «¡Cómo se ve que no conoce a esa prenda!», le retrucó el capitán. Si la conociera no la despreciaría a la pobre hija del que nos gobierna... Ella es tan buena y tan sencillita y dada con la gente pobre, que su gusto es irse al corral a jugar con los chivatitos, cuando las lecheras sacan la leche. «Por ser ¡la más bonita y hechicera!, es tan sin suerte para ser querida...». «Yo la quiero y me desvelo a su recuerdo, aclaró el mozo; pero es que mi norte y destino es ir al lugar de *Donde irás y no volverás*, y no hay fuerza ni *voluntá* en el mundo que me haga *regular*...». «¿Y eso lo atribula y lo encoge?», le contestó el capitán, pasándole un cigarro y el yesquero. «*Usté* se nos casa con la niña que salvó, y luego, si quiere, se nos va para *Donde irás y no volverás*». «¿Y cómo la voy a dejar a ella, solita?». «¿Y quién se la va a comer?...». Pensando se quedó el mozo. «¿Sabe que tiene razón, amigo? Vamos ya *mesmito* a la casa de la niña», y apurado, taloneó a su *pingo*, queriendo ganar tiempo. «No; si no íbamos a *dir*...», se dijo por lo bajo el capitán cuyano.

Ya galopieron en demanda del palacio. Desembocaron en la calle real a media rienda, levantando polvadera y despertando al vecindario. Se les cortó adelante el mozo y fue el primero en llegar a las casas del gobierno. De un brinco desmontó y en cuatro saltos subía esas escaleras, entraba a la sala y en cuanto vio a la niña, que todavía estaba en vela, se dieron tan largo y fuerte abrazo que el *mesmo* Brigadier General se despertó y tuvo que saltar de la cama, a medio vestir. En cuantito lo *vido* bien al mozo, ya se prendó de él y ya levantó su voz: «¡Este y no otro será mi yerno querido!», decía el caudillo a los cuatro vientos, y mandó echar las campanas a vuelo y a las bandas que tocaran las más solicitadas músicas.

Con esta novedad se despertó todo el pueblo, y como los pajueranos no se habían ido a sus pagos, al tiro ensillaron sus *pingos* y se aparecieron frente al palacio del Brigadier General. Hasta las viejas madrugaron, y no bien dieron un chuponcito al mate, medio se arrebozaron en sus mantos negros y se vinieron al mosqueteo. El arzobispo, el cura y el sotacura, que se habían quedado a dormir en el altillo del gobierno, se despertaron y se pusieron esas sotanas floridas y ya declararon que el casamiento se podía hacer ese *mesmo* día. Corrieron las amonestaciones, y como no había ni rastro de impedimenta, ahí no más se formalizó el casorio. Mandó el Brigadier General tirar un bando, convocando al pueblo a la Plaza de Armas, a eso

del anochecer, para que festejara, en el regalo y la abundancia, el casamiento de su hija con el que libró al pueblo de tamaño azote. Se pasó el día en los mil preparativos de la fiesta, ya carneando novillos tapados en grasa, ya arreglando el palo ensebado, ya cargando las culebrinas para las salvas, ya, en fin, poniendo faroles en la plaza y calle real para que esa noche se divirtieran todos... En estos aprestos se venció el día, y no bien se puso el sol, se volvieron a encender los cirios del altar, y mientras caían los copetudos ajustados en sus brillantes casacas y las señoras enredándose en las cintas de sus polizones, se fue formando la lucida comitiva.

El altar resplandecía de luces, como la gloria.

Con su voz, el señor arzobispo los casó, y ayudaron el cura y el sotacura. Cambiaron los anillos marido y mujer y quedaron en eterna alianza. Llovieron las felicitaciones y deseos de vida feliz y regalada, recibiendo la pareja un vendaval de besos y abrazos. Ya entraron los músicos con violines, arpa, guitarras y requintos, y fue tocar cielitos y escondidos... De tan contento que estaba el Brigadier General, mandó encender fuegos de artificio en la plaza y soltar a los presos de la cárcel; pero al negro sabandija lo mandó más adentro. La fiesta más se entonó con tanta música y alegría, y el *mesmo* Brigadier General se hizo livianito, bailando con su tremenda barriga una refalosa escobillada con más donaires y mudanzas que otro poco. A pedido de todos, danzaron los recién casados y fue para lucir cada uno sus finas artes en la mediacaña y el sereno. Los copetudos del pueblo, los ricos negociantes, los abasteros, los dueños de carretas, los viñateros y los militares bravos, batallaron por mostrar sus bien escondidos firuletes y no quedó baile antiguo que no fuera revivido, ni mudanza que no fuera entresacada del olvido. ¡Qué, si aquello era una gloria de brillo y alegría!...

En la plaza hubieron bodegones bulliciosos. Mandó el Brigadier General repartir los diez novillos carneados y varias carretadas con botijuelas de vino y fue de ver la churrasqueada con que se regaló el poverío. Ya los guitarreros hicieron trinar a sus instrumentos y se entabló el celado duelo entre arribanos y abajinos, a ver quiénes eran los dueños de los caudales de donosura en los zapateos y escobillados. Corría el vino en cantaritos y ensordecían los ¡*huihas!*, de tanto pajuerano entonado.

En sostenida fiesta aclaró el nuevo día, pero no menguaban las ganas de diversión. Los recién casados pasaron a su alcoba... Muchas preguntitas se hicieron, porque ¡era tan poco lo que habían hablado antes de casarse!

Días después la nueva pareja apartó su casa. Marido y mujer fueron a vivir a una preciosa quinta que tenía un airoso altillo, rodeado por jardines criollos donde abundaban las flores, los grillos, sapos y culebritas cantoras. Supieron mecer felicidades en un continuo adorarse. El mozo colgó su espada en la cabecera de su cama y procuró que su perro fiel durmiera en la puerta de su alcoba, y que su caballo descansara en cuidada pesebrera.

Mirándose en los luceros de su esposa adorada, dejó que pasaran los tiempos. Semanas y meses corrieron sin ser sentidos en este embeleso. De vez en cuando se le apartaban sus pensamientos para seguir el recuerdo de *Donde irás y no volverás*, pero el amor por su compañera apartaba esta tentación. Una tarde que hablaba con su mujercita en el altillo, mirando las cordilleras azules, divisó el mozo un humito delgado que se levantaba entre las serranías. Se quedó sin pestañear, como aprisionado por un encanto. Lleno de curiosidad le preguntó a su señora si sabía cómo se llamaba el paraje de donde salía esa seña, y ella, sin atinar al peligro, le respondió: «*Del lugar de Donde irás y no volverás...*». «Ah, contestó el mozo, suspirando, por fin llego a saber dónde queda el lugar de mi destino...». Se le arrodilló su señora, bañada en lágrimas, y le pidió que no la abandonara, y tantos fueron sus lamentos y súplicas que el mozo le prometió cumplir lo que ella le pedía.

Esa noche, cuando se acostaron, el marido se desveló detrás de su pensamiento. De balde porfió contra la tentación que gobernaba su vida. Se le apareció el lugar de *Donde irás y no volverás* como un palacio de mármol, lleno de luz reposada y contenida alegría, y, morando en sus adentros, una Inteligencia que le explicaría el misterio de su vida. Porque él sabía la historia de su nacimiento y el de su perro y caballo amigos... Ya de madrugada, cuando su esposa estaba sumida en el más profundo sueño, se levantó despacito, despacito, y se vistió en el mayor de los silencios. Apenas, apenas, le dio a su compañera un beso en la frente; luego descolgó su espada y salió de la alcoba, seguido por su perro. Fue a la pesebrera, ensilló su caballo. Y sin hacer un ruidito, abrió la tranquera y ganó la calle.

Galopó hasta salir del pueblo, luego tomó el camino de la sierra. Cuando aclaró el día, vio el humito que lo guiaba hacia el paraje buscado. Encaró por un río seco hasta dar con un angosto valle. Desde allí siguió tendidos faldeos, siempre guiado por el humo cordillerano. Por fin llegó a los páramos de la sierra y desde allí encaró el mogote más áspero y levantado de las serranías. Siete días tardó en trepar al mogote, salvando rodados y farallones. Después de tantas fatigas mereció desembocar en una alta pampa ¡tan parejita! Todo era de piedra. De piedra los árboles y yerbas y de piedra unos animales que parecían pastar en ese tremendo peladero. Azotaban los vientos helados, pero el mozo siguió adelante hasta un palacio de piedra canteada: el más imponente y llamativo que en el mundo ha sido. Echó pie a tierra, y listo y vigilante, llevaba a su caballo de las riendas. Azuzó a su perro para que se le adelantara y le diera avisos de un peligro. En llegando a unos portales de mármol, se le apareció una vieja, muy alta y muy flaca, y tan llena de arrugas que apenas se le divisaba el brillo de unos ojos. «¿Y para dónde es que va yendo?», le preguntó esa vejez tan fiera. «Voy a *Donde irás y no volverás*», contestó el mozo. «Bájese, entonces, porque este es el fin y acabo de su viaje. Aquí es donde se llega y no se vuelve; donde se entra y no se sale...». «Es que yo quiero llegar y volver, y entrar y

salir», contestó el mozo, haciendo mención de entrar por los portales. «Primero, le dijo esa arrugada vejez, ha de atar a su caballo y a su perro con estos finos pelitos de mi cabeza», y diciendo esto se arrancó dos cabellos largotazos y se los pasó al mozo. Se sonrió el viajero, y, por darle el gusto a la vieja, ató su caballo y su perro al palenque de piedra con esos finos cabellos. «Es tan viejaza, se decía, que está completamente chocha. ¿Qué tironcito aguantarán esos cabellos? Ya está hecho, mamita vieja», dijo el mozo en cuanto terminó. «Ya has firmado tu sentencia, gusanillo de la tierra», le respondió esa antigüedad. «Entra por mis portales que son los portales del tiempo y curioseas con tus ojos preguntones todo lo que puedas, que luego te convertirás en piedra como todo lo que aquí estás viendo». «Esta viejaza está completamente trastornada por el tiempo», se dijo el mozo, mientras pasaba por la puerta de piedra; pero no bien hubo entrado, una tremenda cachetada de la vieja lo hizo rodar por el suelo. Medio pudo pararse, cuando otra cachetada lo mandó a tierra, de nuevo. Ya *vido* el mozo que allí había engaño y peligro, y sacó su espada y se puso en guardia. Se contuvo la vieja, largando una carcajada. «Se te cumplió el antojo, le dijo. Llegaste a *Donde irás y no volverás*, y llegaste muy seguro con tu espada que no se mella ni se rompe y con tu perro fiel y caballo amigo... *Ja, jay... Ja, jay...* ¡Sepa el muy sonso pajuerano que conmigo está en pelea!». «Yo no peleo con viejas», contestó el rodante. «¿Vieja?», se dejó decir la arrugada, como si oyera una cosa nueva. «¡Soy la fuerza sin edad de los desiertos inmensos! ¡Soy el aliento contenido, de tanta piedra y arenal de estos campos! ¡Soy la pasión de las travesías, hecha carne y voluntad contra el atrevimiento de los que las cruzan y escupen!... Unos instantes mas y velaré tu sueño de piedra...».

Se le achicó el corazón al rodador de tierras al oír esa voz enemiga. Para reponerse, apeló a la esperanza de ayuda de sus fieles compañeros, apenas atados con cabellos finitos. «No te achiques ni te agrandes, le interrumpió la arrugada, refalando una tamaña daga de entre sus enaguas, que con la capitana de las sierras vas a cruzar tu acero». Apenas tuvo tiempo el mozo de parar la avalancha de puntazos que le tiraba la vieja. Con lo mejor de sus visteos la contuvo a medias, pero empezó a retroceder. Ya la vieja apeló a sus tretas: cambió de mano su daga y lo apuró con hachazos tremendos. Saltaban chispas de los fierros encarnizados, y tan fuertes y renovadas eran las cargas, que el mozo cedió unos pasos... «¿No era que fiabas tanto en tu espada y en tu brazo?», se burló la vieja, mientras redoblaba su carga y volvía a cambiar de mano.

El hombre comenzó a darse cuenta que esa vejez peleadora no sentía cansancio; que renovaba sus fuerzas, mientras que a él lo apuraba la fatiga. Sacando alientos del alma hizo un tremendo enviñón y la atacó a la vieja con lo mejor de su arte en arma blanca... Consiguió hacerla retroceder unos pasos a la enemiga espantosa, y medio marcarle la cara con un amago de tajo. Ahí soltó la más fiera carcajada esa vejez

terrible, «*Ja, jay... Ja, jay...*» aulló mientras tendía un cerco vivo de acero con su daga cortante. «Son tus últimas algaradas porque ya no te quedan más fuerzas». Retrocedió el mozo, pero dio con la espalda en la pared de piedra. La arrugada se le vino encima a puntazos y lo hirió en el costado. El herido alcanzó a gritar en su desesperación: «¡Mi perro y mi caballo que me defiendan!», al tiempo que redoblaba su pobre defensa con su espada.

Sus fieles servidores arrancaron en ayuda de su amo. «Mis cadenas de fierro no se han de cortar», bramó la vieja con gran triunfo y alegría, y se oyó el ruido de gruesas cadenas de fierro en que se volvieron los cabellos que sujetaban al perro y al caballo. De balde porfiaban las fieles bestias, haciéndose arco a tirones. Las duras cadenas resistieron a todos los arranques. Atronaba el ruido de los eslabones al entrechocarse con la porfía de los nobles brutos.

Tarde se dio cuenta el mozo que estaba librado a su propio brazo cansado. Ya desfalleciente, pidió treguas con voz lastimera. «No doy treguas ni resuellos», le gritó esa antigüedad encarnizada, redoblando la fuerza de sus puntazos. «Es tu vida lo que quiero». El luchador formó cuentas de amargo rendimiento. Hizo todavía unos enviones con las ayudas del alma y tiró uno que otro hachazo; pero la vieja los paró con su izquierda, como al descuido: «*Ja, jay... Ja, jay...* Ya no te quedan ni amagos», y lo volvió a cargar con bravura salvaje. El mozo, con las fuerzas desmayadas, dejó caer su arma mientras el caballo daba relinchos y el perro aullaba de rabia, sacudiendo los dos tan gruesas cadenas. La vieja gozó su triunfo soltando unas carcajadas, y sin una lástima por mozo tan lindo y tan rendido, le atravesó el pecho con el fierro de su daga... Allí vino a doblar su vida el rodador de tierras. Esa vejez sin alma lo vio morir con avivado brillo en su mirada. Luego se echó su cuerpo al hombro y se lo llevó a los reprofundos de la Salamanca de mármol. Cuando bajó los ciento y un escalón, desembocó en una grande sala de bóveda de piedra, sostenida por mil pilares. Allí dejó al muerto, junto a tantas otras difuntos que en muchos años de tiranía había matado en pelea... El caballo y el perro se fueron convirtiendo en piedra en un peladero que los echó. Uno parecía pastar en potrero de pedregales y otro hacía como que ladraba. En piedra se quedaron.

Todos los días los padres y el hermano del rodador de tierras iban a mirar el agua de los dos pozos y las encontraban limpias y serenas, pero desde el punto en que fue vencido y muerto por esa enemistad de los campos, el agua de uno de los dos pozos se enturbió y se puso roja como la sangre. El mozo hermano, en cuanto *vido* esta seña de duelo, dijo a sus padres: «No hay más que yo me voy en ayuda de mi hermano». De balde los pobres viejitos le pidieron que no los abandonara en sus últimos días de vida que les quedaba. Más porfió el mozo, y ya sin hacer caso a lágrimas y ruegos, preparó su marcha. Trabajó nueve pares de herraduras para su caballo y llenó sus alforjas de charqui, yerba y azúcar para el mate. Terminados sus aprestos se les hincó

a sus padres y les pidió la bendición. Lo bendijeron padre y madre y él los besó en la frente en señal de despedida, y se entró a esos campos en las deshoras de la noche.

Ceñía al cinto su espada que no se mella ni se rompe; montaba el fiel caballo y lo acompañaba, obediente y retozón, su perro amigo.

Al galope encaró los campos. Día y noche galopaba entre los silencios adormecidos de las travesías. Cruzó las pampas y llegó a las empinadas cordilleras. Semanas y meses anduvo sin parar, en demanda de *Donde irás y no volverás*. Por fin, una tarde se paró delante de los restos de una gran ampalahua de los llanos. Se bajó y anduvo celando el suelo hasta que vio los rastros de su hermano en la lucha que tuvo con esa fiera arrastrada. A fuerza de andar rastreando, pudo asegurarse que el caballo de su hermano había entrado a la sierra y luego volvía a salir en dirección a un poblado lejano que se veía apenas. Tomó el rumbo de ese pueblo, al pasito, porque iba cautelando por si le tendieran alguna celada. Se juró ser precavido como el que más para no caer en el peligro que había caído su hermano. Llegó a las primeras casas de un poblado y tomó por una calle, al paso de su caballo, cuando al enfrentar a una quinta que tenía un precioso altillo, *vido* a una señora jovencita, que ya se lo comía con los ojos. Ya iba pasando, cuando ella salió a la calle y lo llamó ¡tan cariñosa! Sin saber qué hacer, se apeó el rodante y entró a la quinta, muy extrañado. No bien traspuso la puerta, la señora lo besó y abrazó, amorosa. Llamó ella a una esclava negra y le arrebató el niño que cargaba y se lo mostró al mozo, al tiempo que le decía: «¡Besa a tu hijito, que nació en tu ausencia!». Extrañado, besó a la criaturita, al tiempo que pensaba: «Esta señora será la mujer de mi hermano. Sin hacerle preguntas, yo sabré de él». La señora, tan presto acariciaba a su hijito como al mozo, diciéndole: «Al fin has vuelto a mi lado del terrible lugar de *Donde irás y no volverás*. ¡Y yo que te daba por perdido para siempre! ¡Yo, que rezaba por el eterno descanso de tu alma! No sé cómo has podido volver con vida de ese lugar maldito; pero ¡así como supiste vencer a la terrible ampalahua que venía a devorarme, así te pudiste librar de ese Espíritu Maligno de la sierra! Te miro y desconfío de mis ojos; te beso y desconfío de mis labios...». Y más lo besaba y abrazaba. Entraron a la sala y allí siguieron las caricias de la amante esposa. El mozo las devolvía a medias, y para que no desconfiara la señora, se quejaba del cansancio de tanto viaje y tanta lucha. Acarició a la criaturita, porque así no faltaba a su hermano, y la señora se conformaba. «¿Cierto, maridito mío, le decía ella, echándole los brazos al cuello, que nunca por nunca me abandonarás de nuevo?. ¿Ciertito?». «No, mujercita, contestaba él, besando a la linda criatura. Nunca jamás volveré a abandonarte». Con estos y otros manejos el hombre se averiguó de las andanzas de su hermano.

Entró una mulata y dijo a su amita que fueran a tomar mate al altillo, que ya el agua estaba hirviendo y los bizcochitos, calientes. Subieron el mozo y la señora con la criaturita.

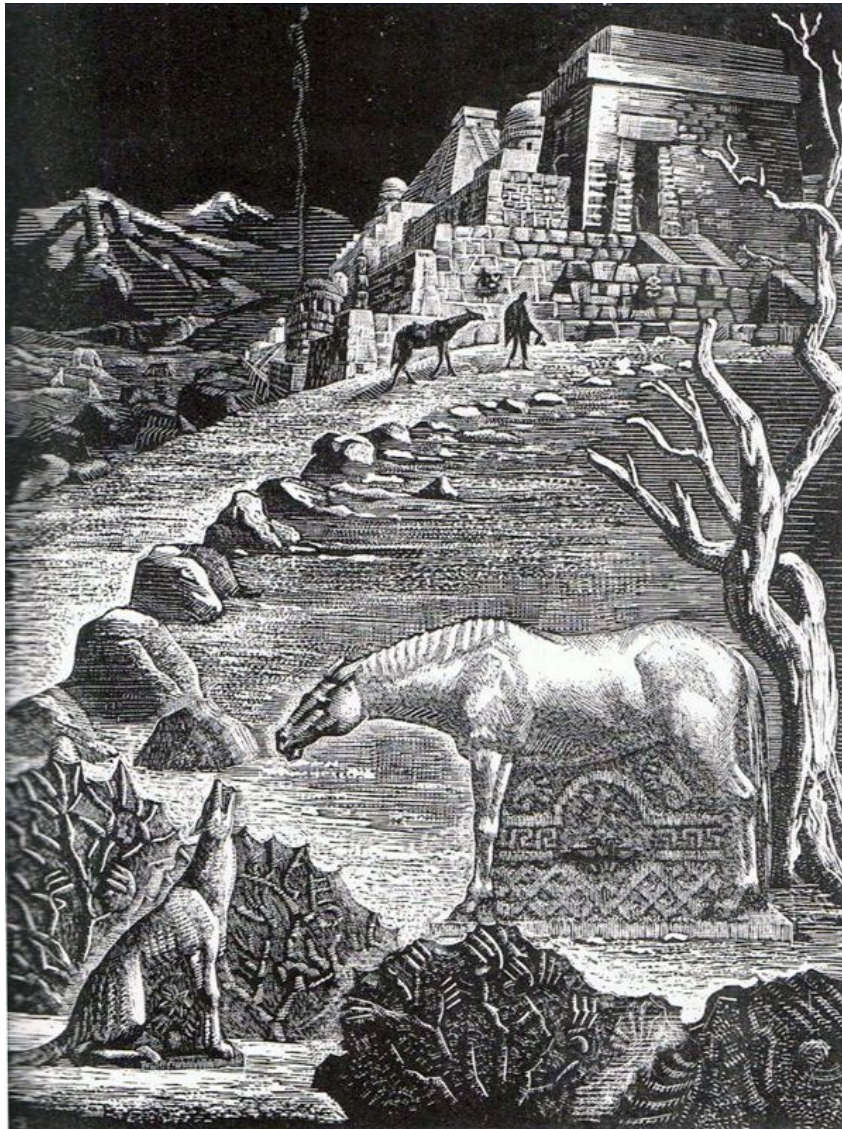
La señora cebó unos matecitos dulces, que el mozo saboreó con deleite, mientras hacía caricias al hijito de su hermano. En esto estaba cuando, al mirar a las serranías azules, vio levantarse un humito que se perdía en las alturas... Mirando se quedó aquello, y la señora, que le siguió la mirada, le dijo con el lleno de su pena: «¿Todavía pensando en volver *a donde irás y no volverás?* ¿Todavía?». «¡No!», dijo el mozo, y grabó en su memoria el rumbo del humito lejano.

Se hizo la noche. Cenaron y muy luego la señora, se lo llevó a la alcoba. Colocó ella en la cuna dorada a su hijito dormido y se acostó en la cama de matrimonio y le abrió las frazadas para que él se acostara... Pensó el mozo: «Si no me acuesto, va a descubrir que no soy su marido, y si me acuesto, faltaré a mi hermano». Después de cavilar se acostó, pero puso su espada desnuda en las sábanas, entre él y su cuñada.

La señora se quedó mirando ¡tan pensativa!, que una celosa espada la separaba de su marido. Se dijo: «Ha de querer probar mis sentimientos por haber estado tanto tiempo ausente». Así cavilaba ella en las largas horas de la noche; por fin la venció el sueño al venir la madrugada. En cuanto el mozo vio que la señora se había quedado dormida, se levantó en el mayor de los silencios; se vistió, ciñó su espada y salió sin respirar del aposento. Llegó a la pesebrera seguido por su perro; ensilló su caballo, ganó la calle y galopó hasta salir del pueblo. Allí tomó las dereceras del humito y encaró al poniente.

Galopó día y noche, sin darse una tregua. Al fin dio con un río seco, marchando sierra adentro, por el rastro del caballo de su hermano. Llegó a unos faldeos tendidos y no paró hasta trepar a la misma cumbre. Siguió repechando sin tregua hasta ganar el mogote donde había visto levantarse el humito. Siete días tardó en llegar a la meseta plana que lo coronaba. Allí se detuvo a mirar tanta rareza y señal de muerte. Todo era de piedra. Los árboles y hasta los yuyos, y pudo ver caballos convertidos en piedra, que parecían comer los pastos hechos piedras del suelo. *Vido* perros que parecían aullar de pena, pero eran perros, hechos piedras bien labradas. Ya miró por el camino y vio altas pircas, y, al fondo, un palacio de mármol, envuelto por las sombras. «¡Cuidado!», se dijo para sus adentros, y siguió al paso de su caballo, con la mano en la empuñadura de la espada. Andando, enfrentó a los portales del palacio. Allí salió una viejaza, alta y flaca, y cuando cruzaron las miradas, esa antigüedad no pudo contener sus hablas. Dijo por lo bajo: «Si no lo hubiera muerto, creería que es el mismo...». Más se llamó a cautela el viajero. En eso, la arrugada levantó voz y le dijo: «¿Para dónde es que va yendo el mozo?». «Para *Donde irás y no volverás*», le contestó él. «Bájese, entonces, que ha llegado al fin y acabo de su viaje», lo invitó ella. Se bajó el mozo, listo y vigilante, y arrimó su caballo al palenque de piedra. «Si no quiere que se le vayan perro y caballo, le advirtió la vieja, arrancándose dos largos cabellos de su cabeza, átelos con estos pelitos». El mozo, haciéndose el distraído, los recibió, al tiempo que pensaba: «Si mi hermano fue vencido, lo fue porque no

podieron defenderlo su perro y su caballo». Anudó los dos cabellos al palenque, con mucho aparato, y después hizo como que ataba a su caballo y a su perro, pero solo les puso el cabello sobre el cogote. «Ya está, mamita vieja», dijo el mozo, trasponiendo los portales con la mano en el puño de su espada. Apenitas había entrado el viajero cuando la vieja, soltando sus carcajadas lastimantes, le ganó la puerta, al tiempo que le asentaba una cachetada en la cara y sacaba tamaña daga de entre sus enaguas. «*Ja, jay...* Hermano *habís* de ser del último que maté. Defendete, que conmigo estás en pelea...».



Como un relámpago desenvainó su espada el mozo y paró en seco a la vieja de un puntazo, y luego la contuvo con un lucido visteo. «¿Qué hiciste, vieja maligna, con el cadáver de mi hermano?», preguntó, sin descuidar la defensa. «En los hondos de mi Salamanca te espera, con el pecho atravesado. *Ja, jay...Ja, jay...*», le contestó la reviejaza, largando sus carcajadas. Más la cargó el mozo; pero la vieja, hecha una furia, tejió a su alrededor un cerco vivo, con el acero de su daga y ahí topaba siempre la espada del mozo. «*Ja, jay...* Ya se te cansarán esos brazos, como a tu hermano, y

ni se te ocurra clamarme por treguas como lo hizo él cuando se *vido* en apuros». Más se encarnizaron los dos y apelaron a escondidas mañas del visteo criollo. Cambiaron de mano sus armas y se atacaron con nuevos recursos. Cuando más se confiaba la vieja en sus artes, cambió de visteo el mozo y la cargó con tal furia que logró marcarle la cara de un puntazo. «Habías sido de más recursos que tu hermano, le gritó esa vejez batalladora, pero de nada te servirán esas algaradas». Y renovó sus cargas con tal empeño que lo hizo retroceder al mozo, hasta dar con la pared de piedra. Allí se *vido* en tristes apuros el rodante. «Esta vieja recibe ayuda de la tierra porque no se cansa nunca», se dijo el mozo, y comprendió que se hallaba en peligro. «¿Qué *hacís* que no pedís ayudas, como tu hermano, cuando se *vido* en apuros?», le gritó esa arrugada, apelando a nuevos ataques. «¡Mi perro y mi caballo que me defiendan!», gritó el mozo con todas sus fuerzas. «¡Mis cadenas de fierro no se han de cortar!», le respondió la vieja a las risadas, cargándolo con más encono. Se oyó el ruido de gruesas cadenas al caer al suelo, al tiempo que perro y caballo acudían en defensa de su amo, y uno a mordiscones y el otro a coces la atacaron a la vieja, sin darle tregua ni levante. «¡Ah, gritaba ese Espíritu Maligno, con que lograstes engañarme!... ¡Sonsa de mí que me confié en tus procederese!», y siguió defendiéndose como pudo de sus tres atacantes.

El mozo, medio tomó un respiro y luego la atacó con más fuerzas. Logró entrarle uno que otro puntazo, al tiempo que el caballo la levantaba en alto con dos tremendas coces y en cuanto cayó la abarajó el perro con sus colmillos y la sacudió por el suelo. «¡Treguas te pido, luchador!», imploró la vieja aporreada. «¡No doy treguas ni resuellos!», le contestó el mozo, descansando la punta de su espada en el pecho de la vieja. «Si me perdonas la vida, imploraba ella, resucitaré a tu hermano haciéndole una cruz en la frente con esta misma daga que lo mató». «¿Dónde está el cadáver de mi hermano?», preguntó el mozo. «Al fondo de mi Salamanca; a ciento y un escalón de aquella escalera. Su puerta se abre con esta llave que llevo al cuello». «Eso es cuanto quería saber», le contestó el mozo, al tiempo que traspasaba a la vieja con su espada, y, para mayor seguridad, le cortaba el pescuezo de un solo tajo... Cuando la *vido* bien muerta, le retiró la llave del cuello y la daga que aun empuñaba. Se fue a la escalera que se veía y después de contar ciento y un escalón de bajada, desembocó en un gran salón con bóveda de piedra. Sus pasos se apagaban en la estancia de la muerte. Con el corazón *tun tun, vido*, colgando en las negras paredes de piedra, mil despojos de tantos vencidos. Brillaban los tejos de oro y tantas riquezas... Se alumbró con un candil y fue mirando una fila de muertos que estaban tendidos en hilera. Al último, cuando ya desesperaba, encontró el cadáver de su hermano, que parecía que recién hubiese dado el último suspiro. Se hincó, y con gran cuidado, le trazó una cruz en la frente con la daga que lo había muerto. Al rato comenzaron a volverle los colores a la cara y ya quiso como pestañar. Pasaron unos momentos de

forcejeo hasta abrir los ojos y ya hizo mención a sentarse. Su hermano lo habló con todo el caudal de su cariño y quiso como contestarle una que otra palabrita, como entre dormido y despierto. Unos ratos más de lucha y pudieron cambiar ¡tantas palabras de cariño! Le ayudó a sentarse a su hermano rescatado, y luego a ponerse de pie, y, medio cargado, se lo llevó hasta el patio, donde lo hizo recostar sobre un poncho. Allí encendió un fuego grande y lo dejó por un momento gozando del calor de esas llamas. El vencedor del Espíritu Maligno bajó de nuevo a los hondos de la Salamanca y les fue haciendo a todos los cadáveres una cruz en la frente con la daga de la vieja. Hecho esto, se volvió donde estaba su hermano.

Al mucho rato se comenzó a oír como un creciente murmullo en el fondo de la Salamanca. Era que ya iban volviendo a la vida tanto muerto. Ayudándose, podían sentarse en el suelo y luego intentaban ponerse de pie. Se caían y se levantaban, pero los más fuertes daban unos pasos hacia la escalera, atraídos por el resplandor del fuego que ardía en el patio. ¡Querían gozar del calor de esas llamas! Cada vez levantaban más la voz, contándose a voz en cuello cómo habían caído vencidos por la daga de la vieja terrible. Más se alzaron las voces, hasta el extremo de no poderse oír unos con otros... ¡Era el bullicio de la vida levantándose sobre el silencio de la muerte! Y entre mil preguntas y respuestas fueron recobrando las perdidas fuerzas y pudieron, ayudándose unos con otros, subir esas escaleras y allegarse al fuego para calentarse el cuerpo helado... ¡Era de ver a tanto entumecido, manejándose con mil mañas para medio poder caminar, o tan solamente arrastrarse en busca de luz y calor amigos! Esa noche la pasaron en un continuo bullicio y movimiento. No fue noche de dormir, sino de palabras nuevas y revividas en amor. Cuando se anunció la pintora madrugada, recibieron a los rayos del sol girando con las manos enlazadas saludando al nuevo día. Danzaron todos, locos de contento, hasta cansarse. Ya salieron esos rescatados a los gritos por el peladero y cada uno fue reconociendo a su caballo hecho piedra, y no bien lo tocaba su dueño, se volvía de carne y hueso, como antes. Lo mismo ocurrió con los perros de piedra que ladraban. Luego bajaron a la Salamanca y cada uno recobró lo que había sido suyo. Muchas riquezas fueron rescatadas por sus dueños, con más las que la vieja tenía de siglos y siglos atrás. Al fin volvieron todos al patio, avivaron la fogata y arrojaron en ella el cuerpo de la vieja maligna, y azuzaron esas llamas para reducirla a cenizas, y luego aventaron ese resto a los vientos del Ande. Después ensillaron sus caballos, y antes de partir para los bajos, incendiaron la Salamanca. Mientras se alzaban altas lenguas de fuego, ellos se distanciaban, ¡tan alegres!, del mogote maldecido.

Los dos hermanos montaron a caballo, y seguidos de sus fieles perros comenzaron a bajar esas crueles serranías. Siete días marcharon todos juntos, hasta que ganaron los bajos. El vivo murmullo no más iba de tanto resucitado que hablaban para saber que vivían. Cuando llegaron al río seco de donde se divisaba el poblado,

todos agradecieron al salvador el rescate de su vida. Con abrazos y con lágrimas se despidieron y al fin cada uno tomó por su camino, rumbo a su casa.

Solos quedaron los dos hermanos en esos campos, cuando el rescatado, dijo: «No me has contado, hermano mío, cómo llegaste a tener noticias de mi desgracia...». Dijo entonces el salvador que habiendo visto un día enturbiarse y ponerse color de sangre las aguas de uno de los pozos, salió a los desiertos en su busca. Que había llegado al lugar de la lucha con la gran ampalagua de los llanos y de allí siguió los rastros de su caballo hasta el poblado. Que pasando por una calle lo llamó una señora ¡tan hermosa!... «Tu mujer me confundió con vos y me abrazó y me enseñó a tu hijito de pecho. Toda la tarde estuvimos hablando y a la noche cenamos y después pasamos a la alcoba, a dormir...». «¿Y después?», preguntó el hermano, ansioso. «Me acosté con ella...».

Esto no más, alcanzó a decirle su hermano cuando, arrebatado por la rabia, sacó su espada y le atravesó el pecho. Al momento cayó muerto de su caballo, y el matador, arrepentido, se puso a llorar a gritos su arrebato. Sin saber qué hacer, acomodó el rescatado el cuerpo de su hermano muerto bajo la sombra de un coposo algarrobo. Lo dejó al cuidado de su perro y su caballo, que se echaron al lado del cadáver de su dueño. Luego montó el matador en su sillero y partió a media rienda, en dereceras del poblado. Corrió a más no poder. Al caer la noche, se paró frente a su quinta. Entró, y al verse con su señora, se fundieron en un sostenido abrazo. Hablaron y lloraron de gozo, y más se enterneció él cuando su mujer le presentó a su tierno hijito, que aturdió a besos. Hablaron y se dijeron mil cosas atropelladamente, y cada vez se querían más. Pero a él lo dominaba un pensamiento de esos que mortifican sin tregua ni medida... Hacía mención de hablar, pero contenía su lengua cuando ya armaba una palabra temida... Cenaron, y a la hora de dormir pasaron a la alcoba. La señora acomodó a su hijito dormido en su cuna dorada y ella se desnudó y se metió en la cama de matrimonio al tiempo que abría las cobijas para que se acostara su marido. Él se desvistió, y después de colgar su espada sobre la cabecera, se acostaba. «¡Gracias a Dios, le decía ella, que no vuelves a poner tu espada desenvainada entre nosotros dos!...».

Tarde comprendió el marido lo que había hecho su hermano tan fiel, y lloró en silencio su crimen injusto. No pudo conciliar el sueño, de tan atribulado que estaba; al fin se le pegaron los ojos y se quedó dormido. Soñó que estando a la sombra de un tupido chañaral, venía un pájaro verde del lejano Perú, y se asentaba en esas ramas. Y el pájaro vistoso levantó su voz sonora y le pasaba la palabra para decirle que si quería redimirse de su crimen tenía que degollar a su inocente hijo y hacer que su sangre rociara la cara a su hermano muerto. Despertó sobresaltado y se vistió en silencio. Ciñó su espada, tomó a su hijito de la cuna donde dormía y salió de la alcoba. Ensilló su caballo y, seguido por su perro fiel, ganó de nuevo esos campos.

Abrazando a su tierno hijito, apuraba cada vez más a su sillero. Corrió hasta que salió el sol y siguió corriendo sin darse un descanso ni resuello. Galopó todo el día y alcanzó a llegar ante el cadáver de su hermano, junto con lo que se ocultaba en el Ande el Padre de la Luz.

Cubrió de besos el cuerpo desnudo de su hijito, ¡tan tierno y rosado!, y al tiempo que el sol escondía su mitad en el paredón del poniente, degolló a la criatura con su espada. La sangre que salía del cuello del inocente bañó la cara del hermano muerto, y no bien se desangró del todo, se fue animando el cadáver del salvador. Al rato ya pudo sentarse en el suelo. Miró a su hermano y le sonrió dulcemente...

El padre acariciaba a su hijito muerto y lo cubría de besos, mientras sus ojos se arrasaban en quemantes lágrimas. De repente se le soltó de las manos, se volvió un pájaro verde y ganó las alturas del cielo con el vuelo de sus alas...

*El naranjo da naranjas,
pero el santero hace santos.
Vengan a ver los que rezan
los primores de esa mano.*

*Un naranjo cargadito
con mil pintonas naranjas,
poco más y es de comerlas...
Pero él llega y pasa el habla.*

*—Lindo naranjo, y un santo
de su tronco yo le hiciera.
—Si te animas, buen santero.
(«Quién como yo lo tuviera...»).*

*Chas, chas... El hacha trabaja
sin merecer un descanso.
Hachazos que van y vienen,
naranjo se vino abajo...*

*De mañana se fatiga y,
sin descanso, a la tarde.
Viene la noche y lo encuentra:
—Hachita, dale que dale...*

*Limas, azuelas, martillos,
formones, cuchillas, sierras,
garlopas, lijas y tornos...
—¡Qué saldrá de tanta guerra!*

*Medio, medio es de decir
lo que saldrá y ha salido;
vengan ustedes a ver
esto tan largo y pulido...*

(Este es el «compuesto» de un verdadero santero riojano, después que supo de la historia que sigue).

EL SANTO DEL NARANJO

Estaba el rico en el patio de su casa, a la sombra de un coposo naranjo. Tan tranquilo tomaba mates con semitas, cuando paró en sus puertas un forastero, muy *pililo y milagriento*. Puso sus hilachentas alforjas en el suelo y, con el sombrero en la mano, dijo:

—*Güenos días le dé Dios, patrón... Favorézcame con un trabajito.*

—No tengo trabajo; *andate*.

—De cualquier cosita, patrón.

—Ya te *hi* dicho que no tengo. *Andate*.

—Aunque sea *pa* espantar los loros de su chacra, patrón...

—Ya tengo muchachos pajareros. ¡Que te vas te *hi* dicho!

—*Ta* bien, patrón... *Bienhaiga* con mi suerte tan desabrida...

El pobre levantó sus alforjas del suelo y se las acomodó sobre los hombros. Se caló su sombrero roto, por donde asomaban sus cabellos enredados, y se dispuso a seguir camino, más triste que la noche... Echó una última mirada al patio de la casa rica y se solazó viendo y mirando el naranjo cargadito de naranjas que amarilleaban... Se dejó estar un momento y ya dijo:

—¡Qué lindo santo haría yo del tronco de ese naranjo!

El rico pensó: «Quién como yo tuviera un santo para lucirse con él...». Levantó su voz y se dejó decir:

—¡A ver!... Denle un plato de comida a este pobre artesano, que tiene hambre — y mientras le servían al forastero una sabrosa carbonada, le preguntó—: ¿Vos *sabís* hacer santos?

—Santos grandes y chicos, y como si estuvieran hablando, patrón.

Volvió a pensar el rico: «Quién como yo tuviera un santo bendecido para lucirse con él...».

—Denle más comida a este pobre hombre y un rico postre de descarozados... Y decime: ¿qué herramientas *necesitáis* para hacer el santo?

—Por ahora me dará tan solamente un hacha, patrón.

—A ver, denle tabaco para que fume este buen artesano. Y esta noche que me le sirvan una buena cena y le tiendan cama para que se quede a dormir aquí. Mañana le alcanzan un rico desayuno y le preparan un hacha afilada *pa* que comience su trabajo. Por hoy, que descanse, que bastante maltrecho ha llegado el pobre.

El forastero, después de almorzar a lo rey, durmió su linda siestita en una cuja blanda y descansó hasta que lo llamaron a cenar. Comió y comió hasta que la *huata* se le puso como un tambor. A los quejidos se fue a dormir. Al otro día, bien tardecito se levantó y ya le sirvieron un desayuno de achuritas aliñadas, y después de unos

buenos tragos de vino, se fue a su tarea. Hachazos van y hachazos vienen, como al cabo de tres horas el pobre naranjo comenzó a quererse ladear... En eso se hicieron las doce y lo llamaron al almuerzo.

Comió asado, carbonadas y guisos, todo bien regado con dos litros de vinito añejo. Como había quedado medio hinchado, tuvo que dormir su buena siesta para deshincharse... Ya era bastante tardecito cuando volvió a la función de los hachazos, A eso del anochecer el pobre naranjo se vino al suelo. Se vino al suelo el naranjo y corrieron mil naranjas pintonas por el patio...

Llegó el patrón y *vido* tanto daño, pero medio se consoló pensando: «Quién como yo tuviera un santo bendito para lucirse con él...».

—¿Qué otras herramientas *necesitáis* para la hechura del santo?

—Una linda azuela, mi patrón, y un serrucho y una lima.

—A ver, tráiganle a este fino *maestro* esas herramientas. ¡Y no me le hagan faltar la comida ni el buen trato para que trabaje con gusto! —y se fue el patrón.

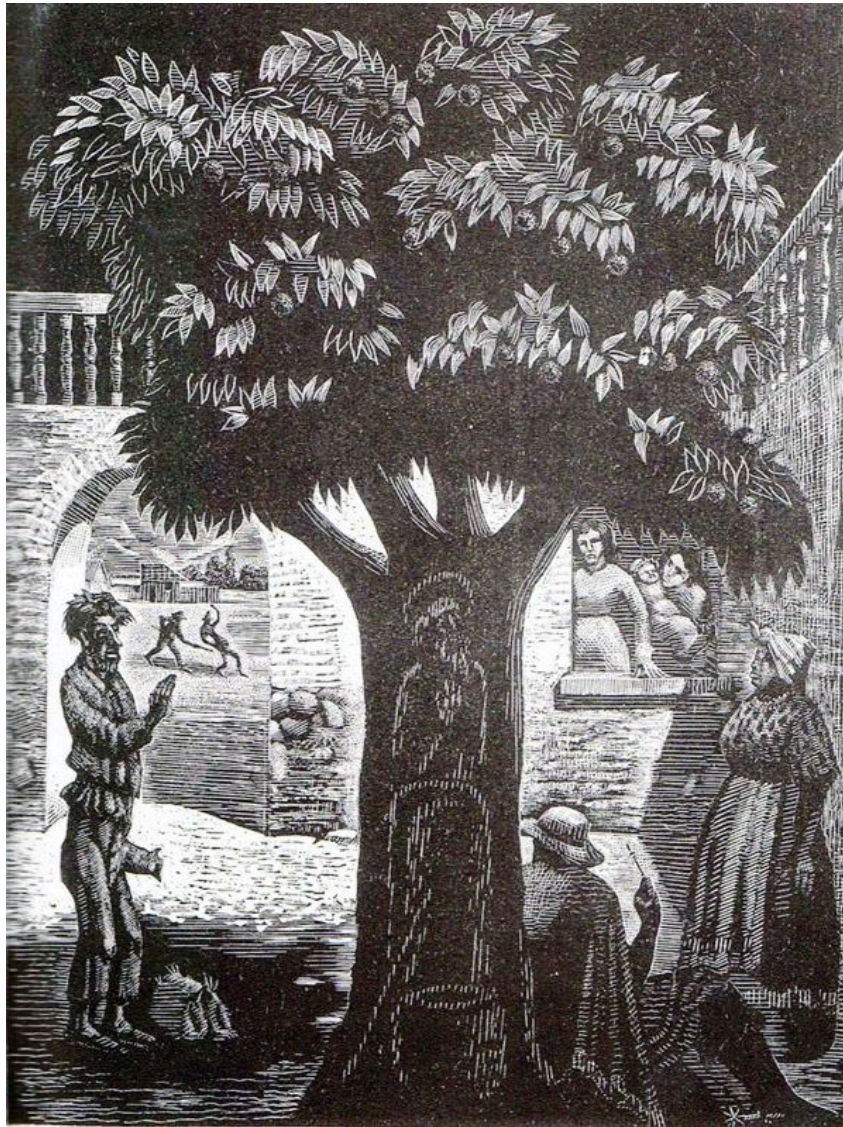
El fino artesano cenó más que otro poco esa noche. Tomó sus dos litros de vino y se acostó, muy acalorado. Durmió como un bendito. Ya alto el sol, le dio por levantarse y se desayunó con un asado jugosito. Bebió pichanga y muy después se fue a su trabajo. Ahí estuvo a los pujidos... El día se le fue en sacar las ramas con azuela y hacha. Llenó el suelo de astillas grandes y chicas. En eso estaba, cuando llegó el patrón a curiosear.

—¿Y *diay*? —preguntó—. ¿Cómo va ese santo?

—Por ahora va tronco no más, mi patronato. Mañana le iremos viendo las formas.

—Así será —contestó el patrón—. A ver, sírvanle al maestro santero esas empanadas que *hi* mandado hacer y después el charquicán y las humitas picantes. Y no me le hagan faltar buen vino añejo, de ese que le tengo reservado al señor cura...

Se fue el patrón al comedor y el santero a la cocina. Allí, arrimado a la negra cocinera, se comió el maestro todo lo que le sirvieron y le sobró espacio para dos litros de vino, del reservado para el señor cura.



Esa noche le contó a la negra cocinera unos chascarros tan pícaros y graciosos que ella le hizo una señita...

Al otro día el buen artesano se levantó bien tardecito. Se entró a la cocina y como a eso de las diez pudo terminar su desayuno de achuras con mucho vino. Al fin se determinó a trabajar y esta vez fue con azuela. Llenó el patio de astillas. Luego se hicieron las doce y ganó la cocina. La negra cocinera le preparó potajes que él había pedido en voz bajita. Chunchules doraditos, matambre adobado, pasteles con mucho huevo, aceitunas, picadillo de lomo y ají, y ¡bien jugosos! Se relamía el artesano, chupando el frito que le corría hasta el codo... Después de todo esto, un quirquincho asado con adobos. Pan calentito, recién sacado del horno, y dos litros de vino del más elegido de la bodeguita casera. «*Hi* comió y bebió, dijo por fin el maestro. Agora, después de una buena siestita, la voy a trabajar de lo lindo». Y se fue a dormir la siesta.

A eso de las cuatro se levantó a los aprestos... Se escupió las manos, empuñó su azuela labradora, pero lo distrajo la negra cocinera, trayéndole matecitos dulces con sopaipillas rebozadas en almíbar. Tomó sus buenos mates el artesano y como a la

hora ya pudo seguir con su trabajo.

A eso del anochecer le cayó el patrón.

—¿*Ydiay*? ¿Cómo va saliendo ese santo? —es que preguntó.

—Ya está con ganitas de ir tomando las formas, mi patrón. Para mañana podremos distinguírle algo así como brazos y piernas.

—*Ta güeno* —dijo el amo—. *Cuidá* que no te vaya a salir *ladiao*.

—¡Mis santos salen derechitos, mi patrón; no se le dé *cuidao*!

—Así me gusta —contestó el rico, y se arrimó a la cocina a encargarle a la cocinera que lo cuidara bien al artesano pero al ver esa mesa, tendida con más potajes que los que le servían a él, se quedó más que callado.

Se fue el patrón. Cenó el artesano de buena mano. Sesos le dieron y bien condimentados. Luego, un asado de punta de espalda y patas aliñadas con mucho ají, pimienta, vinagre y albahaca. Unos ñoquis con mucho queso y conserva de tomate, y al fin una sopita de verdura con presas de pollo. Para asentar, un litro de mistela y copitas de aguardiente. De postre, quesillo de cabra y dulce de membrillo. A eso de medianoche, y a pedido de la cocinera, contó unos chascarros medio verdositos. Ya era la una de la madrugada, y para no molestar el sueño de los patrones, llevaron un brasero con brasas al cuarto de la cocinera y siguió él contando chascarros.

Después del desayuno volvió a su trabajo el maestro, pero enseguidita se le hicieron las doce y tuvo que almorzar. Como quedó medio *pesao* del almuerzo, se fue a dormir su buena siesta; pero a la tarde trabajó con gusto y provecho. Luego del mate con buñuelos volvió a seguir su labor, pero ya manejó el formón con mano maestra. En eso se le allegó el patrón.

—¡*Ydiay*! —preguntó en llegando.

—¡Va saliendo, patrón! —aseguró el santero.

—Y a todo esto, ¿qué santo es el que vas a hacer?

—El que usted elija, patrón. Si quiere le hago un San Roque con perro y todo.

—No —respondió el rico—. El santo de mi devoción es San Antonio, aunque también venero a San Francisco y a Santo Domingo.

—*Ta* bien, patrón. Veremos a quien sale más parecido y entonces *usté* le pone el nombre que le caiga.

El patrón miró al bulto por delante, al costado y por atrás. «¡*Uh!*...», no más dijo, y se fue como queriendo pensar...

Al otro día, por ser domingo, la cocinera le dio un almuerzo de chanchito asado al horno, con más adobos que otra cosa. Lengua de ternera y ubre de vaca. Ensalada de lechugas con tomates, rebanaditas de pepino, y aceitunas prensadas, todo bien condimentado. De postre, descarozados hervidos y alfajores. Mucho vino añejo y una botellita de anisado. La patrona, que se arrimó por la cocina y *vido* tanta comida, se llevó las manos a la cabeza y atinó a decir: «¡Jesús!», y se fue dando un coletazo.

A la tarde jugó al naípe el pulido artesano con la negra cocinera, mientras tomaban mate de leche con sopaipillas remojadas en miel. Unos tragos de anisado para entonarse y seguir mejor la suerte de las cartas. A la noche, una cena ligera de un chivito asado, un locro y un guiso de menudos de ave. Por ser domingo, dos litros de vino y unos traguitos de *coñaque*. Postre de pasas de moscatel, higos, nueces y orejones elegidos. A eso de la medianoche, lo invitó a su cuarto la negra cocinera, con brasas, para tomar matecitos con semitas. Allí principió él a contarle el lindo y novedoso cuento de *Los tres picos de amor*.

Día lunes, por ser lunes, amaneció medio enfermo el artesano. Dolor de cintura tenía, por un pasmo frío que lo había flechado. No pudo levantarse, pero la cocinera lo mejoró con unas buenas friegas en la espalda de injundia de gallina. Luego le dio unos vahos de ruda y carqueja. Se fue mejorando el enfermo y más con una cazuela que le llevó la negra a la cama. La morenita ama de llaves se arrimó a preguntar por la salud del maestro enfermo y le aplicó unos parches en las sienes y una cataplasma de afrecho caliente al pecho. También le sobó la frente con grasa de víbora.

A la hora de la cena tenía hambre el pobre artesano enfermo. Le trajeron comida liviana. Api con leche, sopita de arroz, un locrito con poca grasa y condimento, y espesado de harina con leche. Nada de vino, ni frutas ácidas. Después de esta cenita vino la ama de llaves, y con la cocinera a porfía, le recetaron, una un sudor de vino hervido y la otra unas friegas de grasa de víbora en el pecho. Allí se trenzaron a discutir las dos y se acalararon, y ya salieron a relucir hasta los cueritos al sol de cada una. Palabras van, palabras vienen, el pobre artesano se enteró de guardadas cosas y hasta de andanzas del patrón y de la patrona. El enfermo las calmó y supo quedar bien con las dos, sin ladear preferencias. La ama de llaves le dio la friega al pecho con grasa de víbora... «*Ayayita*, que me acostilla...», le decía el maestro a la morenita, largando grititos entre risadas. «Véanlo al regalón», le contestaba la llavera, refregándole, con más ganas el pecho. La negra cocinera se empacó, pero él, para abuenarla, se tragó el sudor de vino hervido. Le envolvieron la cabeza con trapos y se sentó en la cama. Como para olvidar lo triste de sus dolencias, siguió con el cuento de *Los tres picos de amor*. La ama de llaves a un lado y la cocinera al otro, lo escuchaban embelesadas. Así estuvieron hasta que cantó el gallo anunciando la madrugada.

El martes, por ser martes, ya se mejoró un poco el artesano. Después del desayuno hizo mención de levantarse, pero tanto la cocinera como la ama de llaves se lo prohibieron. Se aguantó el pobre y tuvo que quedarse entre las cobijas. A las doce le trajeron entre las dos un almuerzo livianito. Un pollo asado y pichones de paloma. Verduras cocidas con aceitunas aliñadas. Presitas de corderito y hasta pescado de la laguna. Como estaba enfermo, le suspendieron el vino, pero la ama de llaves le trajo media botella de *coñaque* de la alacena del amo. Esa tarde, como la cocinera tuviera

que lavarle toda la ropa, aprovechando que estaba en cama, la buena de la llavera se vino a hacerle compañía toda la tarde. Le cebó matecitos a la cabecera; le trajo galletitas y bizcochos de los mejores, y él, agradecido, le siguió contando el cuento de *Los tres picos de amor*. La ama de llaves se moría de risa, escuchando las pícaras andanzas de un enamorado que supo tener sus tres amores a un tiempo. Cuanto más avanzaba él, más se interesaba ella, y ya se le sentó en la cama para oírlo mejor...

Esa noche, como ya se sintiera sano con tanto remedio, le dieron firme de cenar para que pudiera cumplir con su trabajo al otro día. Asado con cuero y alón de chioque que habían *boliado* esa mañana, y una sopa de charqui con ajos y cebollas. Volvió el vino, pero del bueno de la alacena del patrón, que le trajo la ama de llaves, con más un postre de peras hervidas y un lindo terrón de chancaca de Arequipa. Cinco tragos de *coñaque* y ha seguir con el cuento de *Los tres picos de amor*. La cocinera, que ya le había lavado toda su ropa, medio se quiso enojar por ciertas preferencias y algunos descubrimientos que hizo... Él la supo calmar con un chascarrito y siguieron con el cuento. A medianoche cebaron mate con tortitas con chicharrones. Ya muy avanzada la madrugada, se fue primero la cocinera a su cuarto. La ama de llaves siguió embelesada oyendo el cuento de *Los tres picos de amor*...

El miércoles ya le puso el hombro al trabajo. Despuesito del desayuno, se afanó con el formón, dele que dele. Trabajaba un poquito y retrocedía para mirar su obra; avanzaba de nuevo y ya estaba con el martillo, pin y pon...

En eso se le acercó la niñera con una guagua del patrón en los brazos. El maestro le dijo:

—¡Quién *juera* hijo del patrón!

—¿Para qué? —preguntó la rubiecita.

—¡Para dormirme en sus brazos, mi niña!...

—Mírenle el antojo... —y se alejó, con risitas.

Al rato llegó la hora de las doce. A la cocina fue a dar el maestro. La cocinera estaba con resentimientos...

—¿Hasta qué hora se quedó la pícara de la ama de llaves en tu pieza? —preguntó la muy celosa.

—Si se *jue* al ratito después que vos...

—¡La muy... tal por cual! ¡Pero adonde va a ir conmigo al hombro!

Otras escaramuzas siguieron, pero él supo calmarla.

Guiso de lomo de guanaco y perdiz martineta en vinagre, con cebollitas y ajises en escabeche. Tortita de verduras, menuditos de chanco, poliada, y pare de contar... El postre y la bebida la trajo la ama de llaves. Dulce de camote y guindas en almíbar. Media botella de *coñaque* y dos tragos de ginebra. Antes de irse a dormir su siesta, apaciguó a la cocinera y a la linda llavera, que estaban propasándose en palabras. A eso de las cuatro recomenzó su obra, y cuando lo invitó la cocinera a tomar mate, no

quiso. Encarnizado andaba con el santo, tomando medidas nuevas. A eso del anochecer le cayó el patrón. Medio serio venía.

—¿*Ydiay*?... ¿Cómo va ese santo?

—¡Ay, patrón...!. ¿Sabe que nos *hemos equivocao*?... ¡El santo se nos ha vuelto batea! Batea le haré, *poh*, patrón. Linda será y no perderá ni gota de agua.

—¡*Uh!* —no más alcanzó a decir el patrón, y se fue hablando fiero por lo bajo en un *blanquiar* de ojos.

Se arrimó a la cocina y ordenó a la cocinera que le mermara la comida al maestro, pero la negra lo entendió al revés. Esa noche le sirvió gran tortilla frita de huevos de ñandú con cebollitas, como le gustaba a él. Zapallitos rellenos y choclos recién cortados, cutriaco gordo y espeso y torta con chicharrones. El postre lo trajo la ama de llaves. Un panal de miel y harina tostada con otro poquito de *coñaque* y *giñebra*. Esa noche seguía el cuento de *Los tres picos de amor*, pero a la cocinera, de un *redepenete*, le vino un borujón de rabia y se fue a su cuarto. La ama de llaves se quedó solita con el maestro.

Al otro día volvió a trabajar la sierra, el hacha y la azuela. Tanto trabajó el hombre que cuasi se olvida de almorzar. La linda llavera lo mandó llamar con la rubiecita de la niñera. Como la cocinera estaba enojada, no le dio el almuerzo, pero la ama de llaves le trajo de la alacena del patrón, *arrollao*, chorizos, morcillas calentadas y huevos pasados por agua. Unas tajadas de pan de huevo y un litro de pichanga. Hasta se rieron de la negra cocinera que andaba tan *jetona* y les *blanquiaba* los ojos.

Después de su buena siesta, volvió el pulido artesano a su trabajo. Achicándose iba el tronco del pobre naranjo a fuerza de tanto sacarle astillas por todos lados. A la hora del mate, la jovencita niñera le trajo manjar blanco y huevos chumbos. «Gracias, mi niña le dijo él. Vaya esta noche a mi cuarto, que le contaré el lindo cuento de *Los tres picos de amor*...». «¿Se cree que no voy a ir?...», le contestó ella, alejándose. Siguió él, tan serio, con su trabajo. Dele azuela y dele serrucho. El patrón cayó, medio *ladiao*, con cara avinagrada y componiéndose el pecho:

—¿*Ydiay*? ¿Y ese santo que se volvió batea, cómo va?

—¡Ay, patrón!... ¿Sabe que nos hemos vuelto a equivocarnos? ¡El tronco del naranjo no quiso ser santo ni quiso ser batea! Mortero será, mi patrón... Un lindo mortero.

—¡*Juh!*... —alcanzó a decir el patrón. Hizo rayas con el pie en el suelo y se fue más *ladiao* y tirando balazos, mientras le relampagueaba la mirada...

A la hora de la cena, la negra cocinera seguía enojada. La morocha ama de llaves trajo jamón, arrollado y presitas de chancho en escabeche, de la alacena del patrón. La niñera rubia se apareció con chocolate, chancaca de Arequipa, manteca conservada en vejiga de vaca, y manojos de dulces y confites de la patrona. Los tres comieron y se rieron con miradas entendidas. Luego se fueron al cuarto del artesano y

él siguió con el cuento de *Los tres picos de amor*. «¡Qué bonito!», decía la niñera. Se quedaron hasta la madrugada, oyéndolo...

Al otro día siguió el santero con su obra. Con cuchilla trabajaba ahora y con tanta fineza lo hacía que causaba admiración.

A la hora de las doce lo llamó al almuerzo la niñera. Dulces de la patrona y de los niños y queso de San Luis le dio. Patay, guindado y pastillitas de menta, de postre. A la tarde trabajó el artesano y hasta con papel de lija pulía su obra.

Al anochecer se le vino de golpe el patrón:

—¿*Ydiay*? ¿En qué va parando el santo, la batea y el mortero?

—¡Ay, patrón!... ¿Sabe que nos *hamos* vuelto a equivocarse otra vez?... No parará en mortero, sino en mano de mortero, mi patrón, y será una mano como no se ha visto otra.

—¡*Güeno!* ¡*Güeno!* ¡*Güeno!* ¡*Hacete* esa mano!... Se retiró más *ladiao* que nunca y hablando sonseras retorcidas. Esa noche, la ama de llaves, que estaba enferma, le mandó unos ricos fiambres de la despensa, con la niñera. La rubiecita le trajo dulcecitos en el seno y él la convidó a su cuarto para acabarle de contar el cuento de *Los tres picos de amor*. Pasada la medianoche, ella seguía embelesada con tan lindas palabras.

Al otro día, más trabajó el artesano, y no bien acabó de almorzar ya volvió a su tarea con más porfía que nunca. Era él quien se apuraba. A la caída de la tarde se le vino el patrón:

—¿*Ydiay*?...

—¡Ay, patrón!... ¿Sabe que nos *hamos güelto* a equivocarse?

—¡Uh!... ¡Uh!...

—El santo se nos convirtió en batea, la batea en mortero, el mortero en mano de majar y la mano de majar... en estaca. Pero será la reina de las estacas, patrón... Mañana se la dejo bien pulidita y lista para que la use en lo que sea de su agrado.

—Voy a pensarlo, *chey*... ¿Para mañana has dicho?

—*Pa* mañana, mi patroncito.

—Hasta mañana, entonces.

—Que le vaya bien, patrón.

Se fue a la cocina, pero la cocinera casi se lo come. Tomó rumbo a la ama de llave, pero casi lo araña.

—¿A qué hora se fue de su cuarto, anoche, la muy... santita de la niñera?

—Tempranito, moza.

—¡Sí, tempranito!... Después de pasarse la noche con *usté*.

Triste el maestro por tanta desavenencia, ganó su cuarto. Al rato le cayó la niñera con más dulces de los niños y cuajada fresquita, manjar blanco y arroz con leche. Quiso oír el fin del cuento de *Los tres picos de amor*, y él se lo terminó de contar con

toda la gracia que tenía. Le gustó a la niñera el cuento y se quedó hasta la madrugada con el artesano, pero a la salida de su cuarto la esperaban la cocinera y la ama de llaves y araron el patio con ella. Hasta los patrones se levantaron, y la pobre señora tuvo que taparse los oídos para no oír lo que se gritaban unas con otras...

De mañanita ya se levantó el maestro sin pensar más que en su obra y se puso a pulir su hechura. Primero con lima y luego con arenilla.

—¡Ya está! —se dijo, en el momento que se le aparecía el patrón, muy resuelto, acompañado por dos altos mocetones.

—¿Te dejaste decir que ya estaba?

—Sí, mi patrón. Aquí le presento la mejor y más pulida estaca de naranjo que en el mundo ha sido. La tomó el patrón y dijo:

—Yo supe tener un naranjo, el mejor del pueblo. A su sombra tomaron mate mis *agüelos*, mis padres y yo mismo...

—No me diga más, patrón. Tomando mate a su reparo estaba *usté* cuando yo me paré en estas altas puertas. Lindo era el naranjo ¡y tan coposo!

—Me dijiste: «Qué lindo santo haría yo de su tronco...».

—Fueron mis palabras, patrón. Y me puse en trabajos.

—Dormiste a lo rey, comiste a lo rico y...

—La *verdá*, patrón.

—¡Y bajo el techo de mi casa te avanzaste con las polleras!

—¿...?

—... La cocinera..., la ama de llaves y... ¡hasta la jovencita de la niñera!...

—¡Ay, patrón!...

—Y el santo que yo iba a hacer bendecir por el señor obispo...

—¡Se nos convirtió en batea, patrón!...

—Y la batea en mortero...

—Y el mortero en mano de majar, patrón.

—Y siguió reduciéndose, hasta parar en... estaca.

—Pero ¡qué estaca, patrón!

—Linda es. Y tanto, que te has de aguantar, porque te la vamos a perder por... ¡donde no te quepa!

*Jesús del Ande y su mano
medio a medio lo partieron...
Media Res triunfó en la Vida,
Media Res penó en Infierno.*

*Con una fuercita y otra
él hizo sus maravillas.
¡Qué cosas no le cantara
si en entero se lucía!*

*Avancen medias palabras
para promediar sus hechos,
que es de mirar y no creer
tan imposibles sucesos...*

*La de los siete quintales,
por un medio manejada,
de cada tajo que dio
¡levantó mil algaradas!*

*Es de medieros pensar
en que haya mitad que pueda
con el medio de unas fuerzas
labrar hazañas completas.*

*Medio más medio hacen uno,
según rezan sabias cuentas.
¡Hay unos medios que valen
por uno, entre suma y resta!*

*Una y dos son las palabras
que, para cantar, me dieron...
Una y dos son altas glorias
cuando se le canta a un medio.*

*—¿Procede bien quien se burla
de un partido y sus hazañas?
—No, mi niña, y yo retiro
a tan burlescas palabras.*

*Era de verlo delgado
por tajo que lo mediaba,
pero, delgadito y todo,
¡al Diablo me lo achicaba!*

*Aquí se acaba el compuesto,
entre lo medio y lo entero,
que en palabras sin medida
¡los versos son sin gobierno!...*

*(Tonada que un cantor sanjuanino compuso, entre queriendo quedar bien y burlarse
de Media Res).*

EL MEDIA RES

Había una vez un viejo cazador que vivía de lo que cazaba entre las ramas. Su mano habilosa untaba liga traidora a los pimpollos más altos, donde asentaban loros y tórtolas, o lanzaba finas flechas a las alturas, al paso de las bandadas de patos laguneros. Con esos primores y la fineza de su vista y oído, cosechaba lo suficiente de los dominios del aire para mantener a su mujer y a su hijito.

Una vez que, como de costumbre, salió a los campos en busca de sus posibles, encontró desierto el cielo y las ramas. «¿Qué pasará?, se decía, caviloso. ¿Quién habrá espantado a los que vuelan?...». Llegó a su rancho con las manos vacías; pero consoló a su mujer y a su hijito con esperanzas de mejorada suerte para el otro día.

De madrugada se levantó y fue a recorrer sus ramas untadas con liga. Ni un loro ni una tortolita pegados en ellas, y de balde esperó a los teros de la ciénaga. Los aires estaban más que desiertos.

Una semana entera se pasó en vanos aprestos de caza. Era como si una Voluntad hubiera arreado todas las alas de la comarca para que no cantaré ni un piquito ni volara una pluma...

Allí se achicó pensando el cazador en lo mucho de su mal. El hambre lo avanzaba y no acudía ningún remedio. «Si el Diablo se me presentara, con él haría trato», se dejó decir en voz alta, mientras volvía a su rancho. Siguió caminando, pero al desembocar en una senda, vio a un hombre moreno que le hacía señas...

Con espina en el alma se le allegó el cazador, y oyó que le decía el desconocido: «Aquí estoy a tu mandado...». «Yo y mi familia nos morimos de hambre», le respondió el pobre viejo. «Tendrás toda la caza que quieras, pero has de entregarme, en pago, al primero que salga a recibirte cuando llegues a tu rancho». El pobre viejo pensó que siempre el que salía primero a recibirlo era un perrito regalón que tenía... «¿Aunque sea un perro?». «Aunque sea un perro», contestó el desconocido. «Trato hecho», le respondió el cazador. Se dieron la mano y el viejo firmó un rollo que traía el Diablo. «A los siete años mandaré a cobrarte la deuda», le dijo, al momento que desaparecía entre una semillería de pájaros que se arremolinaban por todas partes, batiendo sus alas y aturdiendo con sus cantares. A la manera india cazó el viejo, con arco, y cargado con tanta cosecha, esperó a que avanzara la noche. Fueron pasando las horas hasta que el tercer canto del gallo anunció que la medianoche era llegada. Cautelando por los silencios se allegó a su rancho, haciéndose de cuenta que su hijito se habría dormido a esas horas, y que, como de costumbre, el perrito saldría a hacerle fiestas. Avanzó con el mayor cuidado y ya llegaba a la puerta cuando tropezó con un cencerro. Con el ruido, se despertó el niño que dormitaba al calor de las brasas del fogón y corrió hacia su padre y lo abrazó y besó. «No hay mejor cazador en los

campos que mi querido *tatita*», le dijo, aliviándolo de su carga. «¡Ay, mi hijito!, le respondió el viejo, quejoso. Alto precio pagué por este triunfo», y se le corrieron las lágrimas, pero aparentó alegría. Animó el fuego y comieron todos, muy alegres.

En la mayor abundancia y regalo fue pasando en adelante la vida el cazador. Sin fatiga cazaba los pájaros más apetecidos.

Pasaron los tiempos, arrastrando los meses y hasta los años.

Si más era la abundancia y regalo en la familia del cazador, más tristes eran sus pensamientos. Un día, su hijo, que ya era un mocito fuerte, le pidió que le dijera cuál era la razón de sus hablas tristes, y el pobre viejo, viendo que ya se vencía el plazo de su deuda, le contó a su hijo, punto por punto, su trato con el Diablo.

—No se le dé nada, *tatita* —le contestó el mocito—. Yo tengo fuerzas para batirlo al Diablo en el llano y en la sierra.

—¡Ay, hijito! —le contestó su tata viejo—. El Diablo se ríe de toda pujanza. La sopesada picardía es su arma y nadie le gana en esos recursos.

—Lo *peliaré* con escondidas trampas, *tatita* —le contestó el hijo—. Por lo pronto, mándeme hacer una espada que pese siete quintales...

—Así lo haré, hijito —respondió el viejo.

Al otro día fue el cazador a lo del maestro herrero y le encargó la hechura de una espada de fierro que pesara siete quintales. Con pájaros que cazara le pagaría ese trabajo.

A los tres meses estuvo hecha la espada y mandó decir el de las fraguas que fueran a llevarla, porque ni él con sus tres ayudantes podían echarla arriba de la carreta.

Fue el mocito con su padre y allí se dejaron estar mirando al maestro herrero y a sus *piones* cómo forcejeaban con la reluciente espada, sin conseguir moverla. Al fin el mocito se agachó y con una mano la levantó, y, por gala, lució molinetes y visteos.

—La... ¡Qué potencia! —decía el maestro herrero, haciéndole cancha.

El mocito ciñó su espada y se fue con el viejito de su padre. Para las casas se fueron.

El hijo se hizo maestro en el manejo de su arma y el pobre viejo gozaba, viéndolo tan fortacho y arrojado.

Un día se presentó a su casa un diablo muy narigón y enseñó al padre un rollo con su firma. Se puso a llorar el pobre viejo, pero el mozo se ciñó su espada y lo consoló a su *tatita* jurándole que sus ojos y narices no verían ni olerían las llamas de los Infiernos. Medio se consoló el viejito y se arrimó a la tranquera para ver alejarse a su hijo con ese diablo que venía de parte del Rey de la Noche... Caminando, caminando, se perdieron los dos por la huella tierrosa.

Caminaron setenta días rumbo a la sierra, hasta que llegaron al pie de un peñasco. Allí se tiró a descansar el mozo y se quedó ¡tan dormido! Tres días durmió, y ya el

diablo menor no sabía a qué recurso apelar para hacer que caminase. Después de tanto dormir, el mozo tiró nuevas cuentas y se propuso hacer rabiar a ese diablo. «¿Cierto, *chey*, le preguntó, que la Diabla sale —a *pasiar* de noche?...». «¡No es cierto!, le contestó el diablo menor. Es la señora más aseñorada que hay». «Se me hace que estás mintiendo», le porfió el mozo.

«¿Hay pulperías en el Infierno?». «¡Qué esperanzas!», le contestó el diablo mensajero, escandalizado. «Bueno; y entonces, ¿cómo se divierten?». «¡No hay diversiones allá!». «¿Ni doma de potros?». «¡Hay tan solamente fuegos y arrepentimientos!», contestó el diablo menor. «¿Y bailan la mediacaña y los aires?». El pobre diablo narigón no contestó, de tanta rabia que tenía. «¡Vamos!, le dijo; que ya se hace tarde y no quiero que me rete la Negra Potestad». «A ver si me dejas de odiar, oh... diablo de porra», lo chanceó el mo/,o travieso. «¡Vámonos!», repitió el diablo menor. «Bueno; ¡no voy y se acabó!», le contestó el mozo, enojándose al todo. El pobre diablo, muy serio, se quedó mirándolo, sin saber qué hacer. «Ahora, si me *querís* llevar a peteco... me dejo llevar». Quedó el murmullo de las medias hablas de ese diablo, lo que tiraba sus cuentas secretas. «Bueno, dijo al fin; te llevaré a peteco». «¡Chey!, lo atajó el mozo. ¿Quién te ha *dao* tanta confianza para que me *tratís* de vos?». «Está bien, señor, le contestó el diablo mensajero. Suba a peteco en mí». El mozo subió en las espaldas del diablo, que comenzó a caminar a las ladiadas. «¡Ah, diablo!, gritó de pronto el mozo. ¡Volvete!». Se volvió murmurando el diablo narigón hasta el mismo peñasco. Allí el mozo bajó a tierra y se ciñó la espada de fierro de siete quintales. Muy campante fue a subir de nuevo a peteco del diablo, y ¡al suelo se fueron los dos! Quedó el montón no más. «Vaya, diablo flojo», se quejó el mozo.

Al fin pudo pararse ese diablo mensajero, y al ver que lo que lo había volteado era la tamaña espada, le dijo que dejara esa arma. «¡Donde voy yo, va mi espada!», le advirtió el mozo, enojadísimo, y así estuvieron los dos, fregando la paciencia. En este alegato se pasó el día.

El diablo aguantó la noche, cavilando. «Si me voy a los Infiernos a buscar ayuda, este pícaro se me va a escapar. ¿Qué diablos hago?», se decía el narigón, rascándose los pocos pelos que le quedaban entre los cachos.

Amaneció el nuevo día y el diablo se levantó, hizo fuego y puso el agua para cebar mate; pero el mozo seguía durmiendo. Tomó mate el diablo hasta *enhuatarse*. Volvió a poner la caldera al fuego y se agarró esa cabeza cachuda a dos manos al ver tanta informalidad en los hombres.

El mozo asomó un ojo por la rotura del poncho y se rio despacito de la cara triste de ese cachudo. Cuando lo *vido* tan narigón y cariacontecido, no aguantó las carcajadas. «¡Vamos!», le rogó el diablo. «A peteco y con espada; sino no es trato», porfió el mozo. Allí fue la desesperación de un pobre diablo.

En este tira y afloja llegó la hora de las doce. «Tengo hambre y me *tenís* que dar

de comer», le anotició el mozo. El pobre diablo ya no sabía qué hacer. «Te van a salir canas verdes», se dijo el burlesco, riéndose con la mitad de la boca.

Al fin se levantó y recibió unos mates. En esto estaban cuando vieron venir a un viejito ¡tan bueno!, en un burrito. El mozo conoció que era Nuestro Señor Jesucristo, que andaba por la sierra consolando a tanto pobre, y fue a su encuentro de rodillas, y le tomó las riendas de su burrito. Se humilló y le pidió la bendición. Ya bendecido, le contó al Salvador del Mundo la cuenta de sus trabajos, y el trato que su padre había hecho con el Ángel Negro. «¿Deben los hijos pagar estas deudas de los padres?». «A medias...», se dejó decir el Jesús del Ande. Ya vino y se allegó el diablo mensajero con su tamaña nariz, y viendo y oyendo lo que el mozo decía al viejito, él también metió su cuchara y sacó a relucir sus razones. Allí hubo un cambio de medidas quejas. Al fin, el diablo reclamó el honor y la palabra. Y ahí quedaron los tres, balanceando...

Tatita, Dios levantó su reposada voz y preguntó si ese descargo de razones era porque lo elegían por juez medianero. «Sí, mi Divino Padre; que sea juez medianero le pido yo», dijo el mozo. El diablo mensajero se enredó en un *mormollo* de opuestas razones. Tan presto decía que sí, como luego medio se dejaba decir que no. Por fin, viendo que el mozo no iba a querer seguir viaje con él a los Infiernos, dio su brazo a torcer; pero siempre y cuando esa justicia fuera derecha.

Se bajó el Jesús del Ande de su burrito; le pidió al mozo que se desnudara, y cuando lo *vido* en cueritos, hizo que se parase, pero bien derecho y estirado, y tomando la espada de siete quintales le asentó su mirada con ojo aplomador, y de un solo tajo, de arriba a abajo, lo partió en dos al mozo...

¡No le salió ni una gota de sangre!... La parte de adelante, por tener más gobierno, quedó libre de toda deuda, y la parte de atrás se la entregó a ese diablo, para que purgara su deuda en los Infiernos.

Allí levantó un *mormollo* el maldito, diciendo que le entregaban la *pior* parte y que aquí y que allá, pero el Jesús del Ande le tapó la boca con esta razón: «Si atrás de la cruz está el Diablo, ¿de qué te quejáis si te doy la parte traseras?».

El diablo medio se quiso conformar, aunque no cejaba en el empeño de decir que le había tocado la *pior* parte... Al fin cargó con el medio mozo al hombro y se perdió caminando cuesta arriba. A los *mormollos* iba ese diablo. «Ahora, vístase, hijo Media Res», le dijo Jesús.

La mitad delantera del mozo recobró trabajosamente el habla y movimiento y se vistió como pudo. Estaba medio aturdido todavía, pero poco a poco se le fue pasando el terrible atolondramiento... Al fin hilvanó unas palabras. «¿Cómo me voy a presentar así delante de la gente?», preguntó quejoso. «Con la ropa no se le echará de ver la falta, mi hijito. Átese bien la cabeza con un pañuelo y cálese bien el sombrero, y no se desnude delante de nadie...».

Montó en su burrito *tatita* Dios, y después de bendecir al Media Res, se dejó decir estas palabras. «Si lucha cara a cara con el Diablo, córtele una oreja, y si puedes, las dos, y no se las devuelva, sino a cambio de la media res que le falta». «Así lo haré, mi Padre», le contestó el medio mozo. Adiós y adiós se dijeron, y cada uno tomó su camino.

El Media Res durmió esa noche al resguardo del árbol del algarrobo y al otro día se ciñó su espada. Y aunque con medias fuerzas, pudo seguir adelante. Caminó y caminó por esos desiertos y al cabo de tres meses divisó unas casas blancas. Para allá enderezó sus pasos. A los siete días llegó y pidió al dueño, que allí se contoneaba, un trabajo para sus manos. «Bueno, es que le contestó el rico; te daré un trabajo, y es que me cuides mis haciendas con todo el rigor de tu celo. Has de saber que de un tiempo a esta parte, alguien me está robando mis novilladas, y no son los indios, sino algún cuatrero que de seguro las lleva a Chile...». «No me diga más, patrón, y déme dos *piones* para mi manejo y un novillo por día para la comida». «Ni media palabra digo», le contestó el rico, señalándole a dos jinetes que puso a su servicio. Ya se fueron los tres para las potreradas.

Al otro día salió el Media Res a recorrer el campo con un *pión*, y dejó al otro para que hiciera el almuerzo en un real que levantaron. Anduvieron campeando las haciendas hasta que se hizo la hora del almuerzo y volvieron al real; pero lo encontraron al cocinero todo aporreado, las ollas tiradas entre las ramas de los algarrobos y el asado lleno de barro. «¿Qué ha pasado?», preguntó el Media Res al *pión* encargado de la cocina. «Nada, señor, le contestó el aporreado. Me ha querido dar como un mal, y no *hi* sabido lo que *hi* hecho». «Uh...», no más es que dijo el Media Res.

Al otro día salió con el jinete aporreado a dar una vuelta a las haciendas y lo dejó al otro, con encargo de hacer de comer. Anduvieron campando, sin ver a nadie, y volvieron al real a eso del mediodía y con ganitas de almorzar.

Si desparramo había habido la primera vez, el doble había ahora. El cocinero no volvía del desmayo, y olla y asado estaban perdidos en el barro podrido. «Mañana me quedaré yo y los esperaré con el almuerzo», dijo el Media Res.

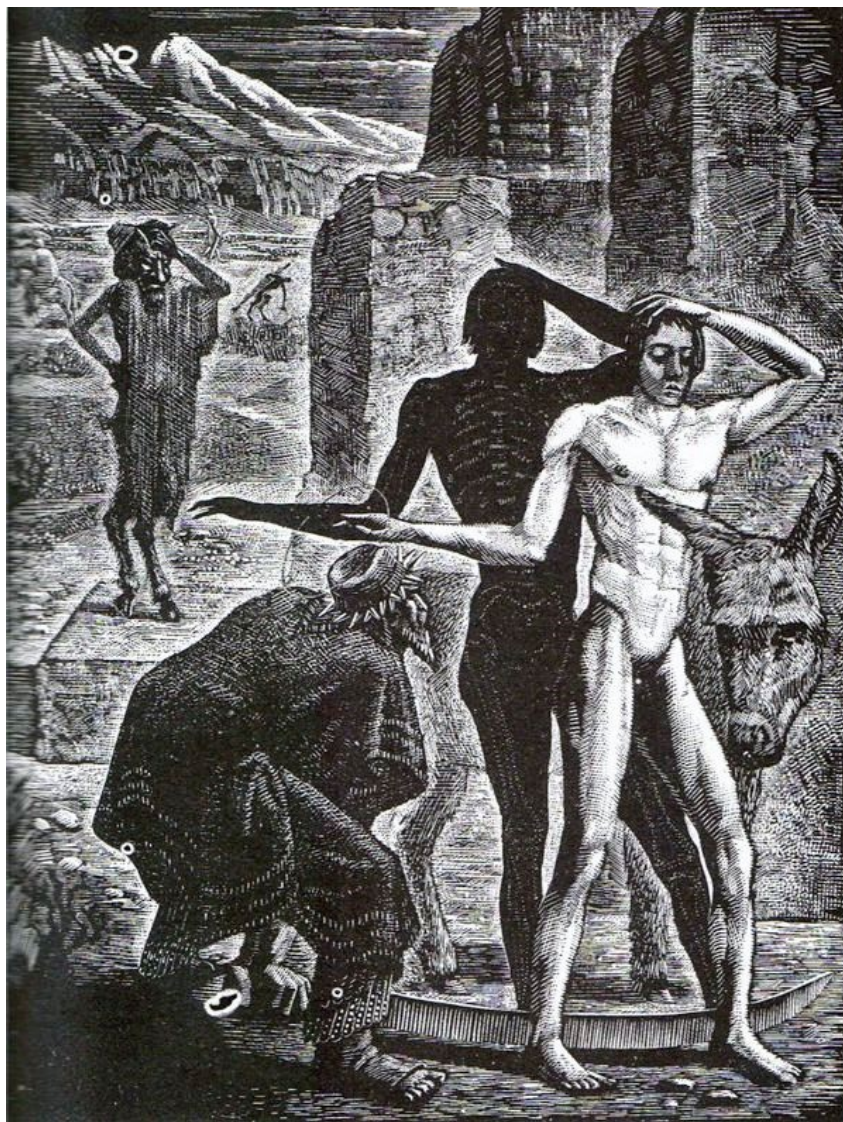
Al otro día despachó a los dos *piones* a vigilar esas haciendas y él se quedó de cocinero. *Carnió* un novillo y puso los costillares a dorarse en las brasas y arrimó la olla a las llamas para que hirviese el puchero. En este quehacer estaba cuando *vido* moverse un tronco y que debajo de él salía un negrito, medio tapado por tamaño sombrero. Al verlo tan chiquito y entonado soltó sus carcajadas. «¿Ve? ¿Qué *hacís*, Josesito, abajo'el mate?», le dijo. «Aquí vengo a probar tus comidas», le contestó el negrito, muy su señor. «¡A mis comidas no las prueba nadie más que yo!», le advirtió el Media Res. «Acostumbrado estoy a probar las comidas de hombres enteros... ¡Qué será de un media res como vos!», bramó el negrito enterado, creciendo media vara de

golpe. «*Ja, jay... Ja, jay...*», se burló el mozo. «Así se rieron tus dos *piones*, y ya has visto cómo los puse», le aclaró el negrito, creciendo otra media vara en un abrir y cerrar de ojos. El Media Res dejó de reírse y atinó a sacar su espada. En eso volvió a crecer el negrito y ya fue negro, y luego de otro estirón ya se ganó a negro y medio en cuerpo y altura. Chico le quedó el sombrero. Ya pegó una patada en el suelo y saltó de la nada una tremenda espada, que la acapujó en el aire, y ya la cruzó con la del Media Res.

Chispas saltaron de esos fierros que batallaban con encarnizamiento, sin darse un resuello ni mediar palabra, *Peliaron* una hora y dos, siempre redoblando su furia y encono y sin concederse media ventaja ni uno ni otro. Al fin el Media Res cambió de mano su espada, y antes que se diera cuenta el negrazo, le rebanó la oreja izquierda. «¡Ay!», alcanzó a gritar el tremendo negro, y se fue por el campo derramando chorros de sangre... El Media Res levantó la oreja y se la guardó en el bolsico. Luego atizó el fuego y apuró la comida.

A eso de las doce llegaron los *piones*. Hablando bajito venían y se quedaron tiesos de sorpresa al ver al Media Res, muy tranquilo, y con la comida a punto.

Apenas acabaron de comer se fueron a las casas del patrón. «Mi amo, le dijo el Media Res, ya no le robarán más hacienda». Y le contó lo que acababa de ocurrirle con el negrazo, punto por punto. «¿Con qué plata podré nivelar mi deuda?», le preguntó el patrón, contentísimo. «Con los torzales que salgan de cien cueros de buey», le contestó el Media Res. Al tiro puso el patrón a sus *piones* a hacer torzales de cien cueros elegidos. A los pocos días ya estuvieron hechos cientos de varas y se los entregó al mozo y él cargó con casi todo y el resto lo llevaron los dos *piones*, que quisieron seguirlo a toda costa.



Así cargados, tomaron los campos por sobre el rastro de sangre que había dejado el negrazo *pilón*. Caminaron días y semanas, hasta que al fin llegaron al pie de un gran peñasco, donde cesaba la chorrera de sangre. Allí hicieron un real, y al otro día el Media Res removió el tremendo peñasco y apareció un agujero que se perdía en los reprofundos de la tierra. Mandó a un *pión* que se atara bien de la cintura en la punta de los torzales anudados, y lo fue bajando de a poco por esa cueva tan oscura. Mucho había bajado el servidor cuando sacudió los torzales, pidiendo que lo subieran. Tiró el Media Res y al rato apareció el hombre, temblando de miedo. «Señor, es que le dije, bajé y bajé hasta dar con unos fríos tan terribles que me helaron la sangre. Apenas si pude juntar fuerzas para hacer señas que me sacaran». «Bueno, contestó el Media Res; mañana bajará el otro *pión* y no se me *acoquine* por el frío». Atado de la cintura, bajó el segundo ayudante. Bajó y bajó, y siguió bajando, hasta que al fin agitó el torzal y lo tuvieron que subir. Ya estaba anocheciendo cuando llegó arriba. Si asustado subió el primero, el doble llegó el segundo. «Señor, pudo al fin decir, pasé los terribles fríos, donde poco faltó para helarme, pero seguí bajando hasta llegar a la región de los calores. Aguanté hasta que pude, mas aquello era llama viva. Ya medio

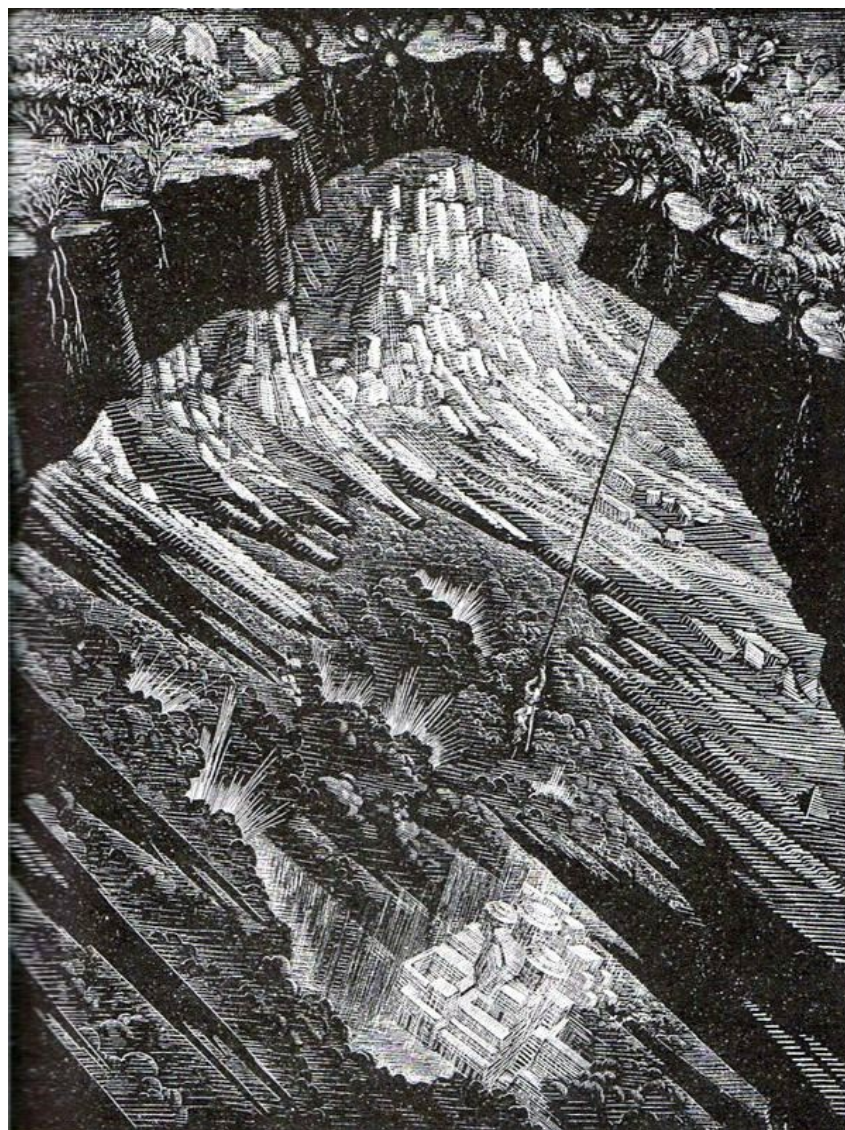
chamuscado atiné a pedir que me subiesen. Nadie podría bajar una brazada más...». «Mañana, al amanecer, me bajarán a mí y no pararé hasta llegar al fondo, y ¡cuidadito con moverse de aquí y dejarme abandonado en el reprofundo!». Los *piones* juraron que no lo abandonarían. «Les cobraré ese juramento», respondió el Media Res. Se allegó al pozo y dejó caer su espada. Durmieron esa noche, y al otro día, antes que despuntase el sol, ya el mozo iba bajando por la cueva. Llegó a la región de los fríos y apenas si pudo aguantar sin helarse. Siguió bajando, bajando, hasta llegar a los lugares donde hierven los calores inaguantables. Ya no podía respirar esos alientos de volcanes. Se chamuscó toda la cara, y sudando a mares, pudo por fin pasar esa región de fuego. Siguió bajando y atravesó tormentas de granizo y lluvias con relámpagos enceguecedores. El Media Res apretaba los dientes, cerraba los ojos y seguía bajando. Pasó por lugares de espanto y desolación, siempre bajando sin cesar. Por fin asentó los pies en el fondo y se desató. Mirando a todas partes pudo ver un gran displayado y al fondo, un palacio tan brillante que apagaba la vista. Para allá enderezó el Media Res. Llegó a los desiertos portales y entró y siguió por los aposentos hasta que al abrir una puerta se encontró con una niña más linda que una rosa.

Apenas la niña pudo hablar, le dijo: «Váyase, mozo, que me guarda un feroz perro negro». Esto alcanzó a decir la guardada, cuando se abrió la puerta y un perro, grandotazo se le vino arriba. El Media Res lo paró con su espada y los dos se hicieron chiquitos, *pegiando* con furia. Se atajaba los mordiscos, y, como podía, le entraba su arma al guardián terrible. Después de mucho pujar, logró pegarle un hachazo en cruz y reventó el perro negro. «Hace tres años, le contó la niña, que yo y mis dos hermanas lloramos nuestro cautiverio en estas profundidades. Mándeme arriba y guarde este pañuelo como recuerdo mío», y le entregó un pañuelo con su nombre bordado en hilo de oro. Ya la llevó el mozo hasta donde colgaba el torzal, y atándola de la cintura, lo sacudió tres veces. Tiraron la cuerda los *piones* y comenzó a subir la niña. Volvió el Media Res al palacio y siguió abriendo puertas y entrando en aposentos hasta que, al final, se encontró con una niña que de tan linda era un clavel.

Si hermosa era la primera, el doble era la segunda. «¡Ay, mozo!, le dijo esa cautiva. Váyase, que me cuida con el rigor de su celo una terrible chancha negra que come carne humana». Sacó su espada el mozo, al tiempo que se abría la puerta y aparecía el hocico y colmillos de esa bestia feroz. Allí apeló a las fuerzas y recursos de su brazo y entendimiento para medio defenderse. La chancha guardiana lo atacaba con tanta rabia, que, por momento, reulaba el Media Res. En un instante cambió su espada de mano y le hizo un tajo en cruz a la chancha y al tiro reventó y saltaron los pedazos, quién sabe adonde. «¡Por fin me veo libre!», gritó la niña, y regaló al mozo su pañuelo de seda, con su nombre escrito en perlas. «¿Quiere ir a juntarse con su hermana en los altos de la tierra?». «Sí, le rogó la niña llorando. Y salve a la hermana menor que gime en el último aposento». «Así lo haré», contestó el mozo, y fueron

hasta donde colgaba el torzal. Allí ató a la niña de la cintura y dio las tres sacudidas. Comenzaron a tirar los *piones* y la rescatada fue subiendo.

Volvió el Media Res al palacio a abrir cuanta puerta encontraba, hasta que al llegar al último aposento se quedó sin alientos contemplando a un prodigio de hermosura. Si lindas eran las dos niñas salvadas, cien veces más era esta cautiva. El Media Res la miraba sin pestañar y oyó las demandas de su pecho por ese cariño. «Ay, mozo, le pidió la niña. Váyase al instante, que me guarda el más terrible viborón de que haya memoria». Sacó su espada el batallador, al tiempo que saltaban las puertas hechas pedazos, y aparecía un viborón negro y cerdudo, que ofendía la vista con el brillo maligno de sus ojos. El mozo se arrinconó, defendiéndose con un cerco de hachazos con su espada. El viborón se hacía arco, esquivando los tajos, y atacaba con traicionera fiereza. Allí estuvieron porfiando, el hombre y el que se arrastra, toda la tarde, sin lograr una ventaja ni un avance. De balde cambiaba de mano su arma el mozo, porque el viborón lo atacaba, pero no le ofrecía blanco a su fierro.



Ya el cansancio lo apuraba cuando la niña tiró un espejo de plata al medio del

apuesto. El viborón se miró en esos brillos y se mareó. Se rehizo el Media Res y lo hachó en cruz, con lo que reventó esa fiera arrastrada y se hizo mil pedazos. Corrió la niña y le secó el sudor de su frente y lo consoló con sus palabritas de seda. Ya lo sentó en su silla y le convidó matecitos cebados por su mano. Allí hablaron los dos y se contaron las desdichas de sus vidas. Se dejó decir ella que eran tres hermanas, hijas del rey, y que un día que paseaban por el campo se encontraron con un negro muy grande. Era uno de los Diablos mayores y las hechizó y las hizo ir a su palacio, situado siete veces cien estados bajo tierra, y que ese mismo Diablo le mermaba las haciendas a su padre. «Ya lo conozco a ese negro, dijo el mozo, y *tenimos* cuentas pendientes». «Guárdese de él, mi salvador, porque es muy maligno», le advirtió la niña, y siguieron cambiando noticias. Resistiéndose a la fuerza del cariño por el corte que lo mediaba, el Media Res no pudo aguantar los embates de su pecho amante. Ya entre los tintes de la madrugada, se dejó decir a la niña princesa menor lo mucho que la quería. Esa delicada prenda se coloreó como el piquillín cuando madura, y en un medio cerrar de ojos le dio a entender que era correspondido. Así, en estos trasiegos, los alumbró el nuevo día...

Ya se fueron caminando hasta donde colgaba el torzal, y en el momento de atarla de la cintura a la niña princesa, ella le entregó su pañuelo de seda con su nombre bordado en diamantes. «Este pañuelo, le dijo, tiene una virtud que sirve para usarla una vez sola. Si se ve en un apuro, pídale lo que necesite, que él se lo va a dar». Adiós y adiós se dijeron, y el Media Res dio tres tirones al torzal, y ya empezó a subir esa hermosura...

Todo el día se lo pasó caminando por el fondo del pozo. Por fin, al amanecer del otro día, *vido* llegar la punta del torzal que bajaba. Corrió a atarse, mas se le hizo presente una idea mala. Contrapesó sus razones y sospechas, y ya trajo un tronco de algarrobo y lo ató al torzal y lo agitó tres veces. Fue subiendo el tronco y el Media Res lo miraba alejarse ganando altura. Allí se dejó estar un buen rato, cuando, de repente, sintió que algo caía, chocando con las barrancas de la cueva. Alcanzó a hacerse a un lado en el justo instante que llegaba el tronco y se hacía tiritas con la fuerza del golpe. Con él, cayeron brazadas y más brazadas de torzal, que había sido cortado con un cuchillo... «¡Ah, pícaros!, se dejó decir el Media Res, no vayan a caer en mis manos algún día...». Y ciego de furor, queriendo subir a castigar a los *piones*, sacó el pañuelo de la princesa menor y dijo: «Pañuelito: por la virtud que Dios te ha dado, llévame siete veces cien estados más abajo...». Se le oscureció el entendimiento, y, de golpe, se *vido* en los mayores reprofundos de la tierra. Entonces se dio cuenta que, con la rabia que lo dominaba, se había equivocado, y en vez de pedir ser llevado para arriba de la tierra, había pedido ir más abajo, a los negros reprofundos... Allí fue desesperarse y tirar quejas al viento. Días y días se lo pasó vagando. Cuando por fin halló un poco de calma, se animó a recorrer esos lugares...

Anduvo mirando esos inmensos bajos sin hallar qué hacer. Ya venía, ya se iba, en un descaminar de pasos perdidos. En esas andanzas trataba de medio consolarse, cuando acertó a vislumbrar, a lo lejos, un palacio cuyos brillos le variaban la vista. Derechito se fue y llegó a esos portales. Entró sin llamar, a lo huaso. Abrió puertas y cruzó aposentos, tan lujosos, que sin querer se le iba la vista por los espejos dorados y otras fantasías. «¿Dónde parará el dueño de todo esto?», se decía, mientras cruzaba de una alcoba a otra. «Aquí para y asienta el dueño y señor de esta riqueza y poderío», tronó la voz de un hombre negro, que se adueñaba del medio de una gran sala. El Media Res se paró en seco a mirarlo, y echó de ver que el negro lucía un sombrero grande, muy *ladio* a la izquierda. «¿Quién sos, y quién te dio *permisio* para andar por mis dominios?», le preguntó el negro entonado. El Media Res sacó su espada y le pidió paso libre. «¡Por mis dominios no cruzan hombres enteros, menos un pobre media res como vos!», le contestó el negrazo, cruzando su fierro con el del mozo. «Me está por parecer, le hurgó el Media Res, que nos *himos* visto ames». «¡Ni me acuerdo de tu cara!», le volvió a contestar el negro, trabando visteos finos. «¿No te acordás?, le porfió el mozo, sacándole el sombrero con la punta de su espada y dejando patente que le faltaba la oreja izquierda. ¿No te *acordás* todavía?». «¡Entrégame esa oreja!», rugió el negro, atacándolo de punta y hacha. «Te has de esperar otro poco», lo entretuvo el Media Res, atajándose apenas tanto golpe. Siguió un cambiar de razones contrapunteadas al son de las porfías de los dos fierros encarnizados. Por momentos alzaban la voz los rivales y por momentos guardaban concentrado silencio en sus manejados golpes. Pasaron horas y más horas y los luchadores no se daban un medio punto de ventaja... «¿Me entregas mi oreja?», le preguntó por último el negro *pilón*. «Te la daré si miras a la izquierda», le advirtió el Media Res, y junto que con lo que *ladió* la cara el negro, el mozo le rebanó la oreja derecha, que cayó al suelo. El negro se llevó la mano a la herida y salió corriendo para el campo. El Media Res recogió la oreja y la guardó. «Ya tengo más que cambiar por lo que me falta», se dijo el medio mozo...

Siguió recorriendo el palacio y pudo llenarse los bolsillos de perlas y diamantes. Luego se fue al campo y erró días y más días. Sin saber qué hacer, se sentó una noche al pie de un chañar. Pensando, pensando, vino a quedarse dormido. Se despertó a las deshoras de la noche, y entre los silencios más porfiados, le pareció oír como si hablaran dos en las ramas del chañar. Afinó el celo de su oído y pudo cazar palabras que van y vienen... «¿Cuándo has llegado de los altos de la tierra?», preguntaba una voz. «Anoche llegué», le contestaba otra. «¿Qué novedades hay por esos altos?». «Que dentro de un mes se nos casa la hija menor del rey, la que el Media Res libértó de los reprofundos». «¡Quién pudiera ir a *mosquetiar* en el casorio!». «¿Y por qué no vas?». «¡Cómo voy a ir si me faltan las dos orejas!», contestó al fin la voz quejosa.

Despacito, despacito, se enderezó el medio mozo y pudo ver que los que así

hablaban eran dos pajarones grandes que asentaban en lo espeso de esas ramas. El Media Res tiró contrapesadas cuentas y, al fin, levantó también su voz. «Las dos orejas que te faltan te las daré, pájaro *pilón*, si me sacas a lo alto de la tierra...». Un pájaro se asustó y tendió su vuelo, pero el otro se contuvo en su rama. Al mucho rato, contestó: «¿No me vas a engañar, Media Res?». «No; no te voy a engañar, pájaro *pilón*. Soy hombre de palabra», contestó el medio mozo. «Uh..., dijo el pájaro; es de pararse a pensarlo...». Ahí se dejó estar el pajarón, cavilando las horas enteras. Ya se vencía la noche y el volador seguía balanceando sus pareceres en lo alto de las ramas. Por fin descolgó su respuesta: «Bueno, Media Res, te llevaré; pero sin tu espada, y en llegando arriba, me devolverás mis orejas». «Trato hecho», le aseguró el mozo.

Bajó el pajarón de un *volido* y le alcanzó estas palabras: «Estamos catorce veces cien estados bajo tierra. Catorce días tardaremos en llegar arriba, ya que por día no se puede volar más que cien estados. A cada parada que hagamos, vos te bajarás a buscarme comida y luego seguiremos viaje». «¿Cuándo es que partimos?», preguntó, apurado, el Media Res. «Ya *mesmo*, si te parece», le contestó el pájaro. Al momento se enhorquetó en el volador el mozo y el pájaro comenzó a encumbrar vuelo, dando vueltas y más vueltas. Volaron y volaron ganando alturas. En cuanto llegaban a un paradero, el mozo se agenciaba conejitos del cerco para que repusiera fuerzas el volador, y seguían viaje.

Así transcurrió una semana, pero el pobre mozo, más se apuraba en sus adentros, pensando en el casamiento de la hija menor del rey, que él había salvado. «Prometió esperarme, se decía; pero de repente se le apocaban sus esperanzas. ¿Cómo me voy a casar yo, si tan solo soy la mitad de un hombre?». Y trabajado por esta guerra, llegó por fin el último día de vuelo, y entre pujido y pujido, alcanzó el pajarón a llegar al peñasco que estaba al lado de la cueva. «Déjame, le dijo el volador, sentándose en el suelo, que me siente a medio descansar... ¡Catorce días de repechar alturas y con tamaña carga, no es sonsera!». Y estiró las patas, haciendo la cola para atrás al sentarse, ¡tan sentado! «Así es, le contestó el Media Res. ¡Mucho hemos trabajado!». «¡Las alas las movía yo solo, Media Res!». «¡Pero yo te ayudaba con la fuerza de mi pensamiento!», le respondió el mozo. «¡Esas ayudas nadita que me gustan!, aclaró el pájaro *pilón*, y ya mismo me estás entregando mis dos...». «¿Cuántos días de vuelo hay de aquí hasta los palacios del rey?», le interrumpió el mozo. «Siete días de vuelo tendido, y ahora me entregas mis dos...», le porfiaba el pajarón, pero el mozo lo cortó. «En cuantito, lleguemos a los palacios del rey, te entrego tus dos orejas». «¡Ay!, se quejó el volador, bien decía yo que eras de malos tratos». «Aquí están tus dos orejas», le dijo el mozo, mostrándoselas. «No bien lleguemos allá, te las entrego, sin más que hablar. Ya mismo vámonos yendo. Yo te ayudaré con las intenciones». «¡Pa semejante ayuda, me conformo con nada!», retrucó el pájaro brujo. Se estiró el volador y ya quiso jinetearlo el mozo, pero él lo atajó: «Poco a poco, Media Res. ¿Me

das tu palabra de hombre de honor que me devolverás mis orejas en llegando a los palacios del rey?». «¡Lo juro!», le contestó el Media Res. «Bueno; ahora seguiremos viaje», aprobó el pájaro, más conforme.

Subieron arriba del peñasco, tomó resuellos el volador y no bien se le acomodó el Media Res a caballo, abrió sus alas y, medio a las *ladiadas* en un esquivar de copas de chañares y algarrobos, consiguió tomar su rumbo. A los *pujidos* iba el pobre.

Volaron días y noches por esos llanos inmensos, aguantando fríos y calores. De noche, el mozo se estrujaba su media cabeza pensando cómo recuperaría lo mucho que le faltaba, para presentarse a la niña y princesa de su amor... Por fin se le ocurrieron unos ardides. «Si no me fallan, se dijo el mozo, pueda ser que me junte con la media res que se chamusca en los Infiernos».

Y tanto se entusiasmó el medio mozo que *cuasi* se larga de cabeza a los cerros. «¡Tené cuidado!, le advirtió el pajarón, que si te *caís*, ni el apelativo te va a quedar bueno...». «Estaba siguiendo el vuelo de unos pensamientos», se disculpó el Media Res. «¡Esos vuelos no me gustan!, le aclaró el volador. A lo mejor estás maquinando alguna nueva tramoya...». Se callaron mientras cruzaban sobre pampas y sierras desiertas.

Por fin, a los siete días de andar volando, divisaron unos hermosos palacios. Sacó fuerzas el pajarón de donde ya no le quedaban y pudo llegar, a los *pujidos*, hasta el poblado, y allí se dejó caer rendido, frente a una pulpería. Se pegaron un suelazo los dos, pero con la alegría de la llegada, ni caso que hicieron.

Pidieron qué comer y casi acabaron con los arrollados y patas aliñadas que almacenaba la pulpera. No había acabado de *resollar* el pajarón, cuando ya le estaba reclamando sus dos orejas. «La palabra es palabra», dijo el mozo, y sacando una oreja del *bolsico*, se la pasó al cansado volador. La recibió y al tiro reclamó la otra. «Amigo, le aclaró el Media Res: yo soy medio hombre, ¿es cierto o no?». «Así es», aprobó el que vuela. «Entonces, mi palabra vale por media palabra no más, y si te dije que te entregaría las dos orejas, cumplo con la mitad, porque yo solamente soy una mitad de un hombre».

—¡Ay! —volvió a quejarse el pájaro, Con tus trampas yo seguiré pilón y así no podré *mosquetiar* en el casamiento de la princesa menor...

—En tus posibles está conseguir la otra oreja —lo tentó el mozo.

—¿Y cómo?

—Tanta bulla por una triste oreja; ¿que diré yo que me falta la mitad de atrás del cuerpo? ¡Te hago un trató que te conviene! Ándate a los Infiernos; me *trais* lo que me falta, y yo te entrego tu dichosa oreja... ¿Trato hecho?

Ahí se quedó cavilando el pájaro brujo. Bajaba y subía el caudal de sus torcidas cuentas. Se le recalentaba la cabeza pelada de tanto pensar. Al fin manejó estas palabras:

—El Infierno es cosa más que seria, y no es cuestión de ir a sacar un alma que paga sus pecados porque a vos se te antoje...

—No agrandemos así este embrollo. La media res que se chamusca no tiene ni pizca de alma porque Nuestro Señor me la dejó toda, para que me alentara. ¿Entendís?

—Uh, uh —decía el pajarón.

—Entonces, cerremos trato. Te vas de un volido a tus Infiernos, sacas mi media res de esos fuegos del diablo y me la *traís*, que yo te estaré esperando con tu oreja en la mano...

—Es de pensarlo —repetía desconfiado el pájaro, volviéndose a enredar en otras cuentas. Al fin alumbró juicio.

—Me parece mucho lo que estás pidiendo...

—¡Quédate con mi media res, que ni falta me hace! —le contestó el medio mozo, haciéndose el enojado.

—Oíme, oíme... —le pedía el pajarón.

—Ya me estás odiando demasiado —se dejó decir el Media Res—, y ni verte ni oírte quiero en adelante —y se levantó, empacado, con la jeta tan larga, y se alejó a los hablas bajas.

El pobre pajarón lo siguió a las zancadas, pisándole los talones al medio mozo. De balde le alcanzaba sus palabras. El Media Res había cruzado los brazos atrás y se hacía el sordo, caminando con la cabeza baja,

—Amigo Media Res, le traeré todo lo que le falta con tal que *usté* me entregue la oreja. ¿Trato hecho?

—Lo de atrás ni falta que me hace —le respondía el Media Res, siempre empacado...

Tanto rogó el pajarón, porfiándole su oferta y tirándole con el pico de los calzones, que al fin cedió el medio mozo. Se dieron firme palabra de cumplimiento y ya se subió el pájaro pilón a un algarrobo y tendió su vuelo a los Infiernos.

—¿Cuándo estarás de vuelta? —le gritó el medio mozo.

—¡En siete días subo y en dos me bajo con lo que te falta!

—¡Te haré un humito *pa* que sepas donde estoy! —le advirtió el Media Res.

—Bueno —le contestó el pajarón, alejándose a las alturas del cielo... El mozo se fue al poblado y se averiguó de sus novedades. El vecindario andaba alborotado pasándose las nuevas que corrían.

Era de pararse a escuchar esas hablas que rodaban como bolas, de puerta en puerta. Las viejas habladoras apenitas si tomaban resuello para atropellarse, adelantando noticias que acapujaban en el aire. ¡Uh! Si era como para agarrarse la cabeza a dos manos y salir disparando... Y si no, vengase a oír:

... Que las tres hijas del rey habían vuelto de los reprofundos de la tierra, donde

habían gemido prisioneras de un Espíritu Maligno... Que el salvador era un mozo que se había quedado en esos reprofundos bajos. Que no; que habían sido salvadas por dos *piones*, que se querían casar con la menorcita de ellas, que era un primor de linda... Que ella no quería casorio con ninguno de ellos, sino esperar a su salvador... Que si el tal salvador no aparecía, ella se metería de monja... Que el rey había echado un bando pidiendo que se presentara aquel que se considerase salvador de sus tres hijas. Que ya se cumplía el plazo y que la princesa menor tendría, no más, que casarse con uno de los *piones*... Que la reina andaba más que enojada... Que iban a haber tan grandes fiestas que toda la *mocedá* del pueblo se lo pasaba ensayando mudanzas de serenos y mediacañas... Que iban a haber fuegos de artificio y corridas de sortija... Que las cosas andaban medio revueltas... Que, a lo mejor, los indios del Sur aprovechaban estos desconciertos, y como había luna llena, daban un malón al poblado... Que como siguieran las cosas así, le iban a salir canas verdes al pobre rey... Que si los enredos no mejoraban pronto podía haber alzamiento de los colorados... Que el rey, oliendo estos enjuagues de las logias de los colorados, había prometido fiestas con vino y asado con cuero... Que no era de confiarse porque, cuando truena, a lo mejor llueve... Que aquí y que allá, y pare de contar *bolazos*; porque esto ya no es vida sino penar con el ¡Jesús!, en la boca...

Y seguían las embrollas y *musarañas* de tanta vieja embelequera. El mozo ya se volvía loco entre tanto tira y afloja. Al fin, anduvo rondando por las casas del rey. Mintiendo con la busca de un trabajo, se le allegó al jardinero, y mientras lo embrollaba, *vido* pasar, entre rosas y claveles, a esa niña, princesa menor, tan pálida y triste. Se sintió correspondido hasta el martirio por esa linda y codiciada prenda, y más se animó a seguir la cuenta de sus trabajos y no parar hasta ser su dulce dueño.

Pensó en hablar con *tatita* Dios para contarle lo mucho de su pasión y pedirle, si volvía el pájaro brujo con su mitad, que pegara esas dos partes en que andaba dividido por lo justo de su mano. «*Si lo encuentro y me recompone, se decía, se acabarán mis atribuladas andanzas*».

Se tiró a la sierra y anduvo dejando preguntas sobre un viejito muy pobre, que sabía andar montado en un burrito. Alguien le anotició que lo habían visto en el rancho de una viuda tan pobre como cargada de hijos. «Él es», se dijo el Media Res, y para esos rumbos enderezó sus pasos. A los cinco días llegó a lo de la pobre viuda con tantos hijos, y ya lo vio al Jesús del Ande, meciendo la cunita del más chiquito. El Divino Padre en cuanto lo vio, le hizo una media seña que se callara y, juntos, salieron a caminar por los médanos. El Media Res se hincó, le besó las vestiduras y le contó sus andanzas.

—Me enamoré de la menorcita de esas niñas y por ella peno, *tatita* Dios. Déme su ayuda en este trance. No me abandone, mi Divino Padre...

—Yo protejo a las viudas desamparadas que crían a sus hijitos, no a los que

ambicionan casarse con princesas —le aclaró el Jesús del Ande.

Se puso el mozo a pensar en lo justo de estas palabras, y ¡caudalosas lágrimas abortaron sus ojos!...

—Lo grande y cierto de sus razones me ha iluminado, *tatita* Dios. Olvidaré los fuegos de mi cariño...

—Nadie le pide semejante cosa, mozo —respondió, el Jesús Campesino. En eso estaban cuando pasó una sombra por el suelo y el viejito levantó los ojos y vio, con lo fuerte de su vista, un puntito negro en las alturas.

—Bajando del cielo viene algo que le pertenece —le dijo al Media Res. Miró el mozo y mucho le costó distinguir al pajarón que venía con la mitad de su cuerpo.

—Para qué quiero esa carne, si lo mejor me falta —se dejó decir desanimado el medio mozo.

—Está visto —contestó el Jesús del Ande— que a los enamorados hay que perdonarles todo. Haga el humito, hijo, y no pronuncie enconadas palabras, que tendrá que arrepentirse...

Al momento el mozo juntó ramas y encendió el yesquero en procuras del humito, y en cuanto lo distinguió el volador, fue bajando, a las vueltas. Al mucho rato después llegó el pajarón con la media res chamuscada.

—Reciba lo que le traen y cumpla su palabra —le dijo el Jesús Pobre, y el Media Res obedeció.

Tomó en sus brazos amorosos la mitad de su cuerpo, la recostó sobre la arena y entregó al pajarón la oreja prometida.

—¡Hasta nunca! —se dijeron a un tiempo, y hombre y pájaro se separaron.

—Hincate a rezar, pecador —ordenó el Jesús del Ande al Media Res, y mientras rendía sus muy sentidas oraciones, el Jesús Cordillerano colocaba de espaldas al medio cuerpo desmayado, y con su aliento lo fue animando hasta devolver a esa carne los colores de la vida.

—Ahora desnúdese, mozo —ordenó el *tatita* Dios al Media Res, y en seguida que se quedó en cueritos el medio mozo—: ¡Párese, bien derecho! —le volvió a ordenar, y el Media Res se estiró ¡tan derecho!...

Entonces, *tatita* Dios paró la otra media res y se la arrimó y la fue pegando con todo el poder y virtud de su Mano Santa... Con sus dedos de componedor, fue juntando los bordes y suavizando las juntas de las dos mitades. Tan y más lindo que antes quedó el mozo...

—Ahora, vístase —le ordenó el Divino Componedor— y venga conmigo.

Se vistió el recompuesto y siguió a Jesús al ranchito de la viuda pobre cargada de hijos. Allí comieron maíz tostado, patay y una agüita caliente, en medio de tanto niño sin padre. Avanzaron las horas de la noche; se animaron los retenidos ruidos de la cordillera y el mozo sintió cambios en su corazón al ver la serena humildad del

Jesús del Ande.

Al otro día de mañanita se levantaron todos y el Pobre Viejito anunció que iría a ver a otra desvalida mujer, que acababa de enviudar.

—¡Yo lo acompañaré, *tatita* Dios! —imploró el mozo.

—No —le contestó el Salvador—. Alguien lo espera en los palacios del rey...

Se le encendió la cara al recompuesto. Fue al corral y trajo el burrito de las riendas. El Humilde se despidió de la pobre viuda y de todas sus criaturitas, y, en su extrema pobreza, halló todavía el medio de ayudarlos con un alquito...

El mozo lo acompañó hasta el río seco. Allí se arrodilló, pidiéndole la bendición. «Sea bueno», lo bendijo el Jesús del Ande, levantando su mano. Ya animó al burrito, siguiendo mansamente la senda de las cabras.

El recompuesto lloró de felicidad en las arenas, y ya con caudales nuevos, fortificó su pecho castigado. Luego volvió al ranchito de la viuda pobre y le entregó lo poco que le restaba en sus *bolsicos*. Besó a tanta criatura sin padre, se terció el poncho al hombro y ganó el camino que iba al poblado.

Caminó tres días, hasta que por fin llegó a la calle real del pueblo. Si en alboroto había dejado al vecindario, más encrespados encontraba ahora a viejos y a mozos. Ya las discusiones los traían medio locos a todos. «Que sí, y que no», se oía por callejones y plazuelas, y todo era porque la hija menor del rey decía que su salvador no era ninguno de los dos *piones*. Y unos le daban la razón y otros la contra, y aquello era un *celemín*. Las logias de los colorados habían andado en enredos y tuvo que salir la escolta del rey a procurar apaciguamiento. A medida que el mozo entraba a lo importante del poblado, veía crecer el río de los murmuradores. Por fin, a fuerza de hombro y de empeño, pudo llegar hasta la Plaza de Armas, donde daba el Cabildo y los palacios de *Su Socarrial Majestá*. Esa plaza estaba llenita de gente. Habían pajueranos de las pampas y huasos de la cordillera. Los arribanos y los abajinos formaban bandos contrarios, y con ganitas estaban de agarrarse a ponchazos, ante tanto parloteo de las viejas, que eran las que más embrollaban con sus *musarañas* y hablas bajitas.

De repente se abrieron los ventanales del palacio del rey y se dejó ver *Su Socarrial Majestá*, con tamañas barbas y bigotes, y rebrillándole en la cabeza su corona de oro con diamantes. Ya se apareció también la reina y sus tres hijas y lo *rodiaron* al rey, y ya se oyeron en la plaza los «¡*Huijaa!*» de tanto huasco reunido. Todo el vecindario gritaba sus gritos y no se *oyía* una nada. El rey hizo señas que medio quería hablar y un trompa mulato pidió justo silencio con su penetrante clarín... Aquella mar agitada, medio medio se calmaba, cuando levantó su voz tenante el rey, diciendo estas palabras: «Quien quiera que pueda probar que es el salvador de mis hijas, ¡qué se presente a la guardia!... ¡Por última vez lo *alvierto!*», volvió a tronar *Su Socarrial Majestá*. «*Permiso...*» dijo el mozo a un sargento que

cuidaba los portales del palacio del rey. «¿Qué andás queriendo vos?», le preguntó el medio sargento. «¡Hablar con el rey es lo que quiero!», le contestó el mozo, de mala gana. «¿Pa qué lo *querís* hablar, *vamoh* a ver?», le hurgó esa *autoridá*. «¡Yo sabré, pues!», le volvió a contestar entonado el mozo, muy su señor. Queriendo y no queriendo el medio sargento, llamó a un medio cabo y lo mandó escaleras arriba con el parte. Al rato volvió el milico, diciendo que le sacaran las armas al forastero y que lo dejaran subir. Lo palparon y le retuvieron el cuchillo del cinto, y ya lo mandaron escaleras arriba. Allá el recompuesto se topó con un tinterillo de rulitos, con su pluma y su tintero, que le quiso hurgar cuanta cosa se le ocurrió.

El mozo lo sentó de un empujón al tinterillo y le hizo saltar la pluma y desparramar la tinta de su tintero, y entró a la sala del rey. Allí estaba todavía Su *Socarrial Majestá*, *palanganiando* ante el vecindario... «¡Que se presente y que se presente!», no más decía. El mozo se le arrimó a la niña princesa menor y le dio un tironcito de la manga. Ella se dio vuelta, y verlo a su salvador y abrazarlo fue una sola cosa. Abrazos y besos se daban a espaldas de todos, y el rey seguía fregando la paciencia con su: «¡Que se presente y que se presente!». Al fin, la reina medio alcanzó a divisar algo, con el rabo del ojo y ya se dio vuelta y la vida a su hija menor abrazada con un mozo pajuerano. «¡Ay...!», alcanzó a gritar, y cayó desmayada en el balcón. Su *Socarrial Majestá* dejó de *cacariar* y corrió a atender a la pobre reina. Ya la estaba levantando, cuando la vio a su hija menor ¡tan abrazadita a un desconocido mal empilchao!... Soltó a la reina, que se fue al suelo otra vez; compuso el pecho y se enderezó la corona, que se le había *ladiado*... «¿Qué es lo que están mirando mis ojos?», dijo, y avanzó con ganitas de echarlo a perder todo... «Mi padre, contestó por fin la niña menor. Este y no otro es el salvador de sus tres hijas y...». «¡Que muestre pruebas y argumentos!», arguyó el rey, bastante encocorado. El mozo mostró los tres pañuelos de las niñas libertadas. Ya lo rodearon al salvador las otras dos hermanas y lo anduvieron trayendo apurado con tanto abrazo. A una voz contaron la hazaña que hizo de matar al perrazo negro, a la terrible chancha guardiana y al viborón, y cómo las mandó arriba con el torzal. El rey, por atender a una desatendía a otra; al fin alcanzó a medio comprender las cosas... En la plaza crecía el alboroto del vecindario, y como un gaucho pampino le pisara el poncho que iba arrastrando un huaso de sierra adentro, ahí no más se armó la *tremolina* entre arribanos entonados y abajinos cimarrones. Mil ponchos se *revoliaron* en los aires y cayeron sobre cabezas contrarias, porfiando por opuestas razones. Aquello parecía una mar encrespada... La gritadera iba en aumento y ya amenazaba con desbordes mayores. El rey comenzó a asustarse y no atinaba a tomar resoluciones. Se agarraba la cabeza a dos manos y *blanquiaba* los ojos hablando bajito. Se le *ladiaba* la corona de tanto *tutubiar*. Más crecía la *volinia* y el encrespamiento de ponchos y chalinas en la plaza. La niña princesa menor tomó una resolución: de la mano del mozo se presentó al balcón y

reclamó un poco de apaciguamiento a esos *peñadores*. Apenas si medio pudo conseguir una calma. «¡Este y no otro es nuestro salvador, y con él me caso yo!», gritó la niña. Todos se quedaron ¡chilín campana!, mirando para arriba... Ya quisieron comenzar algunas viejas a enredar de nuevo, ensayando *musarañas* y hablas bajitas, cuando un huaso, el más entonado de todos, le pegó este grito: «Ese mozo tan valiente, ¿es de sierra o es de pampa? ¡Querimos saberlo!». Avanzó el salvador y pidió silencio desde el balcón. «¡Soy del justo lugar en que nacen sierras y llanos!», dijo con ademanes medianeros. Se oyó un solo «¡Huijaaa...!» de inmenso triunfo y alegría, y ya se vio que abajinos y arribanos se daban la mano en señal de amistad y apaciguamiento criollo. Ya *Su Socarrial Majestá* vio que las cosas pintaban bien y salió al balcón y, para congraciarse, se dejó decir: «¡Dentro de tres días es el casorio!... Vaquillonas con cuero, vino, bailes y fuegos de artificio para puebleros, arribanos y abajinos...». El palmoteo de manos casi lo levantó al pobre rey, que se adentró cerrando los ventanales y acomodándose la corona en la cabeza, que con tanto escándalo se le había querido ir al suelo. A los *piones* los mandó al cepo.

Mientras el vecindario volvía a sus casas, los pajueranos montaron en sus *pingos*, y unos para la sierra y otros para los llanos, se fueron alejando con promesas de volver al poblado con la china en ancas, para el asunto de las vaquillonas con vino, bailes y fuegos de artificio... Al rato quedó desierta la Plaza de Armas.

El rey se encerró a pensarla, solo, un buen rato. Daba dos pasos adelante y uno para atrás *Su Socarrial Majestá*, pensando y volviendo a pensar. Se sacaba la corona y se la volvía a poner, pero no hallaba paz ni sosiego. «Se la doy al más pintado...», se decía en su vano palabreo, sin hallar su justo centro. Por fin se acordó de la reina y de sus hijas, y salió a juntarse con ellas.

La reina estaba empacada, pero sus hijas más que alegres. «Bueno, mozo, es que dijo *Su Socarrial Majestá*; a los cuatro vientos *himos* proclamado que el casorio será dentro de tres días. ¿Hay algún impedimento?». «Ninguno, mi *Socarrial Majestá*, siempre que esta niña quiera allanarse a vivir en un ranchito pobre al pie de la sierra, para criar una haciendita...». «¡M'hija no va a ser una pobrecita puestera!», salió diciendo la reina, con una terrible *blanquiada* de ojos. «A mí me gusta la crianza de cabras, terció el rey. Me lo permitieran las embrollas del gobierno, ¡qué vida más zorzalina me pasaría yo en un puesto de crianza!». «De ese *mesmo* parecer soy, porfió el mozo; pero creo que la niña princesa debe decir qué piensa de la vida pobre y trabajosa». «Pienso, aclaró la niña princesa menor, que los chivatitos son ¡tan bonitos! ¿Y los terneros y potrillitos? ¡Ay! ¡Si yo me muero por acariciarles el pelo tan sedosito y brillante!». «¿Has visto?, dijo el rey a la reina. ¿Te das cuenta cabal y conforme?». «¡Después serán los arrepentimientos!», machacó la reina. «¿Te gustaría, entonces, que siguiera en los reprofundos de la tierra, guardada por un viborón?», le cayó triunfante el rey. Aquí la reina se quedó ¡chilín campana!

Se hicieron los preparativos para el casamiento. A los tres días vinieron el arzobispo, el cura y el sotacura, y los casaron al mozo valiente con la niña princesa menor.

En la Plaza de Armas y en las plazuelas hubieron bodegones con vaquillonas con cuero y vino casero. A medianoche empezaron los bailes y los fuegos de artificio. La mocedad alegre pidió a la nueva pareja que bailara el primer escondido y ellos no se lo hicieron rogar dos veces. Al son de arpa, violín y guitarra bailó el mozo con la niña princesa menor, y si ella lució hermosos balanceos, mucho se florió su marido con antiguas y novedosos mudanzas y escobillados de sierras y de llanos.

Los mocetones abajinos y arribanos no quisieron ser menos y bailaron con las donosas dimitas, floreando mediacañas y remesuras que era un primor. Y el rey, por ser rey, pidió que la banda tocara una refalosa, y lució como pudo sus habilidades con huasos escobilleos. Fue aplaudido y festejado y gruesas de *cuetes* se tiraron en su honor. Se agarraba la corona el rey mientras escobillaba. Nada digamos de su tremenda barriga, que se le cimbraba a dos lados...

Ya parte de la madrugada, el mozo ensilló su caballo y se fue con su señora en ancas para el lado de la sierra.

Galoparon todo el día. Al anochecer llegaron al ranchito de la pobre viuda cargada de hijos. Se bajaron. «Aquí cerquita, dijo el mozo saludando a la pobre, levantaremos nuestro ranchito y criaremos las hacienditas del campo...».

GARABATO VA, GARABATO VIENE...

Es que era el negro más embrollón de toda la negrería... Se había criado en la casa de este amo rico, que lo quería mucho. El negro era flojonazo. Se lo llevaba hablando solo; dele y dele tejer planes y sacando cuentas con los dedos de las manos, y cuando le faltaban dedos hacía entrar en sus embrollas a los de los pies. Se rascaba las enredadas motas a cada momento, y se perdía detrás de sus pensados artificios.

Dondequiera que anduviera se oía el *mormollo*, no más, de sus vanos planes y devaneos. «Que voy a hacer esto, y antes que lo acabe, ya voy a estar haciendo lo otro, y no voy a parar de hacer tantas hechuras, hasta que las hechas y por hacer digan: ¡basta...!». Ya lo tenía aburrido a su amo, con tantas vueltas y recovecos.

Una vez quiso el amo regar la huerta y lo puso al negro a abrir una acequiecita. «Vas a cavarla a pala, le dijo, desde la hijuela de la calle hasta la entrada de la huerta. ¿Has oído?». «Sí, mi amito», contestó el negro, y sin más se puso a trabajar.

Al día siguiente le preguntó su amo por la acequia y el negro le contestó: «Voy por la higuera, mi amo...».

Y a la sombra de la higuera se sentaba el negro retinto y comenzaba con su parloteo, peor que loro de vieja.

A la semana siguiente le volvió a preguntar el amo por la acequia. «Por la higuera voy, mi amito», le contestó. «Uh...», no más dijo el amo, y se fue.

Partió a Chile su dueño llevando un arreo de ganado, y como al mes recién pudo volver. En cuanto lo *vido* al negro, le preguntó: «¿Y la acequia, negro?». «Voy por la higuera, mi amo...». Y se fue a los *mormollos*. «Ya vas a ver, negro mandinga, se dijo el amo. Mañana voy a espiarte y sabré por qué no *salís* de esa higuera».

Al otro día, ya el sol alto, se fue el rico por detrás del cerco y, *gatiando* entre tanta espina, pudo arrimarse hasta cerca de la higuera. Ahí se acomodó para escuchar las embrollas del negro. Miró por entre las ramas secas y ya lo vio abarajándose unos dedos con los otros, y haciéndose un tiempito para rascarse las enredadas motas. Muy acalorado, se decía: «Cuando mi amito se muera, me voy a casar con mi amita y *vamoh* a tener *higuitos*, muchos *higuitos*... ¡Puh! Más de muchos. Y va a venir la chorrera de *higuitos* míos y me van a *icir*: “*Tatita, ice* la mamita que vaya a *isayunarse*”. Y yo voy a estar *trabagando* en esta *cequiecita* y les voy a *icir*: “¡*Iganle* que estoy dele y dele *trabagar*!”. Y se van a ir mis *higuitos* a *icirle* eso a su mamita... ¡Ay, qué lindo! Ji..., ji..., ji... *Ispués* me voy a ir a la sala de las visitas y me voy a sentar frente al espejo mayor, y voy a sacar frascos de tinta y mucho papel y me voy a poner a *escribiñar*... Van a venir mis *higuitos*, y me van a *icir*: “*Tatita, ice* la mamita que vaya a almorzar...”. Y yo les voy a contestar: “*Iganle* que estoy *escribiñando*...”.

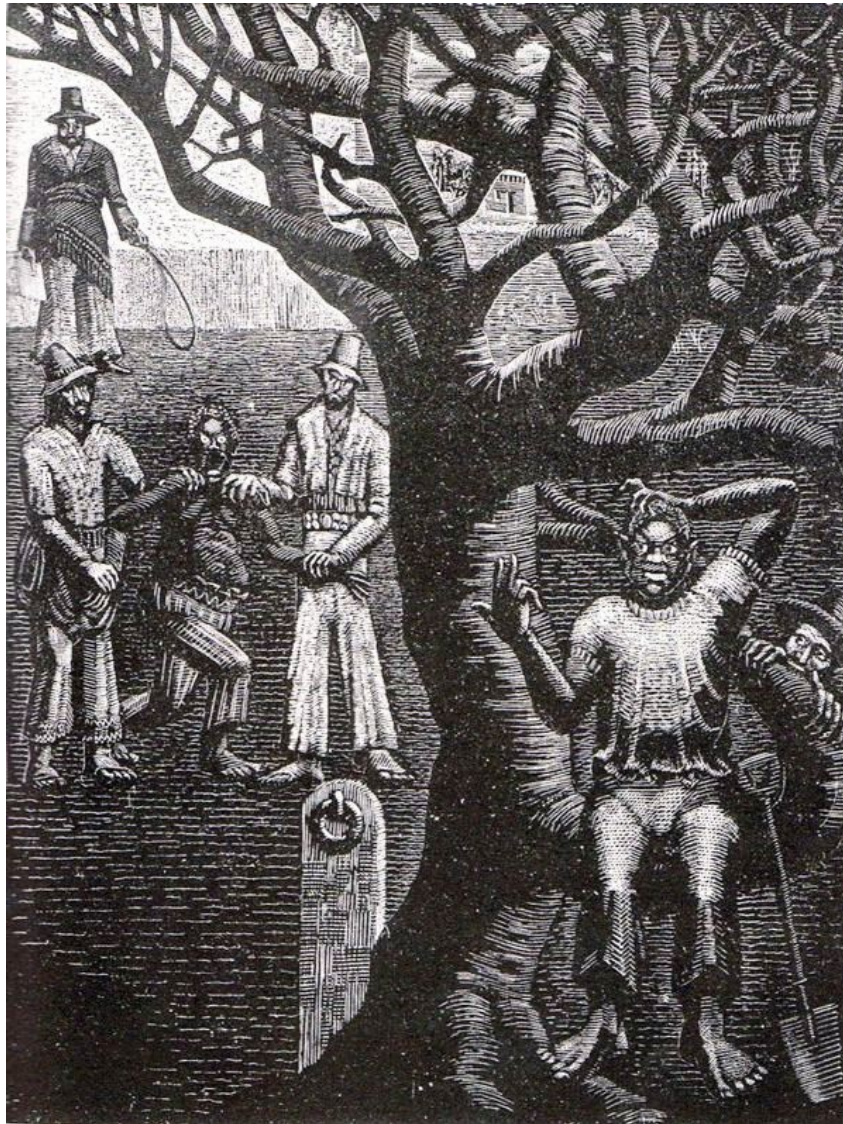
Y se van a ir mis *higuitos* a *icirle* eso a su mamita, y al fin voy a ir a almorzar con mi *señolita*... Otra vez me voy a poner a *pinturiar* las puertas, de mi casa y van a venir mis *higuitos* y me van a *icir*: “*Tatita, ice* la mamita que vaya a tomar mate”. Y yo les voy a contestar: “*Iganle* que estoy *pinturiando*”. Y se van a ir mis *higuitos*. Ji... ji... ji... *Ispués* me voy a ir a tomar mate con mi *señolita*... Otro día me voy a poner a *escarbañar* la huertita para mover la tierra y mientras esté *escarbañando*, van a venir mis *higuitos* y me van a *icir*: “*Ice* la mamita que vaya a dormir con ella, que tiene miedo...”. ¡Al momento, *higuitos*! Y me voy a ir corriendo. Ji... ji... ji...».

Siguió echando nuevas embrollas y tirando la mar de cuentas. Sudaba el negro de tanto que le trabajaba la mollera.

El patrón se alejó hablando solo de pura rabia. «¡Ah, negro pícaro!, es que se decía. ¡Con que te vas a casar con mi señora y van a tener muchos hijitos, si yo me muero! Ya vas a ver, negro sabandija». Y se puso a maquinar el castigo.

Fue a la sala y escribió una larga carta a un amigo suyo. Entre otras cosas le pedía que le contara trescientos azotes de ley al negro portador de ese papel. Ya salió al patio y lo llamó a gritos al negro, que todavía estaba debajo de la higuera con el sartal de embrollas.

Vino el negro a los resollidos. «Aquí estoy a su mandato, mi amo», dijo, mientras se secaba el sudor de la frente. «Mira, negro, le ordenó el rico. Te vas a ir con esta carta a lo de mi amigo y esperas la contesta. ¡No te vas a venir antes! ¿Has oído?». «Sí, mi amito», contestó el negro. «¡Y al trote te vas yendo, ya *mesmo*!, le volvió a gritar el amo. Y si no me *traís* la contesta, ¡vas a ver la que te pasa!». Ya el negro se perdía por la senda... Siguió al trote hasta detrás de unos chañares.



Ahí se paró y abrió el sobre. Sacó la carta, escrita por las dos caras, y se puso a quererla leer... Ahí fue el rascarse las motas enredadas y sudar a mares. Al fin se sentó el negro y comenzaron los dedos de las manos y después los de los pies a entrar en tanta embrolla y devaneo. Por ahí alzaba la voz y se le oía decir, con desconfianza:

*Garabato va,
garabato viene...
¡Alguna cosa contiene!*

En este parloteo se le pasaban las horas al negro. Miraba la carta al trasluz, por derecho, por revés, por los lados, por abajo, por arriba y por detrás; pero solo veía unos garabatos inclinados que caminaban, unos para adelante y otros para atrás. Allí había algo raro. *Uh...* Si parecían hombrecitos, con tamaños garrotes al hombro.

*Garabato va,
garabato viene...*

¡Alguna cosa contiene!

Ya estaba para entrarse el sol y seguían en un ser las embrollas del negro atrás del chañar. De repente se acordó del mandado; pero en vez de irse a la casa del amigo del amo, se fue a la de su compadre; otro negro embrollón.

En llegando, no más, le dijo: «Vea, *pueh, compare*; resulta que me manda mi amo a cobrar trescientas onzas, de oro y como yo no sé contar, le piro que vaya *usté* a recibirlas. Cuéntelas bien contadas y me las entrega para llevárselas a mi amito». «Bueno, *pueh, compare*. Iré, *pueh*», contestó el otro negro. Tomó la carta y se fue a la casa de ese rico. El negro embrollón lo siguió hasta cerca, y, desconfiado, se sentó a esperar a su compadre. Mientras tanto, volvió a las tramoyas de siempre.

Llegó el compadre negro a la casa y pasó la carta al dueño de ella. La leyó y la volvió a leer, muy serio el rico. «Sentate, que voy a escribir la contesta», le dijo al negro, y se fue para adentro.

Se sentó el compadre negro, muy orondo, a esperar, cuando, de repente, se le apareció el dueño de casa acompañado por dos mocetones con un lazo y dos látigos. Cayeron sobre él, lo ataron al palenque y le empezaron a contar trescientos azotes de ley. «¡Ay!... ¡Ay!...», gritaba el pobre negro.

Oyó los gritos de su compadre el negro embrollón y paró el giro de sus cuentas. Siguió escuchando y ya dijo: «Ve... ¡Ahí le están contando las onzas de oro a mi compare, y parece que no haya buena la cuenta...!». Y siguió escuchando. Por fin cesaron los ayes, y al ratito, cayó el pobre compadre a los bufidos y lamentos. «Ay... compare», le dijo. Las onzas se volvieron azotes. «Ve... dijo el negro embrollón, haciéndose el santito. Si bien decía yo:

*Garabato va,
garabato viene...
¡Alguna cosa contiene!».*

*Allá en los lindes confusos,
detrás de pasados tiempos,
tres torres se levantaron
con mucho vuelo y asiento.*

*Eran de piedra canteada;
se alzaron como tres sueños...
¡Quién las pudiera volver
al lugar donde estuvieron!*

*Hualilán tuvo la gloria
de ser comarca elegida;
Hualilán con sus tres torres
¡postrer refugio de un Inca!*

*El alma y entendimiento
se nos vaya a su recuerdo.
Era señor de estos campos
en tiempos que más se fueron.*

*Un cariño en sus mil días
lo hizo cruzar sierra y llano;
con Sur cambió unas palabras
y con Norte poco hablaron.*

*Leguas y leguas y leguas
para los pies más cansados,
y esas leguas se vencieron
¡caminando y caminando!...*

*—Amigo Jote —imploró—,
por aire me ha de llevar...
—Volando lo llevaré
por ser un mozo Incarreal.*

*Tres campanas se gloriaron
en honor del Incarreal.
Alcen su canto campanas,
¡que el Inca se va a casar!...*

(Tonada de los jotes cantores en recordación del Inca de Hualilán y de un antepasado que tanto hizo en bien de esta empresa).

LAS TRES TORRES DE HUALILÁN

Para un matrimonio que vivía en medio de los profundos desiertos. Solitos vivían los dos viejos, sin tener el consuelo de un hijo que los entretuviera con sus ocurrencias y los esperanzara en la vejez.

No tenían idea del mate; solamente secaban flor de cerro para tomar tecitos.

Una noche rezaron los dos viejitos a la Virgen y a Pachamama y le hicieron una manda: «*Querimos* un hijo y el poder para alumbrarnos». Esto demandaron los dos viejitos y nada más pidieron.

En seguimiento de una tropilla de guanacos iba un día el viejo cuando *vido* arderse tres pajuelas sobre una piedra. Allí detuvo sus pasos porque vino a comprender que una Voluntad le dejaba esas lumbres para alumbrarse; entonces sopló esas pajuelas y *vido* que se apagaban, y volvió a soplarlas y pudo ver que se encendían de nuevo. Las tomó con fineza y se las llevó a su chocha. «Lumbre nos han mandado, vieja», le anotició a su mujer, y lumbre tuvieron en adelante.

Otro día que se apartó en busca de sal, *vido* que sobre una apacheta lloraba un niño recién nacido, envuelto en unas lanitas de guanaco. Lo tomó en sus brazos el viejo y se volvió corriendo. «¡Ya tenemos un hijo!», le anunció a su mujer, y lo alimentaron con lechecita de vicuña.

No sabían los viejos qué nombre ponerle al niño. Por fin acordaron que cuando llegara el día de San Juan lo bautizarían con agua cristalina del manantial, porque ese día todas las aguas amanecen benditas. Así lo hicieron los pobres viejos y le pusieron por nombre Juan del Mundo, porque el mundo se lo había mandado; pero lo llamaban hijito, no más.

Pasaron unos tiempos y otros más, y se fue criando ese niñito. Cuando cumplió los dieciséis años se ganó a mocito y ya pensó en ayudar a sus padres.

Juntaba leña en el campo y sembraba maíz para mantener a su familia. Otros muchos alivios arrimaba a sus padres en procuras de pagar su crianza. Los tres bultitos vivían con gusto en el medio de esas apartadas soledades.

Un día cayó enfermo el *tata viejo* y fue para no levantarse más. «Venga, hijito, lo llamó al mozo. Le dejó estas tres pajuelas para que guarde la lumbre de la casa. Se encienden con un soplido y con otro soplido se apagan. Cuando yo me muera procúrese tres cañas del cañaverl, córtelas a mi altura y después de fijarlas en el suelo, coloque una pajuela en cada una de ellas y enciéndalas, y cuando se apaguen solas cavaré una tumba al pie del árbol del algarrobo y allí me enterraré. ¿Oye, hijito? ¡Cuídeme mucho a la viejita de su madre!». Esto dijo y se murió el *tatita viejo*... Lloraron, abrazados, la viejita y el hijo. Mucho lloraron, y el mocito lo veló a su padre como él se lo había encargado. Tres días se estuvieron ardiendo esas pajuelas

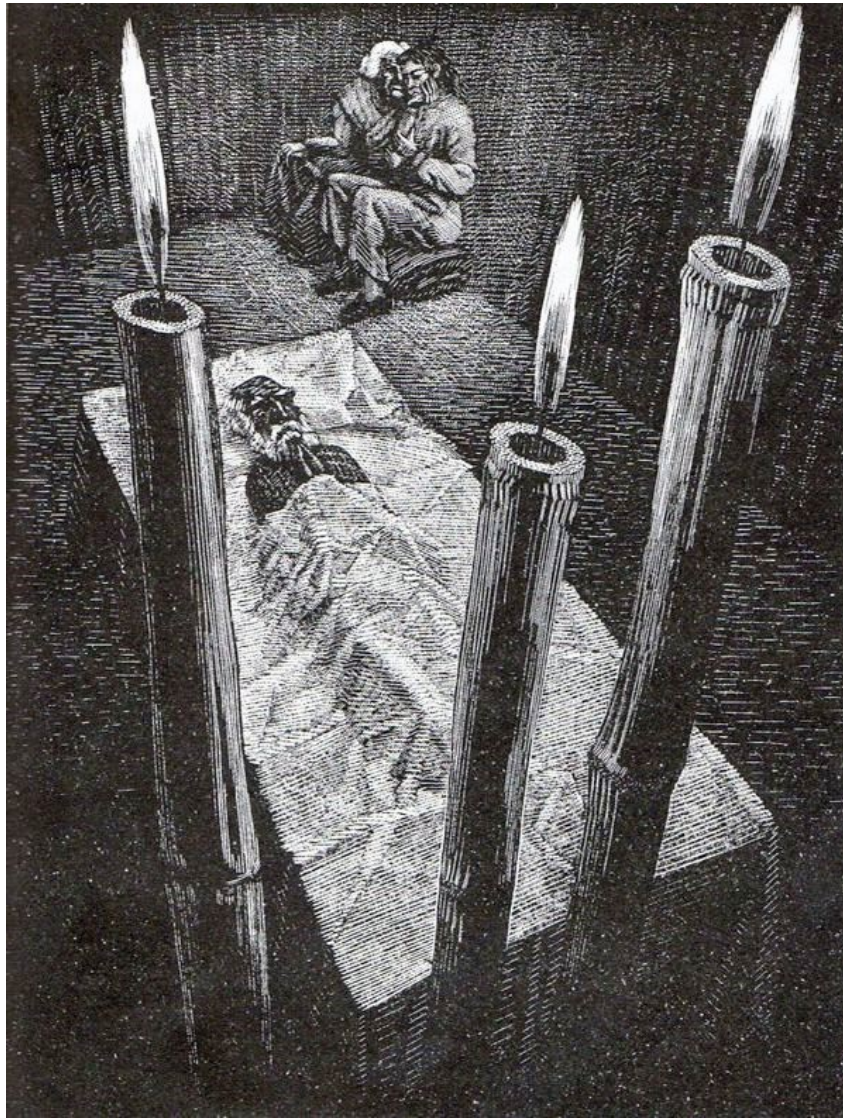
sobre tres cañas, hasta que una Voluntad las apagó, una por una. Entonces el mocito cavó la tumba y enterró a su padre al pie del árbol elegido. Sobre esa tumba lloraron la madre y el hijo y sobre esta tumba se consolaron esas dos almas puras. Así fueron pasando otros tiempos...

El hijo salía al campo en busca de un alivio y ya volvía con aves que cazaba entre las ramas o con un choique *boliado* en los llanos. Con esto y unos *maicitos* que cultivaba en su huerta tenían para comer los dos. En contenido sosiego vivían en medio de tan apartada soledad.

Al cabo de unos tiempos, la madre le dijo: «Se acaban mis días...», y sin más murió la viejita. Con tres cañas labró el mozo los candeleros, sobre los que ardieron las tres pajuelas. Tres noches se mantuvo el velorio, hasta que una firme Voluntad apagó esas lumbres. Cavó la tumba al pie del árbol del chañar y allí la enterró a esa pobre vieja. Lloró el mozo y más se quejó haciendo frente, sólito, a la soledad de esas travesías. En su recado se tiró a llorar porque solamente llorando ganaba un consuelo.

La primera noche vio que salía una lumbre de la tumba de su padre y otra llamita, muy blanca, de la sepultura de su madre y no pudo dejar de mirar que las dos luces se encontraron y que, juntas y unidas, se alejaron, girando a veces, por la soledad de la noche campesina... «No es bueno que mis ojos miren estas cosas de la vida en la muerte», se dijo, y se tapó la cara con su poncho.

Al otro día, después de tomar una agüita caliente con flores de cerro, oyó las hablas de su *tatita* y su mamita, que estaban el murmullo no más, en apacible conversación. El mozo se hizo de la idea que sus padres volvían a vivir después de muertos. Salió a la resolana con ánimo de ver a los viejitos queridos, pero solo encontró la brillazón del sol quemante. No vio a nadie, mas le seguían llegando esas palabras del amor y la conformidad en la más pura avenencia... «No es bueno que yo escuche las hablas de los muertos queridos», se dijo, y se apartó de su choza. De esta forma y en esta manera fueron pasando otros tiempos y el mocito echó cuentas, que era mucha la soledad que soportaba y que, supuesto que sus padres hallaban consuelo en el otro mundo, era justo que él tirase a vivir en compañía de quienes pudiera mirar y hablar. Estos pensamientos trabajaron su voluntad y fue así que preparó sus bastimentos y se hizo de varios pares de ojotas para salir a rodar tierras. Llegado el día y la hora, se hincó ante las tumbas de sus mayores y sus labios se movieron hablando retenidas palabras de amor agradecido, en señal de despedida. «Adiós, padre... Adiós, madre...», dijo por fin el mocito, y «Adiós y adiós», oyó que respondían las voces profundas del amor sereno.



Cerró la puertita de su casa con tientos, acomodó las tres pajuelas en sus *bolsicos*, y a eso del anochecer partió en demanda de sus nortes.

Entró a la inmensidad de los campos como quien entra por primera vez al mundo en busca de un justo provecho y *conocencia*. Larga cuenta fue la de sus días y sus noches de camino. Un amanecer divisó unas serranías azules y se atrajo a ellas con el andar de sus pasos. Semanas y meses caminó sin darse un resuello ni descanso hasta que, en premio, se vio entre floridos faldeos.

Era el lugar más perdido de la tierra. La comarca a la que nadie había llegado: la de la Ansiada Compañía.

En cuanto se hizo la noche dejó el mozo el poncho y las alforjas al pie de un coposo chañar, donde pensó dormir, y se apartó a juntar unas leñitas para hacer fuego. Anduvo unos momentos, pero cuando retornó al lugar, cargado con leña, maravillado se quedó mirando arder un lindo fuego bajo el chañar elegido; linda cama tendida al reparo, y sobre un blanco mantel una cena que lo esperaba. Dejó caer la leña que traía y se quedó pensando si todo lo que era gloria de sus ojos no fuera nada más que neblinas de su entendimiento, o si tenía el poder de lo cierto y verdadero por delante.

Se sentó al fin sobre su poncho y calentó sus manos en el fuego regalado...

Pensando y pensando, acordó en su pensamiento que toda esa preciada ayuda era obra de sus padres muertos que, tal vez con el permiso del cielo, acudían a su lado en alivio de sus muchas fatigas.

Siguiendo sus pensamientos, ya probó un bocado y lo halló tan en sazón y a su gusto, que fue comiendo todo lo que los platos le ofrecían. Calmó su hambre, y por último, gustó un tecito de flores de cerro con miel silvestre. «¡Qué buenos son mis padres!, se decía el mozo con las voces interiores. Hasta después de muertos bajan a la tierra a servirme...». Ya se hizo como la media noche y el fueguito quiso como apagarse. Es hora de dormir, pensó el mozo, y se acostó en la regalada cama. Feliz y confiando en lo alto, se fue quedando dormido.

A las deshoras despertó de su sueño y entre los silencios de esas inmensidades, sintió que alguien dormía con él, en su cama... «Será el pobrecito de mi padre que ha bajado a hacerme compañía», se dijo entre dulzores de preciados recuerdos, y en este engaño feliz, volvió a dormirse.

De madrugada lo despertó el cantar de los zorzales y calandrias. Todavía se dejó estar al calor de los ponchos de vicuña y luego se levantó y fue en busca de leña para el fueguito, pero a su vuelta, cargado con ramas y tronquitos, encontró en su real un fuego prendido y ya servido el té de flores con miel silvestre y tortilla al rescoldo. «Es ayuda de mis padres», se repitió el mozo, y gustó de esos regalos. La cama había desaparecido. Solo quedaban los dos ponchitos suyos y las alforjas. Cuando quiso apagarse el fueguito, pensó que era llegado el momento de seguir su viaje. Acomodó sobre sus hombros las alforjas y los ponchos, y después de agradecer en sus pensamientos tanta ayuda y consuelo enderezó sus pasos sierra adentro. Caminó repechando las alturas, y en esto se pasó la mañana. A la hora de las doce, dejó su carga al pie de un peñasco y se apartó en busca de unas leñitas para encender lumbre; pero cuando volvió, le fue dado nuevamente a sus ojos gloriarse, mirando un lindo fuego y almuerzo servido sobre un limpio mantel. «Son mis padres quienes allegan tanta ayuda a mis trabajos», volvió a decirse el mozo, y gozó de la regalada comida y fuego recibidos en campos de soledad.

No bien quisieron apagarse esas llamitas, recogió sus pobres cosas el caminante y siguió sus nuevos pasos; pero en cuanto se apartó por la senda, fuego, mantel y platos se volvieron neblinas en la nada del aire.

Siguió sus andanzas el errante. Toda la tarde caminó, bajando y subiendo cerros, hasta que vino el anochecer de las sierras. Buscó el reparo de una hondonada, donde dejó sus ponchos y alforjas, y se apartó con miras de recoger leñitas para encender su fuego; mas le volvió a ocurrir que, en volviendo, se detenía a mirar las vivas llamas amigas y la cena servida sobre un mantel en hoja, y la envidiada cama tendida al reparo. «¡Cuánto les debo a mis padres!», se volvió a decir, sacándose el sombrero,

sumiso. Al calor del fuego gustó la cena en la paz de la noche y después el tecito de flores. Luego, cuando se sintió solicitado por el sueño, se acostó en la regalada cama. Pronto se dormía, pero a las deshoras se despertaba y muy luego tuvo la certeza de una dulce compañía entre las cobijas. Cruzado su pecho por dulzuras, no pudo retener la mano y acarició la cara de quien se cobijaba junto a él. «¡Es mi santa mamita, que ha bajado del cielo para hacerme compañía!», se dijo al notar una cara de mujer. En los más puros sentimientos se acosquilló su corazón amante. Luego lo venció el sueño.

Bien de madrugada se despertó, alumbrado por un lindo fuego que ardía cerca de su cama. Ya estaba servido su desayuno. Con él se regaló el viajero. Luego apartaba sus cosas y seguía por la solitaria senda. Caminó y caminó sin merecer un descanso.

Ese día, a la hora del almuerzo, se aparecieron los platos de su gusto y regalo, y cuando se propuso acampar, al anochecer, halló fuego amigo, cena codiciada y blanda cama tendida. No se cansó de alabar a sus padres, hasta quedarse dormido en el silencio de la noche. El bramido de la sierra lo despertó, pero cuando se restablecieron los silencios, pudo saber por los celos de su oído, que a su lado respiraba alguien que lo acompañaba entre las cobijas de su cama. Se contuvo unos momentos, y después, vencido por el dulce cariño, estiró su mano y acarició, con la mayor fineza, una cara de mujer; pero tan suave rostro palpó, que al momento dejaba de pensar en su madre, la arrugada viejita, para sospechar en un ángel rosado y sonriente. El corazón le golpeaba el pecho con furia. Era una mujer la que dormía con él, y él hervía en mil encontrados pensamientos. Su corazón, una fragua donde ardían entrechocadas preguntas y respuestas, se desasosegaba sin hallar su centro. No podía, en tanta lucha, retomar el hilo del buen gobierno... Por fin, alineando a medias sus pensamientos, se sentó en la cama y con temblores en la mano, palpó la cara de su acompañante. Sintió que ella se despertaba y oyó que le decía, alejándose en las profundidades de la noche:

*No me toques ni me mires
ni me vuelvas a tocar...
Yo no soy tu padre o madre;
soy un amor de los campos
que a tu lado dormiré...*

Sin lograr otro sueño en la tendida noche, quedó el mozo, perdido en el temblor de sus pensamientos. Así lo hallaba el día, y cuando se levantó y salió a juntar leña para encender fuego, creía que el encanto y mujer que le había hablado se apartaba para siempre de su lado, negándole toda ayuda; mas al volver a su real encontró de nuevo lumbre ardiendo y desayuno servido. Comió el errante y luego emprendió su

marcha por tanto campo. Se paraba a pensar el mocito y su pensamiento lo trastornaba. Esa noche encontró fuego, cena y cama. Avanzada la noche se acostó, pero allá, en las deshoras, al despertarse, tuvo que atajar a sus manos con el todo de su voluntad para no tocar el encanto y mujer que dormía con él. El último sueño lo venció. Cuando lo despertaron los rosicleres del alba, ya había huido su compañía y se encontró solo en la cama.

Ese día se repitieron sus andanzas y las atenciones de una amorosa Voluntad; mas el mozo sentía por momentos que la punzante curiosidad lo empujaba a descubrir tanto misterio. Otras veces se llamaba a prudencia... Así lo encontró esa noche, y gustó del fuego, mantel y cama que le ofertaba una solicitud escondida a sus miradas, y cuando despertó, pasada la medianoche, y sintió el calor de una compañía entre las cobijas, más fue su desasosiego y lucha por tocar y mirar, y más se encendió su pecho, figurándose que era una hermosa niña, la que a su lado se llamaba a dormir. En estas luchas huyeron las horas de la noche... Sin hallar una calma, se propuso esperar despierto el amanecer para contemplar con la luz del día a su compañía. Aguantó el porfiado sueño hasta que quiso colorearse el cielo, pero en un descuido medio se le pegaron los ojos... Al abrirlos de nuevo se encontró ¡tan solo en su cama!

Mientras caminaba ese día, fijo el pensamiento en lo que le pasaba, se le representó, con la fuerza de una tentación, la luz tan clara de sus pajuelas... «¡Ah!», se dijo el mozo rodador de tierras, y maquinó con sus más escondidos pensamientos, mientras avanzaba por cuchillas y faldeos.

Al anoecer se propuso dormir al reparo de un peñasco; en llegando se encontró con el regalo del fuego encendido, la cena servida y la cama que llamaba al descanso. Allí gozó el mozo de esas ayudas, y cuando fue hora de dormir, metió la mano con el mayor disimulo al *bolsico* del tirador y retiró las tres pajuelas. Se tapó con los ponchos de vicuña, y mientras se apagaba el fuego, se fue quedando dormido...

Despertó con el pensamiento fijo de oír y ver y tocar. Primero oyó la tan suave respiración de alguien que compartía su cama. Con el mayor de los cuidados tanteó un cuerpo, y ya decidido a proceder, se fue enderezando hasta sentarse en los pellones. Retiró las tres pajuelas de debajo de la almohada... Se inclinó sobre el bulto que le hacía compañía y sopló suavemente...

Tres pajuelas se encendieron en los mantos de la noche y alumbraron a una niña ¡tan jovencita!, que dormía sonriendo. Era apenas morena. La gracia de su cara no encontraba palabras de ponderación para retratarla. Una sonrisa asentaba en sus labios y mejillas, y más hechicera se le antojaba al mirón. Arrebatado por contemplarla, el mozo le corrió un poco las cobijas... Se le ofrecieron dos senos vírgenes que acabaron de despertar sus desvaríos. Acercó sus pajuelas encendidas, con la mano izquierda en alto y apoyado en su derecha, y se inclinó a devorar con sus ansiosos ojos ese nido de hermosura. Sus labios buscaron los labios de la dormida y

los besaron con pasión quemante. Besos dormidos le devolvieron los dormidos labios, pero al momento despertó la hechicera y sus ojos se nublaron de espanto. «¡Ay!», se quejó ¡tan dolorida!, y de un soplo apagó todas las luces de las pajuelas, al tiempo que desapareció de la cama... oyó su voz en la noche.

Ya de lejos, llorando, se oyó su voz en la noche. Decía:

*Adiós, mi mocito ingrato,
¡Mil días me buscarás!
Mi paradero se llama:
Tres Torres de Hualilán...*

Y su voz se hizo tan lejana, que se adivinaba que en vuelo huía por las sombras de la noche.

Se tomó el mozo la cabeza con las manos y se perdió en sus imposibles. Así, sin hallar palabras de consuelo, vio venir el amanecer y el día en la oscuridad de su derrota. Cuando salió el sol halló que la cama regalada había desaparecido y solo se envolvía en sus dos hilachentos ponchitos. Herido por tremendo abandono, recorrió los alrededores en busca de una escasa leña. Con la ayuda de sus pajuelas logró encender lumbre para hacerse un tecito de flores del campo.

Se dio cuenta de que toda ayuda había terminado para él. Al hilo de una esperanza acordó salir de aquella comarca de encantamiento y averiguar dónde se escondían esas *Tres Torres de Hualilán*, refugio de su amor encantado. Esto acordó el mozo y en seguimiento de esta pasión encarriló sus pasos. Caminó días y más días, desandando camino, hasta que al fin se encontró en el mismo portezuelo de entrada a la sierra. De allí ganó los llanos y siguió por ancho campo abierto. En demanda de *Las Tres Torres de Hualilán* iba, cada vez con mayor ardimiento y determinación.

Caminaba el mozo y caminaba con ansias, devorando leguas sin parar, en seguimiento de su amor. De día y de noche sus ojos veían a la niña dormida. Se le representaba en la tierra y en el cielo con sonrisa hechicera, llena de prometimientos. Detrás de esa pasión encarrilaba sus pasos.

Más y más caminaba el mozo. Pasaba los llanos de la sed y del desabrimiento y entraba a otros llanos, de las travesías inacabables. Comía patay, que hacía de la algarroba, y papillas de la tierra y miel silvestre y la fruta del chañar. Y llevaba la cuenta de sus días de camino.

Meses caminó en la dirección que nace el sol, sin ver rastro de gente, hasta que una noche se detuvo a mirar una luz muy lejana. Siete días marchó en su demanda, hasta dar con esa lumbre. Era un viejito cabrero que vivía solito en el desamparo de esos campos. Llegó a su ranchito el mozo y después de pedirle la bendición entró en hablas con él. Sordo y cegatón era el viejito y mucho le costó al caminante sacarle el

hilo de palabras.

—¿Dónde quedan *Las Tres Torres de Hualilán*, tatita viejo?

—Donde quedarán, pues... Nunca supe dónde asientan esas torres. El Viento Sur ha de saber dar razón de ellas.

—¿Dónde se alzan los paraderos del Viento Sur?

—Donde se alzarán, pues... Caminando, caminando contra de ese viento dará con su paradero.

—Así será, *tatita viejo* —contestó el mozo, tirando sus planes.

Durmió esa noche en el ranchito del cabrero. Al otro día, antes que pintara el alba, recogió sus *pilchas* y se fue a los sures lejanos.

Meses y meses anduvo en su demanda, y tantas leguas devoró, que al fin llegaba a divisar unas casas blancas. «Mañana llamaré a esos portales», se dijo el mozo, acampando junto a un chañar.

Al otro día, bien de mañana, vio que de esas casas salía la punta del viento. Avanzó el mozo y por fin llamó a esos portales. Al llamado de sus palmas, salió una vieja, muy vieja, apoyada en un palo nudoso.

—¿Quién es el osado que llega al paradero de m'hijo? —se dejó decir la vieja, tratando de distinguir al forastero con sus turbios ojos.

—Yo soy, mamita vieja —contestaba el mozo con el sombrero en la mano—. Apuros tengo por hablar con su hijo, el Viento Sur.

—Grandes han de ser tus trabajos, andariego, para que te aventuras a tanto —le respondió la vieja, medio invitándolo a pasar adelante.

Entró al aposento el mozo y le contó a la Madre del Viento cuál era la razón y fuerza que lo llevaba, y tanto alabó a la niña que dormía con él, que la vieja se secó unas lágrimas, muy penosa.

—Siendo esa la razón que lo trae —se dejó decir—, yo amansaré a mi hijo cuando llegue de su carrera y le pediré audiencia y atención para su demanda.

Patay y leche de vicuña le sirvió la vieja, pero no bien acabó de comer el mozo, se sintieron los primeros alborotos del Viento Sur.

—¡*Escuéndase*, mozo, en este arcón, que ya llega el rabioso de *m'hijo*! —le pidió la vieja, y el mozo se escondió a tiempo.

Comenzó a remecerse el techo y los corredores del caserón con los embates del Viento Sur. La pobre vieja salió afuera y le tiró flor de cenizas calientes para calmarlo y llamarlo a sosiego. Por fin hubo media calma y llegó en un remolino de aire y nieve. Bajó de lo alto y pisó tierra en sus portales. «¡Carne humana *jiede* aquí!», vociferaba, encrespado, estremeciendo la casa y aporreando árboles y pastos. Era un alto mozo de blancas y duras carnes, pelo rubio y ojos azules. Sus brazos emplumados se estremecían continuamente, como demandando acostumbrado vuelo. Con un quillango cubría parte de su cuerpo. «¡Quién se va a aventurar por estas

soledades, m'hijo!, le decía su madre, calmándolo y tirándole flor de ceniza. Quién podría vencer a las lejanías, tan apartadas... Cállese, m'hijo y acompáñeme a tomar una agüita caliente...». Por fin el Viento Sur se fue llamando a la calma y entró al aposento; se allanó a sentarse y recibió un techo de flor de cerro.

Cuando la vieja lo vio calmado a su hijo, le fue diciendo, de a poquito, la cuenta de sus noticias. Por momentos tiraba a enojarse el Viento Sur; entonces, la madre le arribaba palabritas de cariño y avenencia y copitos de flor de ceniza, hasta verlo en calma y sosiego. Cuando lo vio en mansedumbre, es que le dijo: Ve, pues, m'hijo; es que ha llegado a sus portales un mozo muy dolorido. Detrás de un cariño *enderieza* sus pasos y ese cariño se esconde en «*Las Tres Torres de Hualilán...*». «¡Que se presente a mi vista ese hombre!, gritó el Viento Sur, empinándose con renovados enojos. ¡Que salga ese gusanillo que cruza mis campos!». «¡Sur! ¡Sur!, le gritaba ella. ¡Sosiega, Sur!». Salió el mozo de su escondite y la pobre vieja anduvo trastabillando por sujetar a su hijo en su afán de encarar al forastero. Le pasó flor de ceniza por la frente, y con esto y palabras de sosiego consiguió medio, medio reducir a su hijo a la paz y a la quietud... Cuando el mozo lo vio calmado y en disposiciones de atender sus hablas, le contó, rendido, el rosario de sus trabajos. Tanto dolor y derrota había en sus decires, que se le rodaron las lágrimas a la Madre del Viento Sur, y a su duro hijo se le nubló la vista. «Nunca, a lo largo de mis correrías, he llegado ni cerca de *Las Tres Torres de Hualilán*, dijo. Nunca rocé sus murallas con mis fríos que acarician... Es cosa averiguada que no se alzan en las tierras que refresco... Tal vez el muy malo de mi hermano, el Viento Norte, las conozca y castigue con sus maldecidos calores... Camine hasta sus dominios y tome razón de sus noticias, y aquí acaba la cuenta de mis palabras». Esto no más dijo el Viento Sur, y saltando de su asiento, salió en vuelo por sus portales con todo el frío del invierno. Bramando, se lanzó contra el Norte.

Allí se quedó el mozo, bien triste. Quemantes lágrimas se le salieron de sus ojos. Viéndolo sufrir la vieja, lo consoló con sus pocas palabras. Allí, sentados los dos a la orilla del fuego, cambiaron razones de amistad y ayuda. La vieja le contó que ella era también la madre del Viento Norte y que pasaba medio año en la casa de cada hijo, calmándolos, porque ellos eran enemigos a muerte; que cada vez se odiaban con más furia. «Poco menos de seis meses faltan para que mi hijo Viento Sur me lleve en sus mantos hasta las fronteras de mi otro hijo. Allí me dejará en tierra y vendrá Viento Norte y me alzaré en sus neblinas tierrosas, hasta dejarme en su caserón oscuro. Cuando esto suceda, ya usted ha de estar por llegar al paradero de Norte. Yo lo calmaré y le sacaré noticias sobre lo que anda buscando...». Agradeció el mozo la ayuda de la vieja, y sin esperar más, salió de esos portales en demanda del Viento Norte...

La cuenta de sus pasos se anotó en muchos días y noches de camino sin treguas. Arribando un día a las fronteras de los vientos contrarios, maravillado se quedó

viendo la lucha de los hermanos enemigos.

Llegó de sus dominios el Viento Norte y sin hacer caso de las señaladas fronteras, las atropello, haciéndolas astillas, y dio en avanzar a los ajenos dominios. En eso se hizo presente el Viento Sur. Venía con el frío del invierno y chocó con los calores quemantes de su hermano. Se arremolinaron los dos vientos, mordiéndose las carnes con furor. El Viento Norte le arrojaba brasas ardiendo al Viento Sur, pero este le respondía tirándole copos de nieve a su hermano enemigo, el Viento Norte, que se defendía con un poncho. Una vincha le sujetaba la cabellera renegrida. Moreno, quemado por los soles, lucía profundos ojos negros. Era la pasión desatada. Sus brazos emplumados levantaban inacabables remolinos tierrosos en un continuo agitarse.

En un aparte que hicieron en la lucha, se laceraron las carnes vivas. El Viento Norte castigaba a su hermano con puñados de carbones encendidos, mas el Viento Sur le respondía con tupidos copos de nieve y escarchas. Los enemistados aguantaron estos castigos, retorciéndose de dolor, sin ceder en sus porfías. Más nieve y brasas encendidas cambiaron, con los restos de tanta furia. De repente el rubio Sur agitó sus brazos emplumados, y los aires fríos se precipitaron contra las divisorias...

Retrocedió el moreno Norte, *revoliando* su poncho. Se levantaron remolinos de aire quemante, que tiró contra las barreras. Chocaron los alientos fríos contra los calientes y se oyeron truenos fragorosos, y se oscureció el día con las torvas pasiones enemigas. Relámpagos enceguecedores trizaron las negruras. A su luz cambiante se distinguían los hermanos enemigos, agitando sus brazos emplumados, convocando a sus alientos contra los del rival. Se agrandó la lucha y ya fueron huracanes los que chocaron entre sí. Los ardientes resuellos del Norte tostaron con sus fuegos encendidos los flancos del huracanado Sur, pero entonces subió el castigado a las infinitas alturas y desencadenó una tempestad de nieve y granizo, y paralizó los arrestos enemigos. Retrocedió a sus arenales asoleados el moreno Norte, y recogiendo todos los hálitos quemantes, los enfiló en punta de flecha contra la nieve y el granizo enemigo. Llegaron los aires llameantes y fundieron nieves y quebraron los fríos. En su loca temeridad atropellaron los dominios del Viento Sur. A ponchazos y remolinos, corrieron a los fríos a las lejanías, con el rescoldo de sus fuegos... El mozo oyó que se alejaban tantos ruidos tormentosos de la lucha y vio renacer la calma en esos campos alborotados. Salió de la caleta donde se amparaba y volvió a seguir rumbo Norte.

Diez días llevaba ahora caminando por los dominios del Viento Norte cuando sintió los fríos del Viento Sur azotándole las espaldas, en su avance contra el Viento Norte, que ahora venía derrotado por el frío de los hielos sureños.

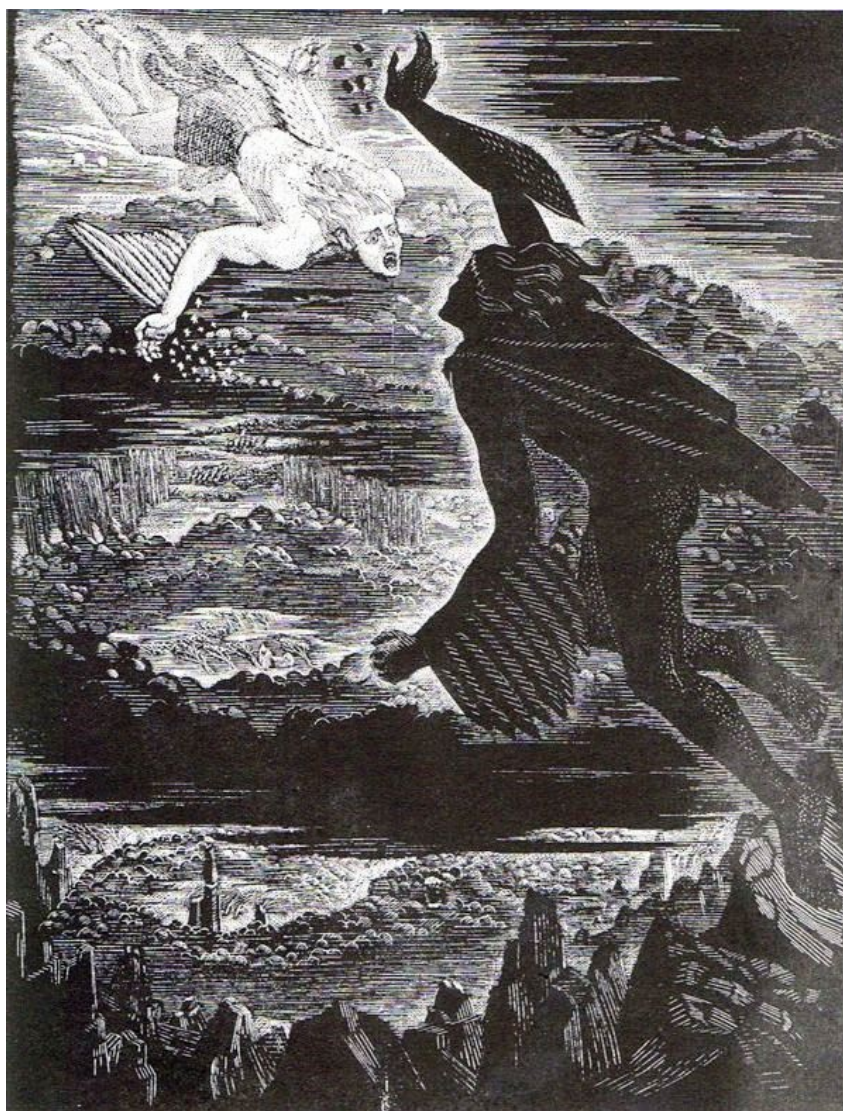
Caminaba el rodador de tierras, fijo su pensamiento en la niña que besó dormida, y, caminando, soñaba amores con ella en *Las Tres Torres de Hualilán*, y cortos se le

hicieron los días, semanas y meses de marcha contra los vientos que soplaban ahora del Norte.

Una mañana mereció divisar los techos de un caserón oscuro. Para allá encaminó sus pasos. Nueve días tardó en llegar a los portales del Viento Norte y batir sus palmas, anunciando su llegada.

Arrastrando sus pies salió la vieja Madre de los Vientos. Mucho se asustó al ver al mozo. *«Norte es enconado y más terrible que Sur, le dijo, y si mucho me costó calmarlo al de los aires fríos, más me costará llamar a razón al de los alientos quemantes. En mala hora llega, pero pase a tomar un tecito de flores para que se entone. En cuanto sienta los primeros aires, corra a esconderse en el petacón que está en la alcoba».*

Siguieron hablando la vieja y el caminante. Ella se hizo contar de nuevo por el enamorado todas sus andanzas y esfuerzos, y volvieron a rodar lágrimas de sus ojos resecos. En eso estaban, cuando se sintió agitación en la hojarasca y en los árboles y pastos. «M'hijo es que llega», gritó la vieja, y corrió el mozo a su escondite.



Ya se remecieron los techos y el calor se hizo manifiesto. Oleadas de viento

caliente azotaban el caserón y lo sacudían con furia. Más aumentó ese furor, hasta que se oscureció la tarde por el tierral arrastrado, y en tanto alboroto y desavenencia, pisó tierra el Viento Norte, en un remolino que se aquietó en sus mismos portales. Olfateó con furia y gritó, afiebrado: «¡Carne humana *jiede* aquí! ¡Carne humana *jiede* aquí!». Y atropelló al aposento con los ojos hechos dos brasas. «¡Que salga ese!..., bramó el Viento Norte...». «¡Quién puede llegar por estas lejanías, m'hijo!», le decía su madre, chicoteándole las polleras con tanto aire colérico. A las trastabilladas, medio pudo tomar una jarra de agua y le rociaba la cara a su hijo. Casi consiguió calmarlo. Agua y más agua le tiraba al enfurecido, hasta que logró conformarlo un poquito. De repente, se le desalaron de nuevo los rabiosos acaloramientos al Viento Norte y se levantó de un salto y tiró todo por tierra, y la pobre vieja anduvo, ya caigo, ya levanto. Por fin, a fuerza de rociarle la frente con agua y de pasarle palabras de avenimiento, medio se calmó.

Le sirvió un tecito con flores de cerro, y cuando lo *vido* sentado y casi en calma, aventuró la pobre vieja dos palabritas... «¡Carne humana *jiede* aquí!», gritó de nuevo, levantándose enfurecido, y tiró trastos al suelo y se dio a buscar al intruso. «¡Norte! ... ¡Norte!... ¡Norte!..., le clamaba su temblorosa madre. ¡Calma esos rencores! ¡Calma, Norte, hijo mío!».

Agua y más agua le tiraba la pobre vieja en procuras de calmarlo, y lo fue consiguiendo de a poquito. Le rociaba la cara encendida, mojándole el cabello y la frente. Con esto le arrancaba suspiros de paz y avenencia. A las cansadas se llamó a sosiego el encrespado y dejó que su madre le hablara despaciosamente. La pobre vieja le fue contando, como para calmarlo, que había una vez un mozo que perdió a sus padres y que se tiró a rodar tierras; pero que un amor de los campos le hizo compañía en su cama; que vencido por la curiosidad y las ansias, perdió ese bien al alumbrarla y besarla en su arrebató... Lloró la viejecita y su hijo Norte se quedó balanceando el peso de tantas penas... «¿Y si ese mozo llegara a su casa, mi hijo, a pedirle una ayudita?». «¡Uh!», respondió Viento Norte... «Aquí está ese pobre. A pedirte noticias viene y ahora *mesmo* se irá». «¡Que se presente a mi vista!», se puso a gritar Norte, levantándose encrespado. Salió el rodante del petacón, con el sombrero en la mano, y pidió con voz dolida que le dijera dónde quedaban *Las Tres Torres de Hualilán*. «¿*Las Tres Torres de Hualilán*?», se repitió, sacándose sangre de los labios el Viento Norte, y sumiéndose en la mar de pensamientos... No; no están en mis dominios, pero como en un sueño me parece habérselas oído mentar al Rey de los Pájaros... Has de seguir rumbo al Norte, costeando la sierra, y a los muy muchos días darás con su paradero, en la copa de un chañar altísimo... «¡Y ya tiré mucho caudal de mis palabras con uno de los odiados hombres que dejan rastro en mis campos sin mi *permisio*!». «Me voy ya mismo», contestó el mozo, ganando los portales y corriendo a refugiarse en el hueco de un peñasco, al tiempo que el Viento Norte

agitaba sus brazos emplumados y se arrastró a correr al ras del suelo y levantó tierrales y desencadenaba aires calientes, y arena arrastrada, castigando esos lugares. Toda la noche azotó el fiero Norte la comarca, hasta que a eso de la madrugada se llamó a calma y sosiego... Salió el mozo de su escondite y se alejó a todo lo que daban sus pasos. En demanda de su pasión iba.

Cuatrocientos días caminó sin un descanso ni una tregua; mas el día final de su cuenta, paró en lo alto de un pedrusco a pensar que solo le faltaban doscientos días y sus noches para llegar al paradero del Rey de los Pájaros, quien le daría las ansiadas noticias de *Las Tres Torres de Hualilán*, y con este engaño y con esta esperanza se agachó a caminar, persiguiendo la imagen de la niña dormida que besó en su amor ansioso. Días y más días de porfiado avanzar, sumaron meses de camino, venciendo llanos y cordilleras. Ya estaba cercano el plazo de los mil días que fijó la niña para llegar a *Las Tres Torres de Hualilán*... Nuevo caminar, y con mayores ansias y esperanzas, hasta que se corrieron otros días y se acertó el resto de la cuenta. Por fin se halló frente a un chañar solitario que alzaba su copa a cincuenta varas de altura. En llegando, pidió hablar con el Rey de los Pájaros. A su solicitud bajó de un volido un cóndor viejazo con aires de gran señor. Hombre y pájaro se pasaron el habla en un pedir y dar de noticias de la tierra y de los altos aires. «No, dijo el Rey de los Pájaros, no conozco el lugar donde se alzan *Las Tres Torres de Hualilán*; pero una vez, en una gran fiesta que yo di a toda la pajarería de los desparramados campos, un jote viejo, muy borracho, habló de esas torres; dijo que él las conocía». «¡Por lo que, más quiera, mi señor Rey de los Pájaros, haga llamar a ese jote viejo y pídale que me dé razón de esas direcciones!». «Es el caso, contestó el Rey de los Pájaros, que yo no sé cómo se llama ese jote, y no sabiéndolo, ¡es tan vano su pedido!». «¡Ay!, se quejó el mozo. ¿Será posible que todas mis andanzas sean perdidas? ¡Solo doce días me quedan de plazo! ¿Habrá alguien más desgraciado que yo en este mundo?». Y le contó, punto por punto, su vida y sus muchos atrasos. Se le corría el raudal de lágrimas al viejo Cóndor Rey, oyendo esos rigores. Consoló al mozo, acariciándolo con sus alas y sus patas. «No llore más, caminante, le dijo el pájaro poderoso. Yo convocaré a todas las aves corredoras y de vuelo y les haré las preguntas que debo y puedo hacer, mi mozo de la mocería». Ya mandó el Rey de los Pájaros llamar a su trompa, y en cuanto llegó un aguilucho con su corneta reluciente, le ordenó que a todo pulmón convocara a cuanto pájaro encerraba su dilatado reinato. Para entonarlo, le convidó un vaso de chicha y alabó sus pulmones. Contentísimo, subió a la copa del chafiar el aguilucho trompa, y ahí se hizo chiquito soplando a más no poder. Ante la voz de mando de su Rey, comenzaron a llegar miles y miles de pájaros corredores y voladores; chiquitos, medianos, grandes y grandotazos; pájaros de agua y los de tierra, y el Rey de los Pájaros los hizo desfilar, uno por uno, frente al mozo, quien les preguntaba: «Amigo, ¿conoce *Las Tres Torres de Hualilán*»? «¡No, señor; no las

conozco!», le contestaba cada uno... «Bueno; vayan saliendo y volando de aquí», les ordenaba su Rey a esos bichos de pluma.

Tanto volador convocado llegaron a nublar el sol de esos campos. ¡Era de ver las nubes y nubes de pájaros infinitos!

Así, de este modo y con estas preguntas y respuestas, se pasaron seis días, y el pobre aguilucho trompa la porfiaba, soplando y soplando en su corneta. Tomaba unos tragos de chicha para rehacer sus gastadas fuerzas, y volvía a soplar con más ganas; pero cada vez, venían menos y ya no le daba más ese pecho dolorido y sin vientos.

Ya el enamorado no podía manejar los carrillos de tanto repetir: «Amigo, ¿conoce *Las Tres Torres de Hualilán?*». «No, señor; no las conozco». «Bueno; vayan... saliendo... y... volando...», apenas si medio podía decir el pobre viejo, Rey de los Pájaros...

La tarde del séptimo día ya no llegaron más pájaros, y el trompa dejó de tocar, y se cayó de las ramas al suelo de puro rendido y sin resuello. «Amigo, le rogó el mozo, después de alisarle las plumas, que se le habían desacomodado con el suelazo. Amigo, júntese los últimos vientitos que le queden y ayúdeme en otras llamaditas más». Y le ayudó al aguilucho trompa a subir al chañar. Reunió sus últimos amagos de fuerza el pájaro de la corneta, se compuso el pecho dolorido, tragó bocanadas de aire y, empinándose al límite, alcanzó a dar tres toques fuertes con su instrumento, y cayó desmayado y se pegó otro suelazo tremendo... De balde miró el mozo los aires del cielo. Ni un pájaro se veía volar, ni cerca ni lejos, en el azul distante. Se pasaron unos ratos largos y seguían desiertas las alturas. «Mi batalla es perdida», se dijo en los adentros de su pecho el mozo, y escondió la cabeza entre las manos en las cenizas del desaliento... Al rato se secó las lágrimas y se quedó mirando al suelo, cuando, de repente *vido* correrse una sombra a su lado. Levantó la vista y pudo ver a un jote que, dando círculos, planeaba sobre su cabeza. Por fin, ese volador pudo hacer pie en tierra, y, a las *ladiadas*, se vino derecho a su Rey. «¿Qué se le frunce a *Su Socarrial Majestad?*», le dijo al Rey de los Pájaros, mientras eructaba su vino y asado. «¡Ya te *hi* dicho que no te *presentís* borracho a mi presencia!», le contestó el Rey de los Pájaros, hecho una furia y queriéndosele ir arriba; pero el enamorado lo contuvo con una mano y preguntó al jote borracho: «Diga, amigo: ¿conoce por *casualidá* *Las Tres Torres de Hualilán?*». «¿Que si las conozco?... *Uh...* Si de allá *mesmo* es que vengo llegando...», le contestó el jote, al tiempo que se enredaba en sus patas y caía de una pieza al suelo a dormir su borrachera.

El mozo recibió como un hondazo en la frente, alcanzó a retroceder unos pasos y cayó a tierra desmayado. Esto no más *vido* el Rey de los Pájaros, y de tan cansadazo como estaba, se quedó dormido ahí mismo. ¡Lo vieran cómo roncaba!

Con el frío de la noche se recobró el rodante, desvariando. Recordó lo ocurrido y se levantó de un salto. *Vido* al Rey de los Pájaros y al borracho jote viejo, y los

zamarreó a los dos para despertarlos; pero todo fue en vano. Roncaba el jote y más roncaba el Rey. «¿Qué puedo hacer?, se preguntaba el mozo en su desesperación. ¡Haré fuego y los calentaré, a ver si vuelven en sí!», se reclamaba el enamorado, y recogió leñas y con sus pajuelas encendió una fogata grande. Arrimó al calor del fuego al Rey y al jote y los zamarreaba de nuevo; pero era empresa perdida. Desesperado, le tiró una jarra de agua fría al jote borracho, pero ni con esto dejó de roncar. «¡No vaya a ser el Diablo y se muera de una pulmonía!», pensó, y al momento envolvió al jote borrachón en sus dos ponchos y más lo arrimó al calor del fuego, cuidándole con celo el cogote y cabeza peladas. Con el calorcito ya quiso *difariar* el jote... «¡Pongan más chicha en mi cachito!», decía, «que yo quiero festejar a la niña que se casa en *Las Tres Torres de Hualilán*...». «¿Qué niña se casa? ¡Déme sus señas! ¡Hable! ¿Cómo es ella?». Y el mozo lo remecía con furia... «¡Póngale chicha al cachito!...», porfiaba el jote en sueños, y volvía a sus ronquidos, y alcanzaba a mover las patas y alas soñando con mudanzas floridas... «¡Ah, jote borrachón!, le gritaba el mozo, poniéndolo cabeza abajo y cabeza arriba. Dame noticias de la niña de *Las Tres Torres de Hualilán*... Decime una palabrita siquiera...». «¡Échele chicha al cachito, pulpera!...», repetía el jote en sueños y daba grititos de guapeza, haciendo ademanes de sacar su cuchillo. «Mejor será que lo deje dormir la tremenda *curadera*», se dijo el mozo, y lo dejó tranquilo al jote al calor del fuego. Cada tanto lo daba vuelta de un lado para otro, que no se fuera a tostar con tanto calor de las llamas... El pobre caminante se allanó a pensar en la paciencia.

Al otro día se despertó el Rey de los Pájaros y el trompa, pero el jote borracho la seguía durmiendo y *difariando* con chichas y fiestas de casamiento. El caminante lo volvió a remecer con furias, hasta que el Cóndor Rey le dijo que, por lo menos dos días acostumbraba a dormir sus *curaderas*. Sin saber qué hacer, se tiró a caminar el mozo por los alrededores, pero a cada rato volvía a cuidarlo al jote, que no se le chamuscara al lado del fuego.

Ese día y esa noche se pasaron tan despaciosamente que el enamorado retorció sus manos con desesperación. Por fin quiso amanecer el segundo día, y el mozo, ya reventándole la impaciencia, le quitó los ponchos y le pegó cachetadas en la cabeza pelada y pellizcones por el cuerpo, y como si esto fuera poco, le roció, la cara con agua fría... Estornudó tres veces el jote, soltó unas palabras gruesas en que hasta al mismo Rey de los Pájaros lo ponía por los suelos, y tanto que lo tuvo que contener el mozo, que si no, se lo come. Luego empezó a abrir un ojo el jote y ya hizo mención de seguir durmiendo. «Si acostumbra dormir hasta tres días sus borracheras este jote sinvergüenzonazo...», decía el Rey. «Esta vez se va a conformar con dos», le respondió el enamorado, y le zampó un balde de agua fría en la cabeza. Ya abrió los ojos el dormilón, y después de desparramar mocos y estornudos, volvió a sus insultos. «¿Dónde quedan *Las Tres Torres de Hualilán*? ¿Dónde quedan, jotecito

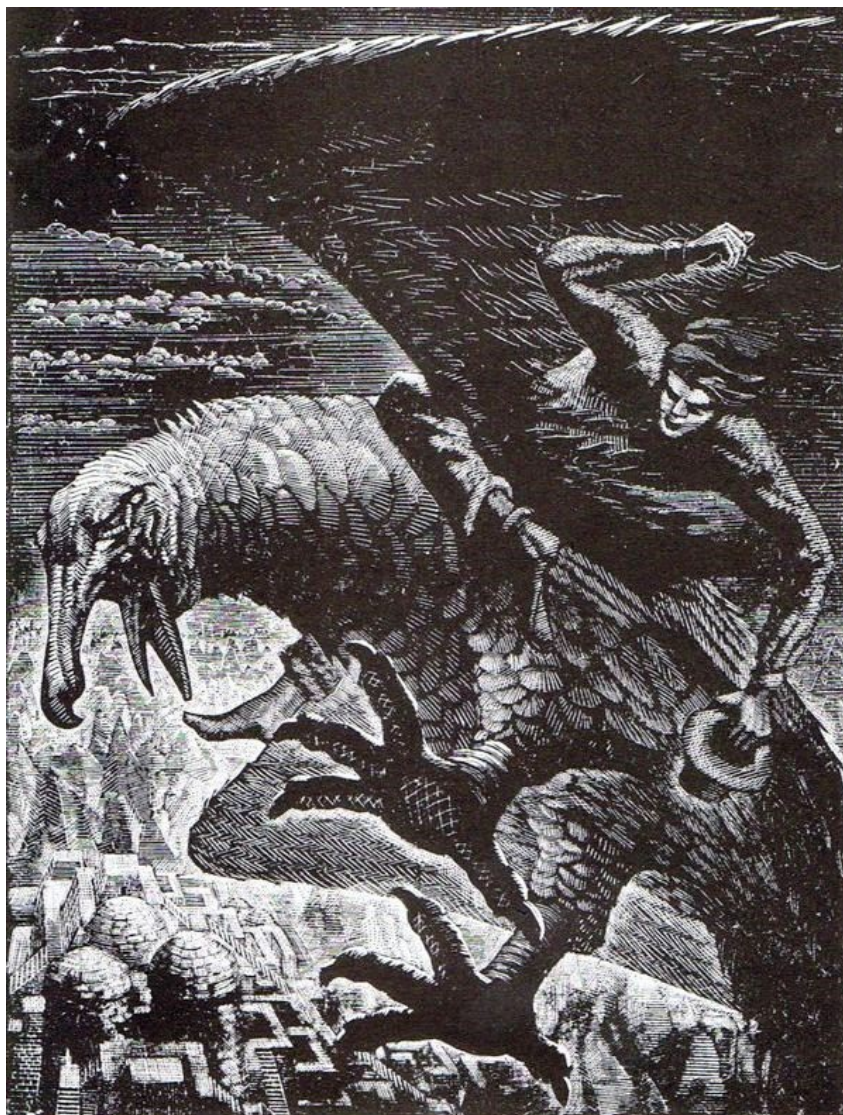
lindo?». «¿Las Tres Torres de Hualilán?». «Sí, Las Tres Torres». «A tres días de vuelo», le respondió el jote. «¿Y cuántos días de camino a pie?». «¡Ni en trescientos días se llega, por tanta serranía que hay que trepar!». «¡Ay!, clamó el mozo. ¡Y yo tengo que ver a la niña de *Las Tres Torres de Hualilán* dentro de tres días, si no, todas mis fatigas son perdidas!». Y contó al jote la peleada historia de su vida, punto por punto... Se enterneció el jote y se puso a llorar a cántaros, y el Rey de los Pájaros más *lagrimiaba*, enternecido. Los dos voladores hablaron en su lengua, con palabras y ademanes de ayuda y consuelo. «¡Güeno!, dijo el jote por último al mozo. Si me da de comer ya *mesmo* una docena de conejitos del cerco y se pilla otra docena para que yo coma durante el viaje, entonces lo cargo sobre mis lomos y levanto vuelo y me lo llevo, y si alcanzan las juerzas, asentaré en la más alta de *Las Tres Torres de Hualilán*». «¡Ah, mi jotecito querido!, deliró el mozo, abrazando y besándole el pico al jote borrachón. ¡No tendré cómo pagarle este favor en el resto de mi vida!». «Con que me dé conejitos todos los días para comer, estaré pagado», le contestó el viejo volador. «Hasta el día de su muerte cuente con los conejitos, mi amigazo...». Ya salió para afuera, y, más veloz que el pensamiento, cazó a cuanto conejito del cerco echó el ojo. No bien enteró la docena se los trajo al jote, que al tiro se los fue enguyendo de uno en uno. Ya se puso panzonazo y salió a caminar por la resolana, para bajar la comida. Mientras paseaba al solcito, se iba alisando las alas con el pico y recomponiendo los tremendos buracos que encontraba en su viejo y gastado plumaje.

Al rato se hizo presente el mozo con la otra docena de conejitos para el viaje. «Y ahora, le dijo el volador; cómase un buen asado y lleve charqui para el viaje, que en las alturas da más hambre que otro poco...». Al momento, el caminante se hizo asar un lomo de guanaco y se lo comió, y el Rey de los Pájaros le apartó un poco de charqui para el camino. En esto se fue haciendo el anochecer y llegó la hora de la partida. Se despidieron del Cóndor Rey y subieron al chañar alto y coposo. Allí el mozo se enhorquetó a caballo en el jote y se encomendó a Pachamama y a la Virgen.

El jote era el más grande de todos los jotes y con fama de ser el mejor volador a cien leguas a la redonda; pero estaba medio viejón y *enviciao* en la chicha de algarroba y todo eso lo mermaba... «Bueno, dijo el jote, afírmese bien en mi lomo y ni se le ocurra hacerme cosquillas, porque ¡al suelo nos vamos a ir los dos! Si llega a tener miedo, cierre los ojos y ya no le digo más...». Y del pimpollo más alto del chañar se largó el jote con todo el poder de sus viejas alas... Sea por el peso que llevaba o sea por lo viejo que era, el caso es que se fue abajo el volador con el mozo a peteco. Aletazos aquí y aletazos allá, fue perdiendo altura y se vino contra el suelo. Pegó un grito de guapeza. «¡Huija!», y logró entonarse, y a menos de una vara pudo afirmar su vuelo y pasó rasando los pastos y esquivando chañares y algarrobos. Dejó plumas en tanta rama, pero, medio medio llegó a tomar su rumbo por esos llanos. A medida que se le calentaba el cuerpo, fue ganando una que otra vara de altura, y

como a la hora, ya pudo aletear sin peligro de llevarse las arboledas y peñascos por delante. Al anoecer ya volaba a más de cien varas del alto. «Déme un conejito, mozo, que con el susto me ha bajado hambre». «Allá va uno», le contestó el viajero, pasándoselo. Se lo comió de una sentada el jote y siguió volando sin parar.

Se hicieron presentes las estrellas de la noche, y el mozo, a caballo en jote en esas alturas, vio más cerca a la niña de su pasión. Cerró los ojos para más atraerla. A su lado la trajo con la fuerza de su pensamiento. Besos y abrazos le amagó en su alocamiento amoroso... «En cuanto me haga otras cosquillas, ¡nos hacemos torta de un suelazo los dos!», le advirtió el jote, conteniendo rabia y risa. Se reportó el mozo y le pidió perdones. «Pa que no se me duerma, mozo, y no se me mande abajo, le voy a contar la historia de la niña de *Las Tres Torres de Hualilán*». «No le perderé palabra, amigo jote», lo animó el mozo, afinando su oído con ansiedad. «Ha de saber, es que principió el jote, que antes que llegaran los terribles godos, gobernaba un pariente del Incarrial estas tierras, y aconteció que, al derrumbarse el imperio del Tahuantinsuyu, este gobernante mandó construir tres torres de piedra labrada y lustrada, en memoria y recordación de sus parientes vencidos. Son *Las Tres Torres de Hualilán*, que marcan los límites del sur del acabado Imperio. Allí se refugió él y sus parientes Incas, pero con el andar del tiempo llegaron nuevos conquistadores, y ya solo queda, como única heredera de los Hijos del Sol, la niña llamada de *Las Tres Torres de Hualilán*, y ella, por ser la última depositada de la sangre de tan alto linaje, sufrió un encanto de la Voluntad Enemiga. Al cumplir esta niña sus doce años fue arrebatada de lo alto de una torre y llevada a las sierras del lugar de la Ansiada Compañía. En esa comarca debía vagar en forma invisible, hasta que llegara un hombre no nacido de mujer y durmiera con ella siete noches, sin verle la cara. Con eso quedaba roto el encanto y podía volver a sus *Tres Torres de Hualilán* y casarse con él, y sus descendientes prolongarían la raza de los Hijos del Sol... Pero si, por desgracia, su compañero de cama no resistía las siete noches de la prueba y la llegaba a mirar, encendiendo luz, entonces ella debía volver a *Las Tres Torres de Hualilán*, y a los mil y un días casarse con un conquistador español..., y ya la están por casar a la pobre porque se le cumple el plazo...». «Apura, Jote, ¡apura esas alas!», le gritaba el mozo, queriendo ayudarlo con peligrosos enviones. El jote viejo aleteaba en la negrura inmensa de los campos dormidos... Volaron y volaron toda la noche, y al amanecer, el volador se comió dos conejitos más y con esto dio más brío a su vuelo.



Más volaron al otro día, ganando leguas y leguas. Cuando se entraba el sol se comió cuatro conejitos para aguantar el vuelo de la noche.

Se apareció el lucero de la tarde y el mozo veía en la estrella reluciente a la niña y volvió a estirar los brazos para alcanzarla, y tanto se estiró que cruzó con sus talones la barriga del jote. «Ay... *Ja, jay... Ja, jay...* »Se rio el volador y cerró las alas, mandándose abajo, a las risadas... «¡No lo volveré a hacer!, gritó el mozo, abriendo las piernas. ¡No lo volveré a acosquillar, jotecito amigo!...». Otras carcajadas largó el jote, vencido por las cosquillas y siguió perdiendo alturas... «¡Acuérdese del duro suelo!», le gritó su jinete, y el jote pudo cortar tanta *risión* y medio formalizarse. Sacó seriedad y fuerzas del peligro y dio tremendos aletazos para mantenerse en el aire y luego recuperar alturas... «¡Si me vuelve a hacer cosquillas, ni el... registro nos va a quedar sano!», le advirtió a su jinete. «No volverá a suceder, amigo jote. Y ahora ha de contarme por qué están de fiesta en *Las Tres Torres de Hualilán*». «Ha de saber, mozo, es que le contestó el jote, que se celebran los esponsales de la niña con el conquistador Mallea. Han sido convocados todos los caciques y toquis comarcanos para las bodas, que se celebrarían a los ocho días después...». «¿Y cuántos días faltan

para esas bodas?». «Mis cuentas andan variadas, mozo; pero han de faltar uno o dos días...». «¡Apura, jote! ¡Apura esas alas!», imploró el mozo, queriendo ayudarle a volar.

Volaron toda la noche y otros tres conejitos se tragó el jote para hacerse de nuevas fuerzas. Pasaban por entre mogotes y riscales tan altos y escabrosos que de solo verlos daba espanto. «Vamos llegando a las fronteras de Catalve, le anotició el jote. Ya estamos en los dominios de Hualilán». «¡Apura, jote! ¡Apura esas alas!», imploraba el mozo en su agonía. Apenas pudo el volador apurar sus alas. El cansancio lo iba trabajando y solo le quedaban dos conejitos para reponer tan gastadas fuerzas.

Mucho faltaba para medio día, pero el volador, no pudiendo más de hambre, le pidió los dos últimos conejitos al mozo... Se los tragó de golpe y siguió su cansado volar. «A media tarde veremos *Las Tres Torres de Hualilán*, como tres puntitos negros perdidos en los campos». «¡Apura, jote! ¡Apura esas alas!», clamaba el mozo. «No puedo, contestó el jote. El sueño me va aletargando. ¿Le quedan más conejitos?». «Ni uno, se quejó el mozo; pero aquí va el resto del charqui». «¿Nada más nos resta?». «Nada más, jote». «Malo, malo», contestó el que vuela, rezongando. Siguieron cortando los aires hasta que después de medio día divisó el mozo tres puntitos negros a lo lejos. «¡Apura, jote! ¡Apura esas alas!», volvió a implorar el hombre no nacido de mujer. «Ya se me cierran los ojos de sueño», le contestó el jote, bostezando. «En cuantito se quiera dormir ¡lo pincho con mi cuchillo!», le advirtió el jinete, sacando su arma del cinto... Con esto el jote se avivó un poco y quiso como apurar el vuelo, pero a la hora ya comenzó a las cabeceadas. Viendo que se iban abajo, el mozo le hizo un rayoncito por el lomo y medio logró avivarlo. Para distraerlo y quitarle el sueño se puso a gritar en esas alturas. Cuando se cansó de dar gritos comenzó a sacar la cuenta de los conejos del cerco que le iba a regalar cada día, si lo dejaba con bien en las torres. Con estos y otros artificios fueron ganando distancia... Ya distinguían claramente *Las Tres Torres de Hualilán*. «¡Apura, jote! ¡Apura esas alas!», le rogaba con lastimera voz. El volador convocó sus últimas fuerzas y repechó con furia. En eso llegaron a un valle en el que dominaban las tres torres famosas. El viajero, en su alegría, hasta quiso tirarse al suelo, pero el jote lo llamó a prudencia, anunciándole que ni el recuerdo le iba a quedar sano. Cambiaban palabras, cuando se sintió el tañer de una campana clara. «Es la campana de cobre, aclaró el jote, y toca cuando anuncia la llegada de un bien esperado...». «¡Ah!», suspiró el mozo, hinchando su pecho gozoso. Ya revoloteaba el jote sobre las torres y pudo medio enfilar a la más alta. Sacó fuerzas de donde ya no le quedaban y quiso asentar... Medio se le pegaron los ojos y chocó con la terraza de la torre principal. Descalabrado quedó el volador, y el jinete, solo con la fuerza de su pasión pudo rehacerse. En eso sonó otra campana de voz ¡tan cristalina! «Es la campana de plata

que saluda la llegada de un Inca», advirtió el jote a punto de dormirse. De golpe se abrieron doradas puertas de bronce y apareció la niña desencantada, ¡más hermosa que el sol!, y se precipitó al encuentro del amado... Se abrazaron con furia y se besaron con loca pasión... Sonó entonces la tercera campana, la del más dulce son, y alcanzó a decir el jote, ya durmiéndose: «La campana de oro que anuncia el casamiento de dos Hijos del Sol...».

LA LIBERTAD DEL NEGRO

Era un negro esclavo ¡tan habilidoso en sus trabajos!... Ya lo ponía el amo a hacer un telar, que lo armaba con la misma buena mano que podaba los frutales de la huerta. Ya herraba los vacunos que pasaban a Chile, como modelaba botijas a pulso y las cocía, con el justo punto, en el horno botijero. Para hacer el aguardiente no había mano como la suya. Y era carretero y arriero, y muchas veces llegó con vinos al apartado Buenos Aires. Allí vendía los productos de su dueño y retornaba con bayetas, cuchillos, y polvillo de olor y tantas otras minucias para la tienda de su amo.

Este negro sabía pulsar la guitarra. Cuando sus dedos arrancaban las dormidas armonías del cordaje, tristes suspiros levantaban su pecho porque cantaba a su bien perdido: la libertad. Viéndolo su amo anegado en el bajo de la tristeza, le preguntó como al descuido, que por qué se abatía de ese modo. «Por mi libertad, amito, le respondió el servicial, y se animó a preguntar a su dueño: ¿puedo soñar con mi redención?». «Sí, negro: para cuando baje una gran víbora del cielo», le contestó su amo, sonriendo. «¡Ay, amito!», se lamentó el negro con el todo de su arrastrada pena.

Bien conforme estaba su señor con el servicio del negro. Cuatrocientos pesos había pagado por él cuando lo remataron bajo el árbol de la justicia. Buenas cuentas tiraba porque ya había rescatado ese caudal y crecían mucho sus utilidades.

Pero el esclavo, cuanto más lo servía, más se quejaba y desvariaba por su carta de libertad. Tanto porfió en su reclamo, que su dueño se avino a decirle: «Mira, negro: si aguantas, completamente desnudo, una noche entera en la punta de aquel cerro nevado, te alcanzaré tu redención». Y señalaba al cerro más alto de la comarca, el que de día acariciaban las nubes y en las noches claras recortaba su blancor brillante en lo negro del cielo.

—Ni vestido y emponchado, mi amito, hay hombre que resista el frío de esa cumbre.

—Y ni pizca de fuego harás cuando pases la noche en esas alturas, Ya sabes lo que te costará ser libre, negro.

—¡Ay, *ayayita*, mi amito! Mi libertad es la muerte...

Y mientras sudaba el esclavo, forjando herraduras para los vacunos que su amo enviaba a Chile, se repetía al son del martillo, en su porfiado golpear: «Mi libertad es la muerte...».

Tantos eran los trabajos que soportaba el negro, haciendo los mil quehaceres del amo, que tiró al fin la terrible cuenta: a riesgo de su vida iría en busca de la libertad.

Pidió licencia para hablar con su amo, y cuando se la acordaron, dando vueltas su roto sombrero entre las manos, levantó la voz y dijo:

—Mi amito, pasaré la noche, desnudo, en la punta del cerro más alto; si quedo con vida, gozaré mi libertad.

—Ese es el trato, negro —es que le contestó su dueño,

—Me iré, pues, mi amito, a conquistar lo que más quiero, con sus duras condiciones. Mañana partiré, mi amito.

—Así se hará, pues, negro.

Al otro día, de mañanita se volvió a presentar el esclavo a su amo y dueño, y el rico lo registró de pies a cabeza por ver si llevaba yesca y pedernal para hacer fuego. Nada llevaba el negro y lo dejó partir.

Se puso en camino el esclavo. Tranqueó todo el día, pero apenas pudo llegar al pie del cerro. Durmió un medio sueñito y antes de la medianoche comenzó a trepar por sus faldas. Repechó todo el segundo día y parte de la noche, pero recién a la tercera jornada mereció, por fin, poner su planta en la temida altura.

Las nieves eternas y el viento sur castigaban la cima con un frío cortador de carnes. Buscó un medio reparo el negro entre unos peñascos. Allí se achicó cuanto pudo.

No bien se oscureció, el negro, fiel a su trato, se quitó el ponchito roto, la camisita molida, los calzones remendados y las ojotas.

En cuentos quedó, como cuando vino al mundo. Así se dispuso a enfrentar la terrible noche del Ande.

Metió las manos bajo los sobacos y se hizo un ovillo en una caleta de piedra. Aguantó un rato, hasta que, a punto de agarrotarse, salió de su escondite y se defendió a los saltos hasta cansarse. Así aguantó un tiempo, pero el viento helado lo empujó a la caleta reparadora.

Rodaba la inmensa noche entre los silencios desavenidos de las alturas. El frío de la nieve y el viento castigaron con toda la furia esas cumbres. El negro se achicó hasta hacerse una bola... «Si tuviera un fueguito...» lagrimeaba el esclavo, a punto de helarse.

Ya atontado por el frío enemigo, saltó afuera, pero lo azotó sin misericordia el huracán bramador de las cumbres; el negro miró a los llanos como pidiendo misericordia y alcanzó a ver, muy a lo lejos, ¡a leguas y leguas!, un fueguito que habían encendido los gauchos.

El esclavo se prendió con sus llorosos ojos a la lumbre lejana. Estiró sus brazos hacia esa lucecita perdida en el confín de las pampas y dijo, desvariando: «Dame tu calor, fueguito... *Ah, chih, chih, chih...* Dame tu calor, fueguito... *Ah, chih, chih, chih...*», repitió, dando diente con diente. Más estiraba sus brazos y más miraba el fuego de los llanos, y porfiaba: «Dame tu calor, fueguito... *Ah, chih, chih, chih...*», en un incesante chocar de dientes. Con este engaño fueron pasando las tardas horas de la desganada noche.

Así rodó el tiempo, hasta que se allegó la madrugada. «Dame tu calor, fueguito... Ah, *chih, chih, chih...*», seguía el esclavo, en su porfía en conseguir calor; y en esta ilusión lo halló la claridad: estirando sus largos brazos en demandas de un imposible.

Las pintoras algaradas de oriente anunciaron al sol inmenso, pero mucho tuvo que levantarse la bola de fuego para desentumecer al negro.

Achuchado, temblando por el castigo del frío, vistió sus ropitas y bajó, paso a paso, a las trastabilladas, el alto cerro. Ganó el río seco, después la senda, y al último la huella. Entró al poblado... Llegó a la casa del amo, cayendo y levantando.

—¿Cómo pasaste la noche, negro?

—Ay, mi amito... Me desnudé en la punta del cerro y pasaron las horas de la noche con los rigores del frío... Ya no sabía qué hacer para no morirme helado, cuando divisé, como a diez leguas, en el confín de los llanos, un fueguito de los gauchos... Estiré mis brazos. «Dame tu calor, fueguito... Ah, *chih, chih, chih...*» decía, al dar diente con diente... Así pude aguantar los castigos de la noche helada. Bien caro me cuesta la libertad, mi amito.

—No te puedo dar la libertad, negro, porque te has calentado en un fuego.

—¡Estaba a muchas leguas de distancia, mi amito!...

—No le hace. Si no hubieras visto ese fueguito, te habrías acobardado y no hubieras seguido la lucha. Cuando te repongas, acometerás de nuevo la empresa.

—¡Ay, mi amito!...

A los cuarenta días se repuso el esclavo. Porfiando por su libertad, volvió a desafiar la cumbre. Tardó tres días en llegar hasta la punta del cerro, pero en llegando, como ya cerrara el anochecer, se desnudó enterito... Se dispuso a hacer frente a los concentrados fríos con lo liso de sus carnes.

Del Aconcagua bajaron los alientos de los penitentes de nieves milenarias. Eran quemantes lenguas del frío eterno. El negro se defendió, achicándose contra un peñasco. Esquivó sus ojos al llano para no ver ningún fuego gaucho; solo permitió a sus ojos mirar al alto cielo.

La luna llena blanqueaba las nieves de la serranía. Más fría, con esa luz blanquecina, se le figuraba la tremenda noche cordillerana.

Detenían las horas su marcha, demorándose para mayor atraso del encadenado. Duros vientos desollantes de las alturas lo hicieron arquearse con lo fuerte de sus azotes. Otros y otros alientos que andan por la noche llegaron a la cumbre y pasaron, dejándole cristales y agujas de nieve en sus carnes; y el negro, a punto de helarse, se enderezó, a gritos y saltos, para darse un engaño de valor...

El negro sintió las lenguas punzantes de los enemigos y clamó por un engaño de calor. Levantó la vista al cielo... Sus ojos dieron con la luna llena. «¡Es la boca de un horno encendido!», gritó el esclavo, y tendió sus manos a la altura, en demanda de

calor y consuelo. «¡Dame tu calorcito, horno encendido!... *Ah, chih, chih, chih...*», decía, machacando muelas y dientes. Y de este modo y con estas palabras, se fue engañando en los rigores de la noche enemiga. Más rachas bajaron de las cimas... Más latigazos repartieron a dos manos. Más estiraba sus brazos a la luna el esclavo. «¡Dame tu calorcito, horno encendido!... *Ah, chih, chih, chih...*», demandaba, castañeteando sus dientes. Otro poquito ganó a la noche. De esta manera y con estos ardidés fue doblegando al fiero tiempo... Cuando salió el sol, mucho tuvo que levantarse por el cielo para desentumir al negro. A media tarde pudo tener movimiento y voluntad. Se estiró, se revolcó por el suelo y entró en un poco de calor. A los tiritones medio mereció vestirse y luego ir ganando el bajo, ¡tan aporreado y temblón! Cayendo y levantando, y castigado por la tos, logró al fin asentar pie en la casa del amo, a las dos jornadas. La tos le desarmaba el pecho. Al otro día se le presentó, todo achuchado, al amo.

—Amito —le dijo—; ya gané mi pobrecita libertad. Desnudo en la punta del cerro, supe resistir la noche entera...

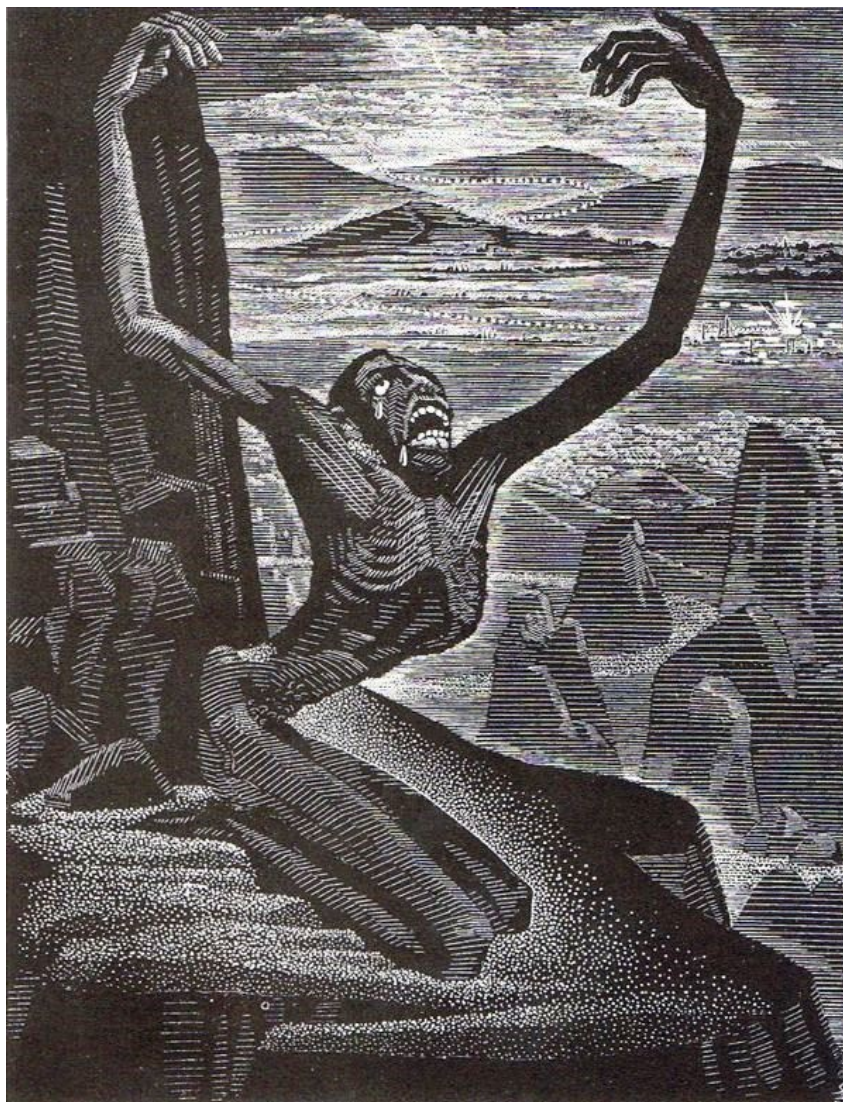
—Y decime, negro, ¿no viste en las pampas el fueguito de los gauchos?

—¡Ninguno, mi amito! Tan cierto es esto que, mirando a la luna llena, se me dio por engañarme que era la boca de un horno encendido, y yo estiraba a ella mis brazos y me fortificaba, diciendo: «¡Dame tu calorcito, horno encendido!... *Ah, chih, chih, chih...*».

—¡*Uh, uh!* —saltó el amo—. Si no hubiera sido por ese engaño, ¡no habrías podido resistir al terrible frío!... No te doy la libertad, negro. No te la has ganado.

—¡Ay, mi amito!...

A los sesenta días se repuso el negro y se decidió a encarar la prueba por última vez. Ahora no había luna...



Viéndolo partir, su amo le dijo:

—No te calentarás ni en un fueguito gaucho, a leguas de distancia, ni en el horno de la luna.

—¿Y en las estrellas? —preguntó el esclavo.

—Solamente si se alinean una detrás de otra y forman una víbora en el cielo.

—¡Ay, mi amito!...

Tres días tardó el encadenado en trepar por ese cerro altísimo. Cayendo y levantando llegó a la punta del mogote; como ya oscureciera, se desnudó.

Comenzaban los deshielos del Ande... Durante los momentos de sol, el viento norte derretía pocas nieves; pero a la noche retornaba el encrespado viento sur, en toda la malignidad del frío tardío, azotando sin misericordia con lo helado de su aliento. Antes de la medianoche, cayó el aire encajonado del Tupungato. Ululando venía a concentrar sus odios en las costillas del negro desnudo. Se acurrucó el esclavo entre los peñascos filosos. Se achicó, fundiéndose en la idea confusa.

Pasaron unos ratos, pero la piedra lo mordió con sus húmedos filos helados. Saltó el negro, se refregó el cuerpo con piedritas para darse calor y porfía en su lucha empecinada. Se sacó sangre de tanto refregarse. Descontó unos momentos. Una

calma inmensa, la calma de las alturas, le dio más treguas para su fiera pelea.

Del cruce de medianoche llegaron los remolinos de los cañadones del Mercedario. Silbaron caletas y mogotes la delgada canción del frío solitario. Clamó el negro por un reparo y se adelgazó de nuevo en el hueco de la piedra cortante. Piedra y viento lo enfrentaron a rebencazos. Salió el negro a insultar a la noche enemiga. Gruesas palabras vomitó su boca desgobernada en su tercera y última noche de prueba. Ya sintió acobardadas para siempre sus carnes. Los remolinos lo cercaron, devolviéndole insulto por insulto, punteándole las carnes con puñales de nieve.

Se arrepintió el esclavo; arrodillado, pidió perdón al implacable azotador. De nada valieron vanas palabras. Las deshoras descargaron la furia del poniente, guardián de las cumbres nevadas. Se halló vencido el negro, miró a sus ropas y se le fueron las manos a ellas... Alto alzó los ojos y no halló la luna; miró hacia el llano y no vio la lumbre de los gauchos...

En su espiar a las negruras se le hicieron presentes ¡tantas estrellas! ¡El cielo estaba sembrado de luminarias!... Parecían brasas encendidas. El cielo estaba lleno de brasas... ¡El negro las juntó con su vista, sin armar palabra, y apretando los dientes, se solazó mirándolas, a despecho del viento helado que le escupía cristales de nieve! Aumentó el azote enemigo; se le destrabó la boca al negro, y, machacando sus dientes, pudo decir: «Denme un calorcito, brasas del cielo... Ah, chih, chih, chih...», y extendía sus brazos agarrotados.

Se rehizo del fondo de la fría nada y murmuró: «¡Ya no me quedan más fuerzas para resistir! ¡Ya tengo frío en el alma, amito! ¡Adiós a mi libertad! ¡Pobrecitas mis cadenas y mis yugos, amito! ¡Pobrecitos...!».

Sus lágrimas se volvieron velitas de hielo al salir de sus ojos.

Esa noche sin luna, salió el amo del negro al patio de su casa y tendió su mirar a las alturas. Se solazó viendo brillar al encendido lucero, como rey de la negra noche... Vio tantas otras estrellas y también le gustaron...

De repente se espantó al ver que se corría la más reluciente estrella y que las demás se alineaban detrás. Vio formarse una víbora de luminarias en el alto firmamento... Esa víbora se descolgó en dereceras de la baja tierra. Al llegar a este suelo, tomó rumbo a la estancia de un rico tirano. Se alumbró la noche con luz azul y enojada, y los servidores del amo vieron cómo una víbora de estrellas corría al tirano por el patio de su casa, lo alcanzaba, se le subía por el cuerpo y se le entraba por la boca, ¡tan abierta por el grito de espanto!

El amo tirano quedó hecho una brasa colorada. Tres días tardó en apagarse y reducirse a ceniza...

Los gauchos justicieros, que encendían su fuego en las pampas, vieron llegar una noche a un negro libre, y lo oyeron hablar con esas llamas: «¡Dame tu calor, fueguito! ... Ah, chih, chih, chih...».

*Para usted, niña Florcita;
viva flor de secadales...
Esta tonada le canten
en su alero mil zorzales.*

*El amor labró su gloria
y el cariño su provecho,
pero fue tras brava lucha
que, sola, libró su pecho.*

*Se vencieron altos males
y altas fuerzas se abatieron
con su mediación y gracia
para el triunfo de los buenos.*

*Tun... Tun... —A su puerta llaman.
—¿Quién es? —pregunta, y responden:
—¡Amor entre mil trabajos!...
—Entra, Amor... Mocito y hombre.*

*—Carga traigo de desvelos
y el amargor del olvido,
y mil penas enconadas...
—¡Entra, Amor, ya que has venido!*

*Tan sólita y vencedora,
sin ayuda y con atrasos...
—Amor me prestó en contiendas
¡lo muy fuerte de su brazo!*

*Copa de oro en que se bebe
agua azul de manantiales...
Esta tonada llanista
¡celebra sus novedades!...*

(Tonada abajina cantada en honor, festejo y gloria de la niña Florcita).

*¿Te acuerdas, ingrato amante,
de Florcita y sus primores?...*

*—No me acuerdo y no me acuerdo,
¿a qué me hablan con rencores?*

*—Ay, Mocito, el olvidado
de las andanzas pasadas.
¡Cuánto caudal se retiene
en tu cara trascordada!*

*La cuenta de tus trabajos
se reducen a la nada.
¡Son de Florcita, la niña
que llora por olvidada!*

*Tus empresas imposibles,
tus provechos y tus glorias
son ajenas... de Florcita,
que por tus olvidos, llora...*

*Escondido amor cerrero
gozaste sin merecer,
y hoy te manejan las glorias,
¡pero empresa ajena fue!*

*Si los mantos engañosos
por momentos te dejaran,
allá, a los pies de Florcita,
¡tan rendido te humillarás!...*

*No levanta mi guitarra
la razón a tu favor.
¿A qué cantarle a un ingrato
que tan fácil olvidó?...*

*(Cogollo con que se desfogó un celoso mendocino que, en vano, pretendió el amor de
Florcita).*

¿TE ACORDÁS PATITO INGRATO?

Este era un mocito muy bueno y rendido, que ansiaba rodar tierras para conocer el mundo. Era tan pobre como trabajador, pero no le lucían sus trabajos por más que hiciera. No alcanzaba a darle a su mamita las ayudas que soñaba para medio pagarle los trabajos de su crianza. Un día, al verse tan abatido, se le hincó a la vieja de su madre y le pidió el *permisio* y la bendición para ausentarse de su lado. La pobre se bañó en llanto, pero tanto lo *vido* sufrir a su hijo, que, al fin, le acordó su licencia. *Permisio* le dio para alejarse con tal que al año cabal volviera a su lado, como quiera que le fuera en sus andanzas.

Loco de cantora alegría, el mozo se aplicó a preparar sus pocas cositas, aprestándose para el viaje. Se proveyó de tres pares de donosas ojotas, cazó unos choiques, con lo que se aprovisionó de challa, y con unos guanacos que logró matar, se hizo del charqui suficiente para el viaje. Mientras tanto, la viejecita de su madre no paraba con la aguja. Le zurció dos camisitas que tenía y le lavó toda la ropa y lo proveyó de pañuelos.

Una tía, del que era regalón, le dio un atado de semitas al rescoldo, sopaipillas y manjar blanco y otros regalos. Ya bien provisto el rodador de tierras, esperó una noche de luna y, después de despedirse de su madre y merecer su bendición, ganó los desiertos a la hora profunda de la medianoche.

Caminaba y caminaba por esos campos. Cuando se le terminó la huella siguió la senda y cuando se desvaneció ese caminito en los pedregales, cortó los campos amargos, siempre en dereceras del naciente. Caminó y caminó y siguió caminando. Viajaba de noche con el frescor de las sombras, y de día, cuando calentaban los soles, dormitaba al reparo de añosos algarrobos o chañares... No bien calmaban los rigores del sol quemante, el rodador de tierras se compartía las alforjas con los bastimentos al hombro y se agachaba a caminar. Y caminaba y caminaba...

Un día, al aclarar, divisó un humito en la lejanía y al momento siguió dereceras. A los tres días llegó, muy cansado, a un caserón perdido en los campos.

Tan rendido llegaba el mozo, que no se paró a pensar en quién podía vivir en semejante caserón. Se allegó a los portales, batió sus palmas y dijo: «¡Dios gracia! ¡Dios gracia!». Nadie salió a recibirlo. Solo respondió el gruñido de una chancha, muy grande y terrible, que estaba atada a un grueso palenque con tamaña cadena de fierro. «¡Dios gracia! ¡Dios gracia!», repetía el mocito, al tiempo que daba sonoros golpes de manos.

Nadie le contestó, pero la chancha encrespaba sus cerdas y mostraba, terrible y sanguinaria, sus colmillos cruzados... Con desencanto, el mozo levantó sus alforjas y se las acomodó en los hombros. Ya recogía su ponchito para seguir la marcha,

cuando, viniendo del campo a los resollidos, se le apareció un vieja alta y negra. Con mucho desabrimiento le preguntó que qué andaba haciendo por los portales de su casa.

—Señora —dijo el mocito con el sombrero en la mano—, hace días y semanas que ando rodando tierras. En busca de un trabajito peno, y si *usté* le diera una tarea a estas manos, ¡con qué gusto yo la sirviera!

—*Uh...* —contestó la vieja—. Poco amiga soy de darle trabajo a los forasteros, porque no se sabe con quién se cruzan tratos y confianzas.

—En mi casa me crie y al lado de mi madre, señora. Y en mi pueblo se nos conoce por gente de bien; pobres somos, pero de honra y de servicio.

—*Güeno* —contestó la vieja—. Te voy a conchabar, mocito, pero ha de ser con la condición y base de por medio que cumplirás lo que te mande, punto por punto, y nunca has de atreverte a hacerme la más *chiquichicha* de las preguntas sobre lo que veas y oigas en este caserón. A la primera falta te verás echado al desierto y con alta pena encima... Pago al mes siete patacones, y cama y comida, y ya me está pareciendo mucho...

—Poca es la paga y raras las obligaciones, pero me quedo, señora. Ya no sé a dónde dirigir estos pasos y no he de volver con la derrota a mi pueblo. Quedo a su mandado, mi ama.

—Ya mismo te *ponís* a llenarme de agua aquel tinajón grande con este arnero —y sacó un arnero de bajo de su tapado y se lo alcanzó al mozo.

Él levantó los ojos para preguntar cómo se podía acarrear agua en un arnero, pero una mirada terrible de su ama lo llamó a silencio y compostura. La vieja se fue yendo como en un remolino de viento y el mozo se allanó a trabajar.

Fue al pozo y llenó el arnero, pero apenas lo levantaba se le escurría toda el agua. Volvió a hacerlo con mayor ligereza y no había dado un paso en dirección al tinajón, cuando ya no le quedaba ni gota en la herramienta. Apeló a toda su diligencia: sumergió el arnero en el agua y en un abrir y cerrar de ojos lo sacó y corrió hasta el tinajón... y apenas si llegaron tres gotas. Más se apuró el mozo y así pudo contar hasta cinco gotas en cada viaje, a la carrera; pero el tinajón era ¡tan grande! Ya se le venía la tarde encima y se le comenzaba a nublar la vista de tanta fatiga y tribulación.

—¿Qué está haciendo el mozo? —preguntaron a su lado.

Se dio vuelta y contempló el rodante a una niña cien veces más preciosa que un clavel del aire. Cerró y volvió a abrir los ojos, como ante la aparición de un ángel del cielo.

—¡Ay, mi niña —se quejó por fin—; que me ha puesto mi ama a llenar aquel tinajón con este arnero y hasta aquí mi trabajo es vano y sin esperanzas!

—Yo nunca he visto acarrear agua en arnero —dijo ella, sonriente.

—Ni yo tampoco, mi niña pero este y no otro es el mandato de mi ama y debo

obedecer a su voz y dirección, sin preguntar ni media palabra.

—En mal lugar ha venido a caer, mozo —respondió la niña, pensativa—. Y ahora, quiero que me cuente cómo y por qué ha llegado a estos portales tan falsos; y ha de decirme la historia de su vida con los opuestos caudales de penas y alegrías.

Se allanó el mozo a contar de su suerte los rigores. Ella lo escuchaba con toda la fuerza de su pensamiento.

Cuando el forastero le habló de sus esperanzas, de sus fatigas y sinsabores, tristes suspiros levantaron el pecho de la niña, y no bien terminó su relación el caminante, dos lágrimas rodaron por la hermosa cara de ella. Al fin, dijo:

—Mal encaminó sus pasos, mozo rodante, y justo hubiera sido una mejor suerte... ¡Qué hacerle!

Los dos se quedaron en sus pensamientos, sin hallar qué decirse. Al fin, ella preguntó:

—¿Cómo se llama, forastero?

—En mi casa me llaman Mocito.

—Ya mí, Florcita...

Se dieron mano de amigos y siguieron hablando a media voz. Mucho hablaron y fue un cambiar de maduras razones las que cruzaron. Le dijo Florcita que ella era hija de la vieja mala; que esa *viejona* era una bruja de las más finas y que era mucho el mal que hacía porque ¡era tan grande su poder!... «Pero, le aclaró ella, yo también tengo algunas artes, y con la gracia de Dios, las encamino al bien». Enseguida enseñó al mozo cómo se llenaban tinajas de agua con un arnero y al momento el rodante se puso a la obra. Al poco rato después, al tinajón se le salía el agua por la boca.

—Ya va siendo hora que vuelva mi madre —dijo Florcita—. Me voy, pero luego nos veremos. Y se fue.

En la punta de un viento se apareció la vieja. En llegando preguntó con desabrimiento cómo iba esa tarea...

—*Reciencito* la acabo, mi ama —contestó el mozo.

La vieja se dejó estar un buen rato mirando el tinajón llenito de agua. «*Uh, uh...* dijo. Es de verlo y no creerlo». Allí se quedó otros momentos, muy cavilosa y resollando. Al fin volvió a decir: «Ya mismo te *vais*, a la cocina a cenar y en cuanto *acabís* de comer, te *vais* a dormir al cuarto que yo te señale, y mañana, antes que se apague el lucero, nueva tarea te elegiré». Y desapareció la vieja en las sombras de un tierral.

Se allegó el mozo a la cocina. Ahí estaba la niña Florcita con un viejito tan humilde como abatido. «Le presento a mi padre», le dijo ella, y al momento se dieron las manos con el viejo. «Soy su amigo aquí y adonde quiera; así en las buenas como en las malas...», se dijeron y quedaron de amigos. Al momento se sentaron sobre calaveras de buey y fue para anudar palabras. Bueno era el viejo y de sangre liviana.

Le pasó la tabaquera al mozo para que armara su cigarro, y siguieron cambiando razones de amistad y comedimiento. Mientras tanto, la niña hizo un asado y la sopa, que sirvió a su padre y al mozo. Apenas terminaron de cenar, ella cebó mate para los tres y pidió a su padre que contara un cuento para acortar la noche. El **viejito** repasó los hondos de su memoria y contó preciadas maravillas de tiempos de la antigüedad, de cuando hombres y animales se pasaban el habla y, juntos, emprendían trabajos que de solo nombrarlos da miedo. Siguiendo las desavenencias de los cuentos, Mocito y Florcita se encontraron las manos y se dieron calor, mientras oían las porfías del bien y del mal por los caminos atravesados del mundo.

Pasada la medianoche les cayó la vieja, y con lo más agrio de su voz mandó a todos a dormir. De los tres cuartos que había, ella y el viejo se apartaron al del medio; mandó a Florcita al de la derecha y al mozo al de la izquierda. Ya se estaba acostando el forastero, cuando se paró la vieja en la puerta de su pieza: «¡Cuando quiera que yo te llame a deshoras de la noche, me *hais* de contestar!», le advirtió. «Está bien, mi ama», contestó Mocito.

Y rodaron las horas en las negruras de la noche. Varios sueños habían pasado, cuando la vieja se sentó en su cuja, *resollando*, y después de escuchar mucho rato, gritó: «¡Florcita!». «¡Señora...!», le contestó la voz adormilada de su hija, en el cuarto derecera. «¡Mocito!», volvió a gritar la vieja. «¡Señora...!», contestó el mozo, entre dormido y despierto, en su cuarto de la izquierda. La vieja mala siguió *resollando* otro rato hasta que el viejo le pidió que lo dejara dormir. Se acostó la vieja.

La vieja dormía en la cama y el viejo en el suelo.

Al otro día, al amanecer, los hizo levantar a todos de un solo grito. Se le arrimó al mozo con un cántaro en la mano y le dijo: «Con esto me le vas a dar agua a la chancha hasta que diga es basta». Y desapareció la vieja en las neblinas de la madrugada.

Se puso el mozo a acarrearle agua a la chancha con el cántaro lleno, pero antes de arribárselo a la trompa, ya la muy ansiosa se lo bebía todo de un sorbo. Se apuró el conchabado en su trabajo, mas esa chancha terrible le volaba todo el agua antes de tocarla. Así se le hizo el mediodía al pobre y ya no daba más de cansado. Siguió en la porfía, pero las piernas se le doblaban de fatiga y la bestia cada vez tenía más sed. Desesperado, iba a tirar el cántaro, cuando se le apareció la niña Florcita y dijo sus palabras al viento. Al momento la chancha no quiso beber más y se echó al suelo, a los *resollidos*. «Venga, mozo; descanse, que ya ha trabajado mucho», le dijo ella, y le regaló un plato de flores de maíz. Allí se sentó el mozo a su lado a comer el rico manjar. Cansado y hambriento, escuchó los consuelos de Florcita, que tanto se condolía de su suerte abatida. «Gracias, mi niña, contestó al fin el mozo. Si no fuera por sus buenas artes, ¿cómo hubiera yo salido con bien con mis dos tareas? ¿Qué

sería de mí sin su ayuda?». Iba a contestar la niña, cuando vieron un remolino negro por los campos que vino en dereceras del caserón. «Allá viene mi madre, dijo Florcita, asustada. Fuerza es que me vaya. Mañana volveré a su lado». Y se fue la niña y al momento llegó el remolino de viento y tierra negra. Cuando medio se calmó el alboroto del ventarrón arrastrado, se apareció la vieja mala entre el tierral. «¿Le diste de beber a mi chancha?», preguntó. «Sí, mi ama, contestó el mozo. Y al fin se le calmó la sed».

Se arrimó la vieja a su chancha regalona y vio que no quería más agua y que se había echado al suelo, con tamaña panza.

La vieja y la chancha cambiaron señas de amistad y entendimiento. La mujerona se agachó y le rascó el lomo, y el animal le correspondía con sus uñas partidas. Así estuvieron un rato, pasándose caricias y entendimientos... Ya la bruja se levantó y anduvo dele murmurar, a los resollidos. «¡Uh!... ¡Uh!... Más que raro me está pareciendo todo esto», se dejó decir echando miradas de desconfianza por todos lados. Al fin despachó al mozo: «Por hoy has cumplido la tarea. Mañana te alcanzaré otra, y a ver si *sabís* cómo se hace. Ya te estás yendo a la cocina, a cenar».

Se fue a la cocina y allí encontró a la niña con el viejito de su padre; hablando bajito estaban los dos. Se sentó el rodante en una calavera de buey y al rato cenó con el padre y la hija. Ella hizo una mazamorra y mientras comían la *raspita* de la olla, le pidió a su *tata* que contara esos cuentos de los antiquísimos. Y volvió el viejo a anudar el encanto de olvidadas hazañas y derrotas en los llanos y cordilleras. El mozo y la niña linda enlazaron sus manos y buscaron el calor de sus pechos, mientras que el viejo navegaba por otros mundos en seguimiento de empresas imposibles... En esto estaban cuando, de repente, se apareció la vieja tapando la puerta de la cocina, y mandó a todos a dormir, con la voz más desabrida. Se fue el mozo a su cuarto, la niña al suyo, y la vieja y el viejo al cuarto del medio. Se acostaron todos, y apenas habían dormido el primer sueño, cuando la vieja se sentó en su cuja, a los *resollidos*, y ya le pegó el grito a su hija y luego al mozo. Voces entredormidas le contestaron, y se volvió a acostar la vieja y a dormir otro sueño; pero desconfiada como era, volvió a reclinarsse en su cuja y a llamar a los durmientes. «¡Señora...!», contestó su hija a la derecha, y, «¡Señora...!», repitió el mozo a la izquierda. Todavía se quedó la vieja cautelando largo rato en las deshoras, hasta que, al fin, la venció el sueño y se tumbó a dormir a los ronquidos.

Apenas se anunció el alba, la vieja los hizo levantar a todos a fuerza de atropellos, y ya le alcanzó un hacha al mozo, se lo llevó para atrás del caserón, y parándose frente a un árbol retorcido, le dijo que lo había de derribar. Esto dicho se desapareció en un terrible remolino que se formó de la nada.

Bien medidos hachazos daba el mozo al tronco del árbol, pero el hacha rebotaba como si pegara en resortes. Se dejó estar, lidiando con su tarea, sin avanzar una línea

en toda la mañana. Ya se llegaron las doce y el conchabado, de balde porfiaba por sacar astillas de ese tronco. Hachó con la derecha, luego con la izquierda, de frente y de costado, pero el tronco ni se rayaba siquiera, y le devolvía los hachazos como una burla. Le corría el sudor al hachador de tan cansado que estaba y ya iba a tirar el hacha, dándose por vencido, cuando se le apareció la niña. Dijo ella unas palabras, y el árbol se vino al suelo. Ella le pasó unas razones de ánimo y esperanza, y le convidó flores de maíz, rebozadas en miel silvestre. Luego, mientras bajaba el sol de la tarde, salieron a caminar por los chañarales floridos.

Cambiaron palabras bajitas, mirándose de soslayo en dulce desavenencia. Las palabras se agolpaban en los labios húmedos y retrocedían en tropel, arriadas por látigos de seda... Así caminaron sin mirarse y sin pasarse el habla. «¡*Tun!*, ¡*tun!*!», les retumbaba el pecho.

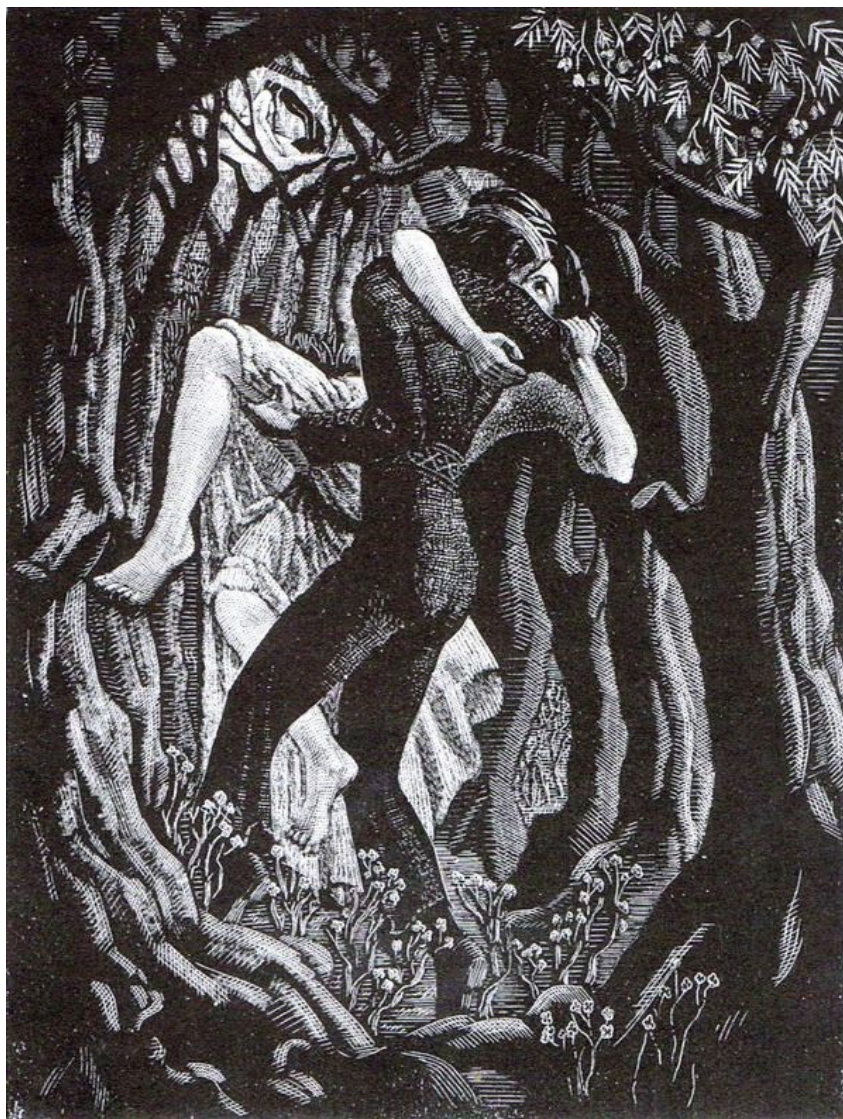
Se hubiera ido la tarde sin flor ni fruto si no llegara la calandria novedosa. Ella, la cantora de los campos, se asentó en la copa de un algarrobo y deshilvanó sus sentires con voz de plata y oro. De oro y plata lució cantos la calandria en la tarde adormecida... La mano del mozo abarcó la mano de Florcita, en dulce avasallamiento, y más se florió la calandria con su cambiar de variedades; y se doró el atardecer profundo...

—¿Cuántas primaveras cuenta mi niña? —preguntó el enamorado.

—Dieciséis primaveras se me van desvaneciendo en este caserón de sombras —suspiró ella con toda la sed.

—Y al mozo, ¿cuántos abriles lo acariciaron?

—¡Ay, mi niña! —se quejó Mocito—, diecisiete abriles pasaron por mi lado en los secadales, junto a mi mamita vieja...



Y se alzaron entre algarrobos y chañares las sombras de tantas primaveras clamorosas; se alzaron en rabiosos remolinos, castigándose los flancos en un cambiar de razones... Allá en las nubes, chocaron esas sombras entre los clamores del sol poniente, como si vistearan a ponchazos en porfiada lucha amorosa. El mozo abarcó con más fuerza la mano de la niña y la miró en los ojos y gozó con ver florecer dieciséis rosas. Se calentaron sus manos hasta sudar, y sin saber qué hacer, el mozo la apretó contra su pecho y sus labios se buscaron y reventaron besos; pero los ojos del mozo eran dos cóndores que celaban por los adentros guardados; y ya no quedó sino el apuro de la sed del amor, arriando toda palabra de los labios resechos. Se acolcharon los aires calientes como un pájaro de fuego. Tiró a resistirse Florcita, pero el enamorado, hecho un hombre dominante, alzó a la niña y como pisando en el aire, se la llevó por entre los chañares florecidos.

Y las arenas tibias tendieron sus blandores, y el viento caluroso y retozón, por tantear el nido de las cosquillas, arremolinó las polleras y enaguas y ya se entrechocaron palabreos ahogados de porfías sin freno. Se abrió con furia una rosa desflorada... «¡Ayayita...!», gritó la niña mordiendo la raíz de los chañares, pero los

ponchos del viento le taparon la boca, silenciando sus quejas gustosas... Roto el cielo en dos pedazos, floreció la estrella azul en el desmayo de los nueve alumbramientos.

Las demoras gustosas atesoraron dichas y más dichas... Por fin desmayaron fuerzas en dulcísimo desgano, y los vientos mirones del campo reseco se desparramaron por los llanos, repitiendo con porfía risueña las gustadas quejas: «¡Ayayita! ¡Ayayita!...». Esa noche, ni la niña ni el mozo quisieron mirarse la cara al hablar, ni pidieron cuentos al viejito. Se quedaron pensando en las honduras de sus pensamientos, cimbrando dudas y planes de dichas sin atadero... De repente llegó la vieja y con voz de mando y atropello, dijo a uno por uno que ya mismo habían de irse a dormir a sus cuartos. Tres veces se despertó y después de celar los silencios, llamó al mozo y a la niña, y tres veces ellos le respondieron entre sueños.

Nuevo día amaneció para que la vieja señalara otro imposible. «Conchabado, toma estas semillas, es que le anunció, dejándole en la palma de su mano un puñado de semillas vanas de sandía. Las has de sembrar ya mismo; riego les darás al mediodía, y al anochecer estará madurando el sandial...». Esto dijo la maligna y partió a sus desiertos con una ayuda de un remolino.

El mozo puso en agua esas semillas y vio que, por vanas, flotaban como alas de mosca. Abrió algunas y ni rastro halló de pepita... «Esta batalla es perdida», se dijo, pero cavó la tierra, trazó los surcos y las sembró. A eso de las doce regó su siembra, mas al caer la tarde se agarraba la cabeza a dos manos... Prontito llegaría su ama a calar las sandías maduras. «Perdida es mi batalla», se repitió el sembrador derrotado.

Viniendo de las casas, apareció Florcita; se allegó en silencio al quejoso y extendió sus manos en su dirección, y el amante se fue quedando dormido...

Al resguardo de ojos curiosos, dijo Florcita, con su voz más traspasada: «Con la ayuda de la Virgen, y mientras duerme el hortelano, que nazcan las semillas vanas...». Y pareció que se movían los surcos al reventar tanto brotecito verde. Descansó unos instantes la niña de los escondidos poderes, y después de retomar fuerzas, dijo, temblándole los labios de tanto dolor y fatiga: «Con las licencias del Divino, que esos brotes, echen hojas y se cubran de flores...». Y la siembra recién nacida se agitó como castigada al verdear tantísimas hojas, y luego fue de verse infinitas flores amarillas variando los verdes... Apenas tomó resuellos la sabedora de guardados secretos, pudo juntar las últimas fuerzas del alma, retorciendo las manos de sufrimiento: «Que tanta flor se convierta en fruto y ese fruto se vaya sazonzando...». Ya sin alientos, le tembló todo el cuerpo y apenas si pudo ganar el caserón, con temblores y rendidos pasos... Despertó el hortelano, y sus ojos se gloriaron mirando el sandial con las sandías pintonas. Iba a hablar el mozo para festejar tanta maravilla y novedad, cuando vio venir un negro tierral en remolinos enemigos. Se alborotó la huerta al hacerse presente la vieja bruja, en cuclillas, calando tanta sandía madura con su cuchillo... «Ja, jay...», es que largó una risada,

«También se me aparece como sembrador milagroso este rodante... *Uh*, no vaya a descubrir yo, de repente, de dónde es que sale tanto poder y pujanza...». Por ahí anduvo, a las hablas enredadas, hasta que aclaró su voz y dijo al mozo: «¿Qué *hacís* que no te vas a la cocina y de seguida a dormir?».

Se fue Mocito a la tiznada cocina, y al calor del fueguito comió su tumba. Tomados de las manos con la niña, oyeron al viejo contar los rigores de su vida, en tiempos que él rodaba tierras. Siguiendo estas desavenencias estaban los amantes, cuando apareció la vieja, tapando la puerta con el desarreglo de su figura... A dormir mandó a todos, pero la desconfiada los manejó la noche entera con el duro barajar de sus nombres.

Muy de madrugada, al son de los gritos de la vieja, se levantó el mozo. «Has de enderezarlo ¡tan derecho!, antes que caiga la noche», le dijo su ama, alcanzándole un retorcido cabello que se arrancó de su motosa cabeza... Como conteniendo la risa comenzó a girar y se apuró el viento, y en sus tierraes se fue la bruja a los desiertos penosos.

Tomó el mozo el enroscado cabello y lo estiró con sus manos, con renuevos de paciencia; mas apenas le soltaba una punta, ya ese pelo se envolvía en sí mismo como templado resorte... Y en esta porfía de buscados recursos se le pasó toda la mañana al conchabado, sin darse un punto de descanso. Ya apeló a dos piedras ¡tan lisas!, y con mil artificios logró estirar el cabello entre ellas y mantenerlo derecho sus buenos ratos, pero en cuanto medio retiraba una piedra, cobraba vida ese pelo para hacer las de la rosca... Lo hizo pasar ¡tantas veces!, entre la uña de su pulgar y el índice, apretándolo en la forma aconsejable, ¡y tanta industria fue vana! Sin darse por vencido, se agenció dos tablitas. Con el filo de su cuchillo, apenas si le hizo una derecha raya a una de ellas, con una regla, y sobre esa raya pudo estirar el cabello y sujetarlo con la otra tablita. Horas se estuvo apretándolo, pero fue una burla lo que el cabello hizo cuando separó las tablas... Ya se ponía el sol y la paciencia del mozo se había gastado toda. Otras pruebas de contrapesada inteligencia hizo el conchabado, ¡pero así fue de grande su derrota! Ese cabello con vida, sumaba más vueltas... Se le salieron palabras de desgobierno al mozo, y ya hacía ademán de tirarlo, cuando oyó las quedas hablas de Florcita, y al punto, ese pelo tan rebelde tomó la derecha solicitada. Junto con esto se vio venir al remolino y junto con esconderse la niña, se apareció girando la vieja, Llegó y no bien miró el cabello ¡tan derecho!, se acosquilló. «¿Cómo puede desobedecerme un cabello de mi cabeza? ¡Traición estoy oliendo!», dijo, y tiró torcidas miradas de desconfianza.

El trabajo sexto fue un imposible que no hay papel que lo contenga ni letra que lo diga. A su hora y a su tiempo, la ayuda de Florcita salvó al mozo de la derrota cierta.

Pero el séptimo día llegó, y la vieja, con la suma del desabrimiento, le señaló de tarea al mozo que dejara brillante como un sol a una espada, ¡tan llena de mogo!, que

puso en sus manos. A refregarla con ceniza se destinó el forastero, mientras la vieja desaparecía a las carcajadas en un remolino arrastrado.

A lo más fino de sus recursos apeló el mozo para triunfar en su tarea, pero cuanto más porfiaba por limpiar el arma, más se le amogosa. La lavó con agua hirviendo y la engrasó, mas todo fue vano. Criaba mogo ese fierro como el agua cría verdores.

Al anochecer se le apareció la niña Florcita:

—¿Por qué se empeña, Mocito, en limpiar la espada con que lo degollarán esta misma noche? —es que le dijo, al tiempo que al forastero se le caía el arma de la mano, y pedía rendidamente a la niña que le dejara saber todo el destino de su negada suerte.

—Hoy se cumplen las siete pruebas brujas —le contestó la niña—, y como en todas aparece vencedor, le han decretado la muerte para esta noche. Con esa espada, amohosada o relumbrosa, le cortarán el hilo de la vida.

Y dijo unas palabritas al viento, y a la espada se le corrió el mogo, y fue limpia y brillante como un espejo.

Abatido quedó el pobre mozo al pensar en el fin de su vida, pero Florcita le alcanzó palabras de consuelo y esperanza.

—Esta noche, al tercer canto del gallo, nos *juiremos* de este caserón maldito —le avisó.

—¿Cómo haremos? —preguntó, ansioso, Mocito.

—Atienda, Mocito, y no pierda una sola de estas palabras. No bien oiga el tercer canto del gallo, levántese de su cama, y, cautelando de no ser visto ni sentido, váyase al corral. Pille al caballo más flaco, al que parece que ya se le caen los *güesos* y ensíllelo; monte en él y espéreme entre los chañares, que yo llegaré enseguida, subiré en ancas y juiremos a media rienda. Pero antes, no se me olvide de desgarronar a la chancha, porque en ella nos va a seguir mi madre.

—Así lo haré, punto por punto —aseguró el mozo, atento.

—Antes de salir de su cuarto, haga siete *ahujeritos en el suelo con su cuchillo, y en cada ahujero* eche una saliva suya. Si se olvida de esto, somos perdidos.

—Por nada lo olvidaré, mi niña.

—Si hace las cosas como le digo, nos salvaremos; de lo contrario, seremos vencidos y con nuestra vida pagaremos la derrota —sentenció Florcita, muy triste, entrándose a su cuarto.

Allá en el desierto se levantó un encarnizado remolino. Giraron los vientos con las porfías del trompo, como si se enroscaran todos los males de los campos solitarios y un tierral arrastrado se vino dando vueltas al caserón... Llegó ese alboroto, castigando chañares y algarrobos y aventando las arenas en su remecer furioso. Ya se apartaron los vientos enemigos y asentó la vieja.

El mozo le enseñó la espada brillante, pero su ama largó una descompuesta

carcajada. «¿Conque también limpiaste la espada?, ¿no?», se dejó decir la vieja, tapujando su furor. Tomó el arma y se miró en sus brillos, al tiempo que se dejaba decir: «Este cuchillito me está pidiendo un cogotito...». Y se fue acariciando el brillante acero y hablando sola de pura rabia... «Este cuchillito me está pidiendo un cogotito...».

Triste el mozo rodante, se ganó al lado del fuego de la cocina y mucho tuvo que hacer Florcita para medio entretenerlo. La niña sirvió la pobre cena y luego cebó unos mates y pidió a su padre que contara el cuento más lindo que guardaba en su memoria. Y el viejito contó uno de amor y de odio, tan bello, que el mozo y la niña entrelazaban los dedos de sus manos en la oscuridad, renovando el fuerte amor que se tenían. En eso se oyó el primer canto del gallo.

Presente se les hizo la vieja. Llenó la puerta de la cocina, más rabiosa que nunca, y a descompuestos gritos mandó que cada uno se fuera a su cuarto a dormir, y ella con el viejo entraron al del medio. Puso la vieja la reluciente espada bajo su cabecera y se acostó. En eso cantaba el gallo por segunda vez.

No bien entró a su cuarto, hizo la niña un atadito con sus ropas y algunas comiditas. Apartó un puñado de sal, otro de ceniza, un peine y unas tijeras melladas; se hincó al lado de su cama, y al encomendarse a la Madre de Dios, le pidió, rendida de amor, su protección para la enconada guerra que iba a librar con sus escasas fuerzas. Luego hizo siete pocitos en la tierra y en cada uno echó una saliva y esperó el tercer canto del gallo.

Y el gallo anunció la medianoche con su tercera señal.

Ya había dejado las siete escupidas en su cuarto el mozo, cuando se determinó a ir al corral. Allí se demoró un rato, echándole el ojo al mejor sillero. Cierto es que vio el caballo flaco que le recomendó la niña que ensillara, pero este pobre mancarrón daba lástima al verlo. Se afirmaba contra el cerco para no caerse de tan flacazo que estaba... ¡Pero si no era más que un montón de huesos que apenas se sostenían con el cuero! El mozo pensó un rato, vacilando... «Si ensillo ese mancarrón, se decía, se va a ir al suelo con el peso de las caronas... ¿Cómo va a poder disparar con dos arriba? Yo conozco de caballos más que Florcita», se repitió y, faltando a la promesa que le hiciera a su amor, se decidió por un caballo de hermosa estampa. Lo ensilló en un abrir y cerrar de ojos, y antes de montarlo se allegó a la chancha dormida y de dos cuchilladas le cortó los garrones. De un salto se le sentó al *pingo* y se fue para los chañares. Al momento llegó Florcita muy apurada, subió en ancas y ganaron los campos a la carrera...

La vieja, que ese día había andado por llanos y serranías en forma de remolino, se acostó muy cansada y su primer sueño fue bastante largo. Se despertó en las deshoras y lo primero que hizo fue empuñar la espada para matar al mozo. Por si estuviera despierto lo llamó:

—¡Mocito!

—¡Señora!... —contestó la primera saliva.

—¡Está despierto! —se dijo la vieja, resollando enojada—. Más tarde lo mataré.
Desconfiada al extremo, llamó a su hija:

—¡Florcita!

—¡Señora!... —contestó la saliva del primer pocito.

Dejó la espada en la cabecera y se tumbó a dormir. No bien dormía su segundo sueño se volvió a sentar en la cama, y se puso a escuchar la noche, a los *resollidos*...

—¡Mocito! —llamó en voz baja.

—¡Señora!... —contestó la segunda saliva.

—¡Florcita! —volvió a llamar.

—¡Señora!... —contestó la otra saliva.

—Les encuentro la voz cambiada... —se dejó decir la vieja bruja. Ahí estuvo *resollando* un rato. Al fin se arropó de nuevo.

Rodaba la noche con todas sus porfías entrechocadas. De los nortes apartados llegaban los palabreos calientes. Eran rescoldos criollos, avivando brasas y decires adormilados...

Se despertó de su tercer sueño la vieja, y apenas llamó:

—¡Mocito!...

—¡Señora!

—¡Florcita!...

—¡Señora!

—¡Uh!... Las voces están cambiadas —reclamó con desconfianza, y se quedó escuchando, alerta.

Pasaron tupidos instantes y ya cabeceó la viejona. Se recostó otro rato y se quedó dormida. Los aires indios del Sur vinieron con sus resentimientos. Altas lanzas de tacuaras hirieron la noche adormecida, y se levantaron aullidos temblantes. Los aires fríos del Sur andaban cruzando amagos con el caliente viento Norte.

De un salto se despertó la vieja del sueño cuartano.

—¡Mocito! —llamó a media voz, y a media voz le contestó la cuarta saliva:

—¡Señora!...

—¡Florcita! —volvió a llamar.

—¡Señora!... —le volvieron a contestar.

—¡Esas voces están variadas! —volvió a reclamar la vieja con rabia, y hasta quiso levantarse para ver y mirar lo que había de cierto en este manejo; pero el viejo le pidió que se llamara a sosiego. «¡Uh!...», no más dijo la vieja, y se volvió a recostar, y al ratito ya se le oyeron los ronquidos.

Aires llegaron del naciente. Aires con sabor a las hojarascas y alentar húmedo de los grandes ríos turbios. Los verdores de la selva los mandaban a cambiar razones con

los duros alientos del Ande, y fue un girar de palabras y encontrones. Al ruido de estas algaradas se despertó la bruja de su quinto sueño.

Se volvió a sentar en la cama, conteniendo los *resollidos*, y dijo, atajando el grueso de su voz:

—¡Mocito!

—¡Señora!... —contestó apenas su quinta saliva.

—¡Florcita!

—¡Señora! —alcanzó a contestar esa saliva, ya medio seca.

—Pero ¡de dónde sacan esa voz estos pícaros! —se inquietaba la vieja, y ya se bajó de la cama y empuñó la espada para salir y ver y tantear, pero el pobre viejo le suplicó que los dejara dormir a todos, que la noche estaba muy alborotada. Medio se convenció la vieja y se dejó estar acurrucada en la cama. Ahí se contuvo, *resollando* un rato, hasta que después de cabecearla un rato, se arropó de nuevo y medio se quedó dormida.

Y bajaron del poniente los vientos cortantes del Ande dormido. Traían en sus ponchos el sabor de los peñascales resentidos y todo el liviano silencio de las cumbres nevadas.

Del alto bajaron estos vientos duros, y apenas llegaron, fue un cruzar de visteos criollos los cuatro decires lejanos. Y se armaron remolinos alborotados, y pisotearon techos y movieron paredes, y abrieron y cerraron puertas con escándalo...

Se despertó la vieja y se despertó con furia. Escuchó, conteniendo sus *resollidos*, pero solo oyó las porfías de los vientos encontrados. «¡Mocito!», dijo como para no ser oída, pero «¡Señora!...», le contestaron con un hilito de voz. «¡Florcita!», murmuró, casi sin oírse ella misma, y «¡Señora!...», suspiró la delgadita, la mortecina voz de la sexta saliva. «¡Aquí hay engaño!», aulló la vieja, y empuñando su lustrosa espada, corrió al cuarto del mozo y vio que no estaba. Maliciando industria fina, atropello la pieza de su hija. Tapó la puerta y gritó: «¡Florcita!», y vio y oyó cuando la última saliva le contestó, apenas: «¡Señora!...». «¡Ah, pícaros!, bramó la vieja. ¡Adonde han de ir que no la han de pagar!».

Corrió a su cuarto y de un solo manotón hizo levantar al viejo y se lo llevó a empujones al corral... Soltó una carcajada de burla cuando *vido al caballo flaco afirmado en la pirca de piedra y echó de ver la falta del caballo vistoso. Se rio la vieja con el grueso de sus ganas; pero de repente se le charquió la risa en la boca cuando miró a su chancha desgarrada, gruñendo en un charco de sangre. Ahí fueron los insultos y maldiciones de la vieja, y el pasar revista a sus odios y tirar planes de venganzas tremendas. Sin más, ensilló el caballo flaco, lo levantó al viejo con una mano y lo enhorquetó en el mancarrón... «¡Ya mesmo me los estás trayendo a esos dos pícaros!».*

Y al tiro se puso a coserle con crines los garrones a la chancha.

El pobre viejo, jinete en el caballo flaco, se afirmó bien el sombrerito agujereado con el barbiquejo, y empezó a talonear despacio al *pingo*, que ya se lo llevaba el viento de puro sumido como estaba.

El caballo flaco era un corredor de fama, y tanto, que se le aparejaba al más ligero viento de los llanos. Salió a las ladiadas del corral, con el viejo encima, y muy al tranquilo siguió tiritando por la huella. Cuando se le fue yendo el frío de las patas, quiso como largar un desgano trotecito, que se aumentó a medida que le entraba calor en los cascos; al rato, cuando se le calentaron al todo, ya no galopaba, ¡corría como el ventarrón!

El pobre viejo se agachaba sobre la montura para que no lo volara el viento, pero sus ropas y barbas lo azotaban de tan veloz que corría. Y así tragaba leguas y leguas el mentado caballo flaco...

Apurada, Florcita, cuando subió en las ancas del sillero del mozo, nada advirtió. Al fin, extrañada de ese galope corto, atinó a curiosear su cabalgadura...

—¡Ah, porfiado!... ¡Más que porfiado! —se quejó con inmensa amargura—. ¿Por qué no ensilló el caballo flaco, como tanto se lo dije?

—Florcita —se disculpó el mozo—, si es tan infeliz ese pobre *mancarrón que se afirmaba en la pirca del corral para no caerse. Si hasta pensé que si llegaba a galopiar iba a ir desparramando los huesos por el camino...* Por eso no lo ensillé, Florcita.

—¡Ah, porfiado!... Apenitas asome el sol, va a ver cómo corre el caballo flaco —contestó ella, amargada—. ¡Este sillero es un vistoso engaño!

Apuraron la cabalgadura ya en los lindes del desierto. Siguieron corriendo hasta que apareció el sol y bañó el campo con su luz inmensa. Al poco rato miró Florcita para atrás y divisó la polvareda que levantaba el caballo flaco en su correr.

—¿No le dije, Mocito? Allá viene mi padre, jinete en el caballo flaco. Somos perdidos...

Ahí se quejó el mozo de su desobediencia y juró y volvió a jurar que otra vez no lo haría. «Párese», le pidió la niña, bajando del caballo, y medio al resguardo de un chañar coposo, desató su atadito y sacó un puñado de ceniza y pronunció sus palabritas al viento. En eso llegaba el viejo y a pocos pasos de los fugitivos hacía rayar su *pingo*. La niña tiró el puñado de ceniza en dirección a su padre y desde ese punto para atrás se formó una cerrazón terrible. Parecía que todas las nubes del cielo habían bajado en alboroto hasta tocar la tierra. Tan tupidas eran que no dejaban ver ni las propias manos. Florcita subió en las ancas del sillero y el mozo hincó las espuelas y dispararon por esos campos abiertos.

El viejo se echó atrás, sofrenando a su *mancarrón para no atropellar algarrobos y chañares. Justamente cuando alcanzaba a los amantes se le apareció de golpe una cerrazón terrible, que lo envolvió y no lo dejó moverse. Tuvo que apiarse el pobre y*

hacer un fueguito, esperando que se ralearan tantas nubes bajas... A eso de la oración pudo emprender el camino de vuelta a las casas. Ahí estaba la vieja en sus portales, y al verlo venir solito le hirvieron todos los rescoldos.

Apenas le contó el viejo lo que le había ocurrido la bruja *cuasi lo levantó a gritos*. «¡Ah, viejo sonso!, le gritaba. ¿No alcanzaste a ver que fue la pícara de tu hija la que tiró un puñado de ceniza, que te pareció neblina cerrada? ¡Hubieras seguido, viejo tal por cual!...». Se cansó de insultarlo, y al fin le advirtió: «Mañana, de madrugadita, los vas a seguir otra vez, y ¡a ver si te dejas embolismar como un sonso!».

Se fue el viejo a la cocina a tomar unos mates, mientras la vieja se quedó renovándole la cura a la chancha.

Y mientras tanto los amantes corrían por el desierto, venciendo penosas travesías. De noche dormían juntitos, como duermen las palomas.

Al otro día, no bien se anunció la alborada, se levantó la vieja, ensilló el caballo flaco y lo levantó a empujones al viejo y lo hizo enhorquetarse en el sillero, que salió al tranquilo y a las *ladiadas*, pero, por ratos, fue tomando vuelo hasta aparejarse al viento en lo ligero.

Y corrió y corrió el caballo flaco, atravesando médanos y huadales sin pizca de cansancio, y cada vez pidiendo más rienda y campo en su alocada carrera...

En cuanto salió el lucero, los amantes tomaron un matecito, a la disparada, y siguieron huyendo en su caballo. Corrían a lo largo de los tendidos campos. Por desoladas travesías apuraron el sillero, pero apenas el sol alumbró el desierto, Florcita divisó la polvareda que levantaba el caballo flaco en su alocada carrera.

—¡Ah, porfiado! —volvió a quejarse la niña—. Ya nos alcanza mi padre en su gran corredor.

Y sin detenerse, en las ancas como iba, desató su atadito y retiró el puñado de sal, y con voz infinita dijo sus prohibidas palabras... Ya sofrenaba su *pingo* el viejo con vistas de darles alcance, cuando Florcita le arrojó un puñado de sal, al tiempo que pedía a Mocito que apurara al sillero. Así lo hizo el mozo en el preciso momento que, desde ahí para atrás, se descargaba del cielo una lluvia con terrible granizada. El pobre viejo tuvo que guarecerse debajo de coposos algarrobos a esperar media bonanza del tiempo. Así pasó largas horas hasta que, todo mojado y maltrecho, tuvo que volverse al caserón.

Llegó el viejo y le contó a la bruja lo que le había pasado.

—¡Ah, viejo más que asonsao! —le gritó ella—. ¿No te diste cuenta que todo fue un puñado de sal que te tiró la pícara de tu hija?

Y lo bajó del caballo, y lo llevó a remezones a la cocina.

Ahí se quedó el pobre, ¡tan atribulado!

No bien el gallo anunció el nuevo día, se levantaba la vieja, y después de ensillar

al corredor famoso, lo traía al viejo a empujones, y lo obligaba a salir campo afuera en busca de los amantes. Poquito a poquito el caballo flaco iba tomando furia...

La vieja ya estaba en el chiquero, sobándole los garrones a la chancha con unto sin sal. Ya tiraba a reponerse el animal aliado.

Y el viejo corría y corría en su caballito flaco. Le chicoteaba el viento, queriéndolo sacar de su montura. En su alocada carrera pasó por llanos y serranías como una exhalación. Ya estaba levantándose el solcito cuando alcanzó a divisar a los amantes que huían.

La niña oyó el claro retumbar de los cascos del caballo flaco y de nuevo se volvió a quejar de los porfiados... Se allanó a sacar un peine de su atadito, y después de dejar unas raras palabras al viento, lo tiró con fuerza hacia su padre. Tupidos chañarales se formaron de la nada y tanto trababan sus ramazones que no daban paso ni a una mosca. El pobre viejo fue a dar con su cabalgadura contra las espinas, y gracias si pudo salir con la ropa hecha tiras. Quiso porfiar un rato, pero viendo su pleito perdido no atinó sino a volverse al tranquilo...

En cuanto llegó al caserón contó que una selva espesa, llena de espinas y ramas, le negaba un paso adelante. Ni lo dejó hablar la vieja. Lo levantó de tanto grito. «Que sos un viejo *leso* y sin remedio. Que no te das cuenta de que es un peine y nada más. Que aquí y que allá»... Casi le pegó también. El pobre viejo ganó la cocina y allí se acurrucó al lado de las brasas.

Y los amantes, por esos campos, sin cesar de galopar. Amaneció un nuevo día y ya el viejo iba al alcance de los fugitivos. Esta vez el pobre andaba enojadón por las carreras de balde que le hacían dar.

En cuanto Florcita sintió el sonoro galopar del caballo flaco, sacó de su atadito unas tijeras muy melladas, y después de contrapesar unas palabras, ¡tan sentidas!, las tiró contra su padre, que ya los alcanzaba. El mozo y la niña apuraron su cabalgadura.

Se le formaron de repente al viejo unas serranías tan altas y escarpadas, que fue a dar con su mancarrón contra unos peñascos. Animó a su corredor para que trepara por los barrancones de piedra, pero el caballito, de balde porfiaba por hincar sus cascos en esos cerros cortados a pico. Los faldeos empinados y rodados frágosos le negaron un paso adelante. ¿Qué iba a hacer el pobre? Se volvió, cansado y molido.

Llegó al caserón tapándose las orejas con las manos para no oír los escarnios de su mujer tirana. Aguantó el viejo tanto rigor, haciéndose el chiquito. Al último fue a echarse en su recado... Al otro día, antes de colorearse la alborada, ya salía de nuevo con el preciso encargo de no aparecerse con las mismas de siempre.

La vieja se quedó entendiéndoselas con la chancha, que a fuerza de sobarla, de untos, de bilmas y de sinapismos, había conseguido cerrar la herida. Si ya quería caminar esa bestia; pero la vieja la contenía con todo su amor y celo.

Tristes iban los amantes, cruzando esos campos amargos. Por fin llegaron a un

hilo de agua donde apartaban nido los frescores. Desensilló su caballo el mozo para que medio pastara, mientras Florcita cebaba unos matecitos. Allí conversaron y tiraron cuentas para el resto de la vida. Hubo renuevo de juramentos y se alumbraron con más esperanzas. En esto soñaban cuando oyeron en la lejanía el resonar de los cascos del caballo flaco... El mozo volvió a amargarse por su desobediencia, y la niña, ya sin armas, atinó a hincarse entre las piedras, y dijo como si rezara: «Vuélvase el caballo un naranjo, y el recado y las caronas las hojas; yo una flor de azahar y Mocito un rendido picaflor que me enamore...»Y al momento se obró el milagro, y tan a tiempo, que el viejo, a duras penas, hizo rayar su parejero al pie del naranjo maravilloso. Ahí se quedó el pobre con la boca abierta, admirando tanto encanto y lindura que se levantaba en el medio del secadal. Lo que más lo enterneció fue ver a un brillante picaflor de la sierra, color de luego, enamorando a la flor del azahar. Si era como para quedarse mirando días enteros tanto rendimiento y solicitud. Y la flor del azahar perfumaba la tarde y más la solicitaba el picaflor enamorado. Y el pobre viejo, que no conocía al lindo amor, mas se solazaba, gozando de este adorno de los desiertos. Si era como para dejar que se fueran las horas y vivir pendiente del encanto. Y así se fue pasando el día hasta que se vino el anochecer... El viejo se recobró, montó a caballo y partió a media rienda, rumbo al caserón.

En cuanto se hubo alejado el perseguidor, se deshizo el encanto. Del naranjo se rehizo el caballo, de sus hojas, la montura; del azahar, la niña, y el picaflor se posó en una piedra y tornó a ser hombre. Rezaron los dos amantes con devoción y pena, y volvieron a seguir la carrera por esos campos. Ya llevaban vencido lo más amargo cíe la travesía.

Hecho un bendito, llegó el viejo a las casas y, aturdido, le contó a la vieja lo del naranjo, el azahar y el picaflor enamorado.

Ni acabó de contar cuando la vieja lo levantó de un solo grito y lo volvió a bajar con otro. Pero luego medio se calmó porque la chancha ya iba muy mejor.

Le sacó las bilmas y la hizo caminar y hasta medio trotar, y, golosa, hasta se le sentó encima y medio medio la *jinetió*. Pero luego la volvía a guardar en el chiquero y le acomodaba blanda cama para que terminara de reponerse. Le dobló la ración de maíz sancochado y la estuvo sobando, cariñosa y aparcera.

Ya los amantes divisaban en las lejanías las arboledas del poblado. Ya se alegraban y ya se entristecían, porque echaban opuestas cuentas sobre lo que faltaba de lucha. Al galope iban trasponiendo medanales cuando divisaron muy a lo lejos el polvo que levantaba en su furia el corredor flaco. Se bajó la niña y, arrodillándose, rezó. Luego dijo con voz traspasada: «Vuélvase el caballo una iglesia, la montura el altar; yo la Virgen y Mocito un sacerdote». En los momentos se obró el milagro, y tan a tiempo, que si el viejo no se echa para atrás, sofrenando el *pingo*, *cuasi se entra a la iglesia con caballo y todo*. *El viejito era muy creyente. Se apió y con el sombrerito en*

la mano entró a la Casa de Dios. En la pila de agua bendita se persignó, y luego, pasito a pasito, se fue acercando al altar. Allí gozaba contemplando a la Virgen y sentía que los ojos se le llenaban de cristianas lágrimas... Bien sabía él que no le restaban muchos días de vida para rendir cuentas ante su Divino Hijo, y de solamente pensarlo se halló pecador y falto de fe... Volvió a levantar sus ojos y los descansó en la Virgen, tan linda, tan sufrida y soñadora, que con sus ojos doloridos parecía traspasarle el corazón. Se sintió falto de fuerzas y cayó de rodillas... Lloraba y lloraba, limpiando con sus lágrimas tanta mancha y pecado de su vida descarriada. Y rezó con tan profunda devoción, que al terminar se sintió aliviado del peso de culpa y sospecha. Era como si hubiera nacido de nuevo y con alma de niño, liviana y transparente.

Contempló al sacerdote que oraba ante la Virgen con lo profundo de su devoción y sin levantar la visa de tan humillado y creyente, y le pareció que la Virgen descansaba en él sus ojos con amor. Allí se dejó estar, abarcando ese cuadro de fe y entendimiento.

Las campanas de la iglesia señalaron las horas del atardecer, y entonces el viejo recordó que debía retornar al caserón de las sombras y se nubló su frente. Echó una última mirada a la Madre de Dios y paró sus ojos turbios en ojos tan soñadores y sufridos. Se persignó en sumisa despedida y salió de la iglesia, libre de malos pensamientos y con el alma sonriente... Montó en su caballo flaco, y muy al pasito se volvió a su morada. Tan encantado llegó a los portales que, con el corazón en la mano, contó a la mala de su mujer todo lo que había visto. «¡Ah, viejo *pasao por abajo de la cola del pavo!*... *Si serás atrasado y sin discurso, y boliao hasta el remate. ¿Hasta cuándo vas a ser sonso y más lesa que otro poco? Si no fuera porque ha sanado mi chancha ligera, y mañana salgo en busca de esos pícaros, te haría bramar a azotes, viejo pasmao...* Y que pruebe esa pícara de tu hija de presentarme naranjos floridos y una iglesia con la Virgen. De un soplidito le hago volar sus artificios...». Otras cuantas palabras que parecían ventarrones de insultos dijo, con todo el arrastre de lo que hiere y mortifica. El pobre viejo se tapó los oídos y ganándose a la cocina, se hizo el chiquito atrás del fuego.

La vieja largó unas cuantas risadas y sacó a su chancha amiga del chiquero y ya le retiró todas las envolturas de las patas, y después de *sobajearla* y ponerle *salivita*, salieron las dos. La vieja se le sentó a la sillera, y la chancha, riendo con la vieja jineta, le hizo una largada a su carrera... ¡Uh! Quedó la polvareda no más, y fue a rayar a muchas leguas de distancia.

Media vuelta le dio la vieja y le hizo oír largada hasta el caserón... Si ligero había corrido la primera vez, el doble corrió la segunda... La vieja y la chancha, muertas de risa y de gusto, entraron al caserón, y allí, en el chiquero, cambiaron otras señas y *musarañas* de alianza y entendimiento. Ya la noche había cerrado, y la

oscuridad y los silencios asentaban en los campos.

Ese anochecer acamparon los amantes bajo un coposo algarrobo. *Maniaron* al caballo para que pastara por ahí cerca, y ellos tomaron mate al lado del fueguito. El mozo iba contento porque ya se divisaban las arboledas de su poblado, pero la niña recelaba. Se cumplían los siete días para que sanase la chancha de sus garrones, y recién al octavo día llegarían al pueblo de Mocito, a causa de lo lerdo del caballo vistoso. Otro gallo les cantara si hubieran disparado en el corredor flaco: ya de tiempo estarían a salvo donde la vieja no tenía poder.

Faltaba un día de lucha, el más terrible, porque a su madre no se la podía engañar como a su *tatita* viejo. Cavilaba y cavilaba sin hallar qué hacer la niña. No halló más camino que encomendarse a Dios, y juntos con el mozo, rezaron en la soledad de los campos, pidiendo la ayuda del cielo. Luego se acostaron bajo el manto de estrellas, en lo pobre del recadito criollo. Juntitos dormían, como duermen las palomas.

Quería salir el sol, al tiempo que la vieja le asentaba sus caronas a la chancha. Después de cincharla con el mayor de los cuidados, se le sentaba a lo gaucha y la sacaba al pasito campo afuera. A esa hora ya los amantes galopaban en demanda del poblado cercano.

La vieja, en cuanto salió del camino real, taloneó a su sillera. Largó el trotecito la chancha, luego se avino a galopar y a los instantes, ya comenzó a pedir rienda y más rienda. Ya no corría la chancha, ¡volaba tocando apenas el suelo con la punta de sus uñas partidas! Ni el rastro dejaba en la tierra. Se levantó un ventarrón con su alocada carrera, y algarrobos y chañares se castigaban con la fuerza de sus vientos. Le chicoteaban las polleras a la vieja y sus motas se llegaban a enderezar con la furia de su correr. Atrás se formó una nube arrastrada de tierra que cubrió los campos y tapó enteramente al sol... Y más taloneaba la vieja bruja en su furia y en su duelo.

Alcanzó a mirar para atrás Florcita y vio, patente, la nube de tierra que se acercaba como una exhalación. Tembló de espanto la pobre niña y al momento le pidió a Mocito que se bajara a rezar. Rezaron a la disparada y ella imploró ayuda a la Madre de Dios. Encomendó la suerte de Mocito a todos los santos, confesó al cielo sus faltas y pidió nuevas fuerzas para soportar tanto mal y desavenencia... Ya el tierral se venía encima. Con voz traspasada solicitó: «Vuélvase el caballo una laguna profunda; la montura y las caronas, las aguas; Mocito, un patito y yo una patita...». Y una laguna muy honda se formó de la nada en aquellos secadales, y dos patitos nadando en medio de ella.

Tal era la furia que traía la chancha en su carrera, que se pasó de largo y solo pudo la vieja, echándose para atrás, sofrenarla siete leguas más allá de la laguna. Al fin la dio vuelta y después de consolar a la cerduda, se volvieron a las risadas las dos, gozando la victoria. En cuanto llegaron a la orilla encararon las aguas profundas, derecho a los patitos, y tuvieron que alzar vuelo las dos aves, para ponerse a salvo;

pero como la laguna era muy profunda, enseguida se cansó la chancha de nadar y tuvo que ganar la orilla, con la vieja toda mojada.

Retornaron a la laguna los patitos, y la chancha, en su furia, se puso a tragar las aguas, con miras de dejarla en seco. Bebió y bebió hasta que hizo bajar mucho el nivel del caudal, pero al fin se *enhuató tanto, que tuvo que echarse al pie de un chañar. En este trance la vieja bruja apeló a sus maquinaciones. Se apareció como una señora muy buena y humilde, y como quien no quiere la cosa, se vino caminando por la orilla de la laguna y al ver al patito le tiró migas de pan y otras tentaciones. El patito corrió a comer estos regalos, pero la patita lo atajaba con aletazos y picotones y mucho tuvo que luchar con el tonto confiado, poniéndosele por delante y batallándolo con enojo, para no dejarlo pillar. «Venga, patito, decía la señora buena. Venga el bonito. Tome estas carnecitas ricas y le arrojaba bocaditos. Venga el patito ingrato... Venga él...».* Y así batallaron la bruja y la patita, disputándose al patito, que porfiaba por acercarse a comer tanto regalo. Hubieron aletazos y picotones en las aguas, hasta que al fin, cansada la bruja, dio una tremenda patada a la tierra y volvió a ser la misma de antes. En eso se le acercó la chancha y las dos echaron fuego por ojos y boca, en el límite del furor. Se secretaron las dos y la vieja se plantó y echó una maldición a su hija: «*Anda nomás, hija pícara, aulló, que no has de gozar tus triunfos... Anda no más; pero sabe que por potestad del Ángel Negro, en cuanto lo abracen a Mocito, quienquiera que sea, te olvidará para los restos de su vida... Sábelo bien sabido: al primer abrazo, olvido eterno...».* Largaron sus carcajadas la vieja y la chancha y cambiaron señas y musarañas, y ya se fueron a las risadas por el medio de esos campos enemigos... «*Ja, jay...Ja, jay...Ja, jay...Ja, jay...».*

Mucho después Florcita deshizo el encanto. Retomaron cada uno la forma que Dios les dio al nacer, rezaron y siguieron el camino del poblado. Alegre, muy alegre iba el mozo, porque volvía a su querencia; pero la niña se apocaba, más triste que la noche. Sabía que la maldición de su madre era terrible en fuerza y en malicia. Apenas lo abrazaran a su amante, él la olvidaría sin remedio.

Llegaron al poblado y pidieron alojamiento en una posada. Allí, Florcita, cuando estuvo sola con el mozo en su cuarto, le hizo jurar que no se dejaría dar ni un abrazo por nadie. Ni por hombre ni mujer, ni viejo ni mozo; porque desde el punto en que lo abrazaran se le borraría todo de su memoria, a contar desde el momento que salió de su casa a rodar tierras. Y ese olvido sería tan profundo y duradero, que nadie tendría poder para deshacerlo. Juró Mocito, con lágrimas de enternecimiento, que no se dejaría abrazar ni por su madre, pero que aunque eso llegara a suceder, no habría fuerza en el mundo capaz de hacerle olvidar a su amor.

Sonrió tristemente la niña. Se despidieron con cariño y quedó el mozo en volver luego. Iba a saludar a su madre y a pedirle que recibiera a Florcita bajo su techo, mientras hacían los preparativos para casarse.

Llegó el rodante a su casa. Entró por las tapias del jardín, y desde allí, temblándole la voz, les pidió a todos que no lo fueran a abrazar porque sobre él pesaba una maldición terrible. Vino su mamita vieja y lo besó, y sus otros parientes apenas le dieron la mano. Allí hubo la mar de preguntas, y era un vivo pedir que contara sus aventuras por esas tierras tan lejanas.

Se dispuso a contar sus andanzas el hijo cariñoso, desde el punto que saliera de su casa.

—Cien días caminé por esos campos —comenzó diciendo...



Mientras tanto se corría la voz por el poblado que habla vuelto Mocito de su largo viaje. Algunos decían haberlo visto entrar al barrio con una linda prenda en ancas, y ya la mocedad del pago ardió en deseos de conocer la conquista del amigo. Otros porfiaban que había vuelto rico, con varias cargas de plata, y no faltaba quien dijera que había hallado una virtud, y tanto se corrió la bola con estas novedades, que llegaron a oídos de la tía de Mocito, de la que era regalón. Al momento se fue la pobre vieja a la casa de su sobrino. Sin que la viera nadie, entró en puntas de pie, se

le allegó por atrás, y loca de contento, sin dar tiempo a nada, dio un abrazo con todas sus ganas a su querido sobrino.

—... Llegué por fin a un caserón perdido en los campos... —narraba Mocito, cuando, de repente, sintió que lo abrazaban, y al punto vio que un remolino arrastrado le barría el caudal de sus recuerdos... Se pasó, atribulado, la mano por la frente afiebrada y se fue sumiendo en el sopor del sueño... De balde procuraron volverlo a su narración. Él miraba a sus parientes y amigos con fastidio, como si pensara que le estaban jugando una burla pesada... Corrieron las horas hasta que, ya muy entrada la noche, se fueron todos a dormir.

Espera y espera Florcita en la posada, viendo que se vencía la noche sin que el mozo volviera, comenzó a tener raros presentimientos. Se tiró en la cama y medio se quedó dormida. En las deshoras de la noche oyó, muy a lo lejos, las risadas de burla que anunciaban el triunfo enemigo... «*Ja, jay...Ja, jay...Ja, jay...*». Y despertó, llorando su amarga derrota.

Al otro día, bien tempranito, se averiguó dónde quedaba la casa de su amante, se arrebozó en un tapado negro y se fue, llorosa. En llegando batió sus palmas delante de una puerta de cañizo... La voz de una viejita la invitó a pasar. Entró a la casa de Mocito y lo vio a él tomando mate con su madre... Se pasaba la mano por la frente, como queriendo sacarse unas neblinas... La niña preguntó al mozo si no conocía a una niña Florcita, y le dio sus propias señas

—Ni la conozco ni tengo noticias de esa tal niña —contestó el mozo, y siguió tomando mate, y pasándose la mano por la frente a cada momento.

Salió Florcita de esa casa, abortando lágrimas de derrota. Ganó la calle y más sollozó al verse sola, desamparada en un pueblo extraño y con todo su amor burlado. Llegó a su cuarto y se tiró a llorar a gritos, hasta que se le secaron las pocas lágrimas de sus castigados ojos... Cerró la puerta de su pieza y estuvo dos días sin comer, a solas con el caudal de sus arrastradas penas.

Pasaron los días, vinieron las semanas y llegaron los meses... Al fin, la niña se allanó a conformarse con su suerte tan negada. Pidió trabajo de costurera en la casa de una niña modista, y como era tan buena y tan humilde, le señalaron tarea por unos poquitos reales. Ella trabajaba y trabajaba, sin levantar los ojos de su costura, y su patrona se aficionó a ella y con el tiempo la llegó a querer como si fuera de la familia.

Viéndola tan laboriosa y calladita, su patrona y sus compañeras de costura hacían lo posible por distraerla y no faltaron mozos del pueblo que, tocados por la donosita y su pena, la cercaron con caídas de ojos y le arrastraron el ala, reclamando el fuego de su amor guardado; pero ella, sin levantar la vista del suelo, iba a su trabajo y volvía a su piecita solitaria, sin atender razones de amor, ni amistad, ni nada. Y no faltó un hombre pudiente que, prendado de su modo y su tristísima hermosura, le ofreció su nombre y sus caudales de minero rico; pero Florcita no atendió a sus reclamos,

disculpándose que todo su querer estaba en su aguja y su dedal...

Mocito pasó un tiempo muy caviloso en su casa, mas luego se le fueron yendo esas tristezas, y como era joven y animoso, pronto aspiró a trabajar. Tuvo mucha suerte: un viejo comerciante le tomó afición, y como sabía leer y escribir, lo nombró dependiente de su tienda, la mejor del poblado. Mocito se desvivía por atender los intereses de su amo, y tan adelante llevó este empeño, que pudo arribar en la consideración del rico. Antes del año ya era jefe de la tienda y llevaba las justas apuntaciones en un gran libro, llenecito de variadas cuentas. Por ser de buen gobierno, su amo le señaló parte en el negocio y comenzó a arribar. Se hizo de una montura nueva, toda enchapada en plata. Freno de trenzados con canutillos plateados y firuletes de oro, y riendas y cabestro muy vistosos. Compró un *pingo* oscuro, de sobrepaso, y su gusto era galoparlo atravesado por la calle real... Ya su pecho le solicitó un amor y le mariposeó su pensamiento en una niña modista, la más nombrada del pueblo, que le compraba finos géneros en la tienda.

Un día la visitó, muy arrequintado. Mocito se bajó en la puerta de la casa de la modista, calzando botas charoladas, espuelas de finaplata, lindo calzón ajustado y chaqueta desprendida. Vistoso pañuelo al cuello y sombrero de Lima de alas airosas. Batió sus palmas Mocito y preguntó por la niña Rosa... Salieron como bandadas de palomas las niñas modistas a recibirlo, y ya lo entraron de la mano porque era muy sangre liviana y buen mozo. Lo llevaron a la sala y le convidaron matecitos dulces y bizcochitos con almíbar. Le trajeron arroje con cascos y vinito añejo de la bodega casera... ¡Uhs!... Si casi lo empacharon al pobre.

A él se le iban los ojos por la niña Rosa, dueña de esa casa de modas, y aunque se lo disputaron todas las hermanas con lo más fino de sus miradas, al fin se lo cedieron a la elegida.

En este aparte conversaron los dos a solas.

Y así, cada vez que llegaba Mocito en su brioso *pingo*, ya la dejaban solita a la niña Rosa con él. Las hermanas se retiraban a la otra pieza a decir mil picardías de los enamorados y se reían de sus sonseras, espiándolos por el ojo de la llave, mientras Florcita recogía en su dedal, una por una, todas sus lágrimas quemantes. Pasaron unos tiempos, muy lucidos para unos y muy tristes para otra. Al fin, en el mes de Primavera, Mocito se dejó decir por sus amigos que pronto se iba a casar con la niña Rosa..., y la niña Rosa no negaba nada a sus amigas, y tan ciertas eran estas nuevas, que la novia le pidió a la mejor de sus modistas, a Florcita, que le hiciera con sus manos provechosas el vestido de casamiento. Un precioso corte de seda blanca de la China, regalo del novio, le dio a su costurera favorita para que lo cortara a su justa medida y lo cosiera.

Comenzó Florcita a coser el vestido de la novia, y para no manchar la fina seda, recogía sus lágrimas en el dedal y cuando se le escapaba un «¡Ay!», decía: «Me

pinché la yema del dedo con la aguja porque el dedal se me ha perdido...». Entre ayes y punzadas fue cosiendo el blanco vestido de casamiento.

Tres días faltaban para las bodas de la niña Rosa con Mocito, y la novia, como era de costumbre, quiso despedirse de su vida de niña con una fiestita familiar. Por la mañana fue a misa, toda de blanco; se confesó y encomendó a Dios su vida de casada, y por la tarde invitó a su fiesta a todos sus parientes y mejores relaciones, y también a sus empleadas más acreditadas. Estaba la casa llena de gente cuando se apareció el novio en su caballo brioso. Se bajó, hecho un clavel de tan lindo... Si daban ganas de abrazarlo y besarlo al verlo tan donoso y soñador. Los presentes brindaron con la copa en alto por la felicidad de la nueva pareja.

Arpa, violín y guitarra tocaron «El cuando», y lo bailaron los novios con el mejor lucimiento, y luego siguió el baile y la alegría para todos.

Los guitarreros cantaron este versito con toda intención...

*Cuándo será aquel día
y aquella feliz mañana
que nos lleven a los dos
el chocolate a la cama...*

Corrían los pastelitos, confites, aguardientes, vino añejo y el matecito dulce, con gran regalo de los asistentes.

En lo mejor de la fiesta, Florcita, la triste y callada costurerita, pidió permiso a la dueña de casa y al novio para hacer unas apariencias... «Cómo no, buena Florcita», le contestó su patrona, y dando unas palmadas, solicitó la atención de los concurrentes. Se hizo un gran silencio y todos aguardaron, curiosos, en la sala. Se sentó la novia, muy consentida, en la cabecera de la mesa y reclinó su cabeza en el hombro de Mocito, que se *regodeaba* a su lado. Los invitados hicieron rueda. Entonces, Florcita trajo una fuente con agua, dijo unas palabras perdidas, arrojó el agua hacia el techo y... ¡se quedó toda sostenida en el aire!, como si fuera una laguna chiquita; luego sopló sobre dos papelitos escritos sacados del seno, que fueron subiendo, subiendo, y se convirtieron en dos patitos ¡tan chiquititos y cabales!

Revolotearon sobre la lagunita, que se sostenía por encanto en el aire, y luego bajaron a nadar...

—¡Qué bonito! —dijeron todos, y se quedaron mirando embelesados esa apariencia tan novedosa y encantadora.

El patito estaba en el agua muy distraído, pero la patita daba porfiadas vueltas a su lado, acariciándolo con el pico y amagándole suaves aletazos...

—¿Te acordás, patito ingrato —dijo de repente la patita—, cuando saliste de tu casa a rodar tierras y después de cruzar inmensos campos llegaste al caserón de la

vieja bruja?...

—No, patita; no me acuerdo —contestó desganado el patito. Lo volvió a acariciar la patita enamorada, y después de limpiarle su plumaje con el pico, le decía:

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando mi madre te señaló siete trabajos imposibles y acudí yo en tu ayuda?

—No, patita; no me acuerdo.

Otras caricias y amorosas reconvenções le hizo la patita despreciada.

—¿Te acordás patito ingrato —porfió con ardimiento—, cuando después de jurarme amor inolvidable, nos *juimos* los dos de mi casa en el caballo tan lerdo como vistoso?

—No, patita; no me acuerdo...

Aletazos de amoroso desconsuelo le dio la patita, mientras le espulgaba rendidamente la cabeza, como queriendo despertarle recuerdos traicionados.

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando mi padre, montando el caballo flaco, ya nos alcanzaba, y para salvarnos, le tiré un puñado de ceniza, y en otra ocasión, un puñado de sal?

El patito se quedó un rato como si pensara en algo y al fin dijo:

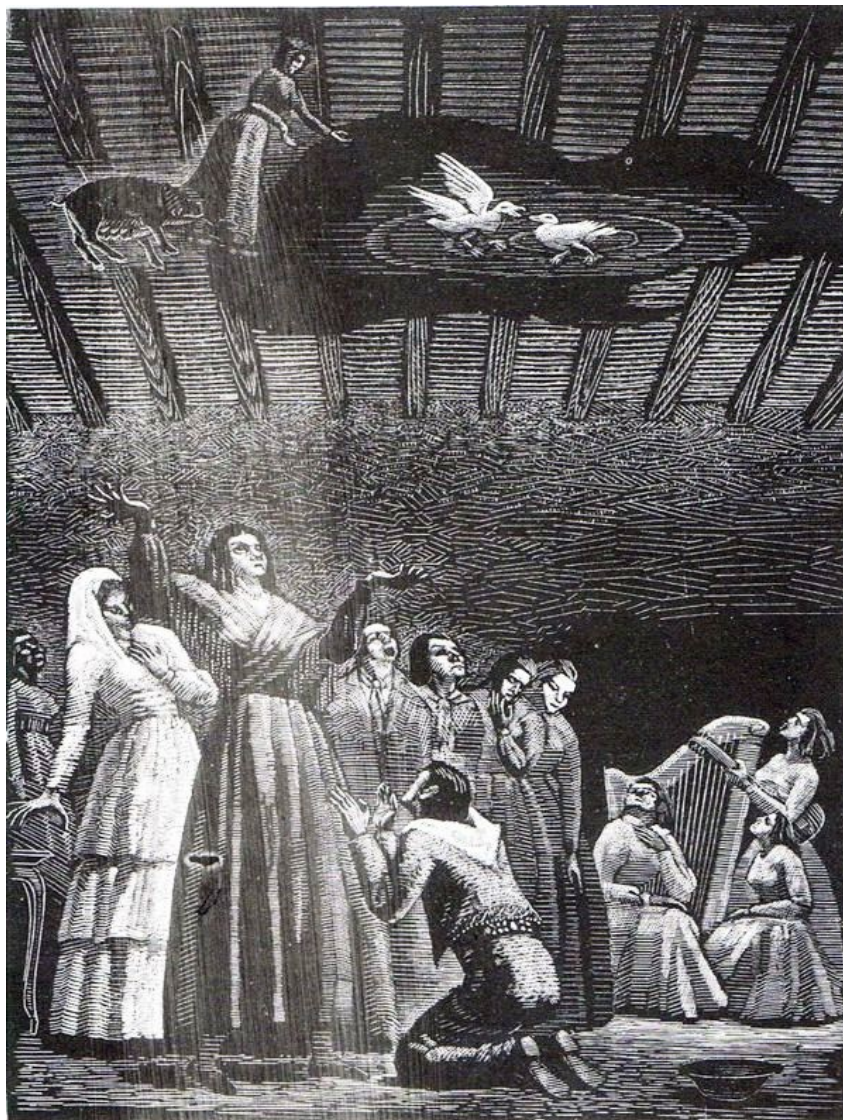
—Me parece como si fuera un sueño que soñé ¡hace tanto tiempo!...

Mocito se pasó, muy pensativo, la mano por la frente, y redobló su atención mirando esa apariencia.

La patita espulgó con el todo de su cariño a su olvidadizo compañero; le hizo mil cosquillitas y ya el patito comenzó a avivarse y a mirarla de otro modo.

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando por tercera y cuarta vez, ya nos alcanzaba mi padre y nos salvamos tirándole un peine y después unas tijeras?

—Se me hace que alguien me ha contado esas fantasías —dijo por fin el patito, como ahondando en olvidados recuerdos.



Mocito se volvió a pasar la mano por la frente acalorada, concentrando toda su atención en lo que estaba sucediendo.

La patita porfió en acariciar con finos recursos al patito, y él le devolvía uno que otro cariñito...

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando el quinto día de fuga, para engañar a mi padre, formé un naranjo con un azahar y un rendido picaflor?

El patito dio una vuelta nadando, y con unos aletazos se avivó del todo y dijo, temblándole la voz:

—Me estoy acordando de todo eso...

Mocito dejó de estar con su novia y se fue acercando a la apariencia, al tiempo que miraba con rendimiento a Florcita.

Finas caricias le repitió la patita a su compañero y ya el patito correspondió gustoso con otras.

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando a los seis días nos alcanzó mi padre, y lo engañé con una iglesia, la Virgen y el sacerdote rezando?

—Sí, patita; sí... ¡Me estoy acordando de todo!

—¿Te acordás, patito ingrato, cuando el último día nos alcanzó la bruja en la chancha terrible, y nosotros, para salvarnos, nos convertimos en patitos, igual que ahora?

—¡Sí! —contestó el patito, al tiempo que volaban los dos, cambiando caudalosos amores, y se deshacían en el aire, como también la lagunita de agua.

—¡Sí! —gritó Mocito—. ¡Ahora se me representa todo!... —se arrastró de rodillas a los pies de Florcita y le besaba las manos, mojadas por sus propias lágrimas... El enternecimiento le trabó todas sus palabras. Lloró descargando su pecho, hasta que pudo rehacerse—. ¡Perdóneme, Florcita, la nunca bien querida niña! ¡Perdóneme la ofensa de mis olvidos!...

Se abrazaron y se besaron los dos, llorando de felicidad... No bien pasaron los primeros instantes de sorpresa, el mozo tomó las manos de su amante y contó a todos, con lágrimas en los ojos, sus tristes andanzas pasadas. En cuanto acabó su relación pidió a la niña Rosa que lo perdonara por no poder casarse con ella, por ser Florcita la dueña de su corazón. Carta de libertad le dio la niña Rosa, y ahí mismo se fijaron el plazo de diez días para el casamiento con Florcita...

Diez días después celebraron sus lucidas bodas, y si gozaron los mozos de la vecindad floreando refalosas en las fiestas del casorio, más gozaron Mocito y Florcita al verse, por fin, unidos para siempre...

(Y tanto como ellos gocé yo, guitarrero y cantor de tanta gloria y maravilla...).



JUAN DRAGHI LUCERO. Nació en Luján de Cuyo, Mendoza, el 5 de diciembre de 1897. Deja la escuela en tercer grado para colaborar con el compañero de su madre (que enviudara cuando Draghi tenía 3 años)... allí se embebe de las tonadas y dichos de los jarilleros. No vuelve a la escuela pero hacia 1925 se dedica con pasión a escrutar el enigma de los huarpes. Publica 3 libros de versos y artículos de historia, funda la Escuela de Apicultura de Mendoza (1929) y, con toros, la Junta de Estudios Históricos de la misma provincia, recorre sistemáticamente los campos cuyanos en busca de antiguos cantares, de esa manera su nombre se proyecta a nivel nacional.

En 1938 publica el *Cancionero Popular Cuyano*, volumen de más de 600 páginas, en que registra, muchos de ellos con la tonada con que se cantaban, los versos — romances, décimas, canciones y coplas— escuchadas en sus viajes de recolección y de su infancia a cielo abierto. El libro obtuvo de la ex Comisión Nacional de Cultura el premio de Folklore correspondiente a la región de Cuyo, un galardón, sin duda, pero chico para una obra de esa magnitud.

Fue profesor de Historia y Geografía, Castellano y Folklore.

Obtuvo becas del Fondo Nacional de las Artes para investigadores de Folklore Regional, y otra de la Universidad Nacional de Cuyo para presenciar el Primer Congreso Internacional de Folklore. Entre los premios tenemos el mencionado de la Comisión Nacional de Cultura por el *Cancionero Popular Cuyano*, Réplica de Sable Corvo, otorgado por el Dr. Buteler, Premio de Honor y Medalla de Oro de SADE en

1978, Medalla y diploma otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires.

Fue miembro correspondiente de la Academia del Instituto Nacional Sanmartiniano en 1961, Técnico en puentes y caminos, Profesor de Historia y Castellano en la Universidad Nacional de Cuyo en 1950, Primer Presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo, Presidente de la Biblioteca Sanmartiniana.

Entre otros podemos mencionar sus obras: *Las mil y una noches argentinas*, *Loro adivino* (1963), *Cuentos mendocinos* (1964), *El Hachador de Altos Limpios* (1966), *El Tres Patas*, *El bailarín de la noche* (1968), *El pájaro brujo* (1972), *La cabra de plata* o *La cautiva de los Pampas* y otros. Entre otros hechos destacables tenemos su representación de la Universidad Nacional de Cuyo para asistir al Congreso de Universidades de América en Santiago de Chile. Recolectó 5000 piezas tradicionales durante sus excursiones de vacaciones que fueron donados a dicha Institución.

En 1984 recibe el premio Konex en Letras en la disciplina Regional, luego recibe el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Cuyo en 1986, premio del Diario Los Andes por su labor literaria, segundo premio por su libro Sueños, se pone su nombre a varias escuelas y bibliotecas. Fue fundador de la Editorial Oeste.

Fue nombrado Ciudadano Ilustre por la Municipalidad de Buenos Aires en 1988. Dio innumerables conferencias en el país y en el mundo, además colaboró en varios diarios y revistas del medio. Murió a poco de cumplir los 100 años, en 1994, un 17 de Mayo.